MATERNIDAD INNOVADORA, SIGNIFICADOS Y PRÁCTICAS EN CARTAGENA DE INDIAS

MARIA DEL PILAR MORAD DE MARTÍNEZ
COD. 489099

Trabajo de Grado presentado para Optar al Titulo de Magíster En Estudios De Género, Mujer y Desarrollo

DIRECTORA
YOLANDA PUYANA VILLAMIZAR

CONVENIO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA- UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
ESCUELA DE ESTUDIOS DE GÉNERO

CARTAGENA DE INDIAS, D.T y C.
AGOSTO DE 2008

DEDICATORIA

A Sofía, *mi madre, por valorar y apoyar mis esfuerzos.*

Gustavo, Alejandro, Nicolás, Sebastián*: por entender mis tiempos y compartir mis proyectos.*

A la memoria de Nemesio*, mi padre, quien nos enseñó a valorar el conocimiento, como medio para lograr la autonomía.*

AGRADECIMIENTOS

A las mujeres protagonistas de los relatos*, sus voces, retos, tensiones, esfuerzos se constituyeron en hitos y motivos para el cambio.*

A Yolanda Puyana Villamizar*, amiga académica. Su rigor, postura crítica y calidad humana han garantizado el avance de la indagación y la interrogación acerca de las familias.*

A Anatali*, por su dedicación y solidaridad permanente, por los diálogos y las reflexiones que enriquecieron este trabajo.*

A Juan Carlos Urango*, sus aportes se evidencian.*

A los amigos y amigas de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación*, por sus preocupaciones y contribución a este esfuerzo.*

A la Universidad de Cartagena*, por las oportunidades y espacios brindados para seguir creciendo.*

A la Escuela de Género de la Universidad Nacional de Colombia*, por la ventana abierta en la Región del Caribe Colombiano.*

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

CAPITULO 1.

1.	**LO EPISTEMOLÓGICO Y METODOLÓGICO EN LA COMPRENSIÓN DE LA MATERNIDAD INNOVADORA**	16
1.1	La Cuestión del Conocimiento	17
1.1.1	La pregunta por el enfoque	21
1.1.2	Los relatos de vida: hacia la construcción de mundos subjetivos de madres innovadoras	23
1.1.2.1.	Transitar entre tiempo y espacio en la construcción de relatos de vida	30
1.1.2.2	El análisis narrativo: una mirada a los relatos de vida	34
1.1.2.3.	A través de los relatos de vida afloran Identidades	39
1.2.	Hablando del abordaje de la información	41

CAPITULO 2.

2.	**UNA MIRADA A LA MATERNIDAD DESDE DIVERSOS DISCURSOS**	56
2.1.	Desde el discurso religioso	57
2.2.	Desde el discurso naturalista	61
2.3.	Desde el discurso científico	64
2.4.	Reflexionando desde la perspectiva de género	72
2.4.1.	Maternidad innovadora: apuestas alrededor de la equidad	76

CAPITULO 3.

3.	**UNA MIRADA A LA MATERNIDAD DESDE LOS RECUERDOS DE LAS HIJAS QUE HOY SON MADRES**	80
3.1.	Voces que Cuentan…Las Familias de los Sesenta	83
3.1.1.	Así Recuerdan a su Familia de Origen	85
3.1.1.1.	Mujeres y madres “ejemplares” de hace 40 años	90
3.1.1.2	La función materna ejercida en otras mujeres: abuelas y tías figuras presentes	98
3.1.1.3.	Las mujeres confinadas al espacio de lo privado	103
3.1.1.4.	¿Dónde esta mi padre? La distancia una constante	110
3.1.1.5.	Los hombres públicos ¿respuestas a la paternidad responsable?	116
3.2.	Una reflexión situada desde los recuerdos	119

CAPITULO 4.

4.	**LAS FAMILIAS EN CARTAGENA: ENTRE LA REPRODUCCIÓN Y LA INNOVACIÓN**	122
4.1.	Acercándonos a las Transformaciones del Contexto: *una realidad de las familias*	125
4.2.	¿Qué es lo que Cambia? Mujeres- Madres Movilizando Cambios	135
4.2.1.	*La Conformación familiar*	136
4.2.2.	*Las relaciones con hijos e hijas: otra dinámica familiar*	139
4.2.3.	*Los significados sobre ser mujer y ser madre*	142
4.2.3.1.	Mujeres – madres con cuerpos autónomos	143
4.2.3.2.	La educación: una oportunidad para pensar, significar y vivir distinto	149
4.2.3.3.	Trabajo reproductivo-productivo: hacia otros encuentros	161
4.2.3.3.1	*El trabajo: redefine la vida de las mujeres*	164
4.2.3.3.2	*Otras opciones no visibles en el pasado*	173
4.2.3.3.3	*Mujeres que buscan conciliar lo público y lo privado*	177

CAPITULO 5.

5.	**IDENTIDADES FEMENINAS: UN PROCESO EN CONSTRUCCIÓN EN LAS EXPERIENCIAS DE VIDA DE MUJERES-MADRES CARTAGENERAS**	185
5.1.	Entre las continuidades y las rupturas: un largo camino por recorrer	190
5.1.1.	Quiero darles lo que nunca tuve: de las *privaciones* a las *oportunidades*	193
5.1.1.1.	*No recuerdo caricias, besos, abrazos: hoy quiero darles lo que nunca tuve*	194
5.1.1.2.	*Nunca tuve esa libertad de niña: del encierro a la confianza*	205
5.1.2.	De la protección a las transgresiones: deseos de autoafirmación y autonomía	208
5.1.2.1.	*Fueron afectuosos y protectores pero también controladores y dominadores*	210
5.1.3.	Construyendo las Identidades en el encuentro con el sí mismo	226
6.	**CONSIDERACIONES FINALES**	
7.	**REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**	

TABLA DE CUADROS

Cuadro 1. Identificación de las mujeres-madres ubicadas en la tendencia de innovación 50

Cuadro 2. Estrategias para el abordaje del análisis narrativo en el estudio de la Maternidad Innovadora 51

Cuadro 3. Identificación de categorías en la comprensión de la Maternidad Innovadora 53

INTRODUCCIÓN

A partir de los estudios pioneros de familias en Colombia, desarrollados por la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda, se han impulsado numerosas investigaciones dirigidas a abordar y comprender esta área del conocimiento desde diversidad de posturas y perspectivas de análisis. Esto visibilizó en las diversas regiones del país, las transformaciones que dan cuentan de aspectos homogenizantes y, así mismo, de unas particularidades regionales en las familias colombianas.

Lo anterior, es comprensible porque las familias son instituciones socio-históricas dinámicas, permeables y sensibles a las transformaciones sociales, económicas, culturales y políticas que se suceden en su contexto social. Tales transformaciones se insertan a su cotidianidad, e incitan el replanteamiento de las subjetividades de sus integrantes y, por ende, de las relaciones familiares. Con esto provocan acomodaciones y desplazamientos, desde los cuales emerge una nueva dinámica al interior de la institución familiar.

La investigación *Cambios en las representaciones sociales sobre la maternidad y paternidad en cinco ciudades colombianas*, desarrollada por la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad de Antioquia, la Universidad Autónoma de Bucaramanga, la Universidad del Valle y la Universidad de Cartagena, constituye uno de los estudios recientes en el ánimo de avanzar en el área de investigación en la cual se enmarca mi trabajo. Se inició en 1999 y finalizó en 2001; se realizó en las ciudades de Bogotá, Medellín, Cali, Bucaramanga y Cartagena.

A partir de esta investigación, fue posible identificar los cambios experimentados por las familias en relación con las representaciones sociales de la paternidad y la maternidad en los últimos 40 años. Igualmente, se identificaron quiebres y

rupturas relacionados con las prácticas y arreglos familiares en los escenarios público y privado, la educación para la sexualidad, el diálogo, las expresiones afectivas, el ejercicio de la autoridad entre otros, los cuales van dando muestras de nuevos significados en las relaciones parento y materno filiales y las maneras de asumirlas (Puyana, 2003:266-267).

Así, se llegaron a visibilizar cambios en las familias colombianas de finales de siglo XX. Sin embargo, este proceso, siguiendo con Yolanda Puyana, mostró una dinámica compleja, caracterizada por un ritmo dispar. Es decir, mientras en unos aspectos se produce más bien una reproducción de las formas tradicionales en que se cumplen estas funciones, en otras las variaciones son mayores (2003:55). Con ello, se da muestras de significativas rupturas con las formas tradicionales de vivenciar el ejercicio paterno y materno.

De ese modo, y con el ánimo de seguir avanzando en estos estudios, la presente investigación profundiza en los significados y prácticas en torno a la maternidad innovadora en la ciudad de Cartagena de Indias. Este trabajo lo adelanto a partir de los relatos de vida de un grupo de mujeres-madres, con la finalidad de comprender cómo, desde la construcción de sus identidades de género, se ha favorecido la incorporación de prácticas y concepciones innovadoras en la promoción de una mayor equidad entre mujeres y hombres. De igual manera, detectamos cómo se moviliza una concepción de la maternidad desde la cual se conciben de forma menos contradictoria, menos culpabilizada, menos sacrificada, decididas a vivirla con mayores y mejores oportunidades de realización en lo social, lo laboral, lo económico, político y cultural.

En este orden de ideas, a partir del estudio: ***Maternidad innovadora, significados y prácticas en Cartagena de Indias*** será posible comprender cómo construyen sus identidades mujeres- madres cartageneras, para concebir el

ejercicio de la maternidad con una visión innovadora, que les permite asumirse y posicionarse con una concepción y un ejercicio diferenciado al de su madre y padre.

Para ello, he de situarme desde los relatos de vida de estas mujeres, a partir de sus vivencias como hijas y madres, como una forma de entrar en la comprensión de su historia pasada, presente y la visión que expresan de futuro. Sólo con una lectura al pasado, con las remembranzas y vivencias en las familias de origen; con el relato de experiencias y proyectos vitales construidos como mujer y madre en su cotidianidad, y la visión hacia el futuro que planean para sí mismas y los proyectos familiares, será posible insertarnos en la reflexiones sobre cómo ellas, han logrado tomar distancias de sus vivencias durante la infancia, adolescencia y/o adultez. De tal forma que pueda conocerse cómo han ido construyendo sus identidades desde posturas y prácticas que redefinen la maternidad y los significados que, históricamente, han denotado la concepción de la feminidad.

Para llevar a cabo este propósito me he fundamentado en las siguientes preguntas de investigación: ¿Qué etapas, hitos y motivos han pasado en las historias de estas mujeres madres que explican, a través de sus narrativas, los quiebres en las formas de concebir y asumir la maternidad? ¿Qué elementos del contexto y de la construcción de las identidades de género contribuyen a que algunas mujeres innoven respecto a las formas de ser madres en Cartagena de Indias? ¿Qué características presenta la maternidad innovadora ejercida por estas mujeres a partir de sus relaciones como hijas y sus significados y vivencias como madres? ¿Qué contactos sociales y culturales han contribuido a que algunas mujeres-madres incorporen en su trayectoria de vida funciones diferentes a la maternidad?
En este contexto, la investigación atiende las narrativas intervinientes en los significados y prácticas desde los cuales se construye las identidades de mujeres-madres innovadoras, y nos preguntamos si ello ocurre desde las contradicciones

cotidianas en su proceso de crianza y/o desde los elementos del contexto que hoy privilegian un ejercicio transformador de la maternidad, así como las representaciones sociales que vienen cobrando vigencia.

El comprender cómo se construyen las identidades de estas mujeres-madres y las incidencias del contexto en ello, implicará profundizar en aspectos tales como la educación, la planificación familiar, las expresiones afectivas, el ejercicio de la autoridad, el trabajo productivo y reproductivo, constituyen luchas y tensiones en el ámbito privado y público, en el relacionamiento con la masculinidad (Bonilla y Morad, 2000).

Al aproximarnos a estas reflexiones, es preciso tener en cuenta que su desarrollo se hace a la luz de dos aspectos fundamentales. Por un lado, la categoría de género, como postura que aborda la reflexión de las relaciones de lo masculino y femenino, y específicamente la transformación de la maternidad entendida desde una postura innovadora que recrea los significados tradicionales construidos alrededor de esta función. Por otra parte, el análisis desde los estratos sociales al que pertenece este grupo de mujeres,-se clasifican en dos grupos: A y B-, que evidencian las diferencias marcadas por la pertenencia, sus relaciones con el contexto y las oportunidades que éste provee a las mujeres, y que les permite tomar distancias de la tradición e incorporar la innovación con menos tensiones y conflictos, cuando se incorporan otros proyectos vitales.

Lo anterior, resulta de vital importancia porque no todas las personas incorporarán las fuerzas innovadoras de la misma forma, ya que el cambio está mediado por ideas, impulsos, deseos, expectativas, riesgos, oportunidades y el contexto sociocultural a través del cual fluyen nuevos significados y prácticas. Frente a eventos dolorosos y/o oportunidades vividas como hijas e hijos, se puede retomar la discontinuidad desencadenante del cambio, y se incorporan expresiones

distintas a las que vivieron con sus madres. De esta manera, el cambio se enfoca en el mundo subjetivo y, de manera simultánea, con el mundo interrelacional. Es decir, que el cambio proviene de sus atributos personales, del contexto familiar y el contexto socio-cultural.

Es importante, entonces, comprender que la narrativas de estas mujeres dan cuenta de significados y prácticas de la *maternidad innovadora,* las que se expresan en su pluralidad, porque las familias no son homogéneas, presentan múltiples formas y especificidades que van respondiendo a las demandas y deseos de sus integrantes y, en el transcurso de su ciclo vital, van generándose periodos de desequilibrio y homeostasis, los primeros se constituyen en generadores de nuevas visiones y prácticas. El contexto sociocultural cobra sentido en estas relaciones familiares, ya que "las imaginaciones humanas se forman culturalmente como formas distintivas de tejer, realizar un ritual, criar a hijos e hijas, afligirse o sanar, proporcionando significado a la experiencia humana, seleccionándola y organizándola" (Rosaldo, 1991:35).

Pero hablar de *maternidad innovadora* en un contexto como el nuestro, debe entenderse como el resultado de múltiples influencias que estimulan su desarrollo. Para ello, las personas requieren una disposición inusitada para el cambio. El grupo de mujeres seleccionadas, para promoverlo, debió comprender que la insatisfacción, tensiones, malestares que posibilitan transgredir las normas, estimulan nuevas relaciones sobre las cuales se deconstruyen las reglas. "Las aspiraciones de cambio personal y social, parecen surgir de tendencias incorporadas en nuestra vida colectiva, las que se constituyen en fuerzas innovadoras de la sociedad" (Lippitt, Watson y Westley, 2001: 13-14). Estas fuerzas son jalonadas por motivos e hitos que impulsan inevitablemente la innovación.

Así, el ejercicio de la maternidad con una visión innovadora se enmarca en la construcción de los roles culturales de la paternidad y la maternidad, que presentan características diferenciales significativas, producto de cambios en la institucionalización e institucionalidad de las familias modernas, consideradas como un escenario por excelencia de relaciones personales e intersubjetivas, que incorpora otra valorización de los hijos e hijas (Palacio 2004:266-267). Y también, por supuesto, la valoración de la maternidad-paternidad y la feminidad-masculinidad.

Por lo tanto, las nuevas incorporaciones discursivas y prácticas en el ejercicio de la maternidad, se reflejan en el nuevo papel de las mujeres para educar frente a los cambios corporales, las relaciones en el escenario familiar y en el espacio público, fundamentados en posturas reflexivas y democráticas que promueven los afectos, el diálogo, la confianza y cómo hijos e hijas se apropian de decisiones autónomas sin la interferencia, desconfianza y vigilancia ejercida sobre todo hacia las hijas.

Igualmente este trabajo permite reconocer cómo, desde la construcción de sus identidades, el proyecto materno se redefine y toma distancia de los significantes otorgados por sus progenitoras -la maternidad como eje central en su vida-. Para estas madres que construyen sus identidades desde una visión innovadora, el proyecto materno se asume como una función que les genera oportunidades de crecimiento personal, familiar y social, acompañado de otros proyectos vitales que las retroalimentan.

Para ellas esto no ha sido fácil. En medio de fuertes transgresiones están luchando por transformar un contexto plagado por los rasgos de la tradición, y por movilizar un ejercicio de la feminidad y la maternidad no equiparado a los designios patriarcales que las rezagaron a la sumisión, el espacio doméstico, la

subordinación y la anulación de su propia existencia como seres humanos. Todas estas transgresiones fueron impulsadas por motivos e hitos que marcan significativamente sus historias y que hoy vienen siendo comprendidos como eventos que deben considerarse en este proceso de cambios, innovaciones y tensiones en la construcción de las identidades femeninas.

En este orden de ideas, los resultados de la presente investigación están distribuidos en cinco capítulos. En el primero, pretendo situar al (la) lector(a) en el abordaje epistemológico y metodológico desde el cual me fundamento para comprender el objeto de estudio. Retomo elementos de la investigación cualitativa (postura construccionista, el enfoque biográfico, los relatos de vida y el análisis de narrativas) como aspectos estructurantes en el estudio de la maternidad innovadora y las identidades de este grupo de mujeres-madres cartageneras, haciendo posible acercarnos a su cotidianidad, es decir, a sus vivencias y discursos construidos alrededor de la maternidad y la feminidad.

En el segundo capítulo, contextualizo un acercamiento a los discursos: *religiosos, naturalistas y científicos* a partir de los cuales se viene dando significados a la maternidad a lo largo de la historia, y dan cuenta de la fuerte presencia en las sociedades de concepciones y prácticas hegemónicas que reproducen posturas de subordinación y opresión, que remiten a las mujeres al ejercicio de la maternidad como el proyecto único de su existencia. Así mismo ilustro cómo, mediante los estudios de género, se han impulsado replanteamientos y reivindicaciones en torno al dualismo femenino-masculino, recreando nuevos significados y prácticas alrededor de la feminidad y la maternidad. Y me detengo, en especial, en un acercamiento conceptual a la maternidad innovadora, reconociendo desde esta postura el reto que asumen las mujeres, consigo mismas, con los hijos(as) y la masculinidad en la búsqueda del establecimiento de relaciones democratizantes, dialógicas y equitativas.

En el capítulo tres, consolido (a partir del análisis narrativo de los relatos de vida de este grupo de mujeres-madres) las reflexiones en torno a los recuerdos en la familia de origen. Rememoro el pasado desde sus relatos como una forma de comprender el contexto en el que fueron socializadas, y a sus vez entender los significados que durante una época legitimaron discursos y prácticas alrededor de ser mujer. Así mismo, desde estas narraciones pretendo dar cuenta de las relaciones familiares, resaltando como función asignada culturalmente a las mujeres el escenario privado, desde el que se privilegió el cuidado y protección de la familia.

El cuarto capítulo, recopilo en qué medida las transformaciones del contexto han incidido en la dinamización de procesos de cambio en la trayectoria vital de este grupo de mujeres, y en particular en la resignificación de la maternidad como función innovadora. De manera que se resalta la incorporación en el escenario educativo, la vinculación al ámbito público, los contactos sociales como generadores de nuevos significados que jalonan otras visiones del mundo y que dejan entrever cómo se han ido desplazando o modificando concepciones tradicionalistas. En otras palabras, me sitúo en un encuentro entre la reproducción y la innovación en las relaciones familiares de estas mujeres y sus vivencias como madres.

Finalmente, en el capítulo quinto, me detengo en las transgresiones jalonadas por estas mujeres, a partir de acontecimientos que constituyen hitos y motivos desde los cuales se configura la construcción de sus identidades femeninas. Para ello, desarrollo una lectura en dos temporalidades: una mirada a la entrevistada desde el ayer, que se asocia a sus vivencias como hija (infancia y adolescencia con la familia de origen), y el otra, el hoy, relacionado con su condición de madre, es

decir, desde el momento en el cual comienzan a evidenciar replanteamientos y conciliaciones en sus vivencias y los arreglos familiares.

Estos avances en el conocimiento de nuevas realidades familiares, se constituyen, entonces, en aportes que desde el escenario académico se desarrollan con el objetivo de comprender en su complejidad la dinámica familiar, a partir de posturas epistemológicas y teóricas que, al ponerse en diálogo con la cotidianidad de mujeres-madres, posibilitan repensar, abordar y proponer nuevas lecturas en el estudio e intervención de las familias en la ciudad de Cartagena de Indias. Lecturas capaces de contribuir al direccionamiento de los contenidos de las políticas estatales e, igualmente, de incidir en las redefiniciones de la funciones de las instituciones sociales frente a las formas de abordar e intervenir los problemas, para coadyuvar en realidades como la violencia intrafamiliar, las inequidades de género, la discriminación en todas sus manifestaciones y la exclusión que cercenan posibilidades cuyo efecto se evidencia tanto al interior de las familias como en los espacios públicos.

CAPITULO 1.

1. LO EPISTEMOLÓGICO Y METODOLÓGICO EN LA COMPRENSIÓN DE LA MATERNIDAD INNOVADORA.

La comprensión de la maternidad innovadora a partir de las historias contadas por mujeres-madres cartageneras, en las que confluyen significados, discursos, valoraciones y prácticas tradicionales e innovadoras impulsados por la dinámica del contexto y sus nuevas redefiniciones alrededor de las experiencias vividas implica acercarnos a ellas, a sus historias, a sus construcciones identitarias para comprender las vivencias y la trayectoria vital de este grupo de mujeres y, al hacerlo, comprender el carácter de una sociedad y de su época (Acuña citado por Selman,1998:83). Es decir, entender las transformaciones y los dilemas que vivencian hombres y mujeres en su contexto histórico-social.

En este sentido, el propósito de este trabajo de investigación reside en el análisis y comprensión de la maternidad innovadora, desde las ciencias sociales. Para ello me fundamento en la postura epistemológica de que todo acto es co-construido a partir de la interacción social comunicativa con otros y otras (Cubides y Duran, 2002:43). Esto supone el énfasis en los aconteceres de la cotidianidad, sus implicaciones en el contexto y, sobre todo, la reivindicación de los(as) actores sociales como sujetos activos en el proceso de producción y construcción de conocimiento, significaciones e interpretaciones de las realidades sociales donde tanto hombre y mujeres son los protagonistas.

1.1. La cuestión del conocimiento

El estudio acerca de la maternidad innovadora se fundamenta en la investigación cualitativa, a partir del análisis desde la postura construccionista que privilegia a los actores(as) sociales, sus vivencias e interacciones con el contexto en la construcción de su cotidianidad y sus realidades sociales. Situarnos desde estas posturas es reivindicar el papel de los actores sociales como constructores y productores de historias. Reconocemos que las emociones, las intenciones, la memoria, el pensamiento, las acciones y los conocimientos, las situaciones y hechos que a lo largo de su trayectoria vital han vivenciado particularmente estas mujeres-madres, son construcciones sociales. De manera que los significados, representaciones y prácticas que elaboran estas mujeres no son sólo el producto de la mente individual –como lo planteó Jean Piaget- sino de intercambios relacionales que se recrean dinámicamente (Piaget citado por: Kisnerman, 2005:115).

En este sentido, el presente estudio se soporta en la construcción de conocimientos a partir de las subjetividades, cuya expresión se evidencia en los lenguajes del sujeto: significados, representaciones, discursos, simbólico e imaginarios (Martínez y Bonilla,2000:25), desde donde mujeres-madres perciben y elaboran imágenes de las realidades cotidianas en la que están inmersas; con esto posibilitan la visualización de vivencias, el acercamiento a acontecimientos signados de tipificantes histórico-culturales, y la reelaboración de sus historias. Fundamentarse en esta postura constituye, entonces, la necesidad de reconocer las voces de las personas, por ello es, preciso entrar en medio de este juego donde fluctúan, sus ideas, sentimientos, concepciones en analogía y/o contradicción con otras y otros actores sociales.

Así, desde la posición construccionista, el proceso de comprensión y aproximación a las realidades no se conduce automáticamente ni de forma mecánica, sino que es el resultado de una empresa activa, dinámica y cooperativa de personas en relación permanente (Gergen, 1993:11). Por tal razón, para los contruccionistas las significaciones se co-construyen entre actores e investigador(a) en un contexto social (Kisnerman, 2005:115) histórico y cultural, dado que se encuentra en constante estado de reinvención.

Podría decirse que nos sumergimos en un momento de horizontalidad, donde tanto la investigadora como las mujeres- madres emprenden un diálogo en el que el "saber" se convierte en un aspecto determinante que impulsa a introducirnos en esta trama de valoraciones, discursos y representaciones motivados por el saber con otros y otras. De ahí que la narración de las experiencias cotidianas de estas mujeres, adquieren significados para la investigación, desde una postura reflexiva, con capacidad para centrar su interés analítico en esos discursos, valorarlos y contextualizarlos como lenguajes y vivencias que expresan y personifican mujeres en similares momentos históricos y relacionamientos culturales.

De ese modo, la creación continua de significados desde el juego del lenguaje e interacción con otros(as) permite sumarnos a la construcción de las realidades desde adentro, en un contexto de acontecimientos precedentes y consecuentes, que se expresan a través de ideas, conceptos, recuerdos, sentimientos que surgen en el intercambio social y en el diálogo (2005:116). Estas construcciones continuas, expresadas hoy por mujeres que están movilizando cambios y que perfilan una tendencia innovadora en la vivencia como mujeres y madres, reflejan cómo se alejan de posturas androcéntricas donde la división del trabajo, la exclusión y el papel de "sacrificadas" se va transformando e incorporando a su vida decisiones propias, influidas por factores socioculturales y sus propios idearios que impactan sus identidades.

En este sentido, al fundamentarme en la postura construccionista, develo, actores, historias, contextos desde los significantes y valoraciones de las personas que como seres de lenguaje, construyen y deconstruye en el lenguajear[1]. Por tal motivo, no es pertinente plantear posturas o criterios definitivos frente a un hecho, acontecimiento y/o suceso. Cada día los sujetos, desde los nuevos escenarios, cimientan nuevas interpretaciones, lo que hace dinámicas las elaboraciones del mundo de la vida, de la ciencia, del conocimiento. Desde esta perspectiva, se propone dar un paso, desde las posturas rígidas positivistas con el fin de reivindicar el uso de posturas interpretativas y comprensivas que conciben al ser humano como sujeto de conocimiento.

Por ello, la investigación abordada desde lo cualitativo y el construccionismo social, apunta a descubrir las características, captar los sentidos, significados y concepciones en mujeres acerca de la maternidad; y se fundamenta en el enfoque biográfico, los relatos de vida y el análisis de narrativas como estrategias para desarrollar un proceso de construcción de conocimiento desde los sujetos sociales como productores y actores de historias a partir del diálogo. En éstos resulta de vital interés tener en cuenta la intuición y los sentimientos no sólo de la investigadora, sino también de las mujeres-madres entrevistadas, la influencia en su marco de vida, su visión del mundo, sus aspiraciones y sus praxis (Deslauriers, 1998:70).

El propósito es recuperar y develar el papel de los(as) actores(as) sociales en la construcción de realidades, explorando lo íntimo, lo privado, lo cotidiano que nos acerca a comprender sus concepciones y actuaciones, la forma como representan sus vivencias y experiencias pasadas, presentes y futuras, como construyen las

[1] Para profundizar sobre este aspecto, consulte: Maturana, Humberto. (1995). *La democracia una obra de arte.* Cooperativa Editorial Magisterio. Santa fe de Bogotá. Colombia.

identidades y como se relacionan en el contexto. Es abordar el debate entre el conocimiento de sí mismo(a) y el de los otros(as) el diálogo intersubjetivo; es decir, una comprensión “desde dentro” (Cornejo: 2006).

En este juego fluctúan subjetividades e intersubjetividades de la investigadora y las madres partícipes de la investigación, en un proceso dialéctico, desde el espacio que ocupan, al hablar, actuar, andar, nos reconocemos, enriquecemos nuestras concepciones del mundo a partir de nuevos significados. Podría afirmarse que éste es un estado problematizador a lo largo de la investigación porque la *experiencia propia y la ajena* están en una relación donde afloran contradicciones y convergencias. Sin embargo, en el papel de investigadora es preciso tomar conciencia de la necesidad de colocar distancia entre el criterio propio y los saberes cotidianos para no prejuiciar o prefigurar lo hallazgos y posibilitar la construcción de realidades desde las pluralidad de individualidades.

Desarrollar un abordaje a partir de cada una de estas posturas, nos sumerge en un mundo complejo de significados y ambigüedades, pues en la investigación cualitativa aún persisten dilemas al momento de hacer referencia a una u otra. No obstante, la intención no es establecer precisiones. Por el contrario, se pretende hacer un recorrido, fundamentado en los aportes teóricos de varios autores y autoras que reconocen aspectos de identificación, para dejar sentado que la construcción de conocimientos se concibe desde los sujetos sociales.

Para acceder a ella, según los objetivos del estudio en mención, he tenido en cuenta como categorías que lo trasversalizan, la perspectiva de género, el estrato social y el contexto desde el cual se habla y del que se habla: las familias, el trabajo, el sistema educativo, la planificación de la maternidad, entre otros.

De acuerdo con lo expuesto, la investigación: ***Maternidad innovadora, significados y prácticas en Cartagena de Indias*** ocupa un papel importante en el estudio de fenómenos sociales cambiantes, *in vivo* (Deslauriers, 1998: 70), que se desarrollan en la realidad, en la cotidianidad de hombres y mujeres, y constituye un abordaje de las interacciones, representaciones, simbologías que permiten entender las relaciones del individuo con su entorno social y cultural.

1.1.1. La pregunta por el enfoque

Se define para esta investigación el enfoque biográfico, ya que posibilita **"**restaurar el papel del individuo, de la acción social y de los aspectos cualitativos en la comprensión de las sociedades contemporáneas" (Ortega, citado por Selman, 1998: 76). El enfoque biográfico, propuesto por Godard y Cabanes, se define como un proceso continuo de investigación cuyo eje es el tiempo, el cambio de las personas a través de la construcción de temporalidades sociales. (Godard y Cabanes citado por: Puyana, 1999:127). Daniel Bertaux, uno de los clásicos estudiosos del enfoque biográfico, lo considera como una estrategia de investigación alternativa al positivismo sociológico y al rígido estructuralismo. (Bertaux citado por: Massolo, 1998: 14)

Por otra parte autores, como Digneffe (1995), afirman que el enfoque biográfico permite salir de la oposición individuo-sociedad, y conduce a un estado de integración donde las acciones y construcciones individuales se van amalgamando a los procesos sociales y de cambio social de la vida de hombres y mujeres. Así mismo, plantea la articulación de los mundos subjetivos de cada actor en interacción permanente con los mundos subjetivos de otros actores y reelabora un constructo social producto de mediaciones e interpretaciones individuales y sociales (Digneffe citado por Cornejo, 2006).

Esto permite dimensionar que los relatos individuales elaborados por las mujeres-madres, corresponden a historias sociales cuyos discursos dan cuenta de un constructo social, histórico y cultural; de tal manera que, a partir del contacto con dicha trama es posible dimensionar y aproximarse al conocimiento y comprensión de la vida de estas mujeres y, a su vez, indagar sobre las representaciones y concepciones de la época. Desde esta perspectiva se afirma que las acciones individuales se encuentran ancladas íntimamente en las acciones sociales, con lo cual configuran un conjunto de redes sociales en las que los seres humanos están inmersos, pues hombres y mujeres reconocen su existencia integrados al contexto en que evolucionan constantemente.

Parafraseando a Juan José Pujadas, en relación al enfoque biográfico, me sitúo en ese punto crucial de convergencia entre el testimonio subjetivo de las mujeres-madres, a la luz de su trayectoria vital, de sus experiencias, de su visión particular, plasmadas de una vida que reflejan una época, unas normas sociales y unos valores compartidos con la comunidad de la que forman parte (1992:45).

Este proceso de recrear e interpretar la propia vida desde el saber individual, prioriza el valor de los actores sociales en la producción de historias; hombres y mujeres como actores privilegiados que conocen su propia vida, su pasado, protagonizan su presente y se debaten en el futuro; es decir, se vive un juego entre entrevistadora y entrevistadas, en el que confluyen tres dimensiones el ayer, el hoy y el mañana.

1.1.2. Los relatos de vida: hacia la construcción de mundos subjetivos de madres innovadoras

El uso de la estrategia metodológica de las relatos de vida en las ciencias sociales y en particular en esta investigación, nos introduce en un "universo en donde los procesos de la vida cotidiana, de las relaciones sociales y de la historia son vividas, sufridas, producidas, sentidas, imaginadas, inventadas e interpretadas por seres humanos, unos anónimos y otros conspicuos, pero todos bregados con la fuerza ciega de la necesidad y la determinación, de lo inesperado y lo incontrolable de la historia y la sociedad" (Ortega, citado por Selman,1998: 76). Esas representaciones, vivencias, construcciones discursivas guardan una estrecha relación con los significantes del contexto, desde donde estas actoras sociales, mujeres-madres, recrean sus oportunidades, limitaciones, experiencias, pero sobre todo sus percepciones y concepciones para comprender su contexto social.

Desde esta perspectiva el relato de vida, como fuente oral de información y conocimiento de la realidad, tiene un carácter indefectiblemente subjetivo, por cuanto es producto de la mirada de las personas que hablan, en su individualidad, versión e interpretación de los hechos, planteado desde la subjetividad de la investigadora en su propósito de captar y comprender los sentidos, significados y comprensiones de los sujetos (as) con quien conversa (France, 1998: 34).

El relato de vida, como estrategia metodológica, se fundamentada en la narración que una persona construye acerca de sí misma, como una manifestación del yo a través del tiempo. En esta investigación se asume como la forma en cada una de las mujeres-madres se presenta a la investigadora en medio de una profunda interacción comunicativa. Es decir, relato que desde su subjetividad hace de sus interacciones sociales y sus vivencias, lo cual implica la propia representación de

su yo, a partir del recuerdo, de su autobiografía. (Bertaux-Santamaría citados por Puyana, 1999: 124-125).

En este sentido, los relatos de vida orales forman parte de la gama de procedimientos de investigación acerca de las mujeres y hombres. Se constituyen en instrumentos claves para combatir la “invisibilidad” -omisión de la existencia de las mujeres dentro de diversas áreas de las humanidades y ciencias sociales-, así como para desbloquear el silencio femenino, producto elocuente de la subordinación y discriminación de género (Massolo, 1998:12). Así mismo, se constituyen en instrumentos para entender y comprender los significados que construyen hombres y mujeres en torno a sus vivencias y experiencias cotidianas, y la dinámica discursiva en la reproducción de relaciones de poder.

Esto es fundamental por cuanto el recuento de la vida -entendida como un conjunto de emociones, relaciones y acciones entrelazadas, a través del tiempo, con las de otros individuos, en el contexto de una totalidad social y cultural- (Piña: 1988:138), establece una mediación para el reconocimiento de cada mujer y hombre que la protagoniza, de sus gestos, sus preferencias, sus sensaciones, en interacción con el contexto en que se desenvolvieron, los acontecimientos, el lugar y sus procesos. Contar historias es, entonces, traducir la cotidianidad en palabras, gestos, símbolos, anécdotas y relatos, que expresan la interacción entre la historia personal y la historia social (Barreto y Puyana, 1996: 183).

Los relatos de vida constituyen, entonces, la estrategia que permitirá acercarse a las historias de las protagonistas, en la medida en que aportan elementos para comprender el antes y el ahora. Y cómo las mujeres-madres visualizan, internalizan e interpretan su acontecer en el mundo. Trabajar con base en relatos de vida, posibilitará en primera instancia conocer los sentimientos, las percepciones, las ideas, las concepciones y vivencias que las madres elaboran en

torno a la maternidad. Por otro lado, a partir de esta estrategia se posibilitará la visibilización de las particularidades de madres que, con sus posturas innovadoras -plagadas de conflictos, contradicciones y redefiniciones- perfilan una nueva manera de asumir la maternidad hoy, y permiten reelaborar y reconstruir un legado de género correlacionado con el contexto en el que ellas se desenvuelven.

De Igual manera, reconozco la importancia de las historias individuales de mujeres-madres cartageneras en la construcción de historias colectivas a partir de las diversidades individuales. Es decir, en el desarrollo de la investigación se transita por historias individuales, familiares y sociales que se articulan mutuamente, a través de las cuales es posible captar los sentidos, significaciones, ambigüedades, permanencias y cambios en la concepción y ejercicio de la maternidad, y la forma cómo transforman o revierten su proyecto vital a partir de las reinterpretaciones y/o las visiones subjetivas con la que cada uno(a) se ve a sí mismo(a) y a los otros(a).

Esto es fundamental pues la multiplicidad de relatos que se logran interceptar en las narraciones de las personas, nos permiten ir integrando historias a partir de relatos particulares o que mantienen relaciones. Esto posibilita avanzar hacia una visión holistica de las realidades sociales. Pero ésta no debe confundirse con reducción de la misma o generalización de las situaciones. Por el contrario, de acuerdo con Pujadas la idea central consiste en hacer convergente los relatos de experiencias personales hacia un punto central de interés, un tema común, del que todos los sujetos(as) han sido a la vez los(as) protagonistas (1992:56-57), en este caso, las posturas que estas mujeres asumen frente a la *Maternidad Innovadora.*

En este sentido, los relatos de vida de estas mujeres- madres permiten construir y recrear versiones alternativas de la historia social a partir de las historias

personales, que vienen a constituir imágenes que se articulan mutuamente – a través de símbolos, palabras y frases- hasta consolidar un sinnúmero de imágenes con ciertas propiedades y singularidades que fluctúan en medio de recuerdos y olvidos. Estos se entrelazan y conforman una pluralidad de acontecimientos que, implícitamente, tienen un trasfondo matizado por las realidades cotidianas; se constituyen en vivencias no desagregadas de los acontecimientos histórico-culturales y son parte de un contexto social.

En toda esta trama de la construcción de historias personales, familiares y sociales, la memoria es el dispositivo esencial y generador del relato de vida y es la actividad de la mente humana que elabora reconstruyendo el pasado y lo vivido. La mente produce los recuerdos y también los olvidos, ambos resultados posibles de toda operación de la memoria. “Como fuerza subjetiva que penetra y circula a través del pasado personal y colectivo, la memoria reconstruye, reinterpreta y preserva -con las ideas, aprendizajes, afectos e identidades del presente- los sucesos, experiencias y relaciones con las individualidades y colectividades del pasado” (Massolo, 1998: 15).

Adoptar el relato de vida como recurso de esta investigación, implica contar con la voluntad de las mujeres para participar en ella. Esto requiere que la investigadora las motive para “reconocerse a través de su relato, para mirar su vida a distancia, trabajar sobre el recuerdo y contribuir a la formación de una conciencia reflexiva” (Valdés, citada por Barreto y Puyana, 1996: 185). Para ello, es necesario crear un ambiente propicio, un clima de cordialidad, confianza y espontaneidad que posibilite el diálogo, que permita a las mujeres reencontrarse a sí mismas y recrear su historia; que sus recuerdos fluyan con más claridad y afloren los momentos de su vida íntima en el reconocimiento de sus identidades, de tal manera que se asuman como protagonistas y autoras de sus vidas. De esta forma, cada historia

se constituye en aportes significativos al reconocimiento de formas de maternidad que se han ido reconstruyendo en la sociedad.

Así, pues, la elaboración del relato de vida constituye un momento crucial durante la investigación, pues hace parte de una conversación, no solamente entre individuos, sino también entre categorías de individuos que participan de manera silenciosa en el relato (France, 1998: 34). El personaje que cuenta la historia evoca su pasado, su presente y algunas veces los recrea en el futuro con cierta intencionalidad. Así, la fuerza del discurso se hace cada vez más intensa al referirse a uno u otro personaje que participa decididamente en su historia, la mujer-madre como actora central decide quiénes intervienen en el diálogo de su relato. En ese sentido, el relato es polifónico, se construye como diálogo y resulta vivencial. Es ella quien tiene la autoridad para coartar su voz cuando lo considere oportuno; es entonces cuando ellos (as) se constituyen en actores cruciales en la vida de quien narra, susceptibles de permanecer en la historia.

Cada relato de vida se convierte en un espacio complejo de interacción social, que integra un sistema de roles, expectaciones, normas y valores implícitos, oculta tensiones, conflictos y jerarquías de poder (Ferrarotti, citado por France, 1998:31). En el encuentro entre investigadora y entrevistada se priorizan los puntos subjetivos de ambos, ya que aunque el(la) investigador(a) quiera guardar distancia frente a lo que se expresa, sus representaciones y concepciones median en el momento de indagar e incitar al recuento de lo vivido, en este caso, por las madres. Las circunstancias del relato no constituyen una acción planeada, pero sí se podría decir que es un acto intencionado por “descubrir” aquello que se desea conocer. Implica trabajar con una especie de referente de guía, que permite orientar el proceso a través de una serie de núcleos conversacionales que nos acercan a la comprensión de las experiencias y mundos constituidos histórica y socialmente por estas mujeres.

El “relato se construye a través del diálogo entre subjetividades plenas de experiencias vitales, temores y sentimientos; por tanto, se requiere una actitud empática encaminada a propiciar la libre expresión de ideas y emociones y a lograr el acercamiento necesario para mantener vivo el intercambio” (Barreto y Puyana, 1996: 185). Al mismo tiempo, al realizar un relato de vida la entrevistadora y entrevistada aportan sus propias emociones, las cuales se interceptan en un diálogo intersubjetivo por lo cual se requiere que hayan reconstruido previamente su propia historia para alcanzar una actitud autorreflexiva ante los relatos. Esta experiencia es posible cuando la investigadora reconoce el relato narrado como un aporte valioso de las mujeres, y las constituye en actoras para el desarrollo del conocimiento, que en relación a la maternidad tienen muchas aristas y explicaciones.

Lo anterior supone centrarme en todo ese conjunto de valoraciones que fluctúan en medio del juego intersubjetivo, donde las entrevistadas rememoran y evocan el presente, sus vivencias en relación a sus prácticas como hijas, a las cuales otorga significado a partir de la manera como asume la función materna hoy. Este recordar estuvo cargado de emotividad, permitió sumergirse en la historia; encontrarse con el sí misma en un proceso de autoreconocimiento.

En la medida en que las mujeres- madres se situaron vivamente en sus recuerdos, en aquello que deseaban extraer y revivir en el presente, se tuvo la oportunidad de desentrañar con mucha más emotividad, efusividad y elocuencia, eso que anhelaban contar y poner a disposición de la investigadora. De igual manera, para muchas de esas mujeres, este momento de la entrevista se convirtió en un espacio propicio para la autorreflexión e interpretación de sus vidas. Detenerse un instante a transitar entre recuerdos y olvidos a veces negados o simplemente reprimidos, generó nuevos significados y la resignificación de los culturalmente

construidos. Así, la profundidad e intensidad con que se vivió la entrevista permitió reconocer las cargas de emociones y sentimientos, presentes en las historias, donde se conjugan alegrías y tristezas, expresadas en llantos, risas, silencios, en un lenguaje que articulado a lo verbal posibilita un encuentro comunicacional, donde la investigadora se convierte en partícipe de la historia, se suma a la narrativa, entra a comprender e incluso es impactada por las vivencias y experiencias relatadas.

Lo anterior pone de presente que el relato de vida está mediado por la "interpretación del pasado por parte de quien narra, desde la perspectiva del presente e incluso de un futuro, y no corresponde en exclusividad al pasado. Así como un historiador no puede volver al pasado, sino interpretarlo" (Puyana, 1999:133). Cuando se hace una relectura del relato de vida debe considerarse que quien relata observa la vida con los ojos del presente. En conclusión, el relato de vida expresa la historia social, pero no es un reflejo de la misma; no existe un isomorfismo entre él y la vida social.

De acuerdo con lo enunciado, es recurrente señalar, como lo enuncia Alejandra Massolo, que el camino de investigación con relatos de vida, permite la recuperación y reconstrucción de memorias femeninas (1998: 18). Y, habría que agregar, de memorias masculinas, en la medida que contribuyen a las reflexiones, debates, generación de nuevos interrogantes que posibilitan enriquecer y complejizar los enfoques, interpretaciones y discusiones-diálogos de saberes sobre los estudios de género. Los relatos de vida se convierten, así, en valiosos aportes para las y los investigadores, escritores y académicos(as) cuyas inclinaciones, esfuerzos y retos lo constituyen el avance del conocimiento en esta área.

1.1.2.1 Transitar entre tiempo y espacio en la construcción del relato de vida

Incitar a un individuo para que cuente su propia vida, reflexione sobre ella e identifique aquellos eventos, significados, momentos dolorosos y giros que envuelven sus vivencias, se constituye en una alternativa para acercarse a historias desconocidas, silenciosas e inexploradas, pero con contenidos valiosos.

Quienes se deciden a contar su historia se introducen, de forma paradójica, en una trama en la que tiempo y espacio, como dimensiones constitutivas del recuerdo, hacen parte de la articulación e interpretación de una serie de acontecimientos de los cuales este individuo participó o tiene la certeza de lo ocurrido. Ambos constituirán aspectos fundamentales para comprender la manera en que este personaje emprende la remembranza de su vida.

El tiempo está presente en la referencia y connotación del relato, y se constituye en uno de sus ejes trasversales; permite articular los recuerdos y los olvidos, la importancia de lo acontecido, lo que surge como experiencia de cambio y lo que se diluye en los inconscientes implícitos en la narración (Santamaría y Marinas, 1997: 284). Con ello, se reelabora la historia de una persona a partir de la remembranza en la que se amalgaman sucesos pasados y que son interpretados desde el presente.

Somos sujetos portadores de historias, constituidas por sucesos y episodios que se traen al presente a grandes rasgos, con unas pocas características para cada fragmento de recuerdo (Loftus, citado por: Huberman, 1998: 197), con tendencia a reinventar el pasado para darle sentido al presente, a partir de nuestros giros temporales que marcan paulatinamente la manera como otorgamos significado. De ese modo, el tiempo se ha de constituir en el “bastidor sobre el cual se va enhebrando y tejiendo la historia de vida, es la dimensión primera e irrenunciable

para organizar el relato" (Santamaría y Marinas, 1997:283). El tiempo es reelaborado subjetivamente por el personaje narrador, y permite asociar los acontecimientos, de tal manera que se mantenga el sentido y la ''lógica'' de la historia.

En este orden de ideas, el presente estudio deja entrever, a lo largo de la secuencia discursiva de las mujeres-madres, aquellos sucesos significativos que han transcurrido en el tiempo, en relación con su función de madre. Pero también evoca recuerdos cuyas representaciones se definen en relación con su padre y madre, su pareja, los hijos e hijas, con el contexto cultural y sus interacciones con el grupo social donde se inscribe. Indagar o cuestionarse frente a estos tiempos permitirá visibilizar: ¿Cuáles son las posturas que asumen estas mujeres en relación con sus progenitoras? ¿Qué elementos de la tradición siguen vigentes y cuáles hacen ruptura con la forma de ser, asumir, concebir la maternidad hoy? ¿Cómo estos discursos transversan la construcción de sus identidades? ¿Cómo se transgrede la visión histórica y socio-cultural de la maternidad?

Otra de las dimensiones que se tienen en cuenta en este proceso es el contexto en el cual se habla y del que se habla, ambos articulan conflictos de identidad en el relato de vida. Todo relato se inscribe y mueve dentro de un "espacio que es social y concretamente vivido: la ciudad, el barrio, la vivienda, la familia, el ámbito laboral, sociabilidades unidas a lugares y objetos" (Cavallaro citado por: Massolo, 1998: 16).

El tiempo de la vida cotidiana y el espacio vivido adquieren particular presencia y significación en la memoria de mujeres, en la intención de recuperar su historicidad, la pluralidad de sus experiencias y reflexionar detenidamente sobre ellas. Realizar este proceso supone extraer de los recuerdos todo un repertorio de acontecimientos e ir hilvanando uno a uno, hasta reconstruir lo que sería su

legado. El espacio se convierte, entonces, en un referente de identidad, está presente como producto y como productor de las instancias del relato (Santamaría y Marinas, 1997:283).

La historia que una mujer- madre cuenta remite de inmediato a un tiempo y un contexto que revela los sucesos que tuvieron lugar en su vida, los personajes que intervienen en ella y los hechos históricos de ese momento. El recuento de dicha historia está influido por las interpretaciones que desde el presente, configuran su pasado. Así, relatan su vivencia individual, familiar y social, tomando como referencia las nuevas representaciones y significados que elaboran de los actores sociales, los conflictos y el contexto donde inscribe su vida y las experiencias.

De acuerdo con lo señalado, tiempo y espacio son dimensiones co-sustanciales, una supone a la otra y viceversa. El proceso de elaboración de relatos de vida está interceptado por la construcción cultural del tiempo, que varia progresivamente. Es una reflexión-justificación del ayer vista con los ojos del hoy; porque las sociedades están experimentando constantes transformaciones que impactan tanto prácticas, como imaginarios y representaciones de sus miembros. Este proceso incide notablemente en la construcción de sus identidades. Los nuevos contextos también aportan elementos que permiten replantear normas, creencias y mitos reproducidos culturalmente. En este sentido, puedo afirmar que las concepciones y significaciones de la maternidad, como construcción cultural, entran en un proceso de redefinición, tanto en hombres como mujeres, quienes, influidos por la racionalidad propia de la modernidad, se cuestionan en relación a su rol paterno y materno.

En las elaboraciones subjetivas de estas mujeres van a incidir de manera amalgamada, nuevas redefiniciones transversadas por las concepciones que sobre el género se han construido históricamente y las aspiraciones que a partir

de la ocupación de un determinado estrato social, etnia, edad, conformación familiar, vinculación al ámbito privado y público, experiencias y condiciones particulares.

Igualmente se destaca el papel fundamental de la categoría género en la construcción de relatos de vida. El género, como categoría de análisis, se concibe como producto y producción de aquellas actividades conversacionales espontáneas y cotidianas de la gente, mediante los cuales se establecen relaciones entre lo femenino y masculino (Muñoz, 2004:95). Estos imaginarios de género construidos a partir de los intercambios lingüísticos, son elaborados desde las subjetividades cuyos imaginarios socio-culturales promueven significados y practicas que legitiman las imágenes asignadas a mujeres y hombres.

Por tales razones, Isabel Bertaux señala que el género también cambia el relato, las diferencias entre hombres y mujeres aparecen en la vida y en la manera como la cuentan (Bertaux citada por Santamaría y Marinas, 1997:283). El género en los relatos de vida se va definiendo de acuerdo a las consideraciones que sobre él se tengan, en diferentes momentos de la historia. Como todo constructo cultural, sufre transformaciones, es constante su presencia. Pero las modalidades que adopta son diferentes y las relecturas que va realizando cada uno o una significan una manera de habitar el mundo y de estar en interacción con este (1997: 284).

Desde esta perspectiva, la categoría género permite percibir la manera como las mujeres-madres expresan y elaboran a partir de sus relatos –de las construcciones discursivas- explicaciones acerca de la maternidad y la paternidad, las relaciones de género y la manera como se autodefinen según los elementos que han reproducido de la tradición y aquellos que incorporan en los procesos de cambio social, lo que se revierte en la construcción de sus identidades genéricas.

En este sentido, el género constituye un aspecto fundamental a lo largo del análisis y comprensión de los relatos.

Fundamentarse en dicha categoría al adelantar un estudio sobre familias, ha de constituirse en una estrategia prioritaria, ya que las valoraciones, asignaciones de poder y las jerarquías de género son creadas, reproducidas, mantenidas e innovadas día a día, a través de las interacciones de los miembros del hogar. En las familias es donde la división sexual del trabajo, la regulación de la sexualidad, la construcción social y cultural y la reproducción de las relaciones entre los géneros se encuentran arraigadas. Por esta razón, develar las relaciones de género en las familias es dar cuenta de las relaciones de género en la sociedad.

Es preciso añadir que desarrollar un estudio que privilegie la categoría género, como medio de acercamiento al conocimiento de las mujeres, es la oportunidad de avivar las voces de ellas, pues la estructura social con sesgos patriarcales a lo largo de la historia ha posibilitado que sean los hombres quienes se expresen por ellas, cuando han sido y deben ser las protagonistas. Por tal motivo, en este momento se desea que sean las mujeres- madres cartageneras quienes cuenten su historia, que sean las actoras claves de este proceso investigativo, las que argumenten sobre su vida, vivencias y experiencias. Son estas mujeres quienes conocen su pasado presente e ilusiones del futuro. Esto, a su vez, comprende la evidencia de las diversas formas que ha asumido la paternidad, sus cambios y sus tensiones inherentes.

1.1.2.2 El análisis narrativo: una mirada a los relatos de vida

En este apartado, retomo las sugerencias de Coffey y Atkinson acerca del análisis narrativo, centro la atención en las cualidades narrativas de los relatos (2003:64),

teniendo en cuenta que la intención es llegar a la elaboración de historias de vidas, en las que interpretaciones de actores sociales con mis interpretaciones como investigadora, se fundan para comprender las realidades sociales.

Concibo que en cada relato hay una organización y representación del mundo, aunque ésta sea incompleta, cargada de puntos oscuros, contradictorios, nombrados o innombrables pero igualmente valiosos, porque denotan realidades construidas desde adentro. Estas construcciones se interceptan díalógicamente con los fenómenos y sucesos del mundo como parte de ese constructo histórico-cultural que se va configurando por medio de la articulación de sucesivas vivencias, en este caso de aquellas en correspondencia con las relaciones de estas mujeres-madres con su familia de origen y sus experiencias de vida cotidiana con hijos e hijas. Así que nunca es la historia de uno solo o de una sola, siempre hay otros que están invocados y presentes en las historias. (Santamaría y Marinas, 1997: 284), bien sean: padre, madre, abuelas, tías entre otros(as) familiares, quienes están presentes durante la narración de la entrevistada para entender sus formas de interacción, sus distanciamientos o acercamientos con las personas que son rememorados en el relato.

Ahora bien, propuse detenerme en el análisis narrativo de los relatos de vida de estas mujeres- madres, porque mi interés consiste en usar las estructuras de tal manera que permitan identificar como cuentan las mujeres sus historias, el modo como lo hacen, cómo dan forma a los acontecimientos revividos que relatan; cómo hacen para mostrar sus ideas; cómo articulan las historias narradas y sus reacciones ante ellas (Coffey y Atkinson, 2003:69). De esta forma, el relato va adquiriendo una configuración específica y es posible ir entretejiendo una a una la trama discursiva que se revela en últimas en la producción de historias de vida.

Para emprender dicho análisis, retomo algunas de las categorías de la propuesta de Carlos Piña. En primera instancia la categoría *personaje narrador*: a partir de la cual es posible comprender la estructura del relato, en la medida que se identifican a quienes relatan la historia, en este caso, mujeres-madres biológicas, cartageneras o que vivieran mínimo 15 años en la ciudad, son las que protagonizan vivamente los relatos de su vida. Se trata de un personaje que, además de protagonizar centralmente el relato, lo narran, imponiendo sus "puntos de vistas" (Piña, 1988:160).

Esta categoría no sólo permite conocer a quién vivencia plenamente el relato sino también todos aquellos que hacen presencia en su discurso, que juegan un papel fundamental en el pasado y/o el presente, en el contexto y el tiempo desde el cual se habla. Personajes cuya presencia en el relato de vida corresponden a elaboraciones reproducidas a partir de recuerdos y olvidos, materializados por medio de las palabras y las frases de quien los evoca. En este sentido, se estaría haciendo referencia a la identificación de un personaje principal- *que se mueve entre ser el protagonista de la historia y su narrador*- y otros personajes secundarios que transitan en los relatos de estas mujeres- madres. Personajes secundarios, pues si bien alrededor de ellos no se desenvuelve la historia, son co-protagonistas de la misma y la hacen más profunda, significativa y compleja. Sin su presencia el relato del personaje principal carecería de contenido, fuerza y sentido. Esta complejidad estructurada del relato brinda cuerpo al mismo.

Es necesario tener en cuenta que todo acontecimiento e historia se gesta en un contexto histórico-social con características particulares, por lo que es pertinente identificar el "escenario" contexto- espacial donde tuvo lugar lo relatado, es decir, donde se desenvuelven las situaciones que la configuran.

Este punto de reflexión permitirá ir hilvanando los sucesos de la época y a su vez establecer relaciones con el contexto inmediato del personaje y las características del macrocontexto con el que ésta se interrelaciona. Centrar la atención en este aspecto es determinante para identificar esos elementos de cambio, de ruptura con la época, pero también para dimensionar que es lo que entra en fisura con lo nuevo, con la innovación, que expresan los procesos de socialización y de construcción de las subjetividades de hombres y mujeres.

Desde el contexto social y económico expresado en estratos sociales es posible develar que tipo de oportunidades y demandas de cambio ofrece y exige el contexto económico, social, político y cultural a cada una de estas mujeres-madres. Oportunidades que han de variar de acuerdo con la ubicación en el estrato al que se inscribe, movilizando discursos y prácticas que se incorporan paulatinamente o a través de procesos acelerados de cambio que impactan y son vivenciados de manera distinta por hombres y mujeres. Sin embargo, en estos procesos también circundan conflictos y tensiones, barreras que frenan e inhiben el desarrollo del ser humano dado que persisten fuertes carencias- amenazas que distorsionan y/o generan resistencias.

Así pues, el contexto se constituye en un aspecto fundamental a abordar en el relato porque incide de manera significativa en las posturas y concepciones elaboradas alrededor del mundo social -vivencias, experiencias y prácticas desde los que se configura los discursos sobre lo femenino y la maternidad-. Estos escenarios irrumpen en la cotidianidad de este grupo de mujeres, las que transgreden el orden social establecido a partir de demandas y apropiaciones desde las cuales ponen en cuestionamiento los significantes y valoraciones de lo femenino y masculino. Por ello, es necesario detenerme en el relato de estas mujeres- madres en relación a su infancia y sus vivencias como hijas en un

periodo que corresponde a la época de los 60 confrontándola con las funciones ejercidas como mujer-madre en los años 90.

En aras de proseguir con el análisis narrativo se apropiaron las categorías referidas a las etapas, motivos e hitos (Piña, 1988: 165-166) donde cada uno proporciona elementos clave para comprender lo relatado. De acuerdo con este autor, la identificación de tales categorías es determinante para reconocer cómo transcurre o se desenvuelve la historia del personaje, y a lo largo de esa trama extraer aquellos eventos que, al ser revividos en el presente, adquieren valoraciones y significaciones definitivas para quien relata. Esto quiere decir, que tendremos la oportunidad de identificar que es lo que provoca giros, cambios o continuidades en la vida de una u otra protagonista según su contexto familiar y las situaciones de la época.

En este sentido, a partir del estudio de cada relato, desde la noción del personaje narrador, es posible emprender la comprensión de los mismos desde su singularidad, dando cabida a su vez, al establecimiento de comparaciones entre la pluralidad de relatos. Así se evidencia en que momentos se presentan analogías entre discursos. Pongo de presente que el personaje constituye el eje central del análisis, privilegia las imágenes evocadas, sin perder de vista la integralidad de las mismas, con una visión de todo en sí misma, donde no se segmenta, sino por el contrario se articulan los eventos, etapas, motivos, e hitos que impulsan las relaciones y rupturas, muchas veces impredecibles, pero que fluyen de manera holística, del mundo privado al mundo relacional-social y viceversa.

La elaboración de un buen material de investigación compuesto a partir del análisis narrativo, depende en gran medida tanto de las características del relato del(la) entrevistado(a) como de las habilidades del investigador(a) para así

emprender el proceso de abstracción otorgándole sentido y profundidad a la estructura del relato según las categorías señaladas. Esto constituye el momento definitivo para entrar empáticamente en la vida del(la) otro(a) y empezar a sumarnos en una conversación viviente conducente a la producción de relatos de vida.

1.1.2.3 A través de los relatos de vida afloran identidades

A lo largo de este proceso de relatar la vida, de adentrarnos en el "interjuego de lenguaje" entre el investigador(a) y quien es investigado(a), nos entrelazamos en un proceso de interacción comunicativa a través del cual generamos un producto nuevo mediante la fusión de conocimiento sobre el análisis de la propia vida de quien es entrevistada. Esta conversación permite rastrear, indagar y descubrir aquellos aspectos innovadores que ayudan a entender las distancias o las fisuras que estas mujeres-madres construyen cuando se apropian de nuevas funciones, roles, relaciones con hijos e hijas y el replanteamiento en las formas de interacción, asumir y concebir la maternidad y la feminidad.

Debatirse en este proceso dialógico es posible porque somos sujetos sociales que nos construimos en el lenguaje, cada silaba, palabra y frase pronunciada ha de constituirse en un reflejo de nuestro andar y actuar que en ultimas son expresiones palpables de nuestras identidades. De este modo, cada persona a través de la discursividad elabora un personaje de sí, de su existencia cuya configuración está dada por dos aspectos fundamentales, respecto al tiempo y al contexto cultural desde donde habla la entrevistada, como determinantes de cambio sociales, los cuales inciden en las concepciones y las representaciones de su mundo donde entra en contacto con otros y otras.

Al ser consecuente con lo planteado, comparto con Puyana la idea según la cual las identidades crecen a partir de las interacciones con las personas y en los discursos que se representan en la cultura y el medio ambiente social; es decir, somos productos de combinaciones de versiones particulares (1999:124) a través de las cuales nos presentamos a los demás. Así, mediante la trama narrativa se llega a descubrir el "yo" de cada una de estas mujeres en analogía con los "yoes" relacionales que participan implícitamente en el relato, pues en la construcción de la individualidad están presentes tales mediaciones.

Siguiendo con los planteamientos de esta autora:

> La identidad es el reconocimiento del yo, a partir del otro u otra manifestando la apropiación que cada ser hace del mundo, en relación así mismo(a). De esta manera cuando se hace un recuento del relato de vida, cada uno o una reconstruye e interpreta sus identidades, porque es una reconstrucción que el yo hace de su ubicación en el mundo, sus sentimientos, sus deseos, represiones y sus interacciones sociales (Puyana, 1999: 134-135)

Lo anterior conduce a afirmar que no existen identidades estáticas, inmovibles o acabadas; por el contrario, nos movemos alrededor de identidades cambiantes, que se definen en analogía con el contexto social y cultural, la diferenciación individual y las interacciones sociales lo que induce constantemente a un proceso de construcción y reconstrucción de nuevas identidades de género en el curso de la vida.

Por medio del relato de estas mujeres-madres, se configuran sus identidades, y se tiene la oportunidad de desentrañar las elaboraciones y redefiniciones en relación a la feminidad y la masculinidad en su vida cotidiana, en las relaciones con los hijos(as), con la pareja, con las familias en general, la valoración que atribuyen al ser mujer- madre, a la sexualidad, la división sexual del trabajo, entre otros tantos

aspectos. En una sociedad ceñida por sesgos patriarcales que se han ido perpetuando a través de la reproducción de modelos tradicionales.

1.2. Hablando del abordaje de la información

El estudio ***Maternidad innovadora, significados y prácticas en Cartagena de Indias*** enfatizó en el análisis de los relatos de vida de mujeres-madres. Esta información fue recopilada en la investigación *"Cambios en representaciones sociales de la maternidad y la paternidad en cinco ciudades colombianas. Caso Cartagena de Indias",* que se llevó a cabo en el año 1999 y culminó en el 2003 con la publicación del libro *"Padres y madres en cinco ciudades. Cambios y permanencias"*, en el cual presentamos los hallazgos investigativos de las ciudades objeto de estudio.

En el proceso de selección de los relatos de vida, tomé como referente la concepción sobre la *maternidad innovadora,* la cual incorpora derechos a la feminidad, y permite dar giros alrededor de demandas y exigencias propias de la sociedad tradicional, introduce y establece nuevas relaciones con el contexto, las familias, el sí misma; apropiarse de decisiones autónomas frente al disfrute de la vida sexual, adoptando una postura libre ante el ejercicio reproductivo, y definiendo cuándo, con quién y cuál es la frecuencia de incorporar la función materna. En últimas, la *maternidad innovadora* se construye cuando las funciones tradicionales van haciendo fisuras con las continuidades, en sus formas de comprenderla y vivirla. Por lo tanto, se vive como un proyecto vital ligado a otros proyectos prioritarios en la vida de las mujeres. El mayor reto de una maternidad en proceso de cambio es llegar a unos mayores niveles de inclusión en el ámbito social, político - jurídico, cultural y económico de beneficios que las estimulan a reconocerse como personas garantes y promotoras de derechos frente a hijos e hijas y el entorno que las circunda.

Desde esta concepción de la maternidad, el cambio desempeña una función determinante como elemento que impulsa y arrastra a las sociedades a la regeneración- reinvención y hacia la redefinición de representaciones y prácticas que se incorporan en las estructuras mentales de hombres y mujeres. Todo cambio lleva implícitos contradicciones, avances, pero a la vez retrocesos, ajustes y desajustes en la vida de los individuos. Por ello, su estudio exige un estado de adaptabilidad de estos para hacer frente a los desequilibrios.

Esto último es definitivo, pues el cambio trae consigo conflictos y desajustes entre las personas involucradas, ya que la gente busca innovar y generar quiebres que les permitan satisfacer ciertas demandas que debido a las condiciones exógenas y endógenas del contexto, en un momento histórico determinado, no logran encontrar respuesta. Sin embargo, los cambios no son absolutos, la gente busca cambiar pero también guarda algo del pasado, Lipovetsky expresa: “Dentro del cambio en la sociedad moderna se recogen o preservan características del pasado, pues en el cambio siempre hay elementos de permanencia incorporados” (1999: 214).

Las transformaciones en el contexto imprimen cambios a las familias y generan procesos que expresan continuidad en las transformaciones como las mujeres-madres fueron socializadas. Las relaciones con el entorno incitan a incorporar nuevas formas y acciones que aunque plagadas de tensiones y conflictos evidencian esfuerzos en la búsqueda de nuevas relaciones con hijos e hijas que empiezan a reconstruir formas sociales históricamente incorporadas, las cuales oscilan entre transiciones y rupturas respecto al pasado. Y se proyectan nuevas maneras de vivir hacia el futuro. Esos cambios pueden ser visibles o invisibles, leves o fuertes, (Maldonado, 2006:114) planeados o abruptos, negociados o inesperados, pero nunca dejan de experimentarse de una u otra forma por cada miembro de las familias.

Siendo consecuente con lo anterior, las mujeres que asumen posturas innovadoras de la maternidad incorporan prácticas que transforman las percepciones y relaciones que establecen estas mujeres- madres y su lugar en el mundo, dan paso a la redefinición y a la reacomodación de elementos ya incorporados. Estas formas de expresión de la maternidad no se expresan de manera progresiva y coherente, porque en ellas circulan relaciones de poder que repliegan transiciones y giros, incorporando y modificando una dinámica constante.

Por ello, este esfuerzo investigativo se centró en develar aquellas especificidades que empiezan a emerger y que hoy se constituyen en apropiaciones masivas que las mujeres- madres incorporan como su “deber ser”. Nos lleva a reconocer que, aunque no hay estilos singulares, empieza a expresarse una maternidad vivenciada con menos contradicciones, culpas, sentimientos de fracaso, frustraciones y antagonismos. Por lo tanto, cuando se visualizan sobrecargas en las funciones, se subvierten viejas prácticas reguladas por el modelo patriarcal y reelaboran su proyecto vital en conciliación con los escenarios públicos y privados. Son estas posturas alternativas las que exigen y promueven unos derechos y socializan en derechos, sin idealizar este tipo o nueva forma de incorporar la función materna

Así pues, a la luz de estos referentes emprendí la revisión minuciosa y exhaustiva de la base de datos de 40 entrevistas realizadas a mujeres – madres de los estratos social 1, 2 y 3 y aquellas pertenecientes al estrato social 4, 5 y 6 con el propósito de identificar rasgos de innovación a lo largo de los relatos. Dicha revisión la soporté en los criterios que permitieron en la investigación anterior, ubicar a las madres en tendencia de innovación, ya que proporcionarían la información pertinente para el estudio: Es importante reconocer que los criterios que se mencionarán a continuación, se constituyeron en unos elementos flexibles

que estas mujeres han ido incorporando, sin querer idealizar las visiones de estas formas emergentes de maternidad. Es claro que se alejan de posturas tradicionales, que se manifiestan en relaciones de dedicación exclusiva al espacio privado y que privilegia el poder masculino. Los criterios son los siguientes:

- La coproveeduría se concibe como un ejercicio compartido por los progenitores.
- La responsabilidad de la socialización de los hijos e hijas es compartida por padre y madre (cuando ambos están presentes) con una postura de género incluyente en la búsqueda de la equidad.
- La visión que las labores domésticas en el hogar son compartidas, permitiendo la inclusión de unos y otros (as).
- El diálogo se constituye en una nueva forma de manejar los conflictos y ejercer la autoridad en los hijos e hijas.
- Las mujeres construyen nuevos proyectos alternativos o simultáneos a la maternidad, sin asumir por ello una postura sacrificada.
- Las expresiones de afecto (besos, abrazos, caricias), se encuentran presentes en la vida familiar.
- Las mujeres-madres que promueven la participación en la vida familiar, replantean creencias y prácticas de socialización.
- Estas mujeres- madres transgreden las formas tradicionales que histórica-culturalmente se ha atribuido a la maternidad.

A partir de esta revisión se seleccionaron ocho relatos de vida, cuatro correspondientes al grupo B, donde se ubicaron los estratos social 1, 2 y 3, y cuatro relatos de vida del grupo A, donde se ubicaron los estratos 4, 5 y 6. Una vez seleccionadas las entrevistas y realizada la revisión pertinente según las nuevas preguntas de investigación, se hizo necesario regresar a las fuentes primarias para llevar a cabo dos nuevas entrevistas, dirigidas a mujeres- madres

clasificadas en los ambos grupos (A y B), ya que algunas de las entrevistas seleccionadas presentaban vacíos que no dejaban entrever elementos valiosos para la investigación. En general, se trabajó con base en 10 entrevistas a profundidad de mujeres-madres (ver cuadro, N 1).

Posteriormente, efectué el análisis intra e intertextual de los relatos; el primero dirigido a la comprensión analítica de cada uno de los relatos, con el objeto de explorar las secuencias temporales y estructuras semánticas que nos permiten comprender los giros narrativos, personajes y circunstancias que son interpretadas por quien narra. En segunda instancia, se procedió al análisis intertextual para descubrir las semejanzas, las complementariedades y las divergencias entre los relatos (Muñoz, 2003:100). En este momento consideré oportuno soportar el análisis en algunas de las categorías propuestas por Carlos Piña (1988:164-165), las categorías retomadas fueron las siguientes:

Etapas:

Las etapas corresponden a los "fragmentos temporales con que es presentada la vida. Las etapas son variables en cuanto su duración tanto en la cantidad de texto que se le dedica (tiempo narrado y tiempo narrativo). Cada una de ellas va asociada a un "referente histórico" o anclaje. Ello significa que por lo común está más atada a la ubicación geográfica del hablante, a un estado civil, trabajo etc., que al estricto pasado de los años" (Piña, 1988: 166). Veamos como Lili rememora un acontecimiento de su vida.

Ella así lo narra: "*Mi infancia la viví en Blas de Lezo, luego mi mamá no podía tenerme porque tenía tres hijos mas, entonces fui internada. Eso fue como a los siete años hasta los doce, luego ella me fue a buscar, me quedé con ella, pero luego la vi muy pesada para los estudios, vino el bachillerato, me fui para donde*

una tía política de ella. Con ella estuve la mayor parte del tiempo, ella me ayudó, medio estudio, luego mi mamá falleció, me fui para donde mi abuela por parte de mi mamá porque ella supuestamente nos iba a cuidar, pero a los tres meses se fue y como quien dice me tocó a mi la carga sola de mis hermanos" (Lili grupo B).

Hitos:

Son "sucesos externos o internos narrados por los personajes, que son presentados como cruciales en el curso de su vida. Poseen al interior del relato capacidad explicativa o referencial. Deben aparecer revestidos de carácter extraordinario y generador de nuevas circunstancias, puede referirse al ciclo vital o a un accidente. El hito puede ser contextual o puede referirse a un desafío" (Piña, 1988:164).Centremos a continuación la atención en torno a la manifestación de un hito.

Para Eugi el separarse desde los 17 años de su familia de origen, casarse a esa edad y su deseo de búsqueda de autonomía marca tres hitos significativos en su vida. Ella así lo narra*: "Yo me caso porque era la oportunidad para yo ser libre, y tan era así que el día que yo me casé, le dije a quien era mi esposo en ese momento, "hasta hoy soy hija de familia, no volveré a ser de nadie", ya comenzaba yo a tener muestras de rebeldía y de búsqueda de mi propio camino…"* (Eugi grupo A).

Motivos:

Son "afirmaciones, directas o indirectas, que tienden a explicar conductas del propio personaje- narrador o de otros personajes del relato. El motivo puede ser "para" cuando el narrador se sitúa muy vividamente en el momento o en la época en que sucedieron los hechos; y los motivos "porque" hacen una clara alusión a

las experiencias pasadas, otorgando una explicación consciente desde la actualidad" (Piña, 1988: 166).

Siguiendo con la vivencia de esta mujer, ella expresa el motivo que la impulsó a tomar desde muy joven la decisión de emanciparse. Así lo explica: *"Era la única forma que yo tenía de, realmente salir de un medio que me era completamente asfixiante y difícil de manejar, yo diría que en muchos momentos fue un medio violento psicológicamente, porque tal vez mi papá nunca me maltrato físicamente, pero psicológicamente yo me sentía maltratada, anulada, fiscalizada, juzgada…"* (Eugi grupo A).

Para soportar todo el proceso investigativo e iniciar la organización y análisis de la información se elaboraron matrices cualitativas- matrices identificación de categorías (ver cuadro, Nº 3), rutas de análisis (ver cuadro, Nº 2) y mapas temáticos. Además fue necesario el regreso a las fuentes secundarias de información.

Desarrollar estos avances a lo largo de la investigación posibilitó por una parte la apropiación de elementos teóricos- epistemológicos -metodológicos aportados desde la formación avanzada en la Maestría en Estudios de Género. Por otra lado, el trabajo tuvo una relación interinstitucional, pues la directora del proyecto se constituyó en un eje que posibilitó el avance en el conocimiento, para la selección y desarrollo de un tema de investigación que permitiera apropiar y aportar elementos novedosos para avanzar en los estudios de familias y género en Cartagena de Indias, los que se convirtieron en momentos determinantes que hicieron posible retroalimentar los conocimientos a través de encuentros reflexivos, críticos y debates permanentes.

Además, demandó un trabajo conjunto, en el que tuve la oportunidad de compartir con las y los miembros del grupo de investigación: Estudios de Familias, Masculinidades y Feminidades, de la Universidad de Cartagena, del cual formo parte, los avances en torno al proceso me permitieron establecer encuentros para afianzar continuamente el estudio. Las reuniones permanentes se convirtieron en momentos definitivos para debatir, cuestionar y reflexionar constantemente en torno a las posturas epistemológicas, metodológicas, ejes de investigación entre otros aspectos. Esto condujo a transitar entre múltiples puntos de encuentros y desencuentros, a adelantar un trabajo arduo y riguroso, pero siempre con la búsqueda y el deseo insaciable de la curiosidad, de esa intencionalidad por acercarse a nuevos hallazgos en relación a las posturas innovadoras de la maternidad, las feminidades y la construcción de identidades genéricas.

Los desarrollos investigativos me enfrentaron a un proceso de definir, construir y redefinir a lo largo de la investigación aquello que a veces parece estar claro o determinado, pero no es así. La investigación social nos introduce en un mundo flexible donde volver atrás no significa retroceso, sino todo lo contrario, profundización en el análisis, argumentación e interpretación de los giros que se suceden en el estudio. Por lo tanto, es una reflexión permanente o podría decirse de co- construcción ya que nada debe pasar desapercibido todo tiene sentido y valor dentro del proceso, es por ello que estos esfuerzos se alejan por completo del trabajo con base a estructuras mecánicas para entender y comprender la maternidad innovadora, priorizando que su riqueza radica en que las reflexiones, interrogantes y avances se develan desde la íntersubjetividad y las mediaciones propias del interjuego del lenguaje.

Cuadro 1. Identificación de las mujeres-madres ubicadas en la tendencia de innovación

Tipología	Nombre	Lugar de nacimiento	Edad	Estrato social	No Hijos(as)	Estado civil	Nivel educativo	Profesión	Ocupación
Nuclear	Marg	Cartagena	44	2	4	Casada	Técnico	Docente primaria	Docente primaria
Nuclear	Grac	Cartagena	28	1	2	Unión libre	Primaria	Ninguna	Peluquera
Nuclear	Jeny	Cartagena	42	3	3	Casada	Secundaria	Ninguna	Administradora de un almacén
Superpuesta	Lili	Cartagena	27	3	2	Unión libre	Secundaria	Ninguna	Vendedora en almacén
Nuclear transnacional	Mary	Magangue	42	2	2	Casada	Secundaria	Ninguna	Madre Fami Trabajadora independiente
Extensa	Anad	Cartagena	44	5	2	Casada	universitarios	Trabajadora social	Docente universitaria
Monoparental	Zola	Cartagena	48	5	3	Divorciada	Universitarios	Lingüista	Docente universitaria
Monoparental	Mart	Cartagena	42	5	1	Divorciada	Universitarios	Derecho	Abogada
Monoparental	Eugi	Cartagena	46	6	2	Divorciada	Universitarios	Economía	Consultora financiera
Monoparental	Tere	Cartagena	46	6	2	Divorciada	Universitarios	Administración de Empresas	Administradora de Oficina

Cuadro 2. Estrategias para el abordaje del análisis narrativo en el estudio de la Maternidad Innovadora

¿CÓMO CONSTRUYEN IDENTIDAD DE GÉNERO MADRES INNOVADORAS EN LA CIUDAD DE CARTAGENA?

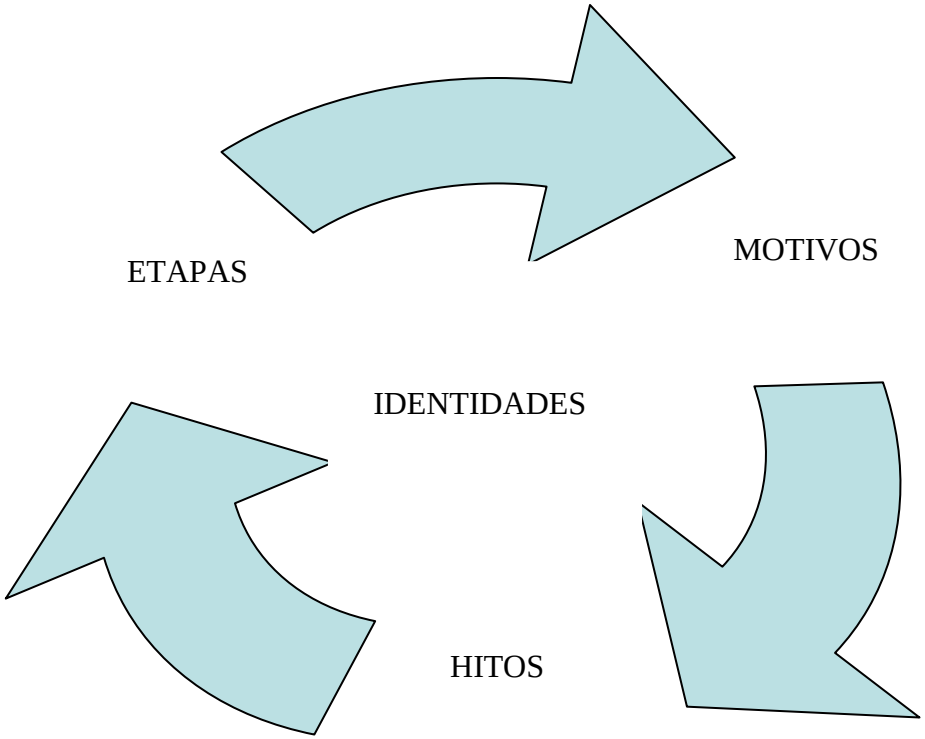
DESDE EL **YO SOCIAL**

- ♦ Desde el contexto
- ♦ Desde las características familiares
- ♦ Desde los contactos sociales

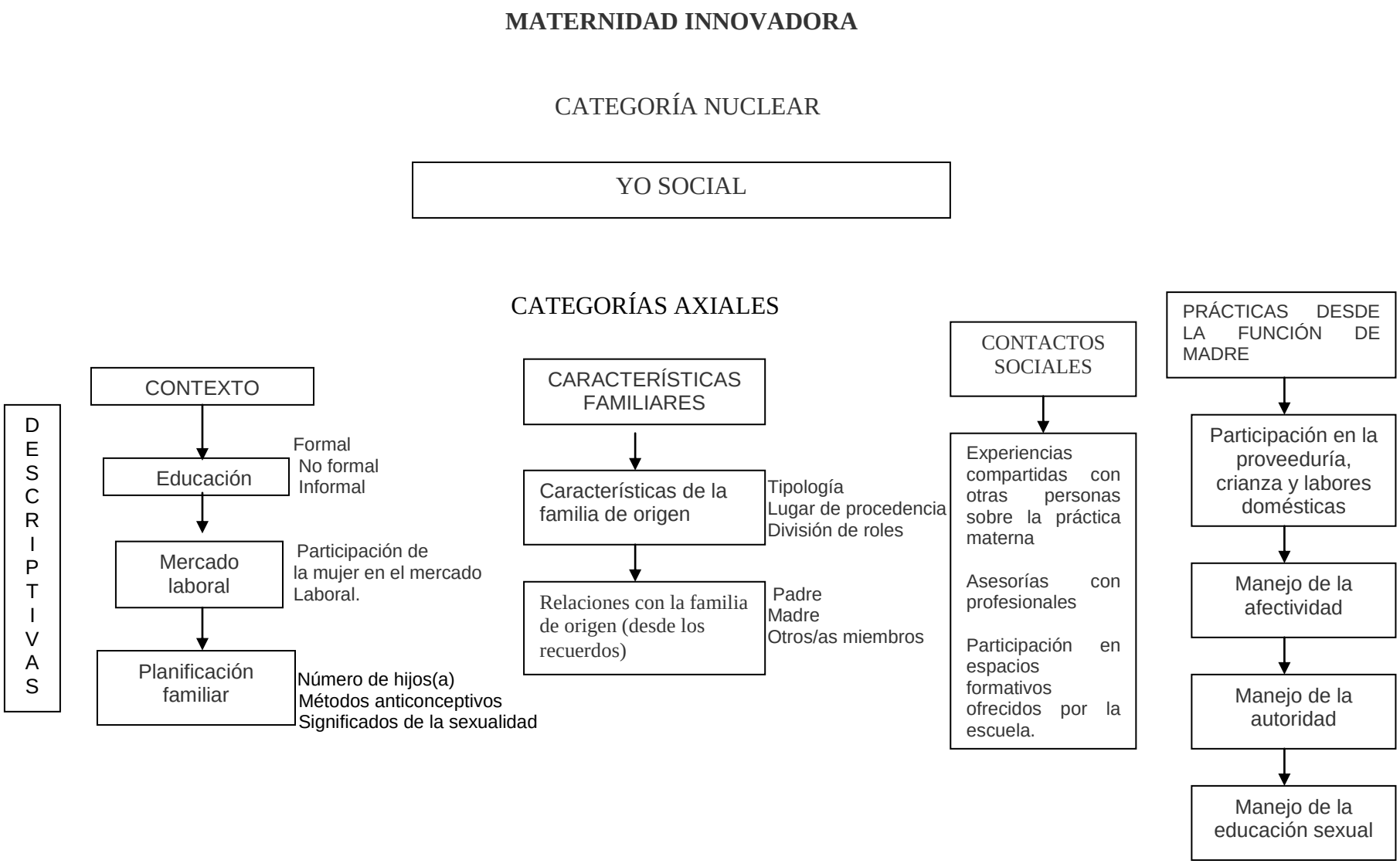
DESDE EL **YO INTERPRETADO**

- ♦ Autodefinición
- ♦ Desde las explicaciones de la función materna

¿CÓMO SE CONSTRUYE LA INNOVACIÓN?



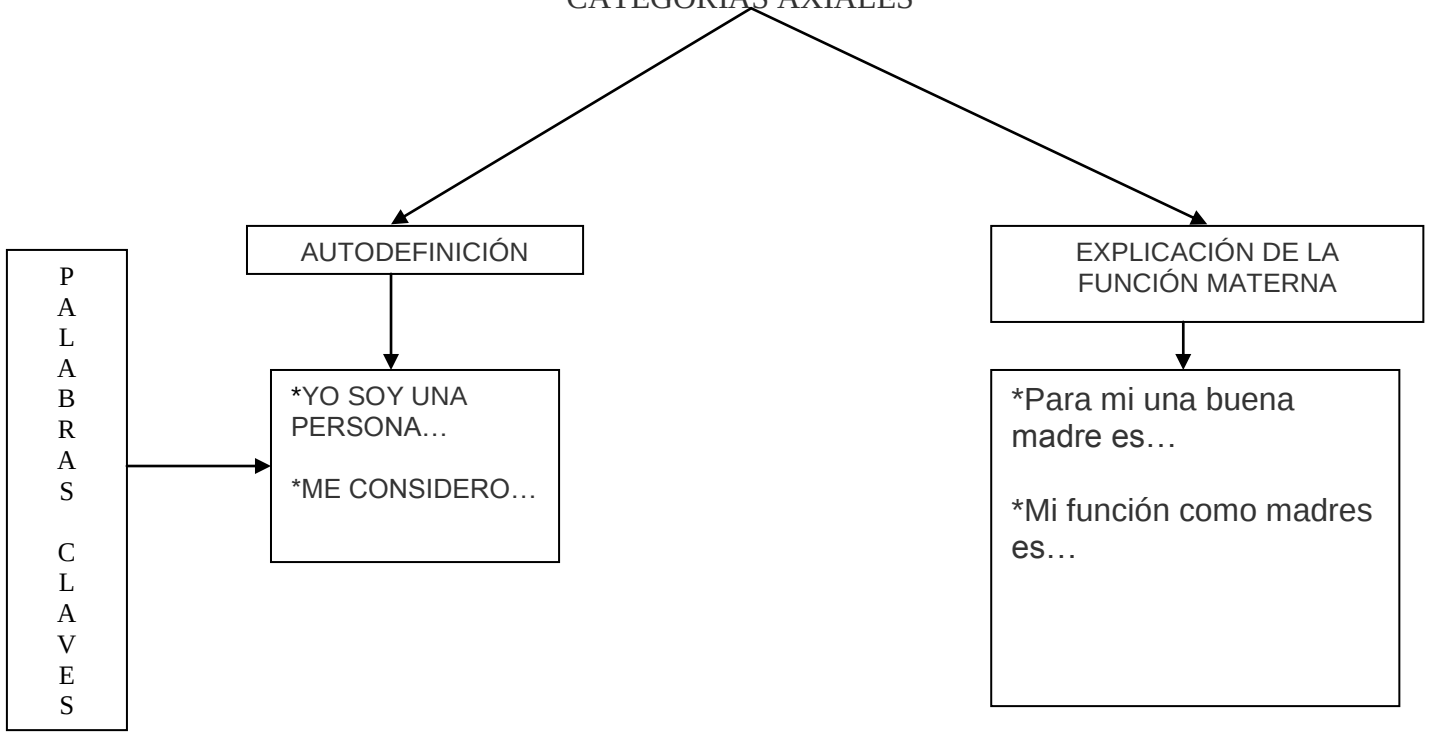
Cuadro 3. Identificación de categorías en la comprensión de la maternidad innovadora



CATEGORÍA NUCLEAR

YO INTERPRETADO

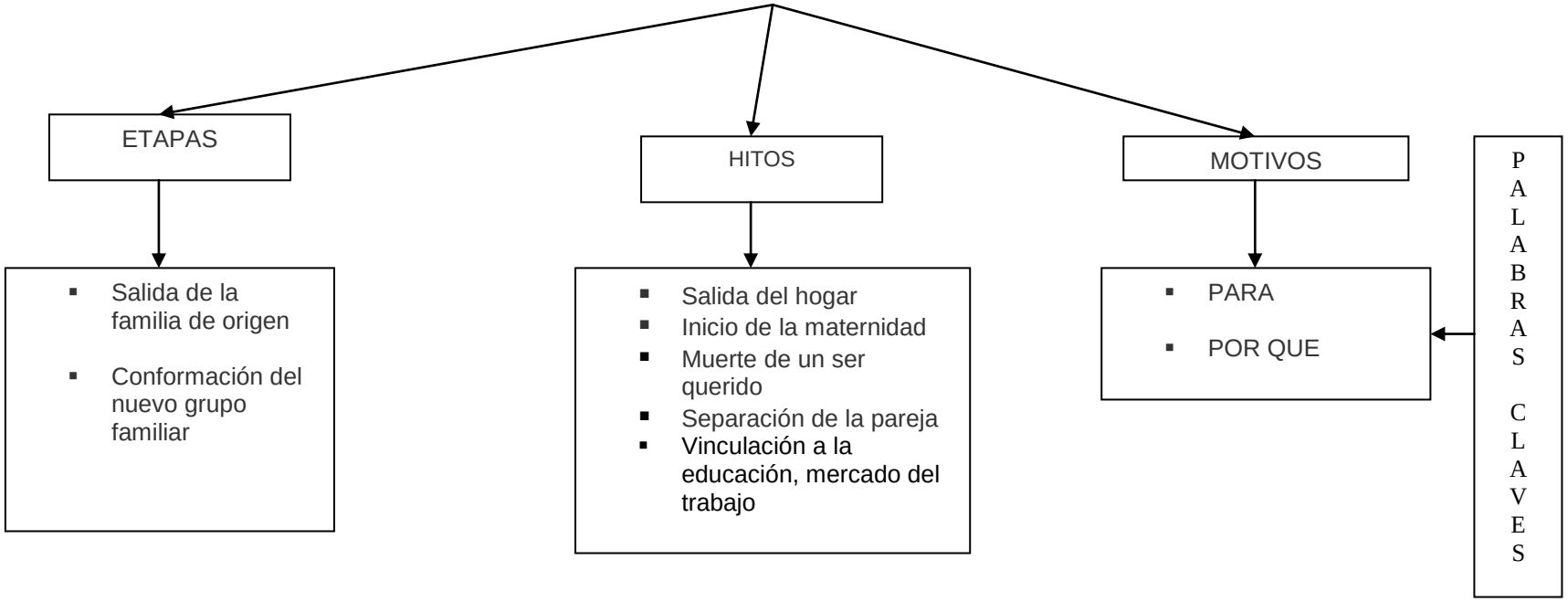
CATEGORÍAS AXIALES



CATEGORÍA NUCLEAR

INNOVACIÓN E IDENTIDAD

CATEGORÍAS AXIALES



CAPITULO 2.

2. UNA MIRADA A LA MATERNIDAD DESDE DIVERSOS DISCURSOS

¿Dónde estabas madre, cuando los padres firmaron el contrato social a tus espaldas y a las de todas tus descendientes?
Sau, Victoria1994:95

Las sociedades constituidas sobre sesgos patriarcales[*] han demarcado notablemente las construcciones que, en torno a la maternidad, se han legitimado como concepciones ideológicas imperantes en la vida de hombres y mujeres, determinando funciones, valores y normas. Los planteamientos realizados por Olga Amparo Sánchez señalan que la cultura patriarcal ha tejido, cuidadosamente, un denso entramado de conceptualizaciones mediante las cuales las relaciones sociales de explotación, opresión y subordinación son concebidas como ese producto de características biológicas, psicológicas y culturales (2001:93). Éstas fueron constantemente reproducidas para mantener un orden social, a favor de la dominación de un género sobre el otro, en este caso la minimización de la mujer privilegiando la maximización del hombre.

La presencia de discursos y prácticas que afianzan y tienden a reafirmar constantemente la ideología mujer igual madre, se constituyeron en la base para colocar a las mujeres en una posición de exclusión y marginación frente a los hombres; su proyecto de vida se concentró de manera exclusiva en la función materna. Al realizar un acercamiento a las concepciones de la maternidad, se

[*] Según Eva Giberti el patriarcado se concibe como: "un sistema político-histórico y social basado en la construcción de desigualdades que imponen la interpretación de las diferencias anatómica entre hombre y mujeres, construyendo jerarquías: la superioridad queda a cargo del género masculino y la inferioridad asociada al género femenino" (2005:41)

plantean algunas implicaciones relacionadas con su carácter contextual y procesual, en tanto se configuran dentro de un espacio particular, el de la familia y es encarnado por individuas puntuales, las mujeres, a quienes se les asocia directamente con dicha función.

La maternidad como función “ideal y esencializadora”, ha sido una noción que ha estado anclada a discursos religiosos, naturalistas y científicos que a lo largo de la historia han predominado en las sociedades, moldeando y reafirmando los discursos que han penetrado en la construcción de las identidades de las mujeres, y consagrando la maternidad como único destino de su existencia. Estos serán algunos de los planteamientos frente a los cuales haré énfasis, puesto que se han constituido en postulados histórico- culturales que han definido el proyecto de vida de las mujeres, pero que poco a poco se han ido reinterpretando y cuestionando dando lugar al surgimiento de nuevos discursos para comprender, significar y construir las identidades femeninas.

2.1 Desde el discurso religioso

Los discursos religiosos penetraron e incorporaron significativamente en las diferentes sociedades y se constituyeron en hilos invisibles que, a lo largo de la historia, fueron recreando y dominando los significados, las creencias y los valores en torno al ser mujer. La fuerza de sus doctrinas llevó implícito un profundo adoctrinamiento a las mujeres para que consagraran su vida al cumplimiento del mandato divino de la procreación.

La imagen de lo femenino estuvo marcada por la convivencia de nociones de comportamiento creadas por la iglesia, que se encargaba del establecimiento de rígidos controles hacia las mujeres bajo la misiva de conservar su pureza, la honra del marido, el hogar y los hijos ya que una mujer inconstante que quebranta los

preceptos divinos es ante su familia y la sociedad una mala mujer y sobre todo una mala madre.

Las mujeres debían ser, ante todo, sumisas, recatadas y prudentes para evitar el enojo del varón, los rumores o enfrentamientos como parte de su compromiso de vengar la afrenta y vigilar que las mujeres de la familia no perdieran la virginidad, que debe llegar al matrimonio como prenda de virtud de recato y de pudor (Bonilla, 2000: 71). Esto por cuanto, las mujeres siguiendo con la imagen de la Virgen, eran llamadas a ser siempre las madres buenas, misericordiosas, pacificadoras, sin asomo de ira ni de egoísmos. Se perfila así un ser cuasi angélico, que no debe perseguir en absoluto su satisfacción, sino que se encuentra a sí misma en el sacrificio y la inmolación a los demás (Molina, 2004:41).

De esta manera, los controles impuestos a las creencias y al cuerpo de la mujer eran profundamente coercitivos y represivos. Por tal razón, era mejor que la mujer siguiera las palabras del evangelio, “bienaventurados los mansos de corazón”, la mujer debía aprender a dominarse y a reprimir sus sentimientos y sus impulsos (Bonilla, 2000:72). Por lo que amar era enmudecer, pues guardados los mandatos de la iglesia y del esposo se evitaban conflictos o disgustos. Su misión era mantener la armonía y serenidad en el hogar.

Su posición en relación con el hombre era totalmente desigual, pues su condición de ser inferior y carente de voluntad demandaba mayores controles y afianzaba el sentimiento de culpabilidad. En definitiva, la dominación de la mujer se justificaba como necesaria y más aún en el control sexual, ya que ellas se convertían en personas que tentaban a los hombres y los alejaban de la iluminación divina. Ellos se convertían en victimas de la sexualidad de las mujeres.

Por esto, sólo era bien concebido que se uniera por el sacramento del matrimonio al hombre y así consagrara su vida a él y a su hogar y se alejara de aquello que pudiera ocasionar “desgracias o deshonra” a la familia. Su deber era entregarse por completo a cuidar de sus hijos y esposo. El ángel de la casa entregada a poner en orden su hogar, fuente de virtud y emociones, imposibles de hallar en otro lugar (McDowell, 2000: 121).

Lo anterior resultaba ser un ritual idealizado debido a que la sociedad y la familia desde niñas las formaban para que cumplieran la misión de forjadoras de la moral y la virtud dentro del hogar. La niñez y la adolescencia femenina se dedicaban por completo a la preparación para el matrimonio. Este era por excelencia el sacramento que debía cumplir toda mujer para realizarse a plenitud y en la medida que engendrara hijos. Por ello se le daban consejos para “elegir el buen marido”, “para atrapara esposo”,”como escoger consorte”, entre otros (Bonilla, 2000: 75).

Esta condición de dependencia, de amor hacia los hijos condujo a las mujeres a permanecer siempre en compañía de los hombres, por su carencia de voluntad suficiente para mantenerse y hacerse respetar por si misma. Por esta razón, tomó auge el discurso de que la presencia de una mujer sin marido e hijos “deja mucho que decir”. Para enaltecer su posición, tendría la obligación, en palabras de Silvia Tubert, de comprar un marido con excesivos gastos de dinero, y para que sea el dueño de su cuerpo, con él debe permanecer por toda la vida. Las separaciones no reportan buena fama a las mujeres, y no es posible repudiar al esposo (1996:85) como mujer digna, respetuosa y casta su mandato era dirigir la mirada a un solo hombre y amar a los hijos por sobre todas las cosas.

Se idealiza, así, la figura de la madre todopoderosa, la única cuidadora, dadora y conservadora de amor y vida. Con estos planteamientos se hizo fuerza para que las mujeres no se negaran a su “deber ser” y se reconciliaran con su destino.

Hicieron que su capacidad reproductiva, su sexualidad, su cuerpo, estuviesen en función del orden patriarcal, que por estar dotado de conciencia- razón controlaba y subordinaba a las mujeres bajo el supuesto, que la debilidad, fragilidad, sumisión e ignorancia que las caracterizaba, las hacia vulnerable a los peligros del mundo exterior.

Estos estereotipos perpetuaron y recrearon "la imagen de las mujeres como seres inferiores moral, física e intelectualmente" (Miyares, 2003: 140). La mujer dada su procedencia del mito originario -de la creación religiosa- se concibió como inferior al varón. Esta condición era irrefutable al proceder de la costilla de Adán, las mujeres fueron rebajadas a la categoría de inferioridad, pues su existencia estaba sujeta a la corporeidad del varón, de ahí su doble relación de dependencia en lo afectivo y económico.

Al respecto retomo el planteamiento de Darwin:

> Las mujeres difieren del hombre en su condición mental, principalmente en su mayor ternura y menor egoísmo (...) la mujer siguiendo sus instintos maternales, despliega estas cualidades, con sus hijos en un grado eminente, por consiguiente es verosímil que los extienda a sus semejantes (Darwin citado por Miyares, 2003:145).

En este sentido, es recurrente el planteamiento de Ivonne Knibiehler quien señala que la creencia religiosa en diferentes momentos de la historia se ha encargado de invisibilizar a las mujeres. Así, la función materna, sus prácticas y representaciones no sufrieron transformaciones fundamentales. "Con excepción de la madre de Dios, a quien se otorgó la condición de superioridad, por el privilegio que le concedía ser la madre de Jesús, las madres restantes no fueron objeto de ningún tipo de valoración" (Knibiehler, 2001: 33). De este modo, aunque a ellas se les adoctrinó bajo los preceptos de la iglesia católica para reproducir la figura idealizante de la virgen Maria, siguiendo con sus valores de mujer-madre

abnegada, pura, virgen y sacrificada ante la sociedad, su función no fue exaltada. Por el contrario, se continuaron reproduciendo los significantes que las ubicaban en condiciones de inferioridad y subordinación.

2.2. Desde el discurso naturalista

Las mujeres han sido concebidas sin existencia propia, por fuera de la maternidad no persiste ninguna función que pueda enaltecerla y exaltarla. Su reconocimiento ha estado basado e íntimamente arraigado al cumplimiento de la reproducción biológica- de la perpetuación de la especie- como su deber único e irremplazable, lo que significó, sobre todas las cosas una tarea inamovible.

Como fundamentos determinantes de la irrupción del patriarcado en las diferentes sociedades, se construyen posturas antagónicas e inequitativas constituidas por un proceso desigual del poder que hicieron énfasis en concebir a las mujeres del lado de la naturaleza y al hombre de la cultura, y que se basaban especialmente en el hecho de que la fecundidad, la procreación, la lactancia son significantes connaturales al cuerpo de la mujer, mientras que la paternidad se construyó alrededor de elementos intangibles como la virilidad, racionalidad, fuerza, agresividad, independencia que definen la función del varón como el “bien dominante” sobre la mujer.

Estos antagonismos condujeron a identificar y a transmitir desde la crianza diversos adjetivos; las mujeres por su condición, se caracterizarían por ser inferiores, pasivas, dependientes, receptivas, dedicadas al cuidado, masoquistas entre otras, los hombres dado su contacto y acercamiento con el mundo, la cultura y el saber, se definieron como mente, superioridad, manipulación, control, dureza y desafíos. Al respecto Susan Browmiller sostiene: esta tipificación es el resultado de que las mujeres, al reconocer su vulnerabilidad sexual, puesto que podían ser

objeto de acceso carnal sin consentimiento, pactaron con los hombres, quienes muy pronto asumieron la convicción de propiedad sobre la mujer con lo que sobrevino de manera inevitable, la perdida de la autonomía y el sometimiento de estas (Browmiller, citada por Ramírez, 1991: 49).

La función biológica de la reproducción, se convirtió dentro de los patrones culturales tradicionales, en un deber ser, "una norma ideal detrás de la cual la figura de la mujer desapareció" (Wilches, 1998:101). De ese modo, afloraba la figura de la madre, benévola que dejaba resarcir todo aquello que la mujer por su condición de inferioridad no embargaba. Esta se transfiguró, en un todo que se recrea a si misma en la medida que inspira los sentimientos más humanos y sublimes, se asemejó a la tierra fértil que provee leche y miel para beneficio de los otros y otras, que engendra nuevos frutos, por eso se inscribió en la historia, el rechazo a las mujeres que con desdén se niegan a la reproducción, para ser mujeres "secas y estériles, mujeres entregadas a los placeres de la carne con desenfreno, despreciando la maternidad".

Se sacralizó en esta medida el destino de la mujer y su conversión directa en madres, un destino biológico e instintual. Se creó, entonces, la obligación de ser ante todo madre, lo que llevó a instaurar el mito del instinto materno, del amor espontáneo de toda madre hacia su hijo, (Badinter, 1991: 117) que se entrega incondicionalmente, desentrañando los sentimientos más profundos que toda buena madre es capaz de dar, restringiendo hasta sus propios proyectos, olvidándose de sí para centrar toda la atención en el hogar, su marido e hijos.

El servicio a los demás dotó a las mujeres de valores que reflejaron su dignificación, por medio de la provisión de cuidados, atenciones y sacrificios se mitificó su existencia. La mujer debía limitar su actividad a su familia para que esta fuera feliz; tenía que gobernar sólo su casa, el espacio doméstico más no

mezclarse con los asuntos de afuera ya que corrompían sus valores y la arrojaban a la vida mundana (Badinter, 1991:205).

“Reinar” dentro -en el espacio del hogar- dotaban a la mujer de sólidos valores que colmaban su vida de placeres divinos, de felicidad, el amor hacia su marido e hijos constituían la mayor razón de su ser, pues nadie podría quererlos y darles los cuidados que desmedidamente ella estaba dispuesta a brindar. Sin su presencia en la familia, ellos se “mueren”, por eso no hay día que no los acaricie, los amamante y se desvele por ellos ya que el hombre está desprovisto de tales cualidades para sustituirla.

Se fortaleció, así, el discurso naturalista que creó la noción de permanencia, de la madre “siempre esta ahí”, su papel en la vida social, debía ser la conservación de la vida -su espacio primordial es el doméstico-. Por ello, cuida de la casa, su marido e hijos, y su mundo es de la puerta de casa hacia adentro, su mundo privado-social es la familia” (Mejía, 2004:12)

Los niños necesitan que haya alguien en casa cuando vuelvan. Sería la madre quien garantizaría que el niño(a) en las primeras etapas de su desarrollo goce de bienestar, el vínculo, contacto y cercanía con la madre son necesarias, sentir que depende de ella y que las oportunidades de sobrevivir, están en relación inversa al grado de autonomía que esa mujer tenga respecto a su hijo(a). “La madre se sentirá una buena madre y será amada en la medida en que carezca de vida propia, se sentirá como mala y será odiada en la medida en que sea autónoma” (Flores, 2000:86), que desee imponer su voluntad sobre los mandatos de su marido y su vida privilegie otros intereses que el cuidado de sus hijos(as).

Por ello, se olvidará de calcular su tiempo, y no escatimará ningún esfuerzo, porque siente que sus hijos son parte integrante de ella misma, necesita de su

presencia alrededor, porque los quiere más que su propia vida. Porque ellos son su principal razón de vivir (Badinter, 1991:175). Esto significaba dentro de los imaginarios culturales que una vida sin hijos(as) seria una vida cargada de desesperanzas, nostalgia, soledad, profunda pena y dolor.

De este modo, la maternidad se asigna como función inherente a la mujer y se naturaliza como una práctica que condiciona su proyecto de existencia. El amor maternal sacia plenamente la vida de la mujer a través del cuidado permanente y la entrega absoluta hacia la prole, el esposo y el prójimo, por lo que otro proyecto por fuera de la función materna era cuestionado. Ser mujer significaba unilateralmente ser madre, pues el cuerpo femenino biológicamente estaba dotado para la reproducción de la especie a partir del cumplimiento de la fecundidad, embarazo, parto, la lactancia y la crianza de manera que era imposible desligarse de una labor propia de su condición como mujer.

2.3 Desde el discurso científico

Ahora bien, aunque durante el siglo XVII y segunda mitad del siglo XVIII, el discurso del instinto maternal cobró fuerte presencia en la vida de las mujeres, a quienes se les consideró dotadas de atributos innatos por su condición para ejercer la maternidad. En el siglo XIX, esta concepción comenzó a declinar debido a la creciente mortalidad infantil y la desprotección de la infancia que se evidenciaba en toda Europa. Desde estas circunstancias se responsabilizaba a las mujeres por su falta de adiestramiento e instrucción. Los ideólogos de este siglo plantearon que, además de las inclinaciones de la madre, era necesario educarla para que incidiera de manera más altruista en su labor. Se requería dotarlas de herramientas pedagógicas a través de las cuales pudieran contribuir de manera eficiente al cuidado y protección de los infantes y en consecuencia se conseguiría disminuir la morbi-mortalidad.

Cabría preguntarse en este momento ¿Por qué educar solo a las madres? ¿Qué papel cumplía el Estado para proveer las condiciones económicas, psicosociales en la protección de niños y niñas? Los ideólogos de la época señalaron que la decadencia tanto moral como física de la sociedad era responsabilidad de la mujeres, quienes –mientras sus esposos trabajaban arduamente o participaban de manera decidida en las guerras- descuidaron sus funciones, de ahí que la infancia sufriera los estragos de la desprotección, abandono y la desidia (Palacio, 2003: 44).

Las mujeres, en definitiva, se convirtieron en responsables, no sólo de la pérdida de vidas infantiles, sino también de la inmoralidad pública, del deterioro de la raza (2003:44), pues ellas, ante la grave situación de necesidades en la vida familiar, se vieron obligadas a abandonar el hogar por periodos significativos de tiempo. Sin embargo, esta situación no justificaba ni las exoneraba de los estragos de los que era víctima la infancia, ellas eran catalogadas como culpables y responsables únicas de la morbi-mortalidad de niños y niñas.

Por esta razón, entraron en boga los discursos sobre el cientificismo en relación a la pubertad, embarazo, parto y la lactancia entre otras tantas etapas que hay que preparar, que se habían reducido a una concepción biologicista de la maternidad. El discurso médico requirió proveerlas de posturas y argumentaciones cientificistas, puesto que en la medida que se garantizara el bienestar biopsicosocial de las madres, los niños(as) tendrían mayores posibilidades de crecer sanos, lo que significaría que serian niños(as) menos propensos a las enfermedades y riesgos de muerte. Esta postura aunque permitió mayor valoración de la infancia, repercutiendo en el cuidado y protección, no dejó de ser perjudicial para las mujeres, pues generó sobrecargas y responsabilidades en exclusividad para ellas y dejó de lado otros actores fundamentales en la atención

de la niñez tales como el Estado y los padres; estos últimos excluidos de proporcionar elementos para mejorar las condiciones de protección y bienestar.

De esta manera, se emprende la articulación del discurso religioso con el científico; el primero promulga con insistencia que rehusarse a los mandatos divinos de la procreación, era atentar con la edificación de la familia y la perpetuación de la sociedad. La crianza de los hijos se manifestaba como una responsabilidad inherente a la madre, realizar su labor complacientemente garantizaría la formación de hijos de bien, si se negase será la única responsable de una sociedad desarraigada y violenta; por otro lado, el cientificismo planteaba que a través de la educación se incorporaban los conceptos de cuidado e higiene que permitirían frenar la estragos de la mortalidad infantil.

Se estimulaba con esta medida un proceso de adoctrinamiento y aculturización, sobre las bases de la necesidad de educar para la maternidad, la mujer era responsable por su ineptitud de la degeneración de la raza y la humanidad. Esta postura generó una fuerte concientización en ella conducente a la cooperación alrededor del proyecto de conservación y protección de la infancia (Palacio, 2003:20). “Los médicos vuelven su mirada hacia las nuevas jóvenes, quienes hasta entonces eran objeto de indiferencia o víctimas privilegiadas de infanticidio y su reclutamiento en conventos” (Fernández, 2004:35). Discursos bregados de las exigencias de una autoridad ajena, de carácter patriarcal, que se modulaba de acuerdo con la mentalidad, las ideologías y los objetivos con los cuales se propulsó.

En las dos primeras décadas del siglo XIX, la argumentación médico sanitaria, resplandece en su máxima expresión, a partir de la promoción de ideas más burguesas de aprovechamiento de los cuerpos que, junto con la valorización de hábitos sanos de alimentación, vida higiénica, entre otros, se va implantando la

noción del control de nacimientos, el cuidado de los niños, la inversión afectiva y material en su educación (2004:35). Para responder con más eficiencia a tales propósitos se crearon, durante ese periodo, las primeras cátedras de medicina infantil en Europa y se construyó, en París, el primer hospital infantil de niños enfermos (Knibiehler, 1996:112), los cuales se instauraron como estrategias de sensibilización hacia las madres, ante la situación de vulnerabilidad de los niños y niñas y buscaban develar su total responsabilidad en la autoprotección de los infantes, como esperanza y futuro de la humanidad.

En este orden de ideas, Palacio retoma el planteamiento de Mary Nash, donde presenta las nuevas exigencias que redefine las feminidades que trasciende la figura de la perfecta casada, ángel del hogar a la búsqueda de una mujer nueva, moderna más instruida y profesional. Sin abandonar el eje vertebrador de la maternidad (Nash citada por Palacio, 2003:20), pero matizado en la modernidad como una forma de maternidad científica. Esta mirada a la maternidad, consolidó, al médico como un personaje protagónico, ya que era indispensable en la familia, su discurso lo convirtió en el segundo padre del niño. Sus consejos fueron bien acogidos y, casi siempre, bien cumplidos (Knibiehler, 1996:115) por las servidoras de la función materna.

Lo anterior, era respuesta a la preocupación que se gestaba por los casamientos y embarazos de niñas- jóvenes, que aún no estaban preparadas tanto biológica como psicológicamente para asumir la maternidad con “madurez”, descuidando la misma o relegándola a la figura de las nodrizas, quienes igualmente desempeñaban con desinterés dicha función -como cuidadoras-.

De esta manera, los discursos sobre las bases del cientificismo en el contexto del “higienismo- medicina social” mediatizado por intereses ideológicos y políticos aliados en muchos casos con el poder establecido, conllevó la implementación de

estrategias educativas que posibilitaron a las mujeres transitar como “buenas madres”, puesto que una mujer más instruida y competente, ha de ser una mejor madre para sus hijos a quien ha de transmitir todo su saber sin egoísmos ni restricciones.

Estos planteamientos se fueron reafirmando desde la postura psicoanalítica, a partir de la cual se afianzó que la madre mediante la crianza, los cuidados, la protección y su fuente primaria de suministros identificatorios con los hijos e hijas desde la gestación hasta los procesos de socialización hacia perentoria su formación, educación para la maternidad. Por ello se promueven una serie de campañas higiénico-sanitarias para aleccionar a las mujeres en su deber como reproductoras y conservadoras de la supervivencia de la humanidad.

Los psicoanalistas, afianzaron el mito de la madre, quien era la única capaz de ocuparse del bebé porque estaba biológicamente determinada para ello (Badinter citada por Burin, 2000:136). De forma tal que será la madre quien estrechamente se relacione con el niño, una relación donde madre-hijo forman una pareja ideal en la que afloran besos, caricias, gestos, símbolos y significados que son comunes e identificatorios para uno y otro. La madre se concibe como la figura preponderante e insustituible, y desde esta posición se desvincula al hombre, al padre de la relación con el hijo(a).

Estas relaciones así determinadas son comprensibles si retomamos los postulados de Alexis Schreck, psicoanalista mexicana quien enuncia que la primera vivencia de satisfacción del bebé será aquella generada cuando la madre le da el pecho, saciando su hambre y constituyéndolo como ser a partir de su propio deseo. El bebé deviene, para la madre, el objeto de su deseo, y es en él que ella vuelca todo su ser. Ella, a cambio, se prestará como la primera persona

de amor del bebé, tanto del niño como de la niña. Esto tendrá claros efectos en todo el desarrollo posterior para ambos sexos (Schreck, 2001).

Las mujeres, por cumplir esta función, se perciben de acuerdo con Donald Winnicott, como el objeto subjetivo del niño(a), el cual se construye en los primeros momentos y lazos de dependencia absoluta desde la fecundación –en el que no hay diferenciación–. La formación de este objeto subjetivo es posible a partir del estado particular mental de la madre en los primeros días de vida del bebé favorece un nivel de regresión que permite dicha identificación. Esto hace que la madre sienta que el bebé es un pedazo de ella (Winnicott citado por Pelento, 1985) y que el bebé sienta que su madre es sumamente importante en su vida y que existen vínculos irremplazables entre los dos. Es decir, que la madre se convierte en la imagen de entrega, devoción, apego, protección y amor para el niño, por lo tanto el ve en ella la satisfacción de sus necesidades.

Este último aspecto es fundamental por cuanto movilizó el discurso científico basado en la concepción de la madre como responsable de las necesidades y la conservación de la vida de los hijos(as). Por ello se impulsó la labor dirigida a proveer de la formación necesaria a las mujeres para que respondieran satisfactoriamente a las demandas de niños(as). A este respecto es prudente llegar a un concepto propuesto por Winnicott que resulta importante para comprender en conjunto tales discursos (y que para mí resulta fundamental) que es el de la madre suficientemente buena, desde el cual se enuncia que basta con una madre que sea suficientemente buena para ese bebé, que sea capaz de identificarse con las necesidades de su hijo, capaz de responder a los gestos espontáneos y necesidades del bebé y no sustituirlos por los propios (Winnicott citado por Stutman, 2008).

En este sentido, esa madre pretendía formar por medio de la labor médico-sanitaria y los discursos higienistas de preparación y enseñanza de la función materna cumpliendo con los deberes de ángel del hogar, madre benévola y abnegada. Mujeres que a través del pleno ejercicio de sus deberes valoraran el bienestar de los hijos(as) por sobre cualquier otra responsabilidad, pues a partir de ello alcanzaban su máxima autorrealización y reconocimiento ya que no existía algo más meritorio que ser una madre instruida en su función.

De forma tal que los postulados psicoanalíticos se encargaron también de reforzar la díada madre-hijo(a), la cual excluía al padre de participar en la crianza, la alimentación, cuidados y atenciones hacia los hijos(as), mientras se sobre valoraba la imagen de la madre como figura en exclusividad para asumir tales funciones. Al respecto Burin, plantea que estas lecturas afianzaron las posiciones no solo subjetivas sino también sociales de varones y mujeres: las mujeres en el ámbito privado, los hombres en el espacio público; las mujeres trabajando en el espacio doméstico, los hombres en el espacio extradomésticos; ellas ejerciendo el poder de los afectos y ellos el poder racional y económico (2000:136-137). Estos discursos, penetran sugestivamente en la cultura y marcan unos patrones y cualidades que las mujeres y los hombres instalan en sus relaciones sociales.

No obstante, aunque estos discursos han sido tan arraigados, las mismas transformaciones de la sociedad contribuyen a que sean subvertidos. Se instalan nuevos discursos en la concepción de la maternidad y la paternidad, los cuales perfilan una mirada distinta al convertirse en padre y madre, al ser mujer y hombre, al vivir la sexualidad, el cuidado del cuerpo, la reproducción, las relaciones con hijos e hijas.

A este respecto, Silvia Tubert, psicoanalista española plantea que aunque la reproducción de los cuerpos es un hecho biológico que se localiza en el cuerpo de

las mujeres, es evidente que la generación de un nuevo ser humano se integra a través de otras dimensiones. Pero al ubicarse en el terreno de la fisiología expresa que la fecundidad de las mujeres solo es posible con la intervención biológica masculina (2004:112) de manera que no se puede reducir la categoría mujer y madre a una relación estrecha con la reproducción sino que es necesario insertarla a una relación con la categoría hombre, masculino.

El imaginario colectivo permeado por la cultura ha reproducido como elemento de carácter simbólico la maternidad en la vida de la mujeres, cobrando fuerza para instituirla como función preponderante y único proyecto vital a partir del reconocimiento de atributos para su desempeño en el campo psicosocial, educativo, ético, económico y político. Estos simbolismos ponen de presente que hay ámbitos como las ciencias médicas que han estado y siguen ligados a la preservación de este hecho y desde sus procesos de desarrollo científico a través de las nuevas tecnologías reproductivas continúan abriendo las posibilidades de manipulación del genoma humano (2004,120). Estas nuevas concepciones y desarrollos introducen oportunidades a la elección de otras formas de ser madres, aquellas que tienen dificultades o limitaciones para concebir un hijo(a) puedan integrarse en la categoría de madre sin menores restricciones o problemas.

Son estas posturas las que han provocado que se irrumpa en la deconstruccion de los significantes de la maternidad como un acto privado. El cuerpo como lugar de gestación se medicaliza, haciendo posible la concepción de un nuevo ser humano fuera de las relaciones sexuales (2004:128), es decir, utilizando métodos alternativos. Nos enfrentamos a otras formas de procreación que transcienden el ámbito de lo privado entre un hombre y una mujer hecho novedoso que posibilita el intenso deseo de viabilizar la maternidad, como otras formas posibles de la reproducción de la especie. Esta realidad se vislumbra cada día mas como una opción que asumen las mujeres y los hombres en la conformación de las familias.

Desde esta perspectiva, y teniendo en cuenta como se han ido movilizando y transformando las sociedades, se puede afirmar que se está produciendo una re-evolución del discurso científico que no sólo ha de centrar como en sus inicios, el interés y preocupación hacia la mujer como figura que necesita apersonarse de unos conocimientos para el cumplimiento de la función materna. Por el contrario, ahora se fomenta toda una serie de procesos para su bienestar integral, los hijos(as) y la pareja. Hoy la medicalización permite elegir frente a las demandas y necesidades subjetivas y culturales de hombres y mujeres quienes por medio de estos procesos tienen la posibilidad de decidir cuando ser padre y madre y adoptar otros medios para la procreación.

2.4. Reflexionando desde la perspectiva de género

Con la oleada de los movimientos feministas se erige una crítica y luchas en contra de perpetuar las dicotomías femenino/masculino, hombre/mujer, producción/reproducción y el sistema de valores que representan tales connotaciones. Se plantea la deconstrucción de este tipo de categorías absolutas que, durante años, privilegiaron el posicionamiento del hombre frente a la subordinación de la mujer. Que a lo largo de la historia conllevó a la reproducción de una “cultura de mujeres” y una “cultura de los hombres” que ponía límites y antagonismos a ambos.

Introducirme entonces en un análisis desde la perspectiva de género implica reconocer que históricamente hemos apropiado unos significantes bipolares, excluyentes, jerarquizados y estereotipantes y unos roles predeterminados e impuestos que se encargaron de atribuir cualidades femeninas como connaturales a la mujer: la maternidad y su dedicación en exclusividad a la vida del hogar, mientras se aparta al hombre de estas relaciones y se le otorgan cualidades culturales, que hacen alarde de su racionalidad, fuerza y su vinculación directa

con tareas propias del mundo público (Puyana, 2007:265). La mirada del género nos aporta elementos para cuestionar estas posturas idealizantes e inequitativas, contribuyendo a la reflexión sobre la división sexual del trabajo, las relaciones de opuestos complementarios, las relaciones de poder inmersas en la cotidianidad y las conversaciones dominantes que conciben las relaciones intrafamiliares como estáticas, es decir, donde se inhibe el cambio.

En este sentido, es importante resaltar que las lecturas que se han venido gestando desde el feminismo, se han opuesto a teorías idealizadoras de la familia -y han propuesto el concepto de familismo- al debatir que no existe una única forma familiar como tradicionalmente se había planteado, concibiéndola como nuclear y monógama, y con las características particulares de heterosexual y privilegio de conservación de la unidad familiar siguiendo los preceptos religiosos: *hasta que la muerte nos separe.* Hoy se replantean estos discursos, las familias se pluralizan y deja de visionarse en su singularidad, como reducción de sus funciones. Su complejidad, dinámica y formas de conformación instauran otras formas de comprender, vivir, e interpretar las relaciones familiares y a sus integrantes, tanto en su individualidad como en su dimensión relacional.

Hacer énfasis en estos replanteamientos era inminente pues con ocasión del desarrollo capitalista, las mujeres comienzan a trabajar en las industrias- incursionando en el escenario público del poder masculino, como consecuencia el dominio patriarcal parecía experimentar su primera crisis. Pero la vinculación de las mujeres no cesa con la brecha existente entre los géneros, porque el constructo del androcéntrismo seguía reafirmando la idea de “dependencia natural” de la mujer, por eso los salarios pagados eran bajos y escasos. “Según los economistas políticos del siglo XIX, no era necesario pagar a las mujeres un salario de subsistencia porque su salario era un complemento al ingreso del

principal proveedor de la familia" (Wallach, 1992: 52). Así las mujeres inician su incursión en lo público, en medio de condiciones precarias.

Como acontecer de estos procesos, entrado el siglo XX, se percibe en "Europa occidental una tendencia a la redistribución de los papeles sociales tradicionales o por lo menos un intento por reconsiderarlos de manera paralela a la evolución económica, social y cultural" (Van Casteele y Voleman, 1992:106). El nuevo orden demanda una reconversión de la sociedad, del hombre y la mujer para alcanzar sus propósitos; la posición social de estos se vuelve más compleja; se traslapan y extienden los papeles atribuidos indistintamente a unos y otros; los espacios de la producción y la reproducción ya no existen tan rígidamente (1992:106), al parecer se empiezan a desdibujar tales fronteras.

Entra entonces, en declive la legitimación de la maternidad salvaguardada históricamente bajo el significante de mujer igual madre, que prescribió esta función como la única de la mujer y a través de la que alcanzaba la realización y adultez (Fernández citado por Muñoz, 2004: 107). El peso de la perspectiva feminista es tan fuerte que se muestra en contraposición con tales argumentos, sustentando que dichas construcciones no responden a designios naturales, divinos, ni esencialistas, sino, que lejos de ello, son elaboraciones y representaciones producidas y reproducidas por la cultura y por un sistema de dominación imperante.

Con la instauración de estos nuevos postulados e ideologías se impulsa el desarraigo de los estereotipos de la cultura patriarcal caracterizada por una manera de vivir con apropiación, desconfianza, control, dominación, sujeción, discriminación sexual entre otras (Muraro y Boff, 2004). Estas acciones sometieron a la mujer a un secuestro permanente y a un silencio que invisibilizó

su existencia, la que solo se mediatizaba a través de los designios del varón, de ahí las constantes expresiones: *él lo quiere, él lo desea, él piensa.*

La desmitificación de estas concepciones y prácticas histórico- culturales han comenzado y empiezan a sentir sus primeras alteraciones, porque hoy es imposible seguir perpetuando el mito de lo connatural a la mujer y de la racionalidad del hombre, ni siquiera se puede continuar hablando de mujer y madre como si fuera una singularidad, una unidad. Por el contrario, nos movemos en medio de la pluralidad tanto de mujeres, madres y familias, lo que pone de presente la complejidad del nuevo orden social, político, económico y cultural que a su vez hace más denso el interrogante ¿Qué es ser mujer? ¿Qué es ser hombre? En este momento no pueden tener respuestas inmediatas necesitan ser analizadas, reflexionadas y co-construida.

De esta manera, la brecha que existía anteriormente entre la producción/ reproducción, público/ privado y natural/cultural parecen estrecharse. La mujer no puede seguir reduciéndose a la imagen de madre abnegada, benévola y sacrificada que renuncia a su propia existencia y proyectos personales. La madre no puede concebirse exclusivamente como la dadora de vida a ella se integra el padre. Todas estas nuevas construcciones resultan inminentes, pues –como ya lo había enunciado en 1949 Simone de Beauvoir- *"No nacemos mujeres, nos hacemos mujeres".* No existe ningún destino biológico, religioso, psicológico o económico determinante en el papel que un ser humano desempeña en la sociedad; lo que produce ese ser indeterminado, entre el hombre y el eunuco, que se considera femenino es la civilización en su conjunto (Beauvoir citada por McDowell, 2000:29).

De esta manera, al postular que la feminidad era una construcción social, se rechazó de forma decisiva la visión convencional acerca de la subordinación de la

mujer desde una lectura biologicista y esencialista de la diferencia entre hombres y mujeres (Bonilla, 2006:66). Con esto, damos cabida a la redefinición de los significantes y discursos históricamente reproducidos que se encargaron de gestar relaciones entre hombres y mujeres basados en posturas inequitativas y opresivas.

Hoy avanzamos hacia una nueva ética del ser mujer, de la construcción de sus identidades que han cruzado fronteras y que, como lo dice Florence Thomas, están dispuestas a pensarse desde nuevos paradigmas, a asumir los roles que conlleva volverse sujeto histórico en el mundo, resignificando su existencia como género, rompiendo con los discursos de una feminidad obligada y asignada desde un orden patriarcal (2001:36). Con ello se da paso al reconocimiento y valoración de las mujeres como personas autónomas, dotadas de conciencia, con intereses y aspiraciones y con la posibilidad de elegir un futuro en el que pensarse así misma constituye el eje trasversal en la construcción de sus identidades genéricas.

2.4.1. Maternidad innovadora: apuestas alrededor de la equidad

Las familias son reconocidas desde la concepción de organizaciones sociales fluctuantes con los cambios que incorporan las sociedades. En este sentido, retomo a autores como Giddens (1999) y Baneria (1992), quienes afirman que los procesos de reestructuración económica, política, social han afectado de manera significativa la vida intima-privada (Morad, Bonilla y Jiménez, 2007: 9). Hoy no existe duda de que esa interrelación con el contexto ha posibilitado transformaciones en las relaciones sociales, en los escenarios tanto públicos y privados, imprimiendo otras valoraciones a las familias y sus dinámicas, pero al mismo tiempo estas fluctuaciones enfrentan a sus integrantes a la incertidumbre, pues al no encontrarse con un modelo fijo de familia sienten temor ante estos cambios.

El contexto de la modernización y globalización, las teorías feministas, los estudios de género y las demandas de los movimientos de mujeres (Morad y Bonilla, 2003: 99) ponen en cuestionamiento formas y funciones que la cultura tradicionalmente ha demandado de las familias para el cumplimiento de su papel en la sociedad, para este caso, el rol que se asignó en exclusividad a la mujer, la maternidad (concebida como función esencializadora y sobrevalorada). En las sociedades contemporáneas los significados y prácticas se movilizan dando cabida a giros alternativos que intentan reconocer otras imágenes y relaciones de lo femenino, con el escenario público, las familias y en especial consigo misma penetrando en la reivindicación de la mujer desde la perspectiva de derechos, con una nueva eticidad de lo que significa asumirse mujer, madre y su relación con la masculinidad.

Desde esta perspectiva la maternidad concebida desde una postura innovadora se expresa en la emergencia de democratización y reivindicación de las mujeres en el desarrollo de su autonomía e individualidad, lo que transforma los significados y el ejercicio de la función materna. Estas relaciones demandan cada vez más la presencia de relaciones horizontales y dialógicas que promueven la autodeterminación, por lo tanto se trata de una visión que posiciona discursos a favor de la emancipación femenina y posibilita la autorreflexión de la feminidad. En los relatos estas mujeres se reconocen como actoras políticas, con derechos, capacidad decisoria y control de sus vidas.

En este sentido, asumir posturas innovadoras en torno a la maternidad es dar cabida a relaciones sociales renovadas, en las que se apuesta a la simetría entre los géneros, autonomía, a las oportunidades de posicionarse en las familias, el trabajo y la sociedad en igualdad de derechos. Una maternidad resignifcada desde lo público y lo privado, es decir, con la garantía de legitimación

social, que traspasa las fronteras de las familias y se integra a la comunidad, a grupo de pares genéricos y diferentes, a las instituciones sociales, culturales y políticas.

Esta posición permea las relaciones de género y exige a las familias, y la sociedad en general replanteamientos en los significados de la maternidad. Ello pone de presente que no existen modelos fijos de familia, y menos modelos para ejercer la maternidad. Estas mujeres-madres se están enfrentando a las incertidumbres, a nuevos desafíos y retos en la resignificación femenina y la maternidad. Por ello, transitan en medio de conflictos y contradicciones que son resultado de constantes construcciones y deconstruciones de sentimientos, saberes, y valores, entre otras representaciones sociales (Morad y Bonilla, 2003:100) que movilizan los significados y prácticas de la feminidad y la maternidad.

El cambio lo promueven oponiéndose a modelos patriarcales de subordinación, exclusión y opresión, que dio lugar a la invisibilización de lo femenino y cuyo único proyecto se centraba en la maternidad. Así estas mujeres-madres hacen ruptura con el paradigma tradicional, de una feminidad naturalizada, que solo se distinguía en nombre de la esposa, maternidad y domesticidad. Se revelan ante estas, imágenes impuestas para dar cuenta de imágenes femeninas y maternas que han ido replanteando esta perspectiva legitimada históricamente, asumiendo su condición humana como un proyecto de vida edificante, y que rompe las barreras construidas alrededor de la maternidad.

Mujeres que saben que la sociedad espera hoy que no sólo sean buenas madres sino que aprendan, ante todo, a ser una mujer desculpabilizada, con ideales y autonomía a partir de una maternidad escogida. Con esto, generan un nuevo sentido, una nueva ética de la maternidad, de la feminidad; pero, sobre todo, del mundo en la medida que logrando deconstruir y construir una sociedad legitimada

en las bases de la democracia, equidad e inclusión para todos y todas. Una sociedad pensada y construida simétricamente desde las voces de hombres y mujeres (Thomas, 2001:36).

Apostarle a la construcción de una sociedad más humanizada desde lo femenino y masculino es el reto del Estado y de la sociedad. Una apuesta, parafraseando a Francoise Héritier a desmitificar la concepción binaria de las sociedades para legitimar a partir de la toma de conciencia colectiva y acciones reivindicatorias, la creación de condiciones con miras al reconocimiento de la simetría como línea de liberación y humanización del mundo (2007:338).

CAPITULO 3.

3. UNA MIRADA A LA MATERNIDAD DESDE LOS RECUERDOS DE LAS HIJAS QUE HOY SON MADRES

Introducirme en los relatos de mujeres para abordar el análisis de la maternidad en Cartagena de Indias, una ciudad caracterizada por fuertes rasgos de la cultura patriarcal, es posible en la medida en que se dirige la mirada de manera retrospectiva a los modelos tradicionales que han imperado durante años, y que aún moldean las mentalidades de hombres y mujeres, los discursos, funciones y pautas en la sociedad.

Apoyándome en el trabajo de Carmen Cabrales y Gabriel Jaramillo, sobre Familia y cultura en Cartagena, es necesario tener en cuenta que en esta ciudad la familia reproduce relaciones inequitativas de género. Desde la cotidianidad, se socializa al hombre como el fuerte, el que se mantiene y piensa en la calle, el que busca y conquista, el que "aprovecha" las ocasiones con cualquier mujer, el que debe guardar distancia de los usos y las apariencias propias de lo femenino. La mujer, por su parte, piensa en los hijos, influye más sobre ellos, se encarga de los quehaceres y permanece en el hogar (1982:2-5).

Remitirme a la tradición cobra importancia y determinación si se tiene en cuenta que en la medida que reconocemos el pasado, se resignifica el presente y se planean las acciones del futuro, como resultado de giros alternativos que tienen lugar en el tiempo. Así, la familia como institución social arraigada en la historia e igualmente perpetuada sobre modelos tradicionales que demarcan relaciones sociales, funciones y roles para cada uno de sus integrantes, debe ser abordada en su complejidad para comprender su dinámica y transformación.

El componente histórico-cultural, entra a determinar rigurosamente el abordaje de este fenómeno social, pues la cultura entendida como la configuración de comportamientos, prácticas sociales, valores y significados que nos posibilitan integrarnos y hacer frente a unas condiciones sociales concretas, impacta las construcciones, ideologías y modos de hacer definiciones del mundo en una época y se convierte en un elemento propulsor en la sociedad y al interior de las familias en particular.

La cultura ejerce una fuerte influencia en las personas, dependiendo de la pertenencia a un sexo, grupo étnico, estrato social y contexto con el que interacciona y en el cual se inscribe. Esto es inevitable, porque la cultura no es inmutable es constante su presencia, se construye a partir de las respuestas a una serie de exigencias y demandas de la historia; por ello se reelaboran discursos, representaciones y prácticas que se acomodan o ajustan al tiempo y contexto, las que terminan por incorporase en las mentalidades de hombres y mujeres moldeando sus concepciones del mundo.

El propósito de este acápite es rememorar, a partir de los relatos de las mujeres-madres, la historia de sus familias de origen. Pues en la medida en que nos aproximamos a este mundo de significados se entra en diálogo con todo ese matiz tradicional de la cultura que, durante años, ha determinado las concepciones que, alrededor del ser mujer- madre, se han transmitido de generación en generación, a través de las prácticas de crianza en las familias y los discursos que se perpetúan en la sociedad en general.

Lo anterior resulta de vital importancia, como lo enuncia Maria Cristina Palacio, porque la reconstrucción y el polimorfismo de las familias impactan tanto su estructuración interna como en su relación con el orden social, hasta distanciarla

del cumplimiento de un modelo único y hegemónico (2004: 17). Esto hace necesaria y propicia una nueva mirada a las familias y, en particular, a la función materna, cuyos discursos y prácticas están sufriendo una profunda hibridación entre lo público-privado, lo individual-colectivo, autonomía-dependencia, cambios-permanencias que conducen a las familias, y en este caso, a las mujeres a vivir en medio de tensiones y contradicciones que conllevan a la redefinición y relocalización de la maternidad y paternidad y así mismo de las identidades genéricas.

Este contraste intergeneracional entre las familias de las década de los 60 y del 2000 en la ciudad de Cartagena de Indias, conjuga, vivencias, aprehensiones e interpretaciones de experiencias de vida procedentes, desde las relaciones de estas mujeres-madres con su progenitora-progenitor y demás familiares en su función de hija. A partir esto, ellas incorporarán ciertos elementos que median en la construcción de sus identidades, pero que a lo largo de su ciclo vital –al situarse en la vivencia materna desde su mismidad- y siguiendo los planteamientos de Palacio: “Se traducen en la redefinición permanente de conductas pautadas y los imaginarios correspondientes al movimiento de la vida social y su cambio espacio temporal” (2004:20).

De esta manera, se enlazan las generaciones, al tipificar formas de sentir, actuar y pensar correspondientes a un momento histórico; pero, a su vez, provocan las confrontaciones, los desencuentros, las transgresiones que dan muestra de los cambios sociales que se traducen repentinamente en la deconstrucción y construcción de las identidades, que sufren procesos de aprendizaje y desaprendizaje, conservación e innovación en los discursos, representaciones y significantes en la cotidianidad de su vida, su visión del mundo y emergencia de nuevas prácticas. Así, estas mujeres-madres van dando cabida a la

desidealización de posturas dominantes, hegemónicas y sacralizadas que son trastocadas por la secularización de la sociedad y los procesos modernizantes.

La nueva dinámica social introduce en la vida de hombres-padres y mujeres-madres cambios sociales expresados en la posición ocupada por lo femenino y lo masculino en la sociedad y las ideologías sobre las que se soportaba la construcción de sus identidades. Se genera un “desplazamiento- mudanza” en palabras de Valencia y Palacio (2001: 24) de concepciones esencialistas o victimizantes que legitimaron el dominio masculino y la subordinación femenina.

Por lo tanto, emerge la necesidad de superar los prejuicios sexistas, las posturas androcéntricas y explorar la construcción de las identidades como un proceso conflictivo, dual y en constante reacomodación que transita en medio de modelos tradicionales- hegemónicos y prácticas reales en las experiencias de vida de hombres y mujeres como una apuesta por encontrarse con una nueva forma de sentir, pensar y actuar distintos de quienes son sus progenitores. Consecuente con tales planteamientos, es propicio señalar que estas primeras reflexiones constituirán la base fundamental para comprender qué sucede con las sociabilidades familiares de este grupo de mujeres y los procesos de construcción de sus identidades genéricas, que -aunque han sido permeadas por sesgos de la cultura patriarcal- tienden a reinterpretarse de manera distinta.

3.1 Voces que Cuentan… Las Familias de los Sesenta

¿Quién voy siendo? ¿De dónde vengo? ¿Qué es ser mujer? Estos son algunos de los interrogantes que se suscitan en las mujeres cuando extraen a la memoria los recuerdos de su familia de origen –de su padre y madre-, de su infancia, adolescencia y las relaciones vividas con uno(a) u otro(a). Recuerdos que crean una realidad de sí, de una época, aunque leída y contada desde el presente,

reconstituye una historia cargada de conflictos, sentimientos, pérdidas, oportunidades, privaciones, beneficios circunstancias que en conjunto han de enhebrar la trama familiar.

Cuando decido emprender una reflexión sobre las familias de los sesenta de la ciudad de Cartagena de Indias, retomando las voces de estas mujeres-madres unas voces que cuentan, pero que a la vez interpretan, quiero poner de presente historias plagadas de sentimientos, emociones y significados elaborados por este grupo de mujeres alrededor de esta. Así mismo, me sumerjo en una lectura que pretende comprender un contexto sociocultural, reivindicando la palabra de quien lo vivió, pues desde los relatos se tiene la oportunidad de visibilizar, sacar del anonimato voces silenciadas que dan cuenta de otros aspectos que también caracterizan y definen la vida de las familias Cartageneras, los matices socio-culturales e históricos que han transversalizado su composición.

Con miras a comprender dicha dinámica en las familias de origen de estas mujeres- madres y la valoración que se otorga a la maternidad, parto de la reflexión en torno a la época de los 60, desde la tradición, entendida como "aquellos modelos de socialización que reproducen estructuras de poderes jerárquicas, expresadas a través de una división sexual del trabajo, unas relaciones inequitativas de género"(Gutiérrez, 1999:150), que tienden a legitimar profundas dicotomías entre lo político y lo afectivo, la razón y la emoción, lo productivo y lo reproductivo, el placer y el gozo, lo externo y lo interno, lo social y lo familiar, lo público y lo doméstico. Estas antinomias se traducen en los estereotipos que han orientado los procesos de crianza y construcción de identidades de hombres y mujeres, tal como lo señalan Palacio y Valencia (2004:37).

3.1.1 Así recuerdan a su familia de origen

Sumergirse en las sociabilidades familiares de los 60, hace volcar la mirada a ese contexto histórico- social donde el poder masculino se instauró como régimen de dominación, opresión y subordinación de las mujeres a sus mandatos, designios, normas y deseos para mantener un orden en el que prevaleciera su voluntad y se rechaza cualquier pensamiento u acto femenino que pusieran en declive su legitimación.

Analizar los relatos de mujeres de los estratos sociales 1, 2 y 3 (grupo B) y los estratos sociales 4, 5 y 6 (grupo A), se constituye en un eje importante al señalar que sus historias se inician recreando aquellos recuerdos que permanecen en relación al padre y la madre, en cuanto a las pautas y prácticas de crianza, interacciones con el contexto, la organización familiar y el ambiente en los que tiene lugar el desarrollo de su infancia. De este grupo de mujeres entrevistadas nueve de las diez mujeres, nacieron en la ciudad de Cartagena y una en el municipio de Magangué, segunda ciudad del departamento de Bolívar.

La difusión a través de la cultura de un modelo de rasgos patriarcales en la ciudad, estableció los tipos, formas y relaciones que dinamizaron la organización familiar y las funciones de quienes la constituían. La cultura se introduce como un fuerte instrumento que regula, mantiene y reproduce mitos, creencias e imaginarios. De este modo, las familias se acomodan, adaptan y reacomodan, conforme se incorporan tales elementos y sus integrantes tienden a elaborar sus identidades en analogía con los mismos y/o pueden entrar en contradicciones con los modelos estipulados como la norma, al pasar el tiempo, y buscar otras alternativas que se reacomoden a sus vivencias, concepciones y representaciones sobre las que hilvanan su mundo.

Tenemos en cuenta que las familias no son estáticas. Por el contrario se transforman a la par de las exigencias del contexto socio-histórico. Este se constituye en el concepto que prima para situarse en los recuerdos de estas mujeres, ya que las formas familiares establecidas o predominantes en una época demarcan una serie de vivencias, relaciones y experiencias de vida cotidiana con hijos e hijas. Por esta razón, aunque la tipología no constituye un eje de este estudio, se consideró pertinente remitirse a ésta, para que los lectores posteriormente tengan la posibilidad de evidenciar que la composición familiar, la asignación de roles y el sexismo que caracteriza las tendencias familiares de los 60, llevan implícito prácticas y discursos que imprimieron a las familias la legitimación de un modelo tradicional.

En este orden de ideas, lo primero que se plantea a partir de las voces de estas mujeres, es que en la Cartagena de Indias de hace cuarenta y cincuenta años, persistía una notable presencia de la familia nuclear y extensa. Cada una consolidada sobre las bases de la protección, autoridad y los roles diferenciados por sexo.

La familia nuclear, fortalecida por la tradición religiosa, se constituía en la instancia por excelencia que mantenía la estabilidad del hogar y posibilitaba el crecimiento de sus integrantes, debido a que se consolidaba en torno a un padre que garantizaba la manutención de la familia y una madre cuyo modelo lo representaba la virgen Maria, figura abnegada, cuidadora, cuya función maternal era sobrevalorada socialmente. Tal como lo enuncia Magdalena León:

> En la familia nuclear el hombre representaba a la familia, es el ser capaz de atender a las necesidades de esta y por este motivo asume el ejercicio del poder, mientras mujer e hijos son considerados incapaces para ejercer el poder por estar desvinculados del trabajo productivo (1999:66).

Se soportó de esta manera, la existencia de la familia alrededor de modelos de complementariedad; pero las mujeres, en esta relación, se ubicaban en situación de desventaja para la conservación del funcionamiento del sistema. La persistencia de los "opuestos complementarios" como lo argumenta Virginia Gutiérrez se ajusta notablemente al régimen patriarcal, sistema de dominación que necesitaba imponer el poder masculino, pues dotaba a los varones de atributos frente a una mujer carente de ellos, aunque provista de cualidades complementarias para ubicarlas en estatus subalterno, que la obliga a reconocer y exaltar el mundo de él y a aceptar su dependencia (1999:149) como una condición inherente a su ser femenino. En palabras de las Mart: "*Yo soy hija única, mi papá y mamá eran personas mayores, toda mi vida la he vivido en Cartagena en esta misma casa… mi mamá una persona muy dulce y complaciente y mi papá bastante autoritario"* (grupo A*).*

Asimismo Zola *cuenta: "Fuimos una familia de cinco hermanos lo cual hacia una especie de fraternidad. Mi mamá en esa época a pesar de que era pedagoga no trabajó hasta que todos nos casamos. Una mamá muy pendiente y un papá un poco distante…"* (grupo A).

La familia nuclear, cobra mayor presencia en los estratos sociales 4, 5 y 6, donde, al parecer, las uniones matrimoniales adquieren una alta valoración. Por ello no se concebía la posibilidad de ruptura y aun frente a los problemas conyugales, relaciones poligámicas e inestabilidad económica se justificaba la permanencia de la unión, para responder a las exigencias culturales de la conservación del núcleo familiar, reafirmando "es lo mejor para los hijos(as)".

Sin embargo aunque se hablaba de la fuerte presencia de la familia nuclear, es pertinente reconocer –retomando los planteamientos de Ligia Echeverri- que las familias de hecho han existido siempre bajo sus múltiples formas a lo largo de la

historia, aunque se consideraban por fuera de la ley debido a que no estaban reguladas por el Estado o el sacramento religioso (1981:87). Es de destacar que hoy los avances de la legislación protegen los derechos de mujeres, niños y niñas pertenecientes a ella, como una conformación familiar tan legítima como aquellas que eran validadas en décadas anteriores por la iglesia o por el Estado.

No obstante, la familia nuclear, cualquiera que fuera su forma de constitución, resulta ser más una ilusión, pues aunque su conformación era de este tipo, las relaciones de parentesco jugaban un rol fundamental en la vida familiar, destacándose dentro de estas formas de representación, las figuras femeninas como las abuelas, las tías, quienes gozaban de un papel protagónico al interior de las familias, en comparación con abuelos y tíos (Morad y Bonilla, 2000: 102). Estos últimos, aunque presentes, debido a su condición de hombres- viriles se mostraban con mayores restricciones, desinterés, y poco apersonamiento en el ejercicio de las tareas cotidianas que se desarrollaban en el contexto intrafamiliar; justificaban su distanciamiento en la necesidad de vincularse al trabajo de manera exclusiva, para garantizar la supervivencia y manutención del hogar.

En este sentido, la familia extensa en la ciudad actuaba como motor y soporte fundamental en las vivencias y experiencias cotidianas de los integrantes de la familia. Ésta, regularmente conformada por tres, e incluso cuatro generaciones, adquirió notable presencia en los estratos sociales 1, 2 y 3, en la medida que los y las parientes más cercanos se integran a la manutención y crianza de familiares (hijos- hijas) de parejas unidas por vínculos legales o de hecho, las cuales por conflictos derivados de la constitución de pareja, la uniones tempranas, inestabilidad económica, migraciones internas o a países vecinos, deterioro de las relaciones que concluyen en separación y frente a tales circunstancias la familia de origen se constituía en la encargada de acoger a hijos(as) y nietos(as). Así lo expresa Jeny: *“La verdad es que no me crié con mis padres directamente, desde*

la edad de siete años viví con mi abuela, la cual era como mi mamá y con un tío al cual siempre he querido hasta este momento y le respeto mucho y en parte suplió a mi papá en todo lo que se refiere a ese ramo" (grupo B).

Algunos estudios recientes, corroboran que la cultura de la Costa Caribe hace ostensiva la necesidad vital de este respaldo familiar para cada individuo, que no puede sobrevivir sino integrado dentro de la pequeña comunidad constituida por la familia extensa. El auxilio y el sentimiento de generosidad emanados de los vínculos de sangre introducen un efecto reciproco que se traduce en la mutua y constante ayuda a los problemas del diario trajinar (Gutiérrez, 1999:102).

Lili y Jeny coinciden en afirmar que su crianza en una familia extensa fue consecuencia de la ruptura de los vínculos conyugales, lo que generaba de manera inmediata la salida del padre del hogar; quienes con frecuencia migraban a otra ciudad o país (San Andrés- Venezuela), dejando a los(as) hijos(as) a cargo de la madre, a la cual le correspondía la responsabilidad de proveer la manutención, sin estar preparada para ello. Esta situación las colocó en condición de "desprotección" y "desamparo", por lo que se vieron obligadas a ausentarse por periodos de tiempos prolongados o transitorios en busca de oportunidades laborales para garantizar la supervivencia de los hijos e hijas. Por ellos dejaron a los(as) hijos(as) a cargo de la abuela, la tía como figuras que suplen la función materna y paterna ante tales circunstancias, entre las que también habría que considerar el fallecimiento de alguno de los progenitores, que igualmente motivaba e impulsaba el sentimiento de solidaridad de los parientes.

En síntesis, las familias extensas en Cartagena de Indias representaban fronteras abiertas y flexibles que daban cabida a la entrada y salida de los miembros. Es decir se presentaban como especies de sistemas capaces de acoger de manera permanente y/o transitoria a hermanos- hermanas, hijos- hijas de familiares que, al

vivenciar las situaciones mencionadas, recurrían a las generosidades del círculo de parientes en aras de garantizar su protección, supervivencia y satisfacción de necesidades en ese momento coyuntural en sus vidas. Sin embargo, cabe resaltar de acuerdo con Claudia Mosquera, que lo extenso de las familias en la ciudad de Cartagena se da por filiación matrilineal. En estas familias, a medida que la edad aumentaba, la mujer ganaba poder, lo que permitía desarrollar su autonomía y la llevaba a involucrarse en la vida de sus hijos(as) y nietos(as), lo cual era aceptado socialmente (1994: 89).

3.1.1.1 Mujeres y madres "ejemplares" de hace 40 años

Las familias de los sesenta, según los recuerdos de las entrevistadas, establecieron normas rígidas que se constituyeron en los parámetros determinantes para la definición de las mujeres de la época; se les asignaban fuertes prohibiciones y, a su vez, atributos particulares que las visibilizaban como mujeres ejemplares.

Las hijas, tanto del grupo A y el grupo B, recuerdan a su madre como mujeres que formalizaron la unión de pareja muy jóvenes, alrededor de los 16 y 17 años de edad, y establecieron vínculos conyugales bajo la figura del matrimonio católico, como era costumbre en la época, dada la fuerte influencia de la religiosidad en las creencias, rituales y sacralización de la vida familiar. Aunque cabe anotar que esta práctica era más fuerte en los estratos sociales 4,5 y 6.

La consumación del sacramento religioso constituía una práctica prioritaria para solidificar la bendición de la nueva pareja y la prosperidad del hogar, sin embargo no se puede idealizar como la única forma de establecer vínculos, en esta época persistieron otro tipo de uniones. En contraposición al imaginario del ritual religioso para la formalización de los vínculos conyugales, las uniones libres se

constituyeron en la práctica frecuente sobre todo en los estratos sociales 1, 2, y 3. Esto puede ser comprensible si se asocia al sincretismo cultural de los habitantes de la Costa Caribe, como lo señala Virginia Gutiérrez[*].

La conformación de uniones de pareja a temprana edad se soportaba en que una vez finalizados los estudios de primaria y bachillerato, este último en mayor proporción en los estratos sociales 4, 5 y 6, las mujeres construían su proyecto de vida, y privilegiaban la maternidad como única función y medio de autorrealización, por lo que otras actividades por fuera de ella, eran relegadas o simplemente se visualizaban como un apoyo a la pareja sin el reconocimiento social y personal que ello demandaba. Esto condujo a que las mujeres se dedicaran y se responsabilizaran en exclusividad a asumir lo que sucedía de puertas para adentro, en el hogar, mientras el hombre representaba y dominaba el mundo exterior. Lo que expresaba la división tajante de funciones diferenciadas por género.

Se daba un fuerte valor a la maternidad, por ello las hijas de estas mujeres narran que sus madres tuvieron entre cuatro a siete hijos(as) en promedio, en ambos estratos sociales, aunque es prudente señalar el caso de una de ellas que sólo tuvo dos, pero acogió dos hijos del cónyuge como propios. Así lo recuerda Tere: *"Nosotros éramos cuatro, tres hermanos varones, dos de la primera relación de mi papá, que terminaron viviendo con nosotros, y otro hermano menor que yo"* (grupo A). Sin embargo, esta condición perpetuaba la función exclusiva de la maternidad, permanece el mismo deseo, al convertirse en la garante de cuidados, que se

[*] Para profundizar en este aspecto, léase sus obras: Familia y cultura en Colombia. Primera edición. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia. Tercer Mundo.1968. y Estructura, función y cambio de la familia en Colombia. Publicada en 1975-1976. Asociación Colombiana de Facultad de Medicina.

expresaba en la dedicación y esmero por atender a hijos e hijas y se constituía en un compromiso primordial que inhibía otras posibilidades.

En la mayoría de los casos, el número de hijos(as) coincidía con las creencias religiosas: *los hijos son una bendición del cielo y es prudente traer al mundo tantos como Dios lo había designado*. A lo anterior se suma el deseo del hombre por demostrar su virilidad, su condición de sujeto potencialmente activo y sexuado y varón fértil, que se legitimaba a través del número de sus descendientes, condición que le otorgaba poder y reconocimiento social entre parientes y redes sociales más cercanas. Esto resultaba inminente ya que los hombres habían construido culturalmente su identidad masculina ceñida sobre la base del modelo patriarcal.

Las hijas recuerdan que las madres se distinguían de la figura paterna en cuanto a su docilidad, afectividad, proveedoras de cuidados y atenciones y por la pasividad que las caracterizaba. Actitudes que resaltaban de éstas, como cualidades positivas, puesto que permitieron el establecimiento de relaciones y vínculos estrechos que posibilitaron una fuerte identificación en la infancia con las figuras femeninas.

Lo anterior resultaba meritorio, teniendo en cuenta que era la madre la responsable de organizar la vida familiar, dado el adiestramiento y cualidades que poseía, para mantener relaciones armónicas con sus integrantes, hacer del hogar un lugar apetecible, de crecimiento y esparcimiento para todos. De ahí que muchos de los recuerdos evoquen a una mujer-madre en correspondencia con aquellas actividades sobre las que descansaba el bienestar de las hijas: *mantener la ropa limpia, llevar las hijas al colegio, ayudarles en las tareas, prepárales los alimentos, escoger sus vestidos, hacerles los peinados,* entre otras tantas

funciones. Todas ellas en el espacio privado, convirtiéndose en las más grandes expresiones de amor para con hijos e hijas.

Sin contrariar y/o descalificar la labor materna en relación a este aspecto, es preciso destacar que tales expresiones también se constituyeron en una plataforma que las madres incorporaron como sentimiento en doble vía. Por una parte, la cercanía emocional significaba las ansias de protección, de estar siempre vigilante y atenta ante cualquier eventualidad; y, por otro lado, esta se concebía como una manera de coartar la autonomía de aquella *"que era niña y debía seguir siendo niña"* (Anad, grupo A).

Las madres representaban, entonces, una figura de manipulación y coacción en las relaciones maternofiliales. Ellas debían responder al mandato cultural, y lo expresaban a través de posturas que inhibían a las hijas para que dejaran aflorar decisiones y diferencias en la relación intergeneracional. Esta situación condujo a estas últimas a guardar en silencio sus opiniones para no causarles disgustos, irrespetarlas, contradecirlas o transgredir las normas. Por ello, consideraron que los comportamientos de las madres para con ellas eran en pro de su bienestar. Lo que las llevó a que se percibieran *"encerraditas, bobitas, indefensas, controladas, sobrecargadas de oficios y obedientes"* (Mart, Eugi grupo A y Marg, Mary, grupo B), calificativos y relaciones que las predeterminaron por mucho tiempo, pero que subvierten algunas al entrar la adolescencia y otras ya entrada la adultez.

Durante el análisis, también se identificaron otros calificativos que estas hijas hoy madres recrean en torno a la progenitora, como son la sumisión, la pasividad y la dependencia, todas estas en relación al esposo (padre de la entrevistada). Eugi así lo manifiesta*: "Mi mamá era básicamente ama de casa, dedicada a cuidar la casa, los niños, y a cumplir también las reglas que él le imponía. Ella no podía decir libremente hoy voy para donde mis amigas, voy a salir, voy a hacer una*

reunión, sino que ella siempre tenía que estar supeditada a que mi papá la aprobara, ella casi se anula como ser humano frente a la relación con mi papá" (grupo A).

La idealización de la familia nuclear forjaba cada vez más estas nociones, el papel de las mujeres lo constituían el sostenimiento y mantenimiento de la integración familiar, mientras al hombre le correspondía ser el proveedor inmediato así que aunque existieron dificultades en las relaciones de parejas y separaciones, *"por otras mujeres, ausencias en la casa o trago",* la falta de autonomía tanto económica como sociocultural, posibilitó que permanecieran sujetas a las decisiones del cónyuge, a sus mandatos y normas las que debían acogerse al igual que las hijas.

La vida familiar dadas estas relaciones, se concentraba en un conjunto de normas impuestas por la cultura patriarcal, es decir pensadas y determinadas por la masculinidad, y en este caso por la paternidad. De manera que el papel de las mujeres se concentraba en ejecutar las normas establecidas, a ellas solo se les habilitaba para controlar a las niñas "hijas" y cumplir lo designado. El cumplimiento de las normas se demandaba a través de expresiones afectivas, sustentadas en el imaginario de mantener la unidad de la familia, conservar su armonía y equilibrio, lo que se constituyó en la construcción cultural sobre la que se solidificaban las "familias de bien". Es decir, aquellas que se distinguían por ser facilitadoras en la consolidación de los valores éticos y los principios morales. Por ello, se consideraba que el abandono del cónyuge, eran formas extremas que matizaban la "incapacidad" de la mujer para sostener dicha unión.

Por otra parte, expresaron que aunque las madres de los años 60 controlaban el espacio del hogar, dicho ejercicio del poder era más situacional, porque la existencia de la heteronomía hacia que las hijas la percibieran como una persona

carente de autoridad en relación a actividades que estuviesen desligadas del ámbito doméstico y cuidados, como el otorgar permisos, imponer castigos, tomar decisiones y participar de actividades que devengaran ingresos. Estas acciones eran de responsabilidad del padre, si ella lo hacía, oponiéndose a sus decisiones, acarreaba sanciones por parte del compañero o disgustos, porque incurrían en la desaprobación social.

Aunque las madres eran catalogadas por los padres y la sociedad en general como “reina del hogar” los privilegios, consideraciones y cuidados hacia ellas eran limitados, sólo se visibilizaban para vigilar y mantener la convivencia en el hogar y hacer de las hijas, niñas bien educadas y con habilidades para desempeñarse en los quehaceres domésticos y así reproducir el modelo tradicional.

Se evidencian, así, madres que preparaban a las hijas para la vida familiar, pero que en las voces de las entrevistadas, era restringida, omitiendo en su socialización, los cambios que se experimentan al llegar la adolescencia. Las madres no se referían a estas experiencias en la vida de las hijas. Por el contrario, mantenían muchos tabúes y secretos en torno a la sexualidad; se encargaron de prevenir y/o advertir sobre lo que no se debía hacer, lo que se concebía como prohibido, buscaron mantener la “inocencia de la niña” “la virginidad” “el pudor” a través de posturas censuradoras y moralistas. Retomando a Puyana, quien asume que existen en las familias formas para comunicarse sobre la sexualidad de las hijas, una de ellas es el silencio de los progenitores, las hijas preferían callar sus inquietudes a compartirlas, por temor. Además la familia desarrollaba un fuerte dispositivo para controlar el cuerpo de ellas y su interrelación con el cuerpo masculino (2000:34). Estas prácticas contribuyeron a que la mayoría de ellas iniciaran este período sin ninguna instrucción previa, porque del cuerpo de las mujeres no se hablaba, solo se controlaba, vigilaba e inhibían deseos.

La poca libertad y el tabú existente para referirse a estos temas en el escenario familiar se convirtieron en fuertes obstáculos que afianzaron el desconocimiento del cuerpo como seres sexuados, pues el temor a hablar del desarrollo vital y la iniciación en las relaciones sexuales constreñía la autonomía y los derechos de estas mujeres. Siguiendo con los relatos, Anad dice: *"Nunca fueron capaces ni mi tía, ni mi mamá, que eran las personas más cercanas a mí, de informarme que iba a tener cambios en mi cuerpo. Cada cosa de la vida, cada etapa me tocó asumirla prácticamente sola. Me tocó decirles que me había desarrollado y me dijo entonces no te vas a poner disfraz de muñeca te tienes que quedar en la cama con mucha quietud, no te puedes bañar. Una tenía que "guardarse"* (grupo A).

Fueron estas concepciones las que en el proceso de socialización de ellas no facilitaron un diálogo abierto para la sexualidad, lo que las vulneraba por los escasos conocimientos, y se revertía en vergüenza temor e incapacidad para compartir con las personas más íntimas los cambios biopsicosociales producto de su desarrollo y crecimiento. Hoy sus significados y prácticas en el transcurso de su ciclo vital toman distancia de la valoración de sus madres y/o cuidadoras estableciendo con hijos e hijas diálogos más abiertos en relación a la vivencia de la sexualidad.

¿Qué elementos se incorporan en la vida de estas mujeres socializadas en la represión y la ignorancia? Controles sutiles justificados en la protección de la joven y fortalecidos en el desconocimiento del desarrollo vital, parecen reafirmar prácticas atemorizantes para inhibirla en su toma de decisiones. Estos se hicieron entonces permanentes, convirtiéndose en hilos invisibles que ejercen poder y dominio, imponiendo sanciones morales y sociales que reprimieron expresiones, conductas y deseos y generaron sentimientos de frustración en esta etapa vital; el tránsito de la niñez a la adolescencia.

Posturas represivas que socializan en la culpabilización, se reproducen infundiendo temores y buscando incesantemente reafirmar la valía de vocación de servicio al hogar y a los otros(as). Pero estas van siendo rechazadas y cuestionadas por las hijas a partir de su crecimiento, tal como lo manifiesta Eugi*: "El paso de la niñez a la adolescencia fue muy duro. Como mujer empiezo a pensar y a cuestionar, lo que le generó a mi padre un profundo miedo pero también atracción. Yo me casó porque esa era la oportunidad de ser libre, el día que lo hice le dije a mí esposo: hasta hoy soy hija de familia, no volveré a ser de nadie. Eran muestras de rebeldía y búsqueda de mi propio camino en un medio asfixiante psicológicamente"* (grupo A)*.*

Los anterior visibiliza que el proceso formativo para las mujeres durante la época estuvo cargado de un fuerte matiz señalizante y censurador que mantenía constantes restricciones y desigualdades entre los géneros. Esta realidad poco a poco se ha ido subvirtiendo impulsada por la dinámica del contexto y las oportunidades a las que las mujeres se abrieron paso, las cuales fueron posibilitando su acceso en forma masiva a otros escenarios de relaciones, permitiendo apropiarse de otros elementos y cuestionarse frente al modelo tradicional imperante en la sociedad.

En su conjunto estos recuerdos legitiman figuras femeninas y maternas segregadas a la vida y el ambiente hogareño, que vigila pero no tenía autonomía, dispensadoras de afecto y atenciones pero que a su vez, no lograba estrechar mas allá de lo afectivo, lazos de confianza para dialogar con libertad de necesidades e intereses, y se ven condicionadas a vivir en relaciones de dependencia con el esposo. Aunque se encontraron algunos casos en el grupo B, donde estas mujeres incursionan en el espacio público (trabajo) adquiriendo por ello gran valía e integrándose a relaciones que las acercan a otros escenarios.

Es evidente que las interpretaciones de las entrevistadas visibilizan que sus progenitoras construyeron su identidad personal y social, sobre la base de la sociabilidad como madres, amas de casa y la capacidad de servicio, ya que sus representaciones y construcciones del mundo se elaboraron en congruencia con los significados de la permanencia en el hogar, en el espacio doméstico y de dedicación exclusiva al proyecto materno.

3.1.1.2 La función materna ejercida por otras mujeres: abuelas y tías figuras presentes

Para algunas de estas mujeres, Lili, Mary y Jeny pertenecientes al grupo B y Anad, del grupo A, su infancia y parte de la adolescencia transcurrió en familias extensas por diversas razones: red de apoyo de la familia materna durante la conformación de la nueva unidad familiar, el cuidado de los hijos(as) por la salida del lugar de residencia en busca de trabajo, separación de los cónyuges o muerte de uno de ellos. Estas situaciones se constituyeron en eventos que incidieron para que estas mujeres-madres no solo establecieran vínculos maternales con su progenitora, a ella se integraron otras figuras femeninas, abuelas y tías, que en la historia de las familias cartageneras en particular representan un papel significativo en la crianza de hijos e hijas.

Desde el nacimiento de Anad y sus hermanos, su abuela materna y una tía se destacaron por participar en la crianza y cuidado de nietos y sobrinos respectivamente. Ellas se involucraban en el apoyo de actividades educativas, transmisión de pautas de comportamiento y valores morales, formación que era impartida siguiendo claras directrices que garantizaran “hacer de niños y niñas personas con buenos modales y costumbres”.

Las labores desempeñadas por estas mujeres fueron tan importantes en la vida de Anad que hoy las recuerda como otras figuras maternas que de forma simultanea participaron en su proceso de crianza. Figuras que habían sido admitidas por los miembros de la familia, en especial por su madre y padre basándose en los argumentos: que la experiencia adquirida como madre la habían dotado de cualidades y capacidades especiales para apoyar la crianza de sus hijas(os), y en esa medida su enseñanza era primordial en la instrucción para el mejor desempeño de la función maternal.

De esta manera la madre de Anad aprendió con interés los consejos, mitos y creencias de su madre, reconociendo que la temprana edad para asumir la función de la maternidad ameritaba el respaldo y la participación de esta, quien por su experiencia en el ejercicio materno poseía mayores conocimientos. Este imaginario introduce la posibilidad de inclusión de la abuela y la tía en la vida de la nueva familia, quienes entran a reafirmar la socialización de nietas(os)-sobrinas(os) en el modelo tradicional.

La abuela, entonces, aparecía insertada a las familias, como eje vertebrador a través del cual giraba la vida y el tiempo de ocio de los hijos y nietos (Morad y Bonilla,2000:65); y la tía, hermana de la progenitora, durante las crisis hogareña cobija con su protección a los sobrinos, identificándoles casi como hijos, y en los casos de unidad habitacional, sustituía las obligaciones de su parienta para facilitarle el trabajo de ganar fuera el sustento(Gutiérrez,2000:323).

La presencia de estas mujeres se hizo sentir con mayor frecuencia en los estratos sociales 1, 2 y 3, donde retomando a Lili, la separación de los cónyuges y las difíciles condiciones de vida de su mamá, la llevaron a dejarla al cuidado de una tía política quien se integró a la crianza de ella y sus hermanos. La tía se comprometió con su cuidado y educación, asumiendo todas las responsabilidades

y compromisos que embarga el hacerse cargo de las hijas de su cuñada y sus propios hijos.

Pero, por diversas razones, la vida de Lili no sólo ha de transcurrir bajo el cuidado de esta tía política. La abuela paterna decidió también involucrase en la crianza y la llevó a vivir con ella, comprometiéndose con sus cuidados, porque la madre falleció a causa de problemas cardiovasculares. Se ocupó de la crianza, pero sin asumirla como un compromiso o responsabilidad ineludible. De manera que la apoyó durante cierto tiempo, y cuando tomó la decisión de cesar con esta responsabilidad emigra a Venezuela dejando a la Lili de 14 años y sus tres hermanos con unos tíos, que en palabras de Lili: "*nunca tuvieron que ver conmigo".*

Así mismo, las necesidades económicas de la familia y la muerte del padre de Mary cuando tenía cinco años, condujo a que su madre quien vivía con ella y sus otras hijas en zona rural del municipio de Magangué emigrara a Cartagena en compañía de las hijas mayores en la búsqueda de mejores condiciones de vida. Debido a esta situación, Mary por ser la menor de las hijas fue dejada en Magangué al cuidado de los abuelos(as) quienes se hacen cargo de su crianza y educación.

La vida en el campo imprime a la crianza de Mary una formación que integra la vinculación desde muy temprana edad a los trabajos de la finca y actividades domésticas, labores que debían ser apropiadas por niños y niñas al igual que los adultos. De modo tal que la crianza estaba transversada por estos aspectos, y aunque los abuelos de Mary se preocuparon por su educación -formación en la escuela-, en lo que se refería a la satisfacción de necesidades afectivas, recreativas y de protección Mary recuerda hoy con nostalgia: "*los abuelos no*

manifestaron expresiones de cariño, no estuvieron al pendiente de mí en medio de tantos peligros en la finca".

Abuelas y tías son entonces figuras "presentes" en la vida de estas mujeres. Jeny vivió con su abuela desde los siete años, ella suplió la ausencia de su madre porque el padre y la madre se separaron, justificados en que durante la convivencia y la relación de pareja no se entendieron. Esta situación motivó la migración de la madre a Venezuela y el padre a San Andrés.

Así que decidieron dejar a los hijas(os) a cargo de la abuela materna y un tío, este ultimo en palabras de Jeny, *viene a ocupar la posición de su papá*. Ambas personas se integraron a la crianza de Jeny y se dedicaron a proveerla de atenciones y cuidados. Sin embargo, aunque ellos construyeron fuertes relaciones con Jeny, debido a que convivían juntos y participaban en su desarrollo, las expresiones afectivas, la comunicación, la confianza y la amistad no fueron relaciones que afloraron espontáneamente entre ellos. En estos aspectos la madre seguía manteniendo una posición privilegiada en los significados apropiados por la hija, aunque su presencia fuera esporádica, hijos e hijas aprovechaban las visitas de la madre para establecer este tipo de encuentros que parecían tomar cada vez más fuerza en la medida en que la madre se acercaba nuevamente a la cotidianidad familiar.

Por estas razones, algunas de estas mujeres, quienes tuvieron la experiencia de convivir con la abuela y la tía expresan que ha diferencia de la madre, cuyo afecto fue intenso, aunque su permanencia en casa fuera relativa y los encuentros entre ellas poco frecuentes -vacaciones y fin de año-, debido a las condiciones de trabajo lejos de la unidad habitacional, el apego que sentían hacia la madre era incomparable, abuela y tía, quienes aunque proveían atenciones y cuidados, las

recuerdan como mujeres más estrictas y rígidas para impartir normas y “secas” en cuanto a las manifestaciones de cariño.

Sin embargo en este último aspecto la tía resultaba ser mas abierta y accesible, ellas se posicionaban y eran reconocidas más como amigas, llegando al punto de establecer lazos de fraternidad y hasta de complicidad para con la sobrina, lo que posibilitó a esta última ir desarrollando decisiones autónomas. La presencia de la tía era fundamental para el establecimiento de otras experiencias y saberes que las alejaban de manera exclusiva del reducido mundo privado.

Los patrones utilizados por las abuelas estaban cargados de un alto estigma religioso y moralizante mediante el cual se pretendía moldear a las nietas para que aprendieran comportamientos conservadores y posteriormente cumplieran con su misión “ser madres y esposas”. De manera que se sancionaba cualquier comportamiento que tratara de desmitificar la formación impartida, y por ende atentara con la unidad familiar que residía en ella, desde que el padre y/o la madre de estas, por múltiples razones no estaban en condiciones de satisfacer.

La convivencia con la abuela resultaba difícil pero a la vez constituia el soporte a través del cual los progenitores delegaban el cuidado de sus hijas, pero las diferencias intergeneracionales y las cualidades que las caracterizaban como mujeres distantes, conservadoras y preocupadas especialmente por la socialización en los oficios domésticos, propiciaban tensiones entre ellas. Esto último justificándose en la concepción de que cuando conformaran su hogar desempeñara la labor maternofilial con soltura, desarrollando habilidades en este ámbito.

Estudios recientes muestran que las relaciones de parentesco eran tan fuertes en el contexto cultural cartagenero afirmando que era más frecuente que en el resto

del país encontrar familias donde la imagen del padre y/o la madre se disipan o entremezclan con la imagen de un tío, tía y abuela (Morad y Bonilla,2000:65). Esto se presentaba como una realidad cotidiana característica de la idiosincrasia de la cultura cartagenera, distinguida por fuertes lazos y apego entre parientes, y hermandad entre familiares, relaciones que todavía perviven en el presente siglo. La familia extensa permanece estableciendo redes de apoyo entre parientes, como forma de subsanar carencias que demanda la satisfacción de necesidades y la atención del hogar y los(as) hijas(os) (Pérez, Durango y Morad, 2003: 55).

Aunque las figuras femeninas de las abuelas y tías maternas irrumpieron trascendentalmente en la cotidianidad de las familias cartageneras, es importante resaltar que, aun cuando su participación fue decisiva para la integración familiar y salvaguardar las necesidades de parientes en situaciones de indefensión, no es posible idealizar la función desempeñada por dichas mujeres, pues a lo largo de su cumplimiento, crearon un mito alrededor de la responsabilidad de sus nietas, favoreciendo posturas subordinadas y un proyecto de vida generalmente construido para desarrollarse en el ámbito reproductivo.

Se formaron, así, tensiones que no facilitaron el diálogo, las diferencias, la confianza y la cercanía como atributos fundamentales en el establecimiento de las relaciones familiares. La brecha intergeneracional entre la niña y la abuela en el modo de ver la vida produce discrepancias, que la abuela maneja autocráticamente, en tanto que mayor, posee autoridad, la norma y el control (2003:56).

3.1.1.3 Mujeres confinadas al espacio de lo privado

Las sociedades han establecido diferenciaciones basadas en la condición anatómica, en la corporeidad de mujeres y hombres en función a la fisonomía y los

órganos genitales. Se consolidó el pene como órgano de dominación y la vagina como órgano de reproducción, el cuerpo de las mujeres se consideraba en analogía con la fragilidad y la debilidad y el de los hombres con la rudeza y tenacidad. Estas diferencias construidas indistintamente condujeron a reproducir una desigual asignación de poderes y roles para significar lo masculino y lo femenino, hasta tal punto de ubicarlos en espacios totalmente opuestos, trazados por límites inconfundibles.

En esta medida, en el tránsito de la historia se dibujaron fronteras que legitimaron ¿Qué es ser hombre? ¿Qué es ser mujer? Y crearon un mundo de lo femenino y de lo masculino; figuras antagónica con visiones y funciones opuestas para vincularse al mundo familiar y social. Por tal motivo, hoy se pueden plantear interrogantes que en el transcurso del tiempo se han ido transformando, pero que hace cuarenta años respondían a lógicas socio-culturales imperantes.

La división de tareas en el escenario familiar se encargó de crear un mundo de exclusión e inclusión para hombres y mujeres. Así lo relatan algunas de las entrevistadas quienes reafirman en toda su historia la permanencia de la madre en la casa –lo privado- y la perpetuación intergeneracional de estas pautas de crianza para con ellas mismas, en correspondencia con dicha realidad cotidiana de la época, aunque se presentan casos particulares en los que las madres se dedicaron a actividades remuneradas, fuera del escenario inmediato de la familia, la mayoría de las veces atendiendo a las condiciones de carencia y necesidades del “núcleo” familiar.

Estas mujeres recuerdan que sus madres, desde que se casaban, privilegiaban el mantenimiento de la unión, ya que su esposo entraba a suplir algunas funciones del padre y la madre quienes fueron fuente de su supervivencia durante la infancia y adolescencia. Esta nueva figura se presentaba como aquella que venia a

responsabilizarse de la manutención de la mujer en la adultez. De modo que la esposa al unirse con el esposo instituía lazos de dependencia económica pero también emocional.

Esta creencia estaba arraigada en estas mujeres, puesto que se habían socializado en un modelo tradicional que atribuía una alta valoración a la connotación de la mujer reducida a la maternidad. Al respecto, es sugerente el planteamiento que hace Parsons de las mujeres como lideres expresivos del hogar. Como "encargadas del buen funcionamiento del hogar, sus tareas fundamentales se orientan a velar por la participación de cada uno de sus miembros en la vida familiar, mantener la calidad de las relaciones interpersonales, aminorar las dificultades, ejecutando o supervisando la realización de todas las tareas domésticas, (Parsons citado por: Viveros, 2002:176) enseñar los valores familiares y garantizar el cuidado emocional, de protección y seguridad en la familia.

Estas concepciones condujeron a que la vida de las mujeres de la época se asociara indisolublemente al cuidado y protección, estructurando el hogar como el espacio en exclusividad para desempeñar dicha función en pro del bienestar de sus integrantes, pero que designaba un lugar especial al hombre, para este la familia vendría a constituir el espacio de reposición de fuerzas, de regocijo, sosiego y tranquilidad una vez regresaba de una extenuante jornada de trabajo (Palacio, 2004:27).

Las hijas recuerdan que no sólo sus madres participaban de esta labor, también ellas se sumaban al complejo mundo familiar dedicado a las tareas del hogar. Trabajaban en todas las actividades cotidianas de manera silenciada, sin ningún reconocimiento o diferenciación en la carga doméstica con respecto a las mujeres adultas, su quehacer se consideraba como fuente de apoyo y colaboración en el

seno del hogar “un deber que debían cumplir”. Así que, las niñas eran visionadas como reflejo del modelo de sus madres y su capacidad física era aprovechada para aliviar los costes de las tareas cotidianas en la familia, justificándose su integración bajo la concepción cultural de “forjar mujeres de bien, adiestradas en los cuidados”. Es sugerente en este punto el planteamiento de Fernández: “las niñas de toda condición social, conservaban el antiguo género de vida, que no separaba los niños de los adultos, ni por la moda, ni por el trabajo, ni por el juego, ni por una educación propia para ellas” (2004:31).

La vida de las niñas, se desarrolló entonces, privilegiando un fuerte confinamiento en el espacio del hogar, bajo restricciones y controles, que las sujetaban a las normas de la madre o abuela -a su dominio- lo que era comprensible ya que eran ellas quienes debían responsabilizarse en ese microespacio de la crianza y educación ética y moral de las hijas sin mucha ayuda e intervención del padre.

Por ello, las prácticas se centraron en posturas atemorizantes, de encierro, control del cuerpo, limitaciones en el tiempo dedicado a las actividades lúdicas y de esparcimiento entre otras, inhibiendo así el desarrollo de la autonomía de las niñas en la infancia y adolescencia. Podría señalarse que estos comportamientos de los progenitores o cuidadores estuvieron motivados por los imaginarios de que “los niños y niñas como seres con inclinaciones perversas y por ende los socializadores debían ser estrictos y autoritarios” (Badinter, 1989; Puyana, 2000).

Lo anterior se evidencia en las siguientes expresiones de estas mujeres quienes cuentan, en palabras de Marg*: “antes las mamas no dejaban salir casi a uno, mi madre no permitió que estuviéramos en la calle. Como éramos seis hermanos ella decía que podíamos jugar juntos sin necesidad de salir a la calle”*(grupo B*);* Lili*: “que recuerde jugué en el internado pero en casa nunca jugué, después estuve con mi tía ella no me dejaba recrear, no me daba libertad, ella no me dejaba salir a*

ningún lado, eso para mi tenía que ignorarlo"(grupo B); Tere*: "la complacía en todo muchas veces, cediendo hasta mis principios, necesidades y pensamientos, peleaba porque quería tener mi propio criterio, pero siempre la complacía y ella se sentía feliz"*(grupo A).

Estos relatos ponen de presente que, aunque algunas investigaciones como las de Mosquera (1994), Cabrales y Mosquera (1997), Puyana(2000) han evidenciado que la vida social en Cartagena da cuenta de la calle como espacio de socialización de hombres y mujeres especialmente en los sectores populares de la ciudad, es interesante visibilizar desde los relatos de estas mujeres que la vida familiar integrada a este escenario, no se expresa como una característica homogénea en las familias de la ciudad. Sus historias también dan cuenta de las prohibiciones de los(as) adultas(os), sobre todo para la niña, quien debía ser socializada y preparada para el ámbito privado, sus relatos muestran tensiones y resistencias, por el control ejercido para evitar el contacto con la calle, el parque y los amigos privilegiando así su permanecía en el hogar.

Así, pues, mediante estas prácticas de crianza se restringió el acercamiento a las vivencias en el escenario de lo público, se les educó desde temprana edad para que asumieran con "alta valoración" los quehaceres domésticos, habilitándolas para ser competentes en el mundo del hogar, esta posición de la familia, se evidencia con mayor fuerza en el sector rural, donde el trabajo constituye una exigencia para el sustento familiar. En palabras *de* Mary*: desde que recuerdo mi vida en la finca se desarrolló trabajando, cocinando para los empleados y atendiendo para los oficios de la casa, me tocó duro, yo me enfermé una vez, cuando me dio tos ferina me tocaba hacer todo así enferma, nunca dejaba el trabajo en la finca, me tenía que levantar temprano trabajar antes de ir al colegio y después hacerle la comida a los trabajadores era un trabajo pesado (grupo B).* Así

lo reafirma: Lili*: “mi tía decía que primero estaban los oficios y las tareas, yo no podía pensar en otra cosa”* (grupo B).

Retomando los planteamientos de Carolina Moser, los trabajos domésticos, al ser considerados naturales y no productivos, no son valorizados. Estos tienen serias consecuencias para las mujeres, significa que la mayor parte, sino, todo el trabajo que realizan es invisible y no reconocido como trabajo, (1991:64). Esta condición entendida como proceso vertebrador de las prácticas de crianza afianzaba la subordinación de las mujeres a los hombres, porque si se concebía que desde temprana edad la niña se educaba para asumir como función prioritaria de su proyecto vital los quehaceres domésticos, se estaba reforzando el imaginario que existían unas actividades de exclusividad para las niñas y otras para los niños, lo que marcaba otro tipo de relaciones en el seno familiar y unos claros estereotipos de género.

El trabajo doméstico se incorporó, entonces, rígidamente a la vida de las niñas, porque eran ellas quienes en casa debían, al igual que la madre especializarse y adiestrase para responder con eficiencia a los cuidados de los demás integrantes del hogar. No obstante, la especialización en estas funciones significó que en ocasiones ellas pasaran de ser cuidadas a cuidadoras, función que cumplían en especial cuando ocupaban el primer lugar entre hermanos(as)- cuando era la mayor de las hijas-. Esta situación generaba profundas tensiones y conflictos en la vida de las niñas ya que debían enfrentarse a la provisión de cuidados y protección a los suyos y responsabilizarse de su autocuidado. Los papeles se refuerzan en forma sustantiva: no solo la hija reemplaza a la madre cuando está ausente, sino que el papel de la hermana mayor es cubierto por el grupo femenino fraternal o por algún pariente. Dentro de la pequeña o gran familia, deberes y derechos encuentran sustitución en uno u otro integrante de las familias (Gutiérrez, 2000:320)

Apropiarse desde pequeñas de tales funciones como algo ineludible e inaplazable, propició la exclusión paulatina de las niñas en otros espacios de crecimiento, desarrollo y potencialización de capacidades. Sin embargo, esto al parecer no se tuvo en cuenta por las madres, la tradición se encargó de instituir las representaciones en torno a lo que debía ser y concebirse por mujer, y como se debería sentir, vivir y significar la maternidad sentando en este sentido, los patrones sobre los cuales habían de elaborarse las identidades femeninas, la consagración a la maternidad y a la vida doméstica actividades prioritarias y contribuyentes a la autorrealización de las mujeres.

Así, pues, es preciso anotar que aunque la valoración de la infancia se regula en el siglo XX, en los sesenta y setenta, época en que estas mujeres vivían su infancia, se seguían reproduciendo unas relaciones donde al niño- niña le eran vulnerados sus derechos y se mimetizaba en la función exigida a las mujeres. Puyana y Lamus plantean:

> El desarrollo legislativo favoreció el impacto de los Estados en las familias colombianas proclives a una democratización de las familias y la infancia. En primer lugar debe anotarse la promulgación de las leyes referidas a la protección de la infancia y adolescencia, a la prohibición de niños y niñas en el trabajo productivo, consagrando una visión de la infancia como sujetos de derechos. El siglo XX se caracterizó por el reconocimiento de sus derechos, con acceso a un proyecto educativo que se revierta en la construcción de su proyecto de vida (2003:39- 40).

Este aspecto jurídico- político ha venido favoreciendo los significados de la infancia transformando sus deberes en derechos, requerimientos que las sociedades deben asumir con una mayor conciencia sobre la importancia que implica desarrollarla y protegerla. Una infancia vulnerada muestra la incapacidad de las sociedades para jalonar su proyecto más significativo, como lo es proveer el desarrollo biopsicosocial de sus niños y niñas.

3.1.1.4 ¿Dónde esta mi padre? La distancia una constante

Rememorar las relaciones con las figuras paternas, resultó para las entrevistadas un ejercicio que exigió mayor reflexión, fue encontrarse con los recuerdos de un padre que se disipa en la encrucijada de estar presente y ausente, pero que no dejó de cumplir una función decisiva en las representaciones, prácticas y discursos que configuran la construcción de las identidades genéricas de estas mujeres-madres.

Los padres de las entrevistadas, tanto del grupo A y grupo B, son recordados como hombres que vivieron una relación distante con la cotidianidad de la familia, que habían creado una fisura, una barrera entre lo que acontecía dentro y fuera del hogar, lo que conllevó a delimitar su protagonismo en ambos escenarios; Grac *expresa: "recuerdo pocas cosas buenas, poco afecto de mi papá, por estar trabajando no nos dedicaba tiempo. Fue una relación bastante distanciada, había un rechazo no había ese acercamiento de hija hacia el padre"* (grupo B). Por otro lado Mart *dice: "durante la primera infancia veo a una figura paterna un poco alejada, un poco distante y lo contrario a la figura de la madre muy cercana, siempre hay presente"* (grupo A).

Esto era comprensible, ya que cada uno estaba regido por lógicas distintas o complementarias, si se sitúa en la época, la familia constituia la unidad privada destinada a salvaguardar la protección y el cuidado, y lo público se erigía como esfera de poder, dominación y de lucha permanente. En este sentido, los hombres dada la concepción tradicional veían el hogar como el espacio adecuado para imponerse y legitimar sus normas y lo público como medio que posibilitaba reafirmar su virilidad, siguiendo con la perpetuación del androcéntrismo.

Por esta razón, las entrevistadas del grupo A, y algunas del grupo B, no dudan en referirse a los padres como hombres que se distinguían por la tenacidad en el trabajo, la disciplina, la fortaleza de carácter, la fuerza y la firmeza, la autoridad y severidad entre otras tantas características. Esto los distanciaba tajantemente de las actitudes de las figuras maternas, que se fundaban en correlación con las lógicas familiares, organizadas alrededor del afecto, la generosidad y las relaciones personalizadas. “Los padres por su condición de varón adulto y en su rol de esposo y padre, era el que aportaba el ingreso familiar, y por ello en las sociedades industriales es quien se desplaza especialmente a participar en forma activa en el mercado del trabajo” (León, 1999:66). Este hecho ocasionaba que imprimiera a la vida del hogar relaciones, vivencias y prácticas diferenciadas que reflejaban los valores aprehendidos en el mundo del trabajo- lo público- que por sus connotaciones se consideraba riguroso y complejo.

Estas mujeres traen a colación las imágenes de padres lejanos del proceso de crianza y formación, sin mucha relación con ellas, que se limitaron en forma prioritaria a lo que correspondía a su rol - la proveeduría económica- sin irrumpir en aquello que por “mandato natural” y por sus atributos intrínsecos se asignaba a las mujeres. En casos de que el padre se ausentara de forma transitoria o definitiva la familia extensa no es indiferente. Se pone de presente el mandato cultural que tíos, tías, abuelos y abuelas debían suplir o apoyar el ejercicio de funciones asignadas al padre. El padre físicamente distante, se constituía en la figura que necesariamente había que reemplazar y cubrir.

En la Costa Caribe, en palabras de Yusmidia Solano, se creó una cultura con solidaridad racial y social, los padres distantes o ausentes producto de la poligamia, el concubinato abierto, el compadrazgo motivaban, la inserción de otras figuras que sustituyeran su rol; esta condición traspasó las barreras de clase del régimen regional. Solano, coincidiendo con Fals Borda y Posada Carbó, afirma

que el proceso de mestizaje fue determinante para ser como somos hoy, el sincretismo constituye una de las características sobresalientes de los pobladores de la Costa Caribe (Fals y Posada citados por Solano, 2006:23-24).

Los recuerdos se concentraron, en hacer constantes referencias a los padres como hombres que constituyeron su proyecto de vida en analogía con el trabajo. Esto condujo a que se centraran en la materialidad del hogar y descuidaran el significado que, para la familia, podría representar el afecto, la cercanía y los vínculos de amistad como otros medios de proveer protección a los intrigantes de la familia en la cotidianidad del hogar. Así lo recuerda Mart: *"Mi padre era una persona bastante autoritaria, un poco seca, aunque me quería muchísimo, pero la relación fue más difícil, porque él sobre todo en la época de la adolescencia una es rebelde, entonces él era una persona un poco estricta, no me dejaba salir mucho"* (grupo A).

Sin embargo, aunque, suele sonar en contradicción con lo anotado, ellas reafirman que el esmero, dedicación y valor que el trabajo tenía para sus padres, en últimas posibilitó que en casa nunca faltara nada en cuanto a lo que materialmente se requería para vivir de manera satisfactoria y digna. Siempre se tuvo lo necesario en este aspecto, como lo relata Tere*: "la responsabilidad de mi papá con mi mamá y los hijos era lo primero, nunca faltaba, aunque se bebiera sus tragos, parrandeara o le fuera mal en algún negocio"* (grupo A). Por su parte Mart *expresa: "mi papá era un hombre sumamente trabajador, berracamente trabajador, que nos enseñó a nosotros hacer muy trabajadores, en mi casa nunca faltó nada, mi mamá apoyaba mucho a papá pero él no lo permitía"* (grupo A).

En las historias de las entrevistadas, en particular del grupo A, cuando el padre estaba presente llamaba la atención como ellos en la infancia de sus hijos(as), aunque estuvieron bastante distanciados de la vida hogareña y en particular

establecieron escasas interacciones con ellas, siempre buscaron recuperar la distancia, la manera de acercarse a través del desarrollo de actividades de esparcimiento y recreación en donde se daba lugar al reencuentro con las hijas. Anad, así lo expresa: *"Mi papá era muy cariñoso, yo lo notaba porque él siempre me consentía con paseos, me llevaba al cine, al parque centenario, a visitar a mis tías, esa eran la forma como nos divertíamos"* (grupo A). Así mismo *narra* Zola*: "salíamos en la camioneta, el me llevaba a ver una película, también íbamos a ver animales cosa que nos encantaba a los dos y disfrutábamos de las salidas a comer lo que más me gustaba"* (grupo A).

De esta manera, las hijas manifiestan que tales expresiones se convirtieron en la oportunidad para que sus padres manifestaran el cariño y el amor que sentían hacia ellas, pero que, dados los patrones culturales, no se autorizaban abiertamente, eran vistas como acciones de debilidad y, por tales motivos, no se aprobaba un tipo de relaciones más cercanas. Esto responde a la lógica cultural de las sociedades patriarcales que definen que los comportamientos masculinos se sustentan en maniobras defensivas: el temor a las mujeres, temor a mostrar cualquier tipo de feminidad, incluyendo la ternura, la pasividad, cuidado de terceros y, por supuesto, el temor a ser deseado por otros hombres. O sea, mecanismos de defensa ante estos deseos conflictivos, que revelan una épica de superación de temor, para no amedrentarse ante estas amenazas- que en términos psicoanalíticos, seria equivalentes a la castración- a no tener lo propio de la masculinidad y ser como las mujeres (Burin: 2000: 134).

Siguiendo con el tipo de relaciones, se habla también de padres poco comunicativos, personas a las que veían como de difícil acceso para el establecimiento de relaciones estrechas, de confianza y libertades. En palabras de Seidler, los padres para conservar su autoridad tenían que guardar las distancias con respecto a sus hijos, ya que se suponía que la cercanía amenazaba su

estatus (2006,15). Esta situación resultaba ser mucho más evidente con las figuras femeninas (las hijas) que con los del mismo género, con quienes el diálogo y los intercambios conversacionales eran más fluidos, las relaciones en el ámbito de lo público los acercaba; sobre todo, compartían espacios como el trabajo y las relaciones con los hijos hasta llegaban a convertirse en los amigos más cercanos.

Con la adolescencia, los cambios son más notorios, la distancia se acrecienta entre padre e hija. Por un lado, las relaciones del padre con los hijos es de una complicidad tal que disfrutan juntos de las fiestas, parrandas y el trabajo; mientras que la adolescencia de las hijas se percibe como el momento donde se dilatan más las relaciones, el padre se distancia súbitamente de la hija por el temor a involucrase en su adolescencia, la cual es ajena a su corporeidad, por su condición de varón. Se responsabilizaba, entonces, a la madre de custodiar la virginidad y el cuerpo de la hija, mientras él sólo interviene para vigilar, castigar e imponer sanciones. Por estas razones, las entrevistadas aluden a este momento como aquel donde con mayor rigidez se siente la autoridad y los controles familiares. Es un momento del ciclo vital, donde ella (la hija) está consolidando relaciones autónomas, lo que constituyen fuertes tensiones, cuando se está en oposición con la madre y en especial con el padre.

Contrario a lo que se percibía en los estratos 4, 5 y 6 donde las condiciones de trabajo impulsaban la no permanencia del padre en el hogar por periodos de tiempo, y las hijas experimentaban una distancia parcial o situacional del mismo. En los estratos sociales 1, 2 y 3 esta situación resultó ser más paradójica, las hijas y las familias en general se enfrentaba a la distancia y lejanía del padre como un hecho real -un abandono prolongado-; por una parte producto de la disolución de la unión de pareja y, por otro lado, justificándose bajo la necesidad de la migración para mejorar el proyecto de vida familiar. De este modo se motiva la

salida, pero el regreso es casi nulo, al igual que la retribución al hogar y la persistencia de vínculos afectivos.

Se evidencia que las relaciones del hombre- padre con la cónyuge y las hijas e hijos en los estratos sociales 1, 2 y 3 se diluyen prácticamente, de tal manera que se muestra en yuxtaposición con la imagen del "padre proveedor" (aquel que libera una batalla en un mundo hostil para proveer de techo y alimento a los integrantes de su familia) que tradicionalmente la cultura concebía. Sin embargo, frente a tales circunstancias las entrevistadas, en términos generales, coinciden en afirmar que frente a los comportamientos de los padres – su ausencia y distancia- no guardan ningún sentimiento de rechazo.

Así lo recuerdan algunas de ellas, Lili: *"desde que cumplí cuatro años de edad nunca lo vi, prácticamente no conocí a mi papá, mi mamá siempre decía que él iba a volver y estar con nosotros, entonces yo le decía que se olvidara de eso y así fue, él nunca estuvo pendiente de nosotros; ahora grande es que lo conozco"* (grupo B). Jeny*: "Desde la edad de siete años no viví con mamá ni papá y un tío al cual siempre he apreciado fue quien suplió a mi papá en lo que se refiere a este ramo; ahora mi papá esta aquí en Cartagena, como es un señor, tuvo un accidente y los hijos lo tenemos a cargo"* (grupo B).

Situadas desde una postura reflexiva, son benévolas en sus críticas, asumen que no son jueces de sus padres, no son quienes para censurarlos, lo que no significa que justifican u olvidan lo que hicieron. Ellas tienen claro que sus padres vivieron presionados por los mandatos culturales de la época y que forjaron sus identidades arraigadas a los modelos homogenizantes de la masculinidad, que se amalgamaban a la virilidad, poder y trabajo, lo que sin lugar a duda trajo como consecuencia el distanciamiento de la cotidianidad de la familia.

Era frecuente encontrar que *padre* en los sesenta, en la ciudad de Cartagena de Indias, resultaba ser sinónimo de distancia, lejanía y ausentismo en la familia, lo que era comprensible en la época, por esa necesidad de conservar la posición de poder, la que habría de extenderse más allá del contexto inmediato de la familia. Así que estas representaciones se instituyeron como posturas y prácticas cotidianas que resultaban ser fuertemente arraigadas, pues como lo plantea Mabel Burin: "La masculinidad se sostendría en la capacidad de sentirse calmo e impasible, ser autoconfiado, resistente y autosuficiente ocultando sus emociones, y estar dispuesto a soportar a otros" (2000:132). A través de estos comportamientos consolidaba su posición, que habría de distanciarse por completo de la "esencialidad femenina".

3.1.1.5 Los hombres públicos: ¿respuestas a la paternidad responsable?

Desde que la cultura patriarcal se instauró en las sociedades –en las mentalidades de hombres y mujeres, en sus prácticas y discursos- como realidades insoslayables, crearon en el mundo un conjunto de divisiones, antagonismos y asimetrías que se encargaron de jerarquizar las relaciones entre hombres y mujeres, es decir, de ubicarlos en posiciones claramente opuestas, donde se exaltaba la supremacía de un género en virtud de la subordinación del otro.

En esta medida, las construcciones socio-simbólicas que en torno a los hombres y las mujeres se institucionalizaron, perpetúan imágenes imperantes de lo femenino y masculino. Al analizar el asunto se puede visualizar como, "con ocasión del desarrollo industrial y el proceso de acumulación capitalista, se desarticularon viejas pautas de producción económica, pero también, de forma diferente, se organizó la vida cotidiana" (Fernández, 2004:33). Así se constituyeron otras valoraciones en las subjetividades de las familias y sobre todo para la maternidad y la paternidad.

Según estas redefiniciones, las mujeres debían cuidar y proteger la infancia, reproduciendo en este sentido relaciones familiares que privilegiaban a los hombres, quienes eran los encargados de la proveeduría económica en la familia, reafirmando la tipología familiar que logra establecer una clara división sexual del trabajo. En esta estructura se van incorporando formas intangibles pero eficaces de reproducción de sentimientos de inferioridad (2004:41) incorporándose una clara diferenciación en los significados de la maternidad y la paternidad y las pautas de crianza para con hijos e hijas.

Así, sobre los hombres recaían las oportunidades de vincularse de manera temprana al ámbito de lo público- escenario de poder, competitividad y trabajo- que por sus connotaciones se consolidaba como esfera de dominación y lucha de poderes encontrados y de reconocimiento de su posición activa frente a los demás; mientras que a la mujer se le concebía con un significado de fragilidad apostándole a un proyecto menos ambicioso y más restringido.

Estas valoraciones hacen comprensible el hecho de que algunas de las entrevistadas recuerden a sus padres como hombres que, desde muy jóvenes, se iniciaron en el ejercicio de actividades productivas, como fuente de independencia y libertades. Pero, sobre todo, como medio a través del cual adquirían los recursos necesarios para responsabilizarse de los miembros de la familia, a quienes debía garantizar el sustento diario para su supervivencia, dotarlos de alimentos, vestidos, calzado, educación y un techo donde resguardarse demostrando así su capacidad de varón para hacer frente a las demandas de la cultura. De lo contrario su irresponsabilidad era muestra fehaciente de la incapacidad e invalidez para responder con sus deberes, Eugi expresa: *"mi papá desde muy temprana edad tuvo que enfrentar la vida y vivir unas situaciones económicas bastante duras, para poder sacar adelante cinco hijos, entonces vivía la presión de mantener un*

nivel económico, un nivel de vida para sus hijos, una presión de formar hijos" (grupo A).

El trabajo constituía para estos padres, uno de los pilares sobre los que se sostiene el lugar del hombre en su núcleo familiar. A través de la paternidad se consagra la relación del varón con su mujer e hijos(as) como jefe de hogar, establece la subordinación de los otros integrantes de su familia y permite un orden familiar que cuenta con respaldo legal (Olavarría, 2001:199) donde la retribución económica determina la prosperidad del hogar y en consecuencia las oportunidades de sus integrantes para gozar de una mejor calidad de vida y logra la movilidad social.

Concentrarse en las funciones que acarreaba el escenario público- el trabajo- era una responsabilidad inminente como lo relatan las entrevistadas, una labor de la que los padres no podían desligarse, ya que culturalmente se concebía que al conformar una familia es necesario desprenderse e independizarse de su familia de origen y la de su compañera, e institucionalizar una nueva unidad familiar donde él la representaba.

Salvaguardar la estabilidad y supervivencia del núcleo familiar exigió en un grupo de padres, su inserción en extendidas jornadas de trabajo que implícitamente se encargaron de demarcar las relaciones entre esposo-esposa y padre-hijos(as), pues los padres bajo la responsabilidad de la proveeduría económica dedicaban la mayor parte de su tiempo a las actividades productivas, que por lo general se desarrollaban fuera de la ciudad; mientras entregarse a la vida doméstica se situaba en un segundo plano, el interés hacia la misma estaba directamente asociado a garantizar el ingreso familiar y propiciar lo necesario para la educación de hijos e hijas, de ahí la constante preocupación por mantenerse activos.

De esta manera, el posicionamiento en el espacio de lo público marcó un hito en la vida de estos padres, ya que se instauró la búsqueda de poderes en doble vía; por un lado dejar sentado las bases de su hombría a partir de luchas constantes en lo público, y por otra parte; consolidar su poder a través de garantizar con su trabajo la protección y honra de la familia. Así, son rememorados algunos de los padres por sus hijas, hombres que se caracterizaron por transmitir la importancia del valor del trabajo, la disciplina y la responsabilidad, estableciendo una comunicación interpersonal más distante en relación a la que vivieron con sus madres, pero que desde sus visiones reforzaron principios de respeto, honestidad y rectitud en el comportamiento social y familiar.

3.2 Una reflexión situada desde los recuerdos

Exaltar la labor de la función materna, concebida como el deber ser de las mujeres para el cumplimiento de la reproducción de la especie humana, pone de manifiesto particularidades que responden a las oportunidades construidas alrededor del contexto socio- cultural, estrato social. Pero, también, de identidades cifradas a las condiciones internas, experiencias vividas y esas relaciones con el contexto intrafamiliar, capaces de propiciar la reproducción de la subordinación y/o generar los elementos socializadores, pedagógicos, psicológicos que permitieron a las mujeres resistir los mandatos de la cultura androcéntrica.

Estos antecedentes llevan a pensar que estas formas de vivir la maternidad implicaron concebir los hijos e hijas como propiedad de la madre en lo emocional, limitaron por ello, el establecimiento de relaciones autónomas dentro y fuera de la familia, dificultándose el desprendimiento de ellas. Así mismo, esas relaciones dejan aflorar vínculos tan estrechos en la relación madre e hijas inhibiendo la inclusión del padre en los procesos de crianza.

Así, los recuerdos de estas mujeres ponen de presente desde una mirada retrospectiva realidades cotidianas, plagadas de contradicciones y de ambigüedades, de las condiciones del contexto y de las significaciones que definen lo femenino y lo masculino en las sociedades en un período determinado. Estas construcciones se transmitieron a hijos e hijas como parte de un deber ser, no obstante con los cambios y transformaciones del mundo hoy estos son incorporados desde nociones que subvierten los cánones consagrados como "idealizantes y único designio" para reinterpretarlas desde posturas democráticas, de inclusión y relocalización de cada género.

Ya la feminista y pensadora existencialista Simone de Beauvoir en 1949 lo enunciaba, *no nacemos mujeres, nos hacemos mujeres.* No existe ningún destino biológico, psicológico o económico que determine el papel que el ser humano desempeña en la sociedad; lo que produce ese ser indeterminado, entre el hombre y el eunuco, que se considera femenino, es la civilización en su conjunto(Beauvoir citada por, McDwell, 2000: 29). Por tal motivo, es necesario la deconstrucción de representaciones, prácticas y discursos incorporados en el proceso de construcción de las identidades que dirigen las actuaciones, ideologías y concepciones del mundo en torno al ser hombre o ser mujer, la maternidad y la paternidad y la feminidad y la masculinidad.

Estos replanteamientos son inminentes, puesto que el país se ha visto sacudido por cambios socioeconómicos, políticos y culturales que repercuten significativamente en los espacios públicos y privados, de tal forma que podría decirse que han gestado un nuevo hábitat social. En consecuencia las familias no puede articularse a éste, sin sentir los efectos de sus transformaciones, y por ello se están transformado a su vez (Gutiérrez 1987:45) y abocando a multiplicidad de giros, que por su estructuración, dinámica y complejidad lleva a sus integrantes a repensarse e interrogarse a si mismo en correspondencia con las exigencias del

contexto, sus nuevas demandas y sobre todo impulsadas por el deseo de no repetir su historia personal en sus nuevas familias. Por ello visibilizo en las historias de estas mujeres que aunque en ellas se reconoce optimismo y proyectos vitales, su vida la han ido construyendo con la firme decisión de erradicar posiciones excluyentes y represivas, cargadas de limitaciones y privaciones durante la infancia y la adolescencia. Elección dirigida a no reproducir su propia historia, constituyéndose para ellas como mujeres y madres en un desafió que marca un hito en sus relatos.

CAPITULO 4.

4. LAS FAMILIAS EN CARTAGENA: ENTRE LA REPRODUCCIÓN Y LA INNOVACIÓN

El reconocimiento de los dilemas, valoraciones y confrontaciones que se suscitan alrededor de la institución socio-histórica denominada familia, pone de manifiesto la diversidad de ideologías, giros, visiones, relaciones entre otros. Con ello dan cuenta de fluctuaciones y cambios que responden a las demandas en épocas determinadas y contextos específicos, en los que se sitúa dicha institución, la cual, como ente activo de la sociedad, cumple la función de socialización de sus integrantes, para prepararlos a la inserción en la vida social.

A mediados del siglo XX, las familias van tomando distancia de aquellas valoraciones que la asimilaban a una instancia alienante, reproductora de relaciones de propiedad y de dominación represiva. Las familias han comenzado a vivenciar un giro de 180 grados en su cotidianidad y, como consecuencia de ello, se evidencia que ya no pretenden hacer de sus integrantes individuos atados a las prescripciones, pautas y normas estipuladas tácitamente. Han dejado de ser esa esfera de la que se busca escapar lo antes posible (Lipovetsky, 1994:159), para reconocerse y, paulatinamente, convertirse en promotoras del libre desarrollo de sus integrantes.

Las familias cartageneras incorporan elementos que transforman y afianzan el establecimiento de significados para desarrollar y fomentar en sus integrantes valores, principios y normas a través de los cuales se contribuye a la formación de su individualidad. Padres, madres e hijos(as) han empezado a reconocer que los derechos y los deseos subjetivos prevalecen sobre las obligaciones que se otorgaron tradicionalmente a esta institución y que mantenían arraigados a sus

miembros a reglas y mandatos coercitivos. En el nuevo “deber ser” familiar –siguiendo con Lipovetsky- padres y madres reconocen ciertos deberes hacia hijos e hijas, pero no hasta el punto de permanecer unidos toda la vida y sacrificar su existencia personal, lo que significa que ante todo prevalece el principio de autonomía y libertad (1994:162).

Estos replanteamientos, en la institución familiar imprimen visiones distintas que moldean el ejercicio y las construcciones discursivas en torno a la maternidad y la paternidad en Cartagena de Indias que, al ser jalonadas por el pensamiento “moderno”[*] y la incorporación de otras formas de concebir, pensar, sentir y reinterpretar las relaciones sociales, lo femenino y masculino, lo público y lo privado, originan fisuras en el modelo tradicional. En medio de este tránsito, padres y madres vivencian y experimentan conflictos y tensiones en las formas de asumir roles y funciones y de lograr coherencia entre los discursos y las prácticas, porque los primeros suelen movilizarse con mayor afluencia que los segundos.

Acaece, entonces, una reacomodación en las familias cartageneras, en la medida que empiezan a diseminarse las barreras y controles impuestos indistintamente a hombres y mujeres, mediante el ordenamiento de la sociedad, basada en rasgos patriarcales. Así, el campo de lo legítimo empieza a tambalear súbitamente, pues el modelo tradicional ya no responde a las demandas del contexto ni a las construcciones identitarias de hombres y mujeres; el cambio se hace necesario. Por ello, la innovación irrumpe y arrastra consigo rituales del pasado que se entrecruzan con idearios del presente.

[*]El término *moderno* expresa una y otra vez la conciencia de una época que se pone en relación con el pasado de la antigüedad para verse a sí misma como el resultado de una transición de lo viejo a lo nuevo. (Habermas citado por: Londoño, 1998).

Hoy, es innegable que las familias de nuestra ciudad se enfrentan a giros en la dinámica de la sociedad, “una modernidad reflexiva” que pone de presente un contexto en constante proceso de reinvención de las relaciones sociales, de las relaciones de géneros, de nuevos paradigmas de lo masculino y lo femenino, de otras formas de ser madre y padre. De ese modo, se da cabida a otras múltiples posibilidades para vivir en familias, educar a hijos e hijas, vivenciar la sexualidad y la afectividad, ejercer la autoridad y en conjunto dimensionar proyectos de vida que se construyen desde identidades que se alejan de lo tradicional y se piensan desde discursos y prácticas innovadoras. Esto es el resultado de un proceso de deconstrucción de viejas posturas y de aprehensión de “nuevas” concepciones, que son resultado de la hibridación entre lo tradicional y lo moderno.

Estas hibridaciones que vivencian las familias cartageneras nos movilizan en torno a relaciones en las que confluyen los encuentros y desencuentros, los cambios y permanencias, la deconstrucción y reconstrucción. Y, en medio de ellas, incorporamos o transgredimos diversas prácticas y repensamos nuestras identidades, por lo que inevitablemente nos debatimos entre el ser y el no ser en la cotidianidad de ser madre-padre y ser hombre- mujer.

En este proceso, ambos géneros enfrentan “redefiniciones identitarias”, impulsados por las transformaciones en el contexto y las insatisfacciones de la infancia y la adolescencia que motiva el sentimiento de *no ser*, no reproducir el modelo de la madre. Hombres y mujeres han comenzado a transformar su lugar en la estructura familiar y con ello recrean otra dinámica entre sus integrantes, por lo que van modificando el ejercicio y los discursos en analogía con las diferencias sexuales, las jerarquías de poder y las posturas androcéntricas. La tendencia en la dinámica familiar y la maternidad y paternidad dan cuenta del derrotero de modelo de pareja fundado en la media naranja para construirlo desde las identidades diferentes, allí son dos en relación, dos que apuestan desde sus identidades para

una construcción que no es de complementariedad sino de construcción de diferencias, solidaridades, paridad, autonomía y libertades que retroalimentan las relaciones y la convivencia (Mejía, 2004:8).

4.1 Acercándonos a las transformaciones del contexto: *una realidad de las familias*

Hasta el momento nos hemos acercado a la comprensión de unas particularidades en las familias cartageneras de mediados de los sesenta, a partir de los relatos de este grupo de mujeres-madres de la ciudad. Ahora bien, como una forma de visibilizar los cambios que vienen incorporándose a la dinámica familiar en los últimos 40 años. Esto se debe a las profundas transformaciones del contexto social, familiar, cultural y económico, que irrumpen decisivamente e impactan las subjetividades, hasta subvertir los cánones de un orden consagrado como la norma. Aproximémonos de manera sucinta al panorama del país y en particular de la ciudad de Cartagena de Indias. En este periodo, se evidencia cómo los cambios generados han incidido paulatinamente en la institución familiar, modificando su estructura, formas, roles de género, valoraciones y significaciones que sus integrantes construyen en torno a ella y las vivencias que han experimentado a partir de su socialización en la misma.

La instauración de nuevos procesos institucionales y reformas constitucionales –dirigidos al reordenamiento de la vida social y política del país y la posterior inserción en el proceso de apertura económica, como plataforma para expandir los mercados e incursionar en la globalización- impactó significativamente la vida de la población colombiana que comenzó a sumergirse en periodos de crisis y desarrollos.

Así, pues, amalgamados a este proceso, en el país se produjeron –en palabras de Jorge Orlando Melo- cambios significativos que dinamizaron la estructuración del país; la formulación de una teoría política democrática, de un pacto social conducente a la integración de la sociedad y el reconocimiento de sus derechos; una revolución cultural que se masifica con la expansión de los medios de comunicación y la revaloración de la educación; la incursión de las mujeres como parte activa de la fuerza de trabajo asalariado y un notable reconocimiento de la ciencia como motor del proceso modernizador (Melo, 2004). Con todo esto, se resignifica la vida social, económica y cultural desde la cual se proyecta un escenario de oportunidades y reactivación.

Debido a estas transformaciones, se experimentan reacomodaciones tanto en el contexto rural como en el urbano. El sector agropecuario presenta una notoria modificación en su política, entre lo que se destaca la eliminación de subsidios y la disminución de los precios de los productos agrícolas en el mercado externo (Zamudio y Rubiano, 1994:21). En relación con el sector minero y la industria petroquímica, se evidenció un decrecimiento en la explotación de los yacimientos, en especial los del petróleo, cuyo precio de la producción del barril decreció. Igualmente es notable la tendencia decreciente del sector de las confecciones, que cayó en un 2.74%. La exportación de textiles experimenta una caída de 0.69% y calzado en 0.49%. (Buitrago, Murillo y Jaramillo, 2003).

Por otra parte, la violencia en el país, la búsqueda de mejores oportunidades económicas, el desarrollo urbano, el desarrollo de la infraestructura vial y las comunicaciones, irrumpen como factores que impulsan la movilización del campo a las ciudades, con lo cual generan una expansión poblacional en las zonas urbanísticas. En éstas, crece el número de habitantes ante la cantidad de población receptora que entra a reacomodar las condiciones de vida y la

cotidianidad de sus familias, grupos, comunidades y la vida individual de cada uno(a) de los habitantes.

Tales transformaciones se revirtieron al escenario familiar y generan cambios en las identidades de hombres y mujeres, en los factores asociados al tamaño y composición de las familias, la tasa de fecundidad, la tasa de mortalidad infantil, la participación laboral. Así, se van generando modificaciones que instituyen una dinámica distinta en las familias y, por ende, se promueve un reacomodamiento de las pautas y discursos que regían la vida de cada uno(a) de sus integrantes.

De acuerdo con Zamudio y Rubiano, el análisis de evolución de la nupcialidad muestra algunos cambios importantes en relación a la homologación en la edad de unión, surgimiento de uniones sucesivas y secularización de las relaciones conyugales derivadas de la separación de poderes entre la Iglesia y el Estado (1994:47). Esta ruptura marca un hito en la historia del país pues se pasa de lo mítico-religioso, a privilegiar relaciones fundadas en los principios ético-morales, matizados por la racionalidad, característica de la modernidad. Así nos alejamos de posturas conservadoras que idealizaban lo divino como mecanismo de dominación, en aras de mantener el cumplimiento de ciertos mandatos-sacramentos de la doctrina católica.

En lo que respecta a la homologación de la edad de la unión, se evidencia que la edad de las mujeres aumenta a la par que disminuye la de los hombres, dinámica que se traduce en el establecimiento de parejas con menor diferencia de edades. En el año 1995, las mujeres de 25 a 49 años registraron una edad media a la primera unión de 21.4; en el año 2000, alcanzo el 21.5; y en el 2005, fue de 21.7 (ENDS, 2005:142). Esto refleja un relativo ascenso en la edad, lo que puede incidir relativamente en el nacimiento del primer hijo(a).

Por otra parte, la incorporación de las mujeres al mercado laboral, por diversas razones, entre ellas la reducción de los ingresos de los hogares debido a las políticas de apertura, la flexibilización laboral, el aumento de los separaciones, la viudez, las oportunidades educativas, entre otros factores, produce una reestructuración en las familias. Esto se evidencia en el incremento de la jefatura femenina, cercana al 31% en el nivel nacional, en la cual la mujer es la principal proveedora del hogar (Arenas, 2006).

No obstante, es necesario cuestionar –siguiendo a Luz Gabriela Arango- que la variante del nuevo modelo de trabajador(a) que impulsa esta forma de incorporarse a la actividad asalariada, está encaminada a obtener una fácil vinculación y desvinculación de las empresas, una polifuncionalidad con baja calificación, y una ausencia de protección sindical, contratación sin garantías. Estas desventajas aumentan cuando las mujeres no pueden desvincularse de su función de crianza e incorporan el trabajo domiciliario, con grandes costos físicos y emocionales por las jornadas extensas y el salario poco retributivo (Arango, 1995:231).

El acceso de las mujeres al sistema educativo en mayor número representa también un avance trascendental en el país, se hace notorio un escalafón en los niveles de escolaridad desde la básica hasta situarse en la educación superior. Aunque en una proporción inequitativa en las regiones y en la zona urbana y rural, se convierte en un factor que trastoca las estructuras tradicionales, lo cual les permite repensarse desde el escenario privado e incorporarse al mundo público, lo que en el pasado estaba vetado para ellas.

A lo anterior se suma los cambios en los factores sociodemográficos, entre ellos el descenso de la fecundidad. La caída de la tasa global que en 1950 y 1955 es de 6.8%, descendiente del 2000 a 2005 en 2.6% (ENDS, 1995-2005:99). Este

decrecimiento en la fecundidad puede entenderse como resultado de nuevos significantes de la maternidad y paternidad, lo cual conlleva al uso masivo de anticonceptivos e incorpora una concepción de planificación familiar. En este sentido, se puede inferir que el uso de métodos de planificación familiar abre posibilidades a las mujeres para incursionar en otros espacios distintos a la maternidad. Pero, sobre todo, les permite tomar decisiones sobre su cuerpo, eligen ser o no ser madres, cuándo, con quién, el número de hijos(as) deseados(as).

Estas prácticas se generalizan por la masificacion de los medios de comunicación, que se constituyen en referentes significativos en los procesos de socialización de las familias. Así, se afirma que el acceso a los medios de comunicación resulta relevante en la medida que complementa la enseñanza recibida en la educación formal y permite la transmisión de conocimientos sobre aspectos de la salud, saneamiento ambiental, planificación familiar. Estos aportes muestran formas de vida y hábitos empleados en otras sociedades (ENDS, 1995:21). Así, la incorporación de los medios masivos de comunicación y la plataforma tecnológica generan cambios significativos en el orden cultural, al facilitar el acceso a la información de manera masiva a mujeres, hombres, jóvenes, niños y niñas transformando mentalidades y discursividades. Por ello, en nuestro contexto socio-cultural, la maternidad y paternidad se han ido apropiando de ese intercambio multicultural, al incorporar diferentes significados y prácticas del mundo globalizado.

En Cartagena de Indias, este panorama de transformaciones también irrumpe significativamente en su contexto y las dinámicas familiares de sus habitantes. Cartagena, a mediados del siglo XX, por sus características de sector portuario, comercial y turístico se convierte, en una ciudad receptora de población proveniente de los departamentos de Bolívar, Sucre, Santander, Córdoba, Tolima,

Antioquia y Magdalena, que llegan con la intención de radicarse en ella, (Cabrales,1999:13) por su reconocimiento como ciudad progresista, generando una creciente expansión poblacional[*].

Así, la ciudad comienza a experimentar un acelerando crecimiento demográfico; pero, a su vez, se enfrenta a un desacelerado crecimiento económico y social que se agudiza a principios del siglo XXI. Por estas razones, es necesario destacar que, aunque la ciudad adquirió la condición de industrial, a partir de la instalación de la refinería de Ecopetrol[*], el desarrollo turístico y portuario, y la industria local desde los años ochenta evidenciaban rasgos de estancamiento y un declive de sus indicadores económicos que se reflejaba en un relativo empobrecimiento y el aumento del desempleo (Goyeneche, 2002: 49-50).

En medio de estas vicisitudes la ciudad continúa su desarrollo, un proceso lento y cargado de contradicciones, donde transitan lo tradicional y lo moderno. La ciudad se moviliza, hoy, en un marcado dualismo entre centro y periferia que refleja una ciudad fragmentada, donde la estratificación social se encarga de acentuar las inequidades, la mayoría de sus habitantes residen en los estratos 1, 2 y 3; mientras un escaso número se ubica en los estratos 4, 5 y 6, que corresponde a la población con mayor capacidad adquisitiva y calidad de vida (Abello, 2003: 46).

---

[*] Cartagena de Indias D. T. y C. es una ciudad de 1.030.149 habitantes, según la cifra oficial del DANE para el año 2005. El 92.5% de esta población reside en el área urbana y el 7.5% en el área rural. Información suministrada por www.cartagenacomovamos.org/index.htm . consultada el día 29 de agosto de 2007

[*] El desarrollo de la industrial de Cartagena surge definitivamente a finales de la década de los 50 del siglo pasado en la zona de Mamonal con la instalación de la refinería de Ecopetrol en 1951(Goyeneche, 2002: 45-47). Para profundizar en este aspecto, consulte: De La Pedraja, Rene. (1993). Petróleos, electricidad, carbón y política en Colombia. El Ancora Editores. Bogotá-Colombia.

Esta situación evidencia que en la población existe una desigual distribución de los recursos, lo cual se expresa en el 65.4% de personas se encuentran viviendo en condiciones de pobreza (2003: 46). Producto de la marginación, la segregación, la exclusión y las inequidades propias de la economía y el contexto social, lo cual ha repercutido en una ciudad que se enfrenta a problemas sociales como el desempleo, la privatización del espacio público, el deterioro del medio ambiente, la violencia intrafamiliar y social. Estas situaciones han incidido para que Cartagena de Indias se presente como una ciudad que expresa la falta de planeación de su desarrollo y su manera de insertarse a la globalización.

En este sentido, siguiendo con el autor, comparto la ideas según la cual el panorama de la ciudad es poco alentador, a pesar de que se caracteriza por una plataforma económica diversificada (industria manufacturera, actividad portuaria, comercio y servicios) que debería contribuir a la disminución de la vulnerabilidad y propiciar mejores niveles de vida a sus habitantes (2003:46). En Cartagena, las políticas económicas, educativas, culturales entre otras, parecen no articularse satisfactoriamente a los beneficios que brinda la ciudad para convertirse en epicentro del desarrollo social y económico.

No obstante, pese a los esfuerzos del gobierno local y nacional los indicadores sociales y económicos no son compensados; por el contrario, reflejan un panorama en dilatación. Según datos suministrados por el Cosed[*], el desempleo en la ciudad presentó en el 2005 una cifra de 15.2% que evidenció las pocas

[*] COSED. Centro de Observación y Seguimiento al Delito. Ciudad de Cartagena de Indias. Este tiene como objetivo convertirse en la instancia de recopilación, sistematización, análisis y estudio académico e investigativo que profundice en el conocimiento de las causas, orígenes, impactos sociales y formas de prevención de las diferentes manifestaciones delincuenciales en el territorio del Distrito de Cartagena con el fin de ser la fuente principal de insumos que permita un acertado diseño de las políticas públicas locales para enfrentar estratégicamente las amenazas efectivas y potenciales de estos fenómenos

oportunidades laborales que ofrece la ciudad a las familias cartageneras, de gozar de un empleo digno y bien remunerado que garantice la calidad de vida y movilidad de cada uno(a) de sus integrantes. Para mediados del 2007, hasta el mes de octubre, el desempleo mostró un descenso al ubicarse en 14.4%, pero sigue mostrando las tasas más altas del país. Esto se esperaba puesto que, aunque el desempleo parece descender, la tasa de ocupación laboral crece al 48.6%; actualmente la población de ocupación informal femenina y masculina se ubica en 32.5% y 38.5% respectivamente (El Universal, 2007).

Lo anterior implica considerar que las mujeres han salido de sus hogares ante circunstancias como los bajos salarios de su compañero, la separación, la inserción en la educación y la flexibilidad laboral. Estas situaciones han impulsado la vinculación en el mercado del trabajo, aun cuando son concientes que su participación no se ejerce con las mejores garantías. Los sectores en los que mayoritariamente ejecutan sus actividades las mujeres son la industria, los servicios y el comercio, los cuales demandan mano de obra femenina a bajos costos. Así, la participación de las mujeres en la economía de la ciudad es un hecho que ha trastocado la cotidianidad de los hogares, pues también es una actora económica remunerada y que ha ido ganando independencia y autonomía a partir de la vinculación a otros espacios de relaciones.

En cuanto a los indicadores de educación y salud, se han realizado grandes esfuerzos en la ciudad en pro del bienestar de la población. La cobertura neta de educación para el año 2005-2006 alcanzó el 87%, con lo cual se registró una masificación de los beneficios educacionales para niños, niñas, jóvenes y adultos en capacidad para estudiar. Algo similar sucedió con el sector salud, la cobertura del régimen subsidiado se hizo extensiva a la población de escasos recursos, pero se advirtió en medio de esa reactivación, un descenso en la calidad de los mismos (Cosed, 2007).

De esta manera, se ha considerado que las inequidades existentes en la ciudad, en materia de garantías laborales, educativas, de salud, culturales entre otros, se han constituido en factores que incrementan problemas sociales como la delincuencia, los homicidios, la violencia escolar e intrafamiliar en la ciudad. La población, ante un panorama que brinda pocas posibilidades de insertarse a la vida pública y en conjunto a garantizar sus derechos, ve obstaculizadas sus oportunidades de desarrollo social, en un escenario donde sus discursos se debaten entre la búsqueda de propiciar condiciones incluyentes y el reconocimiento de los ciudadanos(as) en la vida de la ciudad.

En medio de esta dinámica, las familias cartageneras se han ido movilizando y viviendo su cotidianidad. Ante las modificaciones del contexto, ven forzada la tradicional distribución de roles y experimentan fuertes conflictos y tensiones en las dinámica de las familias, pues se enfrentan a un debate entre lo tradicional y lo moderno. Así mismo el deseo por conservar prácticas y discursos en medio de un contexto que arrastra transformaciones impulsa consigo nuevas visiones que cuestionan la función materna y paterna, lo femenino y masculino y que se convierten en resignificadores de las identidades de padres y madres e hijos(as).

De manera que las familias cartageneras se mueven entre lo tradicional y la innovación. Esto significa que algunas aún continúan reproduciendo –en palabras de Morad y Bonilla- imaginarios de los años sesenta, que conciben la maternidad como proyecto vital en la vida de las mujeres y se desliga al padre de las tareas de crianza y educación de los hijos(as), mientras la paternidad se centra en la proveeduría económica y la autoridad en la familia (2003:105). Desde esta perspectiva, se sigue afianzando en las familias la distribución de roles que asigna a hombres y mujeres tareas diferenciadas, adscritas como inherentes a su condición sexual. Por ello, es común encontrar hombres-padres cuyas relaciones

con hijos(as) predomina la autoridad y se silencia el afecto, donde priman los castigos y no el diálogo, donde se refuerzan los controles y se coacciona la autonomía.

Sin embargo, como lo mencionaba en un principio, aunque las familias permanecen arraigadas a prácticas y discursos tradicionales, no son ajenas a las transformaciones del contexto que jalona otras formas de ser y concebir la maternidad y paternidad. Los grupos familiares van incorporando, de esa manera, nuevos significados, y el ejercicio también se moviliza y, en este proceso, arrastran consigo rasgos de la tradición que se instalan como elementos de conflicto en las relaciones familiares.

De esta manera, las transformaciones irrumpen en las familias. Y reflejo de ello es que en Cartagena y, en general en el departamento de Bolívar, la conformación familiar se ha ido reacomodando paulatinamente a los sucesivos cambios que ponen de presente otra dinámica familiar. Así, actualmente hallamos que desde el año 1995 la familia nuclear descendió en 6 puntos porcentuales, del 43% pasa a un 36%; mientras las familias monoparentales aumentan de 9% a un 11%; la nuclear sin hijos pasa de 6% a 7% y la extensa con un solo padre o madre sube de 6% a 10% (ENDS, 2005:41).

A partir de estos cambios en la conformación familiar, es posible encontrar madres y padres de nuestras comunidades que asumen la proveeduría compartida y que fomentan otras formas de convivencia y se presentan más afectuosos con hijos(as). Así recrean otro tipo de relaciones intra e inter familiares en los escenarios públicos y privados. Sin embargo padres y madres, en medio de este ejercicio, sienten aún la censura y la presión cultural de la tradición que reclama a la mujer mantener su compromiso con el cuidado de los hijos e hijas y al padre, no poner en entredicho su virilidad, su condición de hombre proveedor, rígido, normativo y dominante. Frente a

esto, hombres y mujeres- padres y madres cartageneros(as), van dando cabida al cambio, y cuestionan estas formas de ser padre o madre hoy y el ejercicio cotidiano de sus funciones parentales.

Esta reacomodación en las familias sigue demandando a sus integrantes el repensar sus identidades de género ante realidades cambiantes y muchas veces en contra de un “deber ser” que exige la vinculación de las mujeres por fuera del espacio doméstico y busca su empoderamiento- participación en escenarios públicos- privados. A su vez, demanda la mayor participación de los hombres-padres en el mundo de lo doméstico y en especial una mayor integración a la crianza de hijos(as). Esto impulsa a construir una maternidad y paternidad corresponsable, pero no diferenciada, donde primen las relaciones de paridad entre los géneros.

4.2 ¿Qué es lo que cambia? Mujeres- madres movilizando cambios

Es evidente que los cambios acaecidos en la sociedad, tal como se referenció, han modificado concepciones y prácticas diversas en torno a las familias y la función materna y paterna, el ser hombre y mujer, hijo e hija generando transgresiones en los cánones establecidos de un orden radicalmente sujeto a rasgos patriarcales.

Estas transformaciones han sido incorporadas en la vida de este grupo de mujeres cartageneras: *Anad, Eugi, Mart, Tere, Zola, Lili, Marg, Jeny, Grac y Mary.* En sus relatos, evidenciamos que hoy sus vivencias expresan replanteamientos en la práctica y significados de la función materna. Ellas visibilizan una maternidad innovadora que jalona cambios en los escenarios de su inserción, con su pareja, con sus hijos e hijas y consigo mismas, permeada por las transformaciones del

contexto y por el deseo propio de satisfacer o dar respuestas a demandas irresueltas durante la infancia, adolescencia y/o la adultez.

Ellas están innovando, no se resisten a ello aun cuando vivencian fuertes tensiones. Este es un proceso inacabado que se construye y deconstruye. Por eso siempre permanecerá este interrogante: ¿Qué tanto han innovado estas mujeres-madres? Pues al hablar de innovación no hay un punto único de partida ni uno de llegada se transita en un constante devenir.

Reconocemos, entonces, que la ciudad esta insertándose en procesos de cambios que irrumpen significativamente en diversidad de escenarios y que particularmente están permeando las familias. Por eso, nos introducimos en estas reflexiones, e ilustramos, a partir de la lectura de los relatos de vida de este grupo de mujeres, las transgresiones impulsadas por hitos y motivos que, a lo largo de su trayectoria vital, se entrecruzan en sus historias e impactan la construcción de sus identidades femeninas. De esa manera, se distancian del ejercicio de la maternidad sustentado en el modelo tradicional.

4.2.1 La conformación familiar

Al analizar las narraciones de estas mujeres, en relación con el estrato social, la dinámica del contexto y las familias de la cual descienden, es preciso anotar que la reorganización que actualmente vive la sociedad posibilita tener una mirada más reflexiva, otras significaciones y valoraciones de las familias. Esa mirada se orienta tanto hacia aquellas consideradas como única y legítima -familia nuclear- y aquellas que emergen distanciándose de posturas y prácticas sacralizantes, para dar paso a nuevas posibilidades; es decir, instaurar otros roles en las relaciones intra e inter familiares sin sentirse señaladas, discriminadas o deslegitimadas.

Al retomar los relatos de vida se evidencia que tres de las mujeres del grupo B, *Marg, Jeny y Grac* han conformado familias nucleares. Ellas, durante su infancia y adolescencia, vivieron en una familia de esta tipología. Por lo general, integrada por seis o más personas, en la actualidad han disminuido el número de integrantes y la convivencia familiar ha experimentado giros. Ahora priman relaciones donde cada uno(a) de sus integrantes sin distinción de género y/o edad se insertan en la misma. Estas vivencias que se expresan como cambios significativos que impulsan relaciones de horizontalidad entre padre, madre e hijos(as), y cuestionan prácticas y discursos que pretendan coaccionar o arrogarse los derechos de cada uno(a) de ellos(as). Se promueve, por el contrario, el libre desarrollo de la personalidad, la autonomía y autoreconocimiento.

Así, pues, se va dando cabida a otros encuentros en las familias nucleares que dan cuenta de quiebres con el modelo parsoniano de complementariedad, y se irrumpe en la búsqueda de relaciones de paridad. Las transformaciones permiten comprender que la familia nuclear también empieza a pensarse y vivenciarse distinta, lo que pone de presente experiencias como la de Mary. Ella es una mujer que emigró del campo a la ciudad muy joven, actualmente vive en la ciudad, y aunque su esposo vive fuera del país mantiene la relación de pareja, -considera que conforman una familia nuclear-. Las condiciones del contexto han generado que muchos hombres y mujeres salgan del hogar en busca de mejores oportunidades para su familia fuera del país. Desde la partida de su compañero, *Mary* ha vivido con sus hijos, y se ha posicionado como la jefa del hogar.

Por otra parte, Lili cuya familia de origen es extensa. Conformó una familia superpuesta. Ella acogió al hijo e hija de la primera relación de su esposo como integrantes de la nueva relación de pareja, y tuvo dos hijos con este. Situación que deja entrever como las familias van siendo permeadas y redefinidas en la legitimidad de su conformación.

Este elemento cultural, que se ha reproducido al interior de las familias en la Costa, es producto de entender, que la maternidad no es una función exclusivamente biológica y, en este caso, se vive sin mayor conflictividad al integrar hijos(as) no biológicos. Por lo tanto, estas familias promueven estrategias que facilitan la convivencia, asumiendo funciones inherentes al desarrollo de sus integrantes (Bonilla y Morad, 2000:114). Este elemento hoy se reafirma cuando la legislación de nuestro país expide la ley 1098 noviembre 8 de 2006: Código de la infancia y la adolescencia, que demanda la protección y garantía de los derechos de niños, niñas y adolescentes.

Ahora bien, si en el grupo B se evidenció la notable presencia de la familia nuclear, en el grupo A las fluctuaciones son más notorias, no solo en términos de relaciones sino también de conformación. Eugi, Mart, Zola y Tere dan cuenta de la instauración de la familia monoparental femenina. Estos casos están asociados al aumento de los divorcios, a los mayores niveles educativos alcanzados y las condiciones económicas. La ruptura conyugal no interfiere con las relaciones entre padre e hijo(a), los acercamientos siguen vigentes y permanecen en forma continua. Igualmente tanto padre como madre reconocen que tienen la oportunidad de tener otra pareja sin contradicciones, restricción o censura. Prácticas que tradicionalmente eran rechazadas, sobre todo en los estratos sociales 4, 5 y 6, y más en el caso de las mujeres quienes debían permanecer siempre junto al marido, y en caso de viudez no debía formalizar otra unión.

En cuanto Anad, del mismo grupo, su familia responde a la tipología nuclear en extensa. Ella vivió con su familia de origen (madre, padre, hermana, hermano y tía). Anad es una mujer que cuando conformó pareja, no podía tener hijos, así que en acuerdo con su esposo adoptaron un niño. Siendo madre adoptiva, inició su maternidad y luego quedó embarazada a los 40 años; vivió de nuevo la

experiencia de ser madre, y con ello reconoció que la maternidad, más que un acto biológico, es una experiencia que se construye y que se retroalimenta en el quehacer diario, en las relaciones con hijos e hijas.

Es necesario reconocer estas fluctuaciones, pues transforman los imaginarios y las prácticas familiares y evidencian cambios en la conformación, tamaño, relaciones y funciones. Estos nuevas reacomodaciones demandan el direccionamiento del Estado, sus políticas públicas deben responder a las exigencias de un entorno familiar, que en la vivencia se ensambla y transforma de manera permanente, dando paso también a tensiones y conflictos inevitables en estas realidades.

4.2.2 *Las relaciones con hijos e hijas: otra dinámica familiar*

Pensarse, hablar, vivir y hasta relacionarse distinto ha posibilitado a estas mujeres- madres visibilizar otras formas de “ser madre” y “ser padre” y así mismo, establecer otros encuentros con las familias. De modo que hacen fisura con prácticas y discursos hegemónicos y se acercan a un modelo democratizante de las familias que se hace perceptible a través de la crianza de los hijos e hijas- el ejercicio de la autoridad, la expresión de los afectos, la formación para la sexualidad, los roles de género, la convivencia y normas en el hogar-. Estas prácticas experimentan giros alternativos como resultados de los cambios impulsados por el contexto y el proceso de deconstruccion de las identidades genéricas.

Nos encontramos, entonces, ante nuevas relaciones parentofiliales. En palabras de Anad: “*Yo les hablo muchísimo a mis hijos; pero algunas veces también se vuelven unos impacientes porque estas hablándoles y parece que no te escucharan, entonces toca asumir otra actitud más fuerte y levanto un poco la voz,*

para que ellos sepan que tienen que hacer caso… a veces esta el papá, trato que él cuando está asuma la autoridad, Juan es más paciente que yo…" (grupo A). Esto pone de presente que antes era el padre quien decidía pero ahora son dos y más quienes participan en la toma de decisiones, tal como lo manifiesta Marg: "*Cuando hay regaños nos reunimos para dialogar, cuando hay regaños por noviecitas nos reunimos en el cuarto individualmente y cuando son cuestiones de familia realizamos reuniones familiares… Cuando no están de acuerdo dicen papi y mami esto no es así, ustedes creen que nosotros todavía estamos pelaitos y entonces dialogamos…"* (grupo B).

Se han ido transformando los significados de las relaciones familiares. Ello se evidencia en la movilización de posturas hostiles y jerarquizadas a acercamientos mediados por el diálogo, la negociación y los afectos, se incorporan en las relaciones cotidianas los abrazos, los besos, los juegos, el contacto cuerpo a cuerpo que hace más significativo las expresiones de afectividad. Ese es el nuevo sentir de estas mujeres-madres: *"soy muy expresiva, a veces siento que demasiado, pero es que yo siento la necesidad de decirles te quiero, me haces falta, te pienso mucho, en ese sentido creo que soy muy expresiva…uno aprende que a los hijos hay que darles afecto para que ellos también lo den…"* (Anad, grupo A).

Así mismo Zola expresa al respecto: *"Antes con mis padres era el beso del respeto, el beso con mis hijos es el beso de la caramelia entonces eso hace un beso distinto, te hace un beso más cercano o más lejano…"* (grupo A). *A*floran las relaciones afectivas pero un afecto que promueve la confianza, el compañerismo, la amistad y no desconoce que hay normas de convivencia para todos(as) en la familia y que no existen diferencias para con hijos e hijas. Tal como lo narra Eugi: *"el tiene que cumplir normas como su hermana, recoger la ropa, lavar los platos, el oficio de la casa cuando la muchacha (empleada) no está, ellos lo tienen que*

compartir, vamos a barrer, trapear, sacudir, quien hace que, ellos lo gozan…" (grupo A)

Estamos ante una cotidianidad familiar que incorpora valores, solidaridades, actos más concientes y reflexivos de tal manera que comienzan a privilegiarse otras relaciones que desmitifican viejas creencias como: *la letra con sangre entra, los hombres en la cocina huelen a popo de gallina, los hombres no lloran,* entre otros. Ahora entra a jugar un papel protagónico el libre desarrollo de la personalidad, la autonomía y la autoresponsabilidad como principios para la convivencia tanto en las familias como en otros escenarios, recreando asimismo el significado de lo masculino y lo femenino. Esto pone de presente el desmonte de la imposición del poder, por el contrario entra a mediar el concepto del desarrollo humano fundado desde las libertades individuales propuesto por Amartya Sem[*].

Lo anterior significa que hay una capacidad de elección que contribuye a la autodeterminación- autocontrol que se expresa en todas las esferas de la vida, desde prácticas tan públicas como la religiosidad hasta las más íntimas como la sexualidad. Así lo manifiesta Jeny: *"en cuanto a ser católica, mi esposo es el que ahora está entregado a la misa dominical y la oración, pero a los niños hasta el momento no los obligo, si ellos van bien…"* (grupo B). Igualmente los relatos de Tere sustentan lo planteado*: "absoluta libertad, yo no soy de las mamas que tiene que ir a misa el domingo y tiene que ir a misa y obliga a todos de que vamos a misa quieran o no, esa es su decisión…"* (grupo A).

Igualmente, sucede con la sexualidad, que hace parte de lo íntimo -el reconocimiento del cuerpo como seres sexuados con deseos y placeres. Por ello

[*] Para una mayor profundidad en este aspecto consultar, Amartya Sem.2000, Desarrollo y libertad. Editorial Planeta. S.A. Colombia.

estas mujeres se mueven en posturas más reflexivas frente a temas como: la educación en la sexualidad, la virginidad, las relaciones sexuales, el uso de métodos anticonceptivos, la autonomía del cuerpo y la elección de pareja; una de ellas expresa: *"no soy de las que está todavía apegada a que la virginidad es fundamental en la vida de una mujer, yo no estoy pensando que la niña se va a casar virgen, no pues si ella lo hace será su decisión… yo pienso que es muy importante que ellos estén bien informados para que el día que ellos tomen la decisión, realmente lo hagan concientes…"*(Eugi, grupo A). Por otra parte Marg expresa*: "nosotros acostumbramos a bañarnos con ellos para que fueran conociendo el sexo y a la vez quitarles esos tabúes…nosotros siempre le decimos a Jhon cuídate con condón…y a Leidy cuídese si tiene novio…"* (grupo B).

De modo que este panorama familiar conjuga cambios y permanencias, reproducción e innovación y lo tradicional y moderno se amalgaman y evidencian quiebres y nuevos relacionamientos en la vida de estas mujeres - madres con su pareja e hijos(as). Hoy, estas mujeres no desean transmitir su experiencia biográfica en las nuevas generaciones, por el contrario ellas buscan incorporar cambios influenciadas por la nueva dinámica contextual los cuales revierten en la co-construcción de sus identidades de género y en las vivencias con las familias a través del discurso y la práctica.

4.2.3 *Los significados sobre el ser mujer y ser madre*

En este orden de ideas, se hace necesario anotar que estas transformaciones que irrumpen en las familias, están cargadas de profundos significados que recrean los discursos sobre el ser mujer y ser madre. Discursos que al ser incorporados en las subjetividades femeninas, producen fisuras y rupturas con significantes y prácticas legitimados socialmente, y por tanto, introducen otras valoraciones en torno a la

maternidad, la feminidad, el cuerpo, el trabajo reproductivo-productivo y la educación.

Son estas apropiaciones las que hoy nos ponen frente a la comprensión de una feminidad y una maternidad en proceso de cambio-innovación-. Pero que no esta exenta de fluctuar entre visiones y prácticas tradicionales, que se resignifican y/o modifican haciendo quiebre con una dinámica constante. Analicemos ahora algunas de estas, sin perder de vista, que todo cambio supone negociaciones y conflictos, luchas y resistencias, ganancias y perdidas que van reconstruyendo las vivencias de estas mujeres.

4.2.3.1 Mujeres – madres con cuerpos autónomos

El interés por la maternidad ha cambiado de manera progresiva. El Estado y la ciencia expresan su preocupación y vuelcan su atención y saber al cuerpo de la mujer. No sólo han ido fomentando y promoviendo prácticas de autocuidado y autoprotección sino que también estimulan el uso de métodos científicos para controlar la reproducción y prevenir riesgos en la vida de la mujer-madre y/o el niño(a).

En Colombia, de un rechazo total al aborto, hemos pasado a su despenalización en casos de excepción, con ello se benefician muchas mujeres violentadas y vulneradas en su salud física y mental. De esa manera se posibilita la valoración del cuerpo y la aprobación de decisiones desde las cuales pueden visionarse otros senderos a su vida. Pero la mayor importancia se direcciona en concebir a la mujer con un cuerpo autónomo, lo que lleva implícito el reconocimiento de sus derechos sexuales y reproductivos e incorpora la capacidad y la oportunidad de disfrutar una vida sexual satisfactoria y sin riesgos, basándose en la decisión libre y responsable de vivir plenamente la vida sexual, escoger cuando y con quien

(Ministerio de Educación Nacional, 2006: 22). Con ello, tiene la posibilidad de elegir cuándo ser madre. Esto constituye un avance hacia el reconocimiento de los derechos sexuales de las mujeres y de su condición de personas autónomas.

Incorporar hoy el tema de la planificación familiar en Cartagena, implica reconocer, de acuerdo con Maria Cristina Maldonado, la posibilidad de elegir cuántos hijos e hijas tener y cuándo y con quién hacerlo. Esta concepción irrumpe en los significados según el cual es Dios quien los elige y el padre quien lo decide (2007:383). Planificar con métodos científicos alejados de prácticas tradicionales se constituye para estas mujeres en un acto innovador que provee múltiples oportunidades a ellas y a su pareja. En primer lugar, posibilita prevenir el embarazo y permite el disfrute y goce de una vida sexual activa y erótica; y en segundo lugar, esta experiencia se revierte en la posibilidad de visibilizar y construir proyectos alternos a la maternidad.

Estas mujeres cartageneras del grupo B han expresado tener conocimientos de los métodos anticonceptivos y reconocen haberlos utilizado por motivaciones económicas y expectativas frente al número de hijos, aunque en la práctica han quedado embarazadas en momentos donde la progenie no era un proyecto claro para ellas ni para su pareja. Ellas atribuyen como motivo, escasa información en las primeras relaciones y aunque usaron métodos anticonceptivos, en algunos casos hubo fallas en su uso. Pero ante tal situación, cada día han ido asumiendo el papel de defensa de sus intereses y la exigencia de un mayor control sobre su cuerpo.

Retomemos nuevamente los relatos de estas mujeres. Grac quedó embarazada sin formalizar la unión con quien hoy es su compañero. Ella, en las primeras relaciones, no usó anticonceptivos porque tenía problemas para quedar en embarazo, cuando le comunicó a su pareja que estaba embarazada, su reacción

fue de desaprobación, pidiéndole que abortara, pero Grac frente a esta reacción decidió asumir el embarazo. El nacimiento de la niña se convirtió en el motivo que impulsó el establecimiento de la convivencia.

Posteriormente volvió a quedar en embarazo, a pesar de que estaba planificando con el dispositivo intrauterino, pero debido a problemas por su uso dejó de hacerlo. En esta ocasión nuevamente su esposo le pidió que no tuviera la niña. Sin embargo Grac decidió tenerla con todas sus implicaciones.

Así mismo, Lili, que a la edad de 15 años asumió una relación de pareja, quedó embarazada dada su escasa formación en la adolescencia sobre sexualidad. Fue en la relación conyugal donde se afianzan sus conocimientos, y por ello planificó un posterior embarazo. Esta situación no sólo la experimentó ella sino también mujeres como Marg, Jeny y Mary, quienes sólo después de su primer hijo comienzan a tomar pastillas anticonceptivas y a utilizar óvulos para prevenir riegos de embarazos con el propósito de no limitar sus proyectos educativos o de trabajo. Sin embargo, cuando quedaron embarazadas, por fallas en el método utilizado, asumieron la maternidad y los proyectos personales se aplazaron hasta cierto periodo de tiempo, pues desearon dedicarse y vivenciar la maternidad.

Estos relatos ponen de presente que este grupo de mujeres se mueve entre posturas tradicionales, pero que de igual forma emergen prácticas que responden a decisiones que se distancian de las de sus progenitoras, con una menor sumisión al esposo, un menor número de hijos y una participación más activa en el ámbito público. Esto permite inferir que el cuerpo de las mujeres ha comenzado a ser más apropiado por ellas mismas, lo que las aleja de los controles antes impuestos por el género masculino que las constreñía a sus decisiones.

Las mujeres del grupo B se van reconociendo a sí mismas y van avanzando en este camino a veces incierto y cargado de fuertes contradicciones que las condicionan para continuar. Se van apoyando, entonces, en las oportunidades que les ofrece el contexto pero a la vez, se ven sujetas a sus limitaciones. Por ello, sus historias suelen tomar distancia en ciertos aspectos en relación con las mujeres de grupo A, pues estas últimas, por sus condiciones familiares, contextuales y relaciones asumen posturas más reflexivas. Estas mujeres con un mayor conocimiento sobre los métodos de planificación, y teniendo en cuenta la priorizaron de sus proyectos personales, concilian con su esposo el momento oportuno para tener hijos(as).

Eugi contrajo matrimonio a los diecisiete años, decidió culminar su carrera universitaria antes de tener su primer hijo. En acuerdo con su esposo tomó la decisión de tener dos hijos. Por ello recuerda, "*que ellos no fueron producto de la causalidad, fue algo de lo que ya habían conversado, así que fueron muy deseados y esperados"*. Por tal razón, mientras planeaban su nacimiento ambos se cuidaron con pastillas, condón y el método del ritmo.

Por su parte, Zola y Mart reconocen que los(as) hijos(as) son producto del deseo, pero también reconocen que es una responsabilidad en la vida de la pareja de ahí que durante la convivencia conyugal conciliaron con el esposo, el estado de la relación y las condiciones económicas, para proveer de una buena calidad de vida a quien vendría a formar parte de la familia. Por eso se prepararon muy bien, pues reconocen que no es sólo querer tenerlos, sino también en qué condiciones.

Por tales motivos, estas mujeres y sus parejas, a lo largo de su trayectoria vital, se tomaron periodos de tiempo significativos para culminar proyecto de trabajo y estudios y, luego, dar paso a la maternidad. Ellas por lo general tienen uno(a) o dos hijos(as), y el nacimiento de éstos ocurre, aproximadamente, a los tres años

de convivencia en pareja. A la llegada de un segundo hijo, por lo general, le precede tres o cuatro años.

Aunque estas mujeres previeron tales situaciones, otras entrevistadas, a pesar de la ruptura de una relación de pareja durante la que se cuidaron con métodos de planificación, quedaron embarazadas. Este evento que se presenta como algo inesperado, y marcó un **hito** en la vida de Tere y Mart.

En el caso de Tere, se separó después de cinco años de matrimonio, se fue para los Estados Unidos a emprender una nueva vida, planes de estudio y trabajo. Pero a los dos meses de estar allá se dio cuenta de que estaba embarazada. Esta noticia la *impactó* porque tuvo que aplazar muchos proyectos. Sin embargo, al mismo tiempo, sintió que era la oportunidad para reanudar la relación de pareja. Regresó a Colombia y convivió nuevamente con el padre de su hija.

Concibió que la relación iba a cambiar con el nacimiento de la niña, pero al convivir siguieron manteniéndose las tensiones y desavenencias. Ella se expresa así*: "Él continuó siendo el mismo hombre sin ningún sentido de compromiso…"* Por ello, se separó definitivamente cuando su hija cumplió cuatro meses de nacida. De manera que el nacimiento de su hija, unido a la separación, se instalan como motores para emprender proyectos distintos, con objetivos muy claros; como afirma: *"Amanecí siendo otra persona, yo sabía que no estaba sola…con objetivos muy claros, salir adelante y trabajar para conseguir lo que siempre había deseado".*

Por su parte, Mart, después de dos años de casada, decidió separarse de su esposo porque concibió que la relación no funcionaba en ningún aspecto *"ni social, ni sexual, ni económicamente".* Rompió la relación, y después se dio cuenta de que estaba embarazada. Este acontecimiento la sorprendió porque había

utilizado métodos anticonceptivos. No obstante, decidió asumir la maternidad sin compañía de su esposo, impulsada ahora tanto por la búsqueda de sus propias expectativas como por el proyecto materno.

Para Anad, la maternidad también se constituyó en un acontecimiento que la marcó de manera significativa, un **hito** en su vida, dado que se inició con un proceso de adopción después de siete años de casada. Todo sucedió tan rápido que Anad se sintió sin oportunidad de preparase para asumir este rol; sin embargo, la llegada de su primer hijo la complació y la llenó de placer. Después de quince años de matrimonio, quedó embarazada. Tuvo un segundo hijo a la edad de cuarenta años; esta experiencia la vive con gran satisfacción. Entonces tuvo la dicha de vivir las dos experiencias, ser madre adoptiva y ser madre biológica.

Las decisiones de tener hijos(as) o no, parte de sus subjetividades reconocen que ellos(as) son un proyecto fundamental en sus vidas y la de sus parejas, pero no el único. Por ello también buscan vivir y disfrutar de las relaciones sexuales sin restricciones.

Estas mujeres en especial, y su pareja tuvieron la oportunidad de redefinir su proyecto materno y paterno tomando distancia de sus familias de origen por las múltiples opciones que ofrecen los métodos anticonceptivos y el reconocimiento de los derechos sexuales y reproductivos. Gracias a la píldora, el condón y a los diversos métodos anticonceptivos, las mujeres pueden transformar la maternidad en una escogencia humana que diferencia de manera radical a la mujer de la hembra. Permite construir un proyecto materno que recupera una función simbólica, no desde la necesidad sino desde la libertad y autoreconocimiento, no desde la subordinación, sino desde la autonomía y equidad, ubicando la maternidad en el centro de una nueva eticidad (Thomas: 2003: 54).

Desde esta posición ideológica se viene abriendo un importante espacio a nuevas generaciones de mujeres, porque ellas reconocen que pueden vivir su sexualidad, separadas de la reproducción. Contribuyen así a la transformación de las identidades, al reconocer que las mujeres tienen derechos a la libre expresión de su vida sexual.

4.2.3.2 La educación: una oportunidad para pensar, significar y vivir distinto

Hoy, el proyecto educativo resulta incuestionable para las mujeres, pues transforma de manera decisiva su papel en el ámbito sociocultural, económico, familiar y específicamente su relación con la maternidad, de modo que tales cambios no pueden pasar desapercibidos. Esta situación pone de manifiesto una resignificación de sus vivencias y experiencias de vida cotidiana. Por ello, se reconoce que estas mujeres-madres cartageneras han incorporado en su trayectoria de vida una alta valoración a la educación como medio para el mejoramiento de su calidad de vida, el bienestar familiar y social y la incidencia en su desarrollo como seres humanos integrales.

Al analizar la perspectiva educativa en las narraciones, las mujeres que integran el grupo A en esta investigación, se aprecia que han alcanzado un nivel educativo profesional; dos de ellas son abogadas y docentes, una contadora, una trabajadora social y otra administradora de oficinas.

El paso de estas mujeres del ámbito escolar al universitario marca un **hito** en la vida de cada una de ellas, pues al entrar en contacto con este escenario, van experimentando otros tipos de relaciones que las hace pensarse distinto y cuestionarse frente a las pautas y normas impartidas en sus familias. De manera que la esfera educativa adquiere una alta valoración y les permite ganar autonomía, visionar la realidad desde otra perspectiva y forjar una conciencia

crítica y propositiva. A diferencia de sus madres, estas mujeres desde una postura reflexiva, vislumbran que su proyecto de vida no podía limitarse únicamente a la casa, a su esposo y a los hijos(as), su pretensión por conjugar la vida familiar y la formación profesional se vuelve inevitable.

El valor asignado a la educación es tan fuerte que las mujeres incorporan tales aprendizajes al mundo cotidiano de la práctica materna, lo que da lugar al cuestionamiento de la misma. Desde una nueva perspectiva, que se distancia de las posturas de sus progenitoras, argumentan que el instinto maternal, en palabras de Mart, consiste: "*En querer a tu hijo, protegerlo, cuidarlo, alimentarlo no es suficiente, hay que prepararse".* En correlación con Mart; Zola expresa: *"Para ejercer la maternidad y la paternidad no existen formulas, su preparación constituye un aprendizaje de todos los días".*

El reconocer la maternidad y la paternidad como un proyecto inacabado, que se construye y co-construye permanentemente, induce a mujeres y hombres a incursionar en espacios formativos para cualificar su desempeño; se vinculan a las escuelas de padres y madres de las instituciones educativas de los hijos e hijas; se interesan por asistir a capacitaciones, seminarios o eventos cuyas orientaciones tienen temáticas tales como autoestima, construcción de relaciones, crecimiento y desarrollo de niños(as), sexualidad y reproducción entre otras. Estos cursos articulados a los conocimientos adquiridos durante los estudios secundarios, universitarios y el ejercicio profesional contribuyen a la educación de los hijos e hijas.

Así mismo, estas madres han fundamentado su maternidad en lecturas que de acuerdo con Zola, *"les han permitido comprender que los hijos e hijas son diferentes de ti, que si tienes un hijo(a) no lo puedes traer al mundo por ti";* por el contrario, es un proceso de co-construcción colectiva en el que hijos(as), madre y

padre aprenden mutuamente. Para Eugi, la educación de su hijo(a) es un **motivo** que la impulsa a fortalecer su formación, por ello manifiesta: "*La lectura también hace parte de su ejercicio de aprendizaje, por eso le gusta leer e informarse sobre artículos, libros y revistas que manejen temáticas como el desarrollo de la inteligencia y la autoestima en los niños"*. En estos aprendizajes involucra a sus hijos, para que no sean sólo receptores de su conocimiento, sino que ellos también se apropien de nuevos elementos e interrogantes.

De este modo, ellas han aprovechado las oportunidades, los contactos sociales que les ofrece el medio en el que se desenvuelven y relacionan constantemente, para la construcción del proyecto educativo y su incidencia en las familias. Eugi expresa otro de sus **motivos** en este aspecto*: "He buscado asesoría en amigas que tengan capacidad profesional cuando tengo dudas, les cuento y hago preguntas, siempre estoy buscando información de afuera".*

Al respecto Anad, dice*: "Las escuelas de padres que hacen en los colegios son bien importantes, igual que los libros, yo los he comprado cuando tuve a mi primer hijo, me preparé mucho con libros, con mamas y todavía es así; con toda la experiencia que tengo como mamá y profesional sigo leyendo, porque eso ayuda a entender mejor a los hijos y a poder orientar los procesos formativos de ellos"*. De esta manera, ellas expresan **motivos** que, en su ejercicio materno, se constituyen en motores que dinamizan cambios en los relacionamientos con hijos e hijas. Están poniendo a dialogar el ejercicio de la maternidad con unos saberes que logran hacer de esta una función reflexiva.

Para estas mujeres, tales acercamientos se constituyen en encuentros significativos para intercambiar experiencias vitales del ejercicio materno, de manera que frecuentemente están en la búsqueda de escenarios de retroalimentación y apropiación de saberes, basadas en la lectura como soporte

del quehacer cotidiano. No obstante, aún cuando se presentan como mujeres-madres más abiertas a la incorporación de aprendizajes que cualifiquen su función materna, algunas en sus relatos manifiestan una clara resistencia a retomar la información que transmite la televisión como referente para la educación, tanto es así que la catalogan de *"enemiga" e "improductiva".*

Zola señala su rechazo al valor educativo de la televisión, lo considera como un enemigo. Ella ha tratado de negociar con sus hijos, pero eso no ha funcionado *se ha convertido en una cultura adicta, que debilita las relaciones familiares* en tanto incide en los espacios de comunicación. Como ella, Eugi y Mart plantean que el *tiempo dedicado a la televisión es improductivo* pues sesga otras posibilidades de aprendizaje. Por eso, la limita a su hijo e hija, creen que sus transmisiones no son muy constructivas como pautas para la educación, más bien reproducen información poco formativa.

Situándome ahora en la perspectiva educativa de las mujeres del grupo B, se aprecian notables diferencias, pues éstas se formaron en estudios técnicos, como secretaria ejecutiva, tecnóloga en educación preescolar, estilista, administradora de almacén; una de ellas, está culminando estudios secundarios.

El que estas mujeres-madres sólo hayan tenido la posibilidad de acceder al nivel técnico muestra claramente como las oportunidades en el transcurso de su vida difieren ampliamente de las del grupo A. Los escasos recursos económicos, las dificultades para el acceso a los servicios, las pocas oportunidades en su contexto, el abandono del padre y/o madre durante la infancia, entre otros, han limitado la concreción de un proyecto educativo que les permita el ascenso a condiciones económicas y sociales favorables. Los relatos de Mary y Lili reflejan esta situación, la cual aflora como **hitos** en su vida.

Así lo recuerda Mary: *"Me tocaba hacer todo así, enferma, llevar el agua allá de un pozo. Pase difícil…yo nunca dejaba el trabajo en la finca, me tenía que parar temprano, hacer lo que iba a hacer, la comida a los trabajadores, a los animales… para poder irme para el colegio, y cuando venia del colegio también…"* En el mismo sentido se manifiesta Lili: *"A los catorce años me tocó iniciar la vida sola, porque mi abuela se fue y me dejó con unos tíos que no tenían que ver con nadie…me tocaba estudiar en las horas de la mañana y trabajar cuando llegaba del colegio, para poder cuidar de mis hermanos. Se me hizo un poco pesado porque yo era una niña todavía y se me hacia difícil pensar en que hay para comer…"*

Estas mujeres, desde su infancia, tuvieron que ganarse el derecho a estudiar, aportando desde muy temprana edad su trabajo en oficios domésticos y el cuidado de hermanos (as) y otras labores; actividades que combinaron con sus estudios de básica primaria y secundaria. Estos esfuerzos cotidianos para acceder a la educación en el sector rural o en los estratos sociales 1 y 2 de la ciudad, se constituyeron en el único aliciente de estas mujeres para proveerse de los aprendizajes mínimos. Por eso hoy con una visión reflexiva reconocen que estos esfuerzos posibilitaron forjar mejores condiciones de vida para ellas, familiares y sus hijos(as).

Cuando establecieron la relación conyugal decidieron continuar estudiando, se formaron como técnicas en diversas áreas. En ese momento combinaron la relación de pareja, el proyecto materno y el crecimiento de los hijos(as) con el proyecto educativo, lo que se constituyó en **hitos** que conjugan diversos momentos vitales, que al mismo tiempo entran en conciliación, ser madre, ser mujer, ser estudiante, ser trabajadora. Para estas mujeres, a diferencias de sus progenitoras, estas situaciones no las conciben como realidades opuestas.

De esta manera su proyecto de vida no se limitó en exclusividad a la maternidad, la inclusión de proyectos alternativos es un deseo apremiante, que a su vez retroalimenta significativamente el ejercicio materno. De tal forma que para ellas, el elemento innovador se ha relacionado con el giro que han dado a sus vidas, en comparación con la madre y/o cuidadoras que fueron mujeres con escasa formación académica, razón por la cual sus luchas se centraron en la sobrevivencia y mantenimiento de familias numerosas.

Para Lili, Mary, Grac, Jeny y Marg, estas transgresiones y arreglos familiares no han sido fáciles, por ello no rechazan o dejan en el olvido sus ideales como mujeres. Viven y disfrutan intensamente la maternidad sin afligirse o acongojarse, porque ésta implícitamente las induce a posponer otros proyectos personales. Esta decisión la asumen teniendo en cuenta todas sus implicaciones. Jeny expresa, el **motivo** de su decisión: *"Cuando estaba estudiando secretariado de sistemas trunqué mis estudios por problemas con el embarazo. Me quedé en el tercer semestre, soñé con el titulo de secretaria en sistemas pero tuve que darme un tiempo para después estudiar".*

Así como Jeny, los deseos de Marg por culminar sus estudios son persistentes, aún cuando su pareja se ha convertido en un fuerte cuestionador de este proyecto, porque constituye, desde su perspectiva, un factor de desatención para con los hijos(as). El esposo de Marg considera que ella dedica y dirige sus esfuerzos al desarrollo de actividades propias de su formación académica, y se desliga o descuida *"sus responsabilidades".*

Los sinsabores expresados por el esposo de Marg, responden al ideario masculino de la imagen de mujer-madre igual responsabilidades familiares, imposibilitando e inhibiendo otro tipo de relaciones. Persisten aún, fuertes vestigios de la tradición, que hacen que frente a la salida de esta mujer de la cotidianidad familiar no se

reorganicen las funciones de género, y mantiene estereotipos que invisibiliza los esfuerzos de ellas por incorporar transformaciones en el espacio del hogar. Marg expresa el **motivo** que la impulsó a continuar con sus proyectos*: "Yo alterné estudio y trabajo. Mi esposo me dijo que los niños se estaban perjudicando por mis estudios, él quería que me retirara pero yo seguí estudiando porque no quería dejar este proyecto. Estudiaba después de 11 de la noche, porque primero los ayudaba a hacer sus tareas y yo me quedaba de última…"*

Quedarse *"de última", "darse un tiempo", "posponer", "aplazar",* se constituyen en afirmaciones que integran los discursos de estas mujeres, que por ningún motivo piensan en abandonar este propósito personal. Estos significantes ponen sus aspiraciones en un punto neutro, donde tanto la maternidad como el proyecto educativo resultan prioritarios. El primero no minimiza al segundo o viceversa. Ambos son igual de significativos. Por tal razón, para estas mujeres no se tiene la intención de abandonar o resignarse al no disfrute de la maternidad y a los avances en la formación, lo cierto es que el goce de cada uno está mediado por el tiempo, un tiempo no sujeto a rigidez cronológica sino a las pretensiones personales, los recursos existentes y al proyecto familiar.

Ellas planean y priorizan la manera de hacer factible ambos proyectos. De tal forma que encuentran en la acción *"posponer"- "aplazar"* la única estrategia u alternativa para que sigan vigentes. El relato de Lili lo reafirma; expresa **motivos** que la ponen en situaciones controvertidas: *yo quería estudiar, como no tenía quien me los cuidara y atendiera, esa es mi responsabilidad, esperé a que crecieran para poder estudiar.* Se opta por el proyecto materno con todas sus implicaciones, entre ellas, la educación y el cuidado de hijos e hijas. Son concientes de que niños y niñas deben educarse para construir un futuro distinto a sus propias vidas; es decir, reconocen que es necesario procurar por otras

condiciones y oportunidades para acceder a un mejor nivel de vida que solo para ellas es posible, a través de la educación.

Al respecto, los relatos de Marg visibilizan ese deseo y preocupación por el proyecto educativo de los hijos. Ella manifiesta: *"Los frutos con mis hijos los he visto en el quehacer cotidiano de estar pendiente de sus estudios, de luchar y luchar tenazmente, he logrado que sean estudiosos".* Encontramos que el estudio siempre ha sido una constante en sus vidas, así lo recuerda Mary, quien hoy rememora como **motivo** de cambio en su vida las palabras de su abuela materna. *"Mi abuelita me decía estudia, estudia; y yo pensaba, ella dice eso para que no pase trabajo. Hoy reconozco que el estudio es lo mejor que uno le puede dejar a los hijos para que salgan adelante, para que cumplan sus metas".*

Así, estas mujeres luchan al unísono por el proyecto educativo de sus hijos y el suyo propio, muchas veces en contracorriente con las disposiciones y el apoyo de su pareja. Sin embargo, algunas de ellas no manifiestan o expresan sus inconformidades a estos últimos; aunque se posicionan como transgresoras, su papel aparentemente sumiso frente a la pareja se mantiene, motivado por proveer a los hijos e hijas un *"hogar estable",* para no reproducir las experiencias que algunas vivieron en la infancia, lo que se convierte en **motivos** que justifican la situación actual. Así lo expresa Grac*: "Cada día quiero aprender más para darles a ellos una buena educación que yo no tuve. Que sean personas que no tengan resentimientos, por eso trato de arreglar las diferencias con el papá, para criarlas en un hogar".*

La educación contribuye a la transformación de las mujeres, y aunque su realidad les exigió aplazar su proyecto educativo, en sus imaginarios sigue vigente que sólo el estudio les permitirá avanzar en la consecución de unas mejores condiciones de vida, para ellas como mujeres y madres y por ende para hijos e

hijas. Esta concepción alrededor de la formación educativa las lleva a buscar otras alternativas para retroalimentar dicho proceso. Esto se traduce en un desplazamiento de la tradicional concepción de la maternidad fundada en el instinto; le apuestan desde esta perspectiva de mujer-madre, fundamentada en discursos y prácticas mediatizada por una noción reflexiva, es decir, una perspectiva transversada por una postura médico-científica, psicológica y humanista, que afianzan el ejercicio materno y paterno, y resignifica el ejercicio de la feminidad y la masculinidad.

En sus incesantes búsquedas, estas mujeres recurren a las visitas y apoyos profesionales en el área de familias: psicólogos(as), trabajadores(as) sociales, promotores (as) sociales, terapeutas, entre otros, pues en ellos (as) encuentran un referente de información, saberes y conocimientos, necesarios para establecer pautas u orientaciones en la familia, y en especial para su relaciones con hijos e hijas. Estos acercamientos se convierten para estas mujeres, en encuentros que las colocan frente a nuevas posibilidades y alternativas para vivir la maternidad, sentirse y asumirse mujer; en espacios de apropiación de una visión mas critica, reflexiva y sustentada en conocimientos incorporados desde la ciencia, que se alejan de rituales o mitos característicos de la década en que ellas fueron socializadas.

El acceso a la información profesional les permite a estas mujeres educar a sus hijos(as) con mayor seguridad, claridad y confianza; pero, sobre todo, comprender y estimular su crecimiento durante cada una de las etapas del desarrollo. Así lo vivencia Marg, quien explica el **motivo** de estos acercamientos, *"Las visitas a profesionales me encantan, especialmente a trabajo social. Siempre he buscado ayuda porque no hay patrón para ser la mejor madre, a veces una se da cuenta que se equivoca y entonces yo diálogo con ese profesional y le digo la verdad. Antes pensaba que con el diálogo que iba a conseguir. El diálogo es tan*

importante en la familia, a nosotros nos ha surtido efecto, aquí se dialoga lo bueno y lo malo, en las buenas y en las malas situaciones".

Jeny. Igualmente, siempre ha buscado ayuda profesional para orientar a sus hijos y/o resolver algún tipo de conflicto. Cuenta que en el colegio de sus hijos, en algunas ocasiones, ha hablado con profesionales y, de acuerdo con el manejo que ellos tengan en una u otra área, les hace saber lo que sucede, la dificultad que se está presentado en su casa, para ver en que la pueden asesorar.

Contar con la asesoría de personas capacitadas se traduce para estas mujeres en resultados positivos en el seno del hogar lo que hace continuo dichos intercambios. Estos contactos sociales introducen, en las vivencias y experiencias de estas mujeres y madres, cambios, redefiniciones y reconstrucciones que les permiten repensar su vida en familia y sus propias identidades. Pero no es sólo el tener la posibilidad de dialogar con profesionales; a eso, se suma la apropiación de información producto de la transmisión masiva de los medios de comunicación que hoy impactan sustancialmente la cotidianidad de los hogares.

A diferencia de las mujeres del grupo A, para las madres del grupo B, la televisión es un instrumento que no genera indiferencia. Marg y Mary expresan, que les ha permitido explicarles a los hijos a partir de programas constructivos que la realidad puede ser diferente a como se presenta en la televisión. Para este grupo de mujeres, la televisión se consolida en la cotidianidad familiar como un medio que contribuye a la socialización, en la medida que lo trasmitido se puede utilizar como estrategia pedagógica significativa para el desarrollo del aprendizaje autónomo. Sin embargo, reconocen que esta debe regularse; son concientes de que cuando hijos e hijas se apropian de esta información sin la orientación de los (as) adultos (as), se estimula la fusión de la realidad con la ficción, y construyen modelos que

irrumpen en la cotidianidad de jóvenes y niños (as). Con ello, generan confusiones y/o conflictos que inciden en su proceso de aprendizaje y desarrollo.

El tomar conciencia del impacto de la televisión en la formación de niños, niñas y jóvenes, resulta entonces fundamental, pues las familias, cualquiera que sea su inserción social, forman parte de la sociedad del conocimiento y de la era de las tecnologías, anunciada por McLuhan (citado por Giberti, 2005:299). Así que asumen, consumen, se insertan e interconectan a través de este medio con el mundo globalizado. Lo cual les posibilita no solo apropiarse de un cúmulo de información sino también, entrar en un proceso de reconstrucción y resignificación de sus propias vivencias, discursos, representaciones; es decir, emprender un proceso de autoconstrucción de sus identidades.

La era del conocimiento no es ajena a los hogares, su incursión es inevitable pues tiene diversidad de medios para expandirse. La televisión, la prensa, la radio, la comunicación satelital, la internet, las revistas, entre otras se incorporan en el escenario familiar y forman parte fundamental en la formación. Para Lili, el acceso a estos medios le ha permitido conocer y orientar mejor a sus hijos; se convierte en un **motivo** para seguir apropiándose de estos aprendizajes: "Y*o leo muchas revistas, prensa porque hay cosas que uno no sabe o no tiene en cuenta, a veces uno regaña mucho o muy fuerte, entonces aquí uno encuentra cosas que ayudan mucho".* Así mismo lo expresa Grac, quien también manifiesta que el deseo de capacitarse y capacitar a sus hijos se constituye en un **motivo** frente a estas práctica. Ella expresa: *"A mí me gusta leer mucho, ya que mi nivel de estudio no fue mucho, me pongo a leer sobre el trato en la familia, también me veo los programas de conflicto con los hijos y problemas que se pueden presentar en las familias, con eso uno va mejorando…"*

Esta masiva incorporación de información y conocimientos por parte de estas mujeres- madres es un proceso no solo de aprehensión, sino también de reflexión y resignificación de la educación. Retomando el informe de la UNESCO sobre la educación para el siglo XXI, se proyecta que esta deberá transmitir masiva y eficazmente un volumen cada vez mayor de conocimientos, lo que hace necesario definir orientaciones que eviten sumergirse por corrientes de información más o menos efímeras que invaden los espacios públicos y privados y conservan el rumbo en proyectos de desarrollo individual y colectivo (UNESCO, 1996:95). Tener en cuenta lo anterior es fundamental puesto que, como lo señala Gabriel García Márquez, para lograr el cambio social, la educación es su órgano maestro. Una educación desde la cuna hasta la tumba inconforme y reflexiva, que nos inspire un nuevo modo de pensar y nos incite a descubrir quienes somos, en una sociedad que se quiera más así misma (1996: 56).

Estas mujeres-madres, hoy, le apuestan a un proyecto materno en permanente construcción, que visibiliza la oportunidad de aprender de los hijos e hijas como parte de la nueva dinámica familiar. Es decir, empiezan a experimentar que los hijos e hijas también constituyen una fuente de aprendizaje, sus experiencias, saberes, posición en el mundo, construyen otras relaciones que le aportan al desarrollo familiar y a la construcción de sociedad. Esto pone de presente el replanteamiento de imaginarios tradicionales donde las estructuras hegemónicas sólo reconocen la autoridad y la valía del padre. Se empieza a reconocer que las personas según su sexo, género, edad, estrato social entre otros, pueden asumir diversas posiciones en el mundo. Así, revalúan el concepto de lo igual y homogéneo, y originan posturas divergentes que nos revelan la necesidad de construir desde lo individual y de permitir que emerja lo opuesto.

4.2.3.3 Trabajo reproductivo-productivo: hacia otros encuentros

En el modelo tradicional, el trabajo reproductivo lo concibió la cultura como una actividad atribuida ineludiblemente a las mujeres por considerarlas dotadas de cualidades intrínsecas para la organización, administración y provisión de cuidados a los miembros (as) del hogar. El trabajo productivo se instituyó como fuente de riquezas, escenario de competencias, poder y, por ende, de dominio de los hombres. Esto los preparó para concebir la vida desde la racionalidad, tenacidad, rigidez y habilidades para desempeñarse en lo público. Dichas antinomias como resultado del proceso modernizador, entran en declive para redefinirse relativamente. Lo reproductivo y productivo empieza a movilizarse; es decir, el modelo tradicional cuya postura se arraigó en el establecimiento de espacios diferenciados y de exclusividad para uno de los géneros, comienza a insertar a hombres y mujeres, aunque con algunas restricciones e inequidades porque durante el tránsito de los antagonismos a los encuentros, suelen arrastrarse consigo “vestigios del pasado”.

Las transformaciones de la modernidad han jalonado procesos de de-sexualización del trabajo reproductivo y productivo. Como lo enuncia Saldías: La creencia de que hay trabajos para hombres y mujeres constituyó-ye una de las mas injustas divisiones del trabajo (Saldías, 2004:47). De manera que lo reproductivo y productivo se redefine paulatinamente, porque mantener la no valoración del trabajo doméstico y mantener la supremacía del trabajo asalariado, favorece y perpetúa las relaciones de esclavitud y marginación. En la medida que los trabajos sean realizados indistintamente por hombres y mujeres, es posible contribuir al establecimiento de relaciones equitativas, incluyentes y simétricas entre los integrantes de la familia.

Este proceso constituye una tarea compleja de desaprender y aprender representaciones-concepciones, ya que la división tajante de roles es uno de los estereotipos de género más arraigados en la historia de la humanidad. Por tal razón, como lo plantea Sikoska: Aún persiste el imaginario de no otorgar un valor a las tareas realizadas en el hogar, a pesar de haberse reconocido que representan una contribución sustancial a las economías nacionales. Por el contrario, se sigue invisibilizando la producción del hogar, constituyéndose en un factor preponderante en la perpetuación de las inequidades (1998:185-186). De ahí que nos encontramos en medio de fuertes debates y conflictos, porque es difícil negar o anular el pasado y acomodarse al presente; existe un isomorfismo entre aquello que fue, lo que se quiere ser y lo que se espera. Estas situaciones complejizan el tránsito de la tradición a la innovación.

Partiendo de estas consideraciones, centraré la atención en las vivencias de estas mujeres-madres a partir de su participación en el ámbito laboral, y la forma como han ido conciliando los encuentros entre el trabajo reproductivo y productivo, como prácticas que no se excluyen sino que se retroalimentan constantemente, aunque en este proceso se vivencian conflictos y tensiones producto de las múltiples jornadas.

Es preciso anotar que el trabajo doméstico, ha sido una transversal en la vida de cada una de estas mujeres, especialmente, en las del grupo B, en razón que, la mayoría de ellas, desde niñas, fueron preparadas en estas actividades. Esto reafirma la feminización del trabajo reproductivo. Del mismo modo, se evidencia la iniciación de estas mujeres, desde muy jóvenes, en el ejercicio de actividades que les permitieran devengar un salario para la manutención de la familia de procreación o de la manutención de hermanos (as) y/o familiares a su cargo.

Para Lili, convertirse en la proveedora de sus hermanos a la edad de catorce años fue un evento que marcó un **hito** en su vida. A raíz del abandono de la abuela materna, después de la muerte de su madre, le *tocó* quedarse *"sola"* con sus hermanos, hacerse cargo de ellos y asumir crianza y educación. Ella entonces, empezó a trabajar en un almacén y, al mismo tiempo, continuó con sus estudios.

Así como ella, Mary, una mujer que vivió en su infancia y parte de la adolescencia en el sector rural, en sus narrativas expresa como **hito** el valor por el trabajo, algo que aprendió desde la infancia, aunque fue una época donde le impusieron esforzarse para ganarse la vida en el campo y ayudar a la familia: *"Nunca dejaba el trabajo en la finca, me tenía que parar temprano, hacer lo que iba a hacer, para poder irme para el colegio y cuando venia del colegio también. Cuando me vine a Cartagena, empecé a trabajar en el servicio doméstico y yo les mandaba dinero a mis abuelitos".* Para ella, estos esfuerzos le permitieron ganar autonomía, independencia y mucha responsabilidad en la vida como mujer y hoy madre.

Esta situación del trabajo temprano y el asumir las responsabilidades familiares, genera el cuestionamiento y redefinición de sus identidades en contraposición a la de su madre. **Hito** que entra a definir la vida de Marg como mujer proveedora: "*Yo trabajo desde que estaba en mi casa, "señorita", porque me tocó una época en que mi papá dejó de trabajar en la empresa, entonces el sustento familiar de la casa se negó bastante, ya que el sueldo de él era la única entrada que había en la casa. Yo vi la cuestión muy difícil. Me tocó alternar el trabajo con el estudio".* Para Marg, esto ha incidido en su proyecto familiar, pues su tesón por el trabajo es algo prioritario en su vida.

Estas mujeres, desde jóvenes, combinan sus estudios de primaria, secundarios y/o técnicos, con el ejercicio de las actividades domésticas y el trabajo remunerado; realizan fuertes negociaciones y conciliaciones en su proyecto de

vida, el cual, en contraposición con el de sus madres, no se reduce al espacio de lo privado y al proyecto materno. En medio de tensiones y vicisitudes enfrentadas, tratan de perfilar otras oportunidades y alternativas desde su condición femenina, contribuyen a identificar una nueva manera de concebirse mujer, caracterizada por una visión de autonomía, libertad, independencia, decisiones, capacidades y competencias.

El trabajo se instaura, entonces, como una constante en su trayectoria vital, lo que hace cada vez más plausible que las mujeres promuevan en la vida de pareja y familiar arreglos para estar dentro y fuera del hogar. Pero, ¿Cómo se vive esta experiencia? ¿Qué tanto las mujeres negocian consigo? ¿Cómo promueven en las familias otros encuentros? Sólo estas mujeres tienen la respuesta y desde sus experiencias de vida reflexionan frente a ello.

4.2.3.3.1 *EL trabajo: redefine la vida de las mujeres*

Ya señalaba cómo la valía por el trabajo se constituye para las mujeres del grupo B como un aspecto fundamental en sus vidas. Por tales razones, sus motivaciones frente al ejercicio del mismo cobra cada vez más fuerza cuando se conforma la propia familia. Lili una vendedora en almacén, destaca lo importante de aportar minimamente a los gastos familiares. Ha establecido con su compañero acuerdos para la redistribución de estos, alimentación, vestuarios, estudio, entre otros, ya que el ser participe de la economía familiar le ha permitido tomar decisiones sobre la misma con una clara determinación, aunque para ella su aporte es catalogado como de “colaboración”. Se refiere, entonces, a un salario que se utiliza para colaborar porque ella gana menos que el esposo.

Marg, docente de primaria, quien trabaja medio tiempo, recibe un sueldo que distribuye para la educación de los hijos y algunos gastos, por ser el esposo

profesional en docencia, y quien trabaja doble jornada recibiendo mejores ingresos y por tanto asume la manutención de la familia. Sin embargo, para ella lo más importante es seguir aportando *siempre que tenga la oportunidad*. Esto constituye una gratificación personal y, además, un reconocimiento familiar, tanto de parte de su compañero como de sus hijos, quienes otorgan un valor significativo al trabajo desempeñado y a su aporte económico. Esta situación ha permitido a Marg posicionarse con más firmeza en el hogar.

La narración de Lili y Marg refleja que el trabajo remunerado es un aporte valioso a su crecimiento personal y familiar. Por ello, es evidente su rechazo a supeditarse al esposo (padre de los hijos). Por el contrario, para ella resulta significativo poder participar activamente y de igual manera contribuir a la familia. Sin embargo, aunque sus narraciones están permeadas por un discurso de inclusión en la vida productiva de las familias, aún está cargado de ciertos matices, por cuanto concibe su participación en una posición de inferioridad en relación con el padre de sus hijos. Esto la lleva a reducirla a la condición de colaboración y no como un aporte igual de valorativo. Esto resulta comprensible, si se tiene presente que las luchas de las mujeres por insertarse al trabajo productivo apenas comienzan; son luchas inacabadas que poco a poco van surtiendo efecto en sus vidas.

Es preciso resaltar que para las mujeres del grupo B, las batallas libradas en lo público -trabajo-, son constantes. Para ellas, el buscar múltiples alternativas de trabajo, parece agotador, una alternativa para obtener mayores ingresos para el seno del hogar y más aún cuando se rompe la relación conyugal con el padre de sus hijos o simplemente no esta presente. Lo anterior se constituye en una fuerte tensión para la mujer, porque con frecuencia las responsabilidades del padre cesan al hacer distancia, deja de aportar a la manutención. Así como para Mary la partida del esposo a Venezuela desde cuando sus hijos estaban *"pequeños"*, se configura como un **hito** en su vida, pues la impulsa a vincularse activamente en

actividades remuneradas que le permitan responder al sostenimiento del hogar, mientras espera mensual el giro de su esposo. Trabajando en el servicio doméstico por día, se inicia en otras actividades como venta de galletas, dulces y empanadas; también labora como madre *Fami*. Múltiples actividades, cuyo ejercicio se ha convertido en un reto, pues genera altos compromisos y dificultades el asumir "*sola"* estas responsabilidades. Pero en medio de tales tensiones, esta situación le ha permitido reconocerse como *jefa de su hogar*.

Lo anterior nos muestra que el ejercicio del trabajo está transversado por una continua preocupación. Responder a las demandas familiares se convierte en un reto importante, y mas aún cuando, como madres, se ocupan no solo del papel de co-proveedoras, sino también de jefas de hogar. Para Jeny esta vivencia también marca un **hito** en su historia porque no es lo mismo compartir la manutención de los hijos con un padre presente, que hacerlo con un padre distante o con un padre que ha quedado desempleado; porque en últimas, es ella quien asume toda la responsabilidad económica y la administración del hogar.

Así pues, Jeny, administradora de un almacén de calzados, se presenta como una mujer emprendedora, que a partir del desempleo de su esposo, cambió su rol en la familia. Esta situación le significó un **hito,** ya que a partir de ahí buscó múltiples alternativas para adquirir excedentes salariales que posibilitaran responder a las demandas familiares. Apoyada en la flexibilidad del mercado para trabajar en variados oficios, sin la necesidad de permanecer todo el día en una "oficina", Jeny triplica su jornada de trabajo. Trabaja todo el día –lunes a domingo- en el almacén y a ello le suma ser consultora de *Yanbal* y tener un negocio, una "miscelánea" en su casa.

La recesión de la productividad económica del esposo posiciona a Jeny como una mujer empoderada, que lidera y es proveedora activa en su hogar. No obstante,

en medio de estos cambios, ella expresa el encontrase en una situación de conflicto, por las sobrecargas que acarrean las múltiples labores. Pero en medio de tales circunstancias, asumir la proveeduría se constituye para Jeny en un medio para aproximarse a relaciones más equitativas, autónomas y con mayor reconocimiento de la pareja, los hijos, y del entorno familiar y social.

En este orden de ideas, es preciso anotar que esta dinámica de trabajo de Jeny y Mary, les ha permitido ganar autonomía no sólo a ellas sino a muchas mujeres en la ciudad de Cartagena de Indias. Sin embargo, también les genera fuertes tensiones, pues es la "imagen de mujeres que se enfrentan constantemente al mercado de trabajo actual que se caracteriza por la expansión del empleo atípico y disminución de la protección social y laboral" (Emaides, 2004: 53-54). Estas mujeres, debido a su nivel de formación encuentran restricciones para vincularse a la economía formal, lo que ha conllevado a la búsqueda de múltiples opciones laborales para proveer las condiciones mínimas a hijos e hijas.

Al respecto de estas fluctuaciones en el sistema económico, Sarmiento y Vargas plantean que, en el régimen capitalista de acumulación flexible, las mujeres se han convertido en objetos estratégicos dentro de la reestructuración de las empresas, para disminuir costos laborales y flexibilizar las contrataciones y las jornadas de trabajo, en la búsqueda de elevar la competitividad y las ganancias (Sarmiento y Vargas citados por Buitrago, Murillo y Jaramillo, 2003). Lo anterior pone de presente que no se puede considerar los avances y logros de las mujeres en la inserción al mercado del trabajo como altamente significativos ya que tal incursión aún es inequitativa; es decir, presenta muchas desventajas si se compara con la participación de los hombres.

Así pues, los significados en torno al trabajo remunerado se convierten en un **hito** en la vida de estas mujeres, que impacta significativamente sus vivencias y

relaciones con el contexto familiar y social y les permite integrarse a espacios que estaban vedados para sus madres. Aproximarse a estas experiencias les permite pensar distinto, actuar distinto, vislumbrar otras alternativas en lo personal, familiar y social, promover unos encuentros más equitativos entre los miembros de la familia, pues se pasa de posturas restrictivas a unos acercamientos de inclusión. Eso es lo que, están exigiendo estas mujeres, y sus luchas son por ello.

Los relatos de las mujeres del grupo A evidencian, desde niñas y jóvenes, relaciones más cercanas a la educación y, por ende, a su profesionalización, debido al sentimiento de valía que padres, madres y demás familiares otorgaban a estas experiencias. Una vez culminados sus estudios universitarios, incursionan en el ámbito laboral. Esto genera en ellas, al igual que en las mujeres del primer grupo, profundos grados de autonomía y autodeterminación a nivel personal, familiar y social, aunque es de resaltar que estos procesos están permeados por los niveles educativos, que a través de los cuales se privilegian y otorgan mejores oportunidades y condiciones para insertarse al contexto laboral y posibilitando mejores condiciones socioeconómicas.

La reflexión alrededor de las historias de estas mujeres, sus procesos de aprendizajes, sus contactos sociales y relaciones con el contexto en el que se inscriben y las vivencias con su pareja y/o el padre de hijos e hijas, han deconstruido ciertos interrogantes alrededor del mundo laboral. De esta manera, el trabajo no sólo se hace por una obligación para con otros -hijos, familiares- sino, que también es una elección que responde a un deseo y satisfacción personal. Que hace parte del proyecto de vida, de unas ambiciones y objetivos individuales que se insertan al proyecto colectivo y familiar. Así manifiesta Zola, su vinculación al trabajo*: "Yo lo siento más que como una responsabilidad es un asunto de realización, o sea de decir que me siento muy bien haciéndolo, que no lo sufro".*

Es de vital importancia, que el trabajo deje de concebirse en exclusividad como una responsabilidad para entenderse como una oportunidad de autorrealización. Zola, Mart, Eugi y Tere, quienes conforman un hogar monoparental a excepción de Anad*,* siempre han reconocido en el trabajo no solo es un fin económico en sí mismo, sino un medio apremiante para crecer como personas, en todos los escenarios de la vida. Hoy, estas mujeres, que han vivenciado la separación, recuerdan este evento en su vida como un **hito** que instaura una ruptura significativa en sus vivencias cotidianas, ya que las impulsó a reconocerse como *proveedoras únicas y jefa de hogar*. Por ello se sienten orgullosas de sus logros como mujeres y madres, al reconocer sus capacidades para administrar el hogar con o sin la compañía del padre de sus hijos(as), con o sin su aporte. Así, superan la creencia de que son los hombres quienes sostienen el hogar, mientras las mujeres responden a la sociedad del consumo.

En el caso de la narración de Mart, su incursión en el trabajo es algo que le ha permitido adquirir mucha responsabilidad, pero al mismo tiempo le da autonomía e independencia. El sentirse una mujer competente, capaz de tomar sus propias decisiones, de planificar y regular los gastos familiares pone a Mart frente a nuevas vivencias, cuestionamientos, interrogantes y estrategias para mantener la condición económica de su hogar, reconociendo que sus esfuerzos laborales constituyen el soporte en la vida familiar. Esta reflexión se construye a raíz de la separación con el padre de su hija, la cual se presenta como un **hito**, ya que para ella este evento produce muchos quiebres. "*Mi matrimonio no fue lo que yo esperaba, el trato de anularme como persona, nuestra relación no funcionó, ni económicamente, ni socialmente, ni sexualmente…"* Tal experiencia impulsa la separación a los dos años de casada, con una hija de cuatros meses. Lo que para ella significó "*un reto en su vida como madre y mujer*".

Así como Mart, existen otras mujeres que al disolverse la relación de pareja asumen en su totalidad el sostenimiento del hogar en todos los aspectos porque el ex esposo parece desentenderse, como padre no asume el compromiso con la alimentación, educación, salud de los(as) hijos(as). Pero, sobre todo, con la conservación del vínculo afectivo que contribuirá al desarrollo psicosocial entre otras demandas y satisfactores que los hijos(as) necesitan.

Tere es una mujer que trabaja como administradora de oficinas. Ella, a raíz de las separaciones con los padres de sus hijas, ha asumido la proveeduría del hogar en un *"cien por ciento"* y la crianza de las mismas. El saber que por medio de su trabajo puede alcanzar objetivos individuales y familiares que se reflejan en los logros de las hijas, en vivir cómodamente, en tener lo necesario para el sostenimiento de la casa, da cuenta de lo gratificante de esta práctica diaria, cuando se proyecta y se concibe cada meta alcanzada como un avance importante en su realización como mujer y madre. De esta manera, la experiencia en su vida se materializa como **hito** que entra a redefinir su identidad. El trabajo remunerado cambia a estas mujeres y les posibilita apropiarse de cualidades y habilidades que les permiten posicionarse en la esfera de lo público.

Tere manifiesta que ahora es una mujer independiente, que rechaza el tener que depender de un hombre para sobrevivir. Por ello, a partir de su narración, también se visibiliza el **motivo** que irrumpe en su definición como mujer, dirigido a la búsqueda de autonomía y libertad, sin desconocer que el padre de sus hijas tiene el compromiso, igualmente, de asumir la corresponsabilidad en la crianza de hijas.

Los discursos construidos por algunas de las mujeres del grupo A están matizados por la búsqueda y el deseo de autodeterminación y libertad. Esto se constituye en oportunidades y ganancias en la historia de las mujeres. No obstante, tales

avances no deben convertirse en un mecanismo para la expropiación de los hombres-padres de su compromiso con la formación y el bienestar de los hijos(as) o como un pretexto para adjudicarle toda la responsabilidad a la mujer. Es claro que el trabajo remunerado ha permitido a las mujeres redefinir su estatus en las familias y fuera de ella y mostrar una imagen distinta a las de sus madres. Hoy estos logros hacen posible visibilizar que las mujeres no sólo son dadoras de afectos y cuidados, además son capaces de proveer bienes tangibles.

Ahora bien, siguiendo con los relatos de las entrevistadas se evidencia que así como Zola, Mart y Tere, también Eugi afrontó tanto el matrimonio como la separación. Motivada por la búsqueda de autonomía y libertad y del cumplimiento de proyectos personales frente a los cuales sus pareja no encontraba viabilidad, emprendió un nuevo camino en su vida como mujer y madre, en el cual logró reconocer que se puede educar a los hijos sin tener esposo, que se puede asumir todos los roles y los retos de la vida, ya que hombres y mujeres somos iguales de competentes.

De modo similar, para Zola la experiencia de la separación, unida al trabajo, genera un rompimiento. Se presentan como un **hito** que transversa su vida, personal y la cotidianidad familiar, dado que la figura del padre distante, que poco participa o nada participa en el hogar tanto en la provisión del sustento económico como en lo afectivo, va dando cabida a la redefinición de una nueva imagen de la mujer-madre que se posiciona con más solidez en el hogar. Pero, sobre todo, construye una imagen que representa la autorrealización y la emergencia de una feminidad de cara a otros proyectos.

Una experiencia distinta vivencia Anad, quien es una mujer que convive con su esposo e hijos en una familia extensa (conformada por su familia de origen). Para ella, el sostenimiento del hogar, el pago de los gastos de los hijos siempre ha sido

una tarea compartida y negociada con su esposo sin ningún tipo de reparos en relación a quien realiza más o menos aportes salariales, contrario a eso, ambos reconocen y validan las ganancias que su trabajo retribuye tanto a la familia como a la vida misma de quien lo ejerce. En palabras de esta mujer-madre: *"Nosotros tenemos desde que nos casamos una división de gastos, algunas veces cuando a mi esposo económicamente le ha ido mal, de pronto me toca asumir otras cosas, él entonces me dice los negocios van mal, vamos a tratar de rebajar tal cosa o no hacer tales gastos. Siempre estamos así y si yo tengo más no importa, nunca hemos tenido dificultad".*

Ahora bien, hay que señalar que este manejo equitativo de los gastos familiares es en lo que compete a los hijos, mientras que la manutención de los parientes de Anad (madre, tía, hermanos(as)) es un compromiso que ella asumió desde que culminó sus estudios universitarios e incursiona en el trabajo habilitándola para tomar desde muy joven una postura de independencia. Ella cree, ha sido una gran ventaja, el saberse con todo el potencial humano para sacar a su familia adelante en medio de dificultades, problemas y angustias. Así lo expresa*: "Es una tarea muy dura, porque yo siento que ser proveedora de mi hogar siempre me ha tocado una carga adicional que es la de mi mami, la de mis hermanos, pero al mismo tiempo siento una gran satisfacción de que las personas se sientan contentas y a gusto con lo que les he podido dar, entonces siento que ha sido un reto fuerte para mi, lo he asumido en la medida de mis posibilidades".*

Es innegable que Lili, Grac, Jeny, Marg y Mary (grupo B) y Mart, Eugi, Zola, Tere y Anad (grupo A) se asentaron en espacios en los que difícilmente se hubiesen podido situar sus madres, dados los fuertes controles por parte de los hombres y los imaginarios de la época las confinaron al espacio doméstico-privado sin dejar otras alternativas. Veamos ahora cómo ellas entran a negociar con su mismidad, con sus hijos(as), esposos (para el caso de algunas) encuentros y arreglos en el

escenario privado-doméstico del trabajo reproductivo, es decir, cómo se enfrentan a la dinámica de entrar y salir del hogar.

4.2.3.3.2 *Otras opciones no visibles en el pasado*

Con el auge de los métodos de planificación familiar, se pasó a nuevas alternativas que garantizaban, en especial a la mujer, no prolongar su proyecto individual; la reducción del número de hijos(as) se convierte en una realidad apremiante para estas mujeres-madres. Sin embargo, esto no ha sido suficiente, las mujeres cada día buscan nuevas estrategias y alternativas que les permitan la minimización de la carga de trabajo en el ámbito doméstico, por ello han reducido drásticamente su dedicación a las personas adultas mayores, a través de complicados sistemas de ayudas familiares, rotación de domicilios, su vinculación a casas de atención al adulto(a). Por medio de las cuales tratan de asegurar el bienestar material y social de sus familiares adultos(as) mayores y liberarse de las angustias que les causa su situación (Subirats, 1998:37-38).

Así mismo, el cuidado de niños y niñas también ha dejado ser de completa gobernabilidad de las familias. En la actualidad se ha involucrado a terceros que median en su crianza. Instituciones del Estado u otras instituciones (hogares comunitarios, jardines infantiles y guarderías) se constituyen en recursos para las mujeres, los cuales reportan beneficios y ganancias a niños y niñas.

El empleo de esta ultima estrategia -uso de las instituciones para el cuidado y atención de niños y niñas- es evidente en los relatos de las mujeres-madres cartageneras. A partir del nacimiento de sus hijos(as), ellas buscaron medios que les posibilitaran tanto proveer de atenciones a los hijos(as) como continuar en el trabajo. Así que en común acuerdo con el esposo algunas hicieron uso de los servicios de los hogares comunitarios, hogares infantiles y/o guarderías ya que les

garantizaban el cuidado de los niños(as) mientras ambos permanecían fuera del hogar. Así, disponían de más tiempo para dedicarse de forma simultánea a otros proyectos prioritarios.

Para Zola, la opción de un buen jardín infantil para su hija resultó ser una alternativa viable, pues tanto ella como su esposo trabajaban. Tenía dos opciones: se quedaba en el jardín o con la empleada doméstica. Y acordó con el esposo matricularla en la institución, lo que garantizó a ambos continuar con su proyecto profesional y articularlo a la cotidianidad familiar.

De igual manera, Mart utilizó los servicios de una guardería. Para ella esta fue una experiencia significativa porque en ese tiempo estaba recién separada, lo que implicaba encargarse del sostenimiento del hogar (de su mamá y su hija). Así que no dudó, porque era un tiempo en que la niña *aprendía algo*, la cuidaban y ella contaba con mayor disponibilidad para trabajar. Tener acceso a los servicios de un jardín infantil facilitó las funciones maternas en correspondencia con otros proyectos vitales, dado que se emprendían con menores angustias y preocupaciones frente al cuidado de hijos e hijas.

Así como estas mujeres del grupo A, algunas del grupo B también hicieron uso de estos servicios. Mary, por ejemplo, califica los Hogares de Bienestar Comunitario: "*Como instituciones impulsadas por el gobierno para contribuir y apoyar a las mujeres trabajadoras en el cuidado de hijos(as) mientras ellas permanecen fuera de casa*". Estos escenarios, para Jeny, brindan oportunidades al niño(a) para que avance en su desarrollo evolutivo en la medida que va adquiriendo desde temprana edad aprendizajes significativos que movilizan su crecimiento. Estas nuevas instituciones constituyen notables estrategias de apoyo a las mujeres trabajadoras, que como ella constantemente participan activamente en el mercado laboral.

La garantía de los servicios que ofrece el Estado o instituciones particulares para la atención de niñas(os) son opciones que en el pasado eran inimaginables. No obstante, hay que anotar que aunque estos servicios se presentan como alternativas viables, algunas de las mujeres entrevistadas tanto del grupo A como B, hicieron uso de otras estrategias.

Anad, mujer del grupo A, aunque se apoyó en estos servicios en algunos periodos de tiempo, el convivir en una familia extensa le posibilitó contar con la participación de sus parientes (mamá, tía y hermana) en el cuidado de los hijos mientras ella y el esposo permanecía en el trabajo. Por otra parte, Eugi decidió que, mientras sus hijos e hija estuviesen pequeños, serían cuidados por la empleada doméstica y por ella misma debido a que su jornada de trabajo era bastante flexible. Ella contaba con la opción de trabajar en su casa, dedicarse a los hijos y a su vez a los asuntos personales.

En comparación con estas mujeres Lili y Marg del grupo B, decidieron dedicarse a cuidar a sus hijos(as). La primera mujer, debido a que tuvo experiencias negativas con los servicios de hogares infantiles, en sus palabras*: "La niña vino con granos, piojos, así que no vi los cuidados y dije mejor lo hago yo".* Por este **motivo,** Marg aplazó algunos proyectos personales como continuar sus estudios técnicos y trabajar, para dedicarse a cuidar de los hijos e hija, función que cumplió en su gran mayoría sin compañía del esposo porque este era navegante.

Esta labor como en el caso de Anad del grupo A, contó con el apoyo directo de la madre, lo que evidencia que los lazos familiares, las solidaridades y la generosidad, son vínculos que aún se mantienen arraigados en las familias cartageneras. Las familias de origen están presentes, y se constituyen en un fuerte soporte a las nuevas familias, lo que permite que las hijas, para el caso de

Marg y el de Anad, se vinculen al trabajo sin muchas preocupaciones. Madre y tías de estas mujeres compensan la distancia de ellas en el hogar de manera que suplen la atención y cuidado de sus hijos e hijas mientras permanecen fuera.

En este orden de ideas, es preciso anotar que para la mayoría de las mujeres del grupo A las guarderías y jardines infantiles posibilitaron que sus hijos(as) salieran del ámbito del hogar a más temprana edad, lo que representaba para ellas una doble ganancia. Por un lado, se hacía menos compleja su salida del hogar a su sitio de trabajo; y, por otro lado, contaban con la oportunidad de que sus hijos fueran estimulados por profesionales del sistema educativo, la salud y social que les brindan elementos socializadores, les aportan otros aprendizajes y, de manera simultánea, les proveen estímulos y el aprestamiento para su desenvolvimiento social.

De esta manera, se evidencia que en la crianza de los hijos(as) en su fase inicial, se articulan instituciones sociales preparadas, lo que pone de presente la deconstrucción alrededor del imaginario que debe ser la figura materna, o en su defecto una persona de la familia, quien debe asumir el deber sagrado de la crianza y cuidado, con una fuerte dosis de entrega y sacrificio y confinadas al ámbito de lo privado. Estas madres que emprendieron este ejercicio con sus hijos(as) no expresan culpa al no dedicarse exclusivamente a cuidar de ellos, consideran que estos contactos contribuyen a afianzar la estimulación temprana del niño(a), de manera que el establecimiento de vínculos con personas-no familiares- fortalece el desarrollo personal y social.

Estos son los primeros arreglos que estas mujeres hacen en sus familias; no se niegan a insertarse en lo público, pero tampoco se desprenden del trabajo reproductivo. Comienzan a hacer fuertes conciliaciones, se apoyan en las instituciones sociales mientras los hijos(as) están en la primera infancia. Empiezan

a tomar partida de la flexibilidad de su trabajo, de la contratación de empleadas domésticas, participación del esposo y de los hijos(as) en la medida que van creciendo con la intención de hacer conciliables la multiplicidad de roles.

4.2.3.3.3 *Mujeres que buscan conciliar lo público y lo privado*

Las mujeres cartageneras paulatinamente buscan conciliar los encuentros en lo público y lo privado. Han emprendido esta tarea, en medio de profundas tensiones y vicisitudes, pues como lo plantea Marina Subirats, el que las mujeres se encuentren en medio de este doble tablero desde el punto de vista interno psíquico, supone una grave tensión. Al recaer sobre las mujeres casi por entero la responsabilidad del mundo privado, el no dedicarse únicamente a este, arrastra la sanción de culpabilidad y el temor a un castigo. Pero, al mismo tiempo, una dedicación exclusiva a las tareas domésticas provoca también sentimientos de culpabilidad y de posibles sanciones negativas, que también en este caso se materializan en la falta de autonomía económica y afectiva (1998:37).

De manera que los costos y/o implicaciones que las mujeres asumen para conciliar el equilibrio entre ambos escenarios y roles es difícil porque el arraigo de significados y prácticas del modelo tradicional aún no les ha permitido romper con la priorización de las tareas de cuidado. Por el contrario les exige una menor disponibilidad a la vida laboral y profesional, pues aún se considera que su salida del hogar redunda en la desacomodación de sus integrantes.

Mart, mujer del grupo A, dedicada a ejercer el derecho, trabaja de ocho a doce de la mañana, y de dos a seis de la tarde. Su jornada inicia con la llegada a los juzgados, realiza actividades personales y al mediodía va a su casa a almorzar y, normalmente, en ese tiempo se ve con su hija. Siempre ha contado con una empleada de servicio que se encarga de hacer todo de lunes a viernes, pero eso

no es motivo para alejarse de las funciones domésticas. Ella señala: *"No es solo hacerlo tu, es también saberlas dirigir y para saber y mandar hay que hacer las cosas, yo se hacer de todo y cuando estoy en casa yo colaboro mucho, en la cocina, la jardinería, el mercado en fin… ".*

Dada la dinámica de su trabajo, a lo largo de su ejercicio profesional no ha dejado de atender a su hija; la llama constantemente; hace lo posible para almorzar con ella; en las noches procura ayudarla en las tareas y, si no puede, busca apoyo en familiares y vecinos capacitados.

Así como Mart, Eugi trabaja toda la semana. Por tal razón, cuenta con una empleada doméstica para mantener en orden la casa, pero a diferencia de Mart su horario es más flexible porque tiene la facilidad de atender a sus clientes dependiendo de sus necesidades. Por lo tanto, trabaja un tiempo fuera y el restante lo dispone para organizar en casa todo lo relacionado con las funciones de la oficina. Tareas que al realizarse en su vivienda posibilitan el reencontrase en la tarde con los hijos(as), conversar con ellos(as), ayudarlos en las tareas, contestar inquietudes y a su vez sentir que disfruta de momentos de esparcimiento y sosiego en su hogar. Además, los lleva al médico, asiste a las reuniones del colegio y a los eventos culturales y deportivos, lo que ha posibilitado estrechar unas mejores relaciones con ellos.

Para Zola y Tere, los reencuentros con los hijos, luego de las jornadas laborales, resultan satisfactorios; constituyen espacios de encuentro y orientación. Al regresar a sus sitios de trabajo, la responsabilidad del cuidado de los hijos(as) se asigna a la empleada, sin prescindir del monitoreo de la madre, gracias a los avances en las telecomunicaciones.

Así, aunque la empleada doméstica para el caso de estas mujeres del grupo A, se convierte en una figura que alivia y hacen menos abrumador el trabajo reproductivo, ellas siguen vigilantes y atentas a la administración del hogar; involucran poco a poco a sus hijos(as) y prescinden de la participación del padre, por cuanto son separadas. Es importante reconocer, cómo comienzan a visibilizarse negociaciones y estrategias efectivas que permiten acortar las distancias entre lo público y lo privado. Por tal razón, aun cuando deleguen las labores domésticas, siguen administrando y monitoreando desde sus lugares de trabajo las tareas que culturalmente les han sido adjudicadas como propias, pero ahora lo hacen con una valoración diferente a la de su madre.

Luego de extendidas jornadas de trabajo, los fines semana, Zola –con el apoyo de sus hijos- realiza los quehaceres domésticos. Así promueve el trabajo de equipo donde todos tienen que apoyar y donde todos tienen una responsabilidad para con la familia. Así lo expresa: *"Cuando estamos solos cada quien asume sus responsabilidades, organiza su cuarto, saca la toalla, la ropa sucia; así, colaboran y van aprendiendo a participar en la vida del hogar, así colaboran en ese tipo de cosas y van aprendiendo que las cosas de la casa es un asunto de todos".* Es posible inferir que este tipo de prácticas y de pautas de crianza al interior de las familias van transformando las representaciones, los discursos y comportamientos de los hijos e hijas frente al ejercicio de lo doméstico.

Para el caso de Anad, esposo y parientes (madre y tía) se insertan en estas actividades. Los fines de semanas se distribuyen las labores para que la casa permanezca en orden y la atención de los niños sea posible. Para ella y su esposo, la vida del hogar es muy importante, por eso, comparten con los hijos (a): una comida especial, ven televisión, van al parque y los ayudan en las tareas. Es necesario destacar que la participación de los hombres-padres en el trabajo reproductivo aun es incipiente, éstos sólo han tratado de aproximarse –como en el

caso del esposo de Anad- en el apoyo a algunas actividades como pintar la casa, arreglar algún electrodoméstico, cocinar en ocasiones y en relación a los hijos apoyar en las tareas y participar en reuniones escolares. Estas labores se asumen como parte de una acción de apoyo y colaboración, y son significantes que empiezan a transformar, de manera incipiente, las relaciones y el ejercicio de la paternidad y maternidad y, por ende, se redefinen las funciones en la vida familiar.

En correspondencia con lo planteado, es importante resaltar que la postura activa de esta mujer frente a este panorama, no es una muestra de equidad frente a la distancia, desapego y temporalidad en el ejercicio de las funciones domésticas por parte del esposo. Estas relaciones siguen reproduciendo sobrecargas, tensiones, angustias e inequidades, porque aún no se vislumbra una equitativa distribución de las funciones y responsabilidades del trabajo doméstico. Siguen vigentes algunas conductas estereotipadas al momento de realizar una u otra actividad, lo que redunda en una clara sexualización de las labores doméstica. No obstante, ante tal situación, no se puede perder de vista que se están generando transiciones significativas en la vida familiar que trastocan indistintamente a cada uno de sus miembros(as).

Partiendo de las vivencias, de estas conciliaciones que emergen en los relaciones de las mujeres del grupo A, al acercarnos al contexto familiar de las mujeres-madres del grupo B, se evidencia que los encuentros, las negociaciones y los conflictos en este grupo de mujeres, son más acentuados, debido a que existe mayores presiones del contexto dado los mínimos recursos de estas mujeres-madres, que hace aún más difícil el diálogo entre la calle y la casa.

Lili, vendedora en almacén, se levanta a las seis de la mañana, despierta a los niños, los reposa y los mete al baño, los baña, les sirve el desayuno, los lleva al colegio, y después de ahí se dirige al trabajo. Como está estudiando regresa a las

nueve y media de la noche. A esa hora, revisa las tareas a los hijos, los ayuda en su realización y cuando terminan se dedica a su estudio. Los domingos está atenta del orden y actividades domésticas de la casa. Hay noches que se acuesta a la medianoche porque algunas veces tiene examen y debe estudiar después que termina de ayudar a los hijos e hija en las tareas escolares.

La experiencia de Lili da cuenta de cómo conjugar tantas responsabilidades. Esto ha resultado ser un ejercicio un tanto complejo que acarrea una serie de negociaciones para consigo. Su narración aún está marcada por dos eventos importantes, el trabajo y el estudio. Es notable cómo las representaciones y prácticas que conciben lo doméstico y el cuidado de los hijos e hija como funciones inherentes a su condición femenina, siguen vigentes. Y terminan por asumirse como una acción necesaria para demostrar el amor y afecto que siente por sus descendientes. Esto es comprensible porque, en medio de las transiciones, se arrastran idearios que se constituyen en una limitante para avanzar en la redefinición de las relaciones genéricas.

Marg y Grac, a diferencia de Lili, se visualizan como mujeres-madres más abiertas y dadas a otro tipo de relaciones en las familias, aunque sigue presente la ecuación afectividad familiar igual trabajo doméstico. Esta es la razón por la que ellas continúan asumiendo decididamente las labores domésticas y experimentan ciertas contradicciones al momento de delegar o desprenderse de algunas tareas que habían asumido como propias. Esto es un rezago de su crianza, lo que las lleva a reproducirlas en la práctica aunque sus narraciones abogan por otras relaciones, matizadas por la equidad y la inclusión. Así lo manifiesta Marg: *"La verdad, no me siento tan atareada como antes cuando estaban los muchachos más pequeños, porque ellos ayudan en los quehaceres de la casa y mi esposo también".*

Son estas nuevas interacciones las que han permitido reconocer a Marg que la casa no es sólo espacio de labores y atenciones para con otros(as), también se constituye en un escenario de descanso, serenidad y tranquilidad después de una jornada de trabajo extenuante. Lo anterior pone de manifiesto que comienza a aparecer el hogar como espacio apacible, donde se impulsa la participación de otros(as) en la cotidianidad del hogar, con el propósito de compartir compromisos. Y aunque no se desliga de los quehaceres domésticos, retoma gran parte de ese espacio para darse un alivio, respiro, para reponer sus fuerzas.

Para Grac, contar con la participación activa de su esposo involucrándose en la cotidianidad doméstica y la atención a los hijos e hijas, es debido a la flexibilidad de su trabajo. Dicha situación ha propiciado, una redistribución y coparticipación en tales actividades. Grac, trabaja en un salón de belleza todo el día y su esposo es taxista. Cuando ella esta en casa se dedica hacer el aseo, lavar y cocinar y cuando no esta presente, el esposo se encarga del aseo de la casa y ayuda a atender a los hijos. Además, él siempre asiste a las reuniones de colegio, porque ella tiene menos disponibilidad en los horarios, y como en ocasiones esta sin empleo o conduce el taxi en horarios nocturnos le queda tiempo en el día para asumir las labores domésticas. Como una actividad en la que participan conjuntamente están las tareas de los niños, las cuales desarrollan de acuerdo con sus competencias y habilidades personales.

De modo que las condiciones laborales de flexibilidad, aunque como lo mencioné no son las más adecuadas para el desarrollo económico de la familia, permiten entrar y salir de casa con mayor facilidad, y se convierten en un medio importante para compartir, transformando el escenario privado. Es así como el esposo de Grac no se resiste a estas actividades, por el contrario se ha involucrado decididamente. Lo que evidencia que emergen posturas democráticas en las familias donde todos y cada uno(a) se van insertando en la dinámica de la misma,

en aras de hacer más satisfactoria la convivencia y la búsqueda de relaciones de paridad.

A diferencia de esta mujer, para Jeny aunque el trabajo ha generado independencia en casa, también ha traído consigo sobrecargas y tensiones, pues la dedicación a las actividades domésticas: lavar, cocinar, asear la casa, atender los niños, unidas a la administración del almacén en el que trabaja y la atención de su negocio la convierten en lo que ella ha denominado, una especie de *pulpito*. Cuenta con el apoyo de su hijo mayor y de su esposo, sólo en lo que tiene que ver con llevar y traer a los niños al colegio, ayudarlos en las tareas, apartar una cita médica. En palabras de Arango: “Hoy muchas mujeres transitan entre la fábrica, la calle, el taller y el domicilio a lo largo de su ciclo vital y esa diversidad en su vida laboral, trae fuertes tensiones” (1995:234). Sobre todo, cuando se trata de conciliar las tareas del ámbito productivo y reproductivo, por eso el tránsito de la tradición a la innovación arrastra consigo fuertes conflictos.

Ahora bien, es preciso anotar que frente a estas experiencias que vivencian cada una de estas mujeres ser madre-mujer, hacer parte del trabajo reproductivo y productivo les ha generado tanto satisfacciones como unos costos. Por una parte, su puesto de trabajo ha significado independencia económica, igualdad en casa, crecimiento personal, espacios ganados, reconocimiento y status en la familia. (Oxfam, 2004:17). Pero, al mismo tiempo, estas mujeres mantienen su posicionamiento en el espacio privado y conservan una notable diferenciación con respecto al esposo, lo que se percibe como claros vestigios del tránsito de la tradición a la innovación.

No obstante, aunque los imaginarios cultura del modelo tradicional se constituye en un aspecto de difícil deconstrucción, las mujeres cartageneras han ido incorporando otros discursos y prácticas para establecer relaciones con el

contexto, con el espacio público y privado, el trabajo doméstico y el trabajo productivo, con la pareja, hijos e hijas en medio de profundas tensiones. Hoy cuando se enfrentan a los cambios, estas mujeres-madres, lo hacen en medio de una maternidad en conflicto, pues ellas, en la construcción de sus identidades, fluctúan entre rasgos de la tradición que hacen fisura con elementos de la innovación, y generan transformaciones que se movilizan entre avances y retrocesos, que nos van acercando a la deconstrucción y construcción de significados, representaciones y prácticas para comprender desde una mirada distinta las familias, la maternidad y la paternidad y lo masculino y femenino.

CAPITULO 5.

5. IDENTIDADES FEMENINAS: UN PROCESO EN CONSTRUCCIÓN EN LAS EXPERIENCIAS DE VIDA DE MUJERES-MADRES CARTAGENERAS.

Después del análisis y las reflexiones desarrolladas hasta ahora, en las que se han evidenciado elementos que se insertan en la configuración de las narrativas de mujeres alrededor de la maternidad innovadora, hemos de introducirnos en la construcción de las identidades de mujeres-madres cartageneras. Este proceso nos permite comprender sus cambios, tensiones, transgresiones, con el "deber ser" reproducido en la familia de origen, algunas demandas irresueltas durante la infancia, adolescencia y/o la adultez, los cambios impulsados por la dinámica del contexto socio-histórico y los propios significados reelaborados por cada uno de los géneros. Tales situaciones a lo largo de la trayectoria vital se interceptan en el proceso de construcción de las identidades y movilizan otras formas de concebir, sentir y actuar en el discurso y ejercicio materno y paterno, en la feminidad y la masculinidad que, de manera constante, perfilan nuevas posturas en el curso de la historia

De esta forma, reflexionar acerca de las identidades de mujeres-madres innovadoras nos introduce en el reconocimiento de los diversos discursos y significados construidos por estas mujeres. Y, por medio de los cuales, ellas atribuyen explicaciones a sus vivencias durante la infancia, a la conversión en madres, a las valoraciones que construyen alrededor de los hijos e hijas, a las maneras cómo se piensan a sí mismas y sus proyectos vitales. Esto permite acercarme a la comprensión de formas de vida particulares, pero que se relacionan y responden a las exigencias de un contexto socio histórico.

En este sentido, es importante reconocer que, al hacer referencia a la construcción de las identidades, necesariamente nos situamos en el contexto donde tuvieron y tienen lugar las experiencias de vida de estas mujeres- madres cartageneras, puesto que la comprensión de las identidades está relacionada estrechamente con una historia y unas particularidades culturales. Por ello es importante resaltar que la construcción de las identidades está influida por el estrato social en el que estas mujeres están inmersas y que marcan diferencias en las formas como se autodefinen, que en palabras de Puyana, plantea que los grupos de personas van desarrollando un estilo de vida similar, referido a la pertenencia a su contexto. El estrato, tener un color de piel, pertenecer a un grupo etáreo, una familia, etnias, religión entre otros, posibilitan maneras de reconocernos (2006:32)

Así, no se puede pensar la identidad como una esencia sino como una producción incompleta y en constante elaboración. Por lo tanto, al estar fuertemente arraigadas a la historia, la construcción de las identidades utiliza "materiales de las instituciones reproductivas, la memoria colectiva, las fantasías personales, los aparatos de poder, las revelaciones religiosas" (Castells citado por Silva, 2002), los grupos sociales y la clase social.

De este modo, se pone de presente que la formación de las identidades en la vida de estas mujeres-madres es un proceso que se va afianzando en la medida en que se apropian de ciertos elementos que contribuyen a redefinir su lugar en el mundo, en su familia, en su comunidad y en la relación con su sí mismas. Lo anterior supone no concebir las identidades como unidireccionales o estáticas desde el nacimiento hasta llegada la última etapa del ciclo vital sino que se moviliza y construye a partir de la relación con un contexto socio- histórico en el que confluyen múltiples actores; y en esas relaciones se producen rupturas y continuidades como factores constitutivos de este proceso en las experiencias de vida de estas mujeres-madres.

Al afirmar, entonces, que deben concebirse como un proceso dinámico y en permanente construcción, es porque, si bien lo enunciaban Berger y Luckmann, el individuo no nace miembro de una sociedad: nace con una predisposición hacia la sociabilidad, y luego llega a ser miembro de una sociedad (1968:162). De manera que es en el tránsito de la socialización donde hombres y mujeres van desarrollando procesos de aprehensión y desaprehensión de discursos, significados, símbolos y prácticas que se van interconectando a lo largo de la construcción de sus identidades. Y en esa construcción se pueden ir modificando, reformulando y reacomodando según sus propias demandas y las de su escenario societal.

Lo anterior es comprensible por cuanto, siguiendo con los autores en mención, el proceso de socialización en el que se insertan los seres humanos, está transversado por dos momentos: el primero comprende la "socialización primaria, a partir de la cual el niño(a) acepta los "roles" y actitudes de los otros significantes, o sea que los internaliza y se apropia de ellos. Y por medio de esta identificación el (la) niño(a) es capaz de autoidentificarse, de adquirir una identidad coherente y plausible"(Berger y Luckmann, 1968:165).Y por otro lado, la socialización secundaria, mediante la cual el (la) niño(a) entra en interacción con otros contextos de significados y, desde éstos, va comprendiendo que no existe una única realidad sino que existen múltiples realidades y formas de significarlas. Por tanto, está en la capacidad de reelaborar o reconstruir su propia historia.

De modo tal que, a partir de los procesos de socialización estas mujeres-madres cartageneras, van construyendo sus identidades genéricas. En esa construcción ha participado más de un(a) actor(a) desde su infancia hasta ahora, quienes han cumplido un papel representativo en sus experiencias de vida. Pero este proceso no se ha vivido como algo lineal por este grupo de mujeres, pues les ha demandado más de una serie conflictos, fluctuaciones y tensiones a lo largo de la

trayectoria del ciclo vital. Tensiones que ahora se viven con mayor intensidad porque, al concebirse mujeres-madres, se muestran en oposición, no desean reproducir o ser el reflejo de la historia biográfica de su figura materna en sus discursos, en sus prácticas y relaciones con hijos e hijas, ni en su proyecto de vida.

Esta situación por la que atraviesan estas mujeres-madres cartageneras tiene su explicación, en la configuración de las identidades, no puede pensarse como una dimensión construida únicamente desde la individualidad y como he expresado antes, no se anula el carácter relacional de las personas. En ellas también se entrecruzan el yo en relación con otros yoes, de modo tal que las "identidades se construyen a partir de las experiencias de las personas en torno a su existir; pero no como una dimensión voluntarista de carácter individual" (Palacio y Valencia, 2001:29-30). Por el contrario, se habla de un ser humano en relación consigo mismo y con los demás, es decir, que se recrea a través de lo aprehendido en los procesos de socialización y las significaciones y prácticas elaboradas desde su propia experiencia vital, en este caso sus vivencias como mujer y madre.

Lo anterior es ineludible en la trayectoria vital de los seres humanos pues en la construcción de las identidades de mujeres y hombres inevitablemente se produce, parafraseando a Marcela Lagarde un entrelazamiento social; es un proceso en el cual se articulan tres aspectos esenciales: la mismidad, la comunidad y la alteridad. El primero, hace referencia a la experiencia del yo, el ser mujer-madre con un proyecto vital en el que se define particularmente la identificación con lo propio, con aquello que denota una singularidad irrepetible en la comprensión de si misma. El segundo, alude al descubrimiento de la mismidad, de la afinidad del proyecto vital de estas mujeres con el de los(as) otros(as), lo que genera un sentimiento de pertenencia y, por lo tanto, aporta la certeza de una semejanza parcial necesaria a la construcción de ellas. Y el último, se refiere a la

diferencia, por lo que se alude a la creación de un punto de ruptura o de continuidad con la identificación de los otros(as) no como proyección del yo sino en su propia particularidad, lo que puede generar actuaciones de intolerancia, discriminación y rechazo, como también aceptación y reconocimiento de la diversidad (Lagarde citada por Palacio y Valencia 2001:27-28).

Por lo anterior, la construcción social de las identidades pasa por diversos estadios: la necesidad de singularidad, la identificación con los otros(as) y la desindividuación. Estas tres dimensiones convergen "arrastrando la complejidad del mundo de los afectos y los sentimientos, los deseos y las frustraciones, las representaciones e interpretaciones como también las experiencias corporales y subjetivas, que confluyen en la construcción de la biografía o de la historia individual" (Heller, 1997: 405). En ese tránsito el sí mismo de estas mujeres se va deconstruyendo y construyendo.

En este orden de ideas, es pertinente afirmar que las identidades no pueden determinarse como producto en exclusividad de la esencia biológica, sino también como una construcción histórica que va redefiniéndose en los procesos de socialización. Se constituye, entonces, en un proceso permanente donde se conjugan tiempos, recuerdos, vivencias, contextos, rituales y relaciones sociales. Desde estos factores estas mujeres-madres han ido construyendo una historia de vida que ha de jalonar experiencias pasadas, presentes y una visión de futuro, es decir, ideales, sueños y fantasías que se mantienen latentes en su proyecto de vida.

Así, desde la infancia y de cada una de las etapas del ciclo vital, estas mujeres han ido construyendo sus identidades y en ese construir jalonan consigo rasgos de la tradición que se entrecruzan con elementos de la innovación. Esto es comprensible, pues como proceso ligado al contexto socio histórico las

identidades de estas mujeres no puede desaprehenderse de la historia biográfica que les antecede; por el contrario, se interceptan con sus significados, discursos y prácticas. De ahí que, en su constitución, converjan tanto experiencias desde las que fueron socializadas y que marcan el sentimiento de rechazo hacia las mismas, como aquellas que desde sus vivencias como mujer-madre se instalan a manera de discursos y prácticas reflexivas que impulsan otras formas de pensar, actuar y sentir la feminidad y la maternidad.

5.1 Entre las *continuidades* y las *rupturas*: un largo camino por recorrer

Atendiendo a las reflexiones planteadas, he de situarme en dos aspectos fundamentales que considero a lo largo de este proceso de construcción de las identidades femeninas: las *continuidades* y las *rupturas*. Como se ha mencionado, las identidades van siendo producto de la experiencia biográfica del ser humano y, en esta construcción, se entrecruza la reproducción y la innovación, es decir, cambios y permanencias. Ambas se presentan como aspectos determinantes en las elaboraciones y redefiniciones que estas mujeres-madres crean y otorgan. Como lo plantea Irene Meler, al hecho de convertirse en padres y madres, el sentido subjetivo que atribuyen a hijos e hijas, el vínculo que construyen con ella (2006:1001), las relaciones de pareja, con el contexto social, con su mismidad y lo que significan sus proyectos de vida en particular.

Si bien las identidades femeninas han sido definidas desde algunas posturas teóricas como inmutables y heredadas, cuyos discursos estaban sustentados en la ideología y el orden patriarcal, ahora se centra el debate en la construcción de las identidades que nos remiten a cuestionarnos por la comprensión de quienes vamos siendo y cómo nos vamos construyendo. Para eso, es necesario reflexionar frente a la idea de cómo llegamos a ser y de dónde venimos. Esto supone, inevitablemente, comprender que en este proceso incorporamos elementos de la reproducción como elementos a partir de los cuales hacemos ruptura con tales

apropiaciones, motivadas por nuestra propia experiencia vital y las transgresiones impulsadas por el contexto.

Esto resulta determinante porque las familias –como organizaciones socio históricas- no son estáticas; por el contrario, sufren cambios que demandan la presencia de nuevas relaciones y roles, tanto en este escenario como en la sociedad en general. Estas mujeres se apropian de estas redefiniciones, las cuales las impulsan a querer transformar su propia historia, que está marcada por experiencias de subordinación, sumisión, obediencia, sometimientos, trabajo infantil, escasa libertad y autonomía, deprivaciones afectivas, abandono y un proyecto de vida en general restringido.

El deseo de ruptura con tales vivencias no es algo que se produce literalmente ya que el cambio es progresivo, es decir, se moviliza entre avances y retrocesos. Esto muestra que en el proceso de configuración de las identidades se entrecruzan las continuidades y las rupturas, ambas marcadas diferencialmente en las historias de estas mujeres que han decidido construir, pensar y vivir desde experiencias distintas la maternidad.

En las mujeres del grupo B, sus historias estuvieron marcadas por escasas oportunidades, privaciones, inestabilidades en el escenario familiar, distanciamiento del padre y/o madre por diversas circunstancias. Situaciones que contribuyeron a la involucración de otros familiares tales como, abuelas (os) y/o tíos(as) en su proceso de crianza. Estas experiencias las impulsan a no reproducir historias de desapego, pocos cuidados y abandono para con hijos e hijas y luchan incesantemente por alcanzar mejores condiciones de vida.

En este punto, he de resaltar que si bien, Virginia Gutiérrez en los años setenta, planteaba que la familia extensa expresa a sus integrantes respaldo de naturaleza afectiva, económica y social, también en la responsabilidad y control de las

acciones(1999:338). En estas historias se refleja que esta tipología transversada por inestabilidad y fluctuación en el ejercicio materno y paterno, no expresa siempre un compromiso permanente en la apropiación de los roles que debían asumir, lo que ocasiono tensiones, abandono y vulneración de derechos. Por ello hoy estas mujeres le dan primacía, a las relaciones parentofiliales cercanas, comprometiéndose con la nuclearización de las familias como forma de no reproducir sus vacíos y privaciones.

Para las mujeres del grupo A las oportunidades que generaron las familias, tanto para el desarrollo físico como social, constituyen un insumo que les permite incorporar elementos transgresores, a partir de los cuales crean, innovan, satisfacen y van redefiniendo sus proyectos vitales, estas situaciones en sus historias de vida llevan a este grupo de mujeres a concebir y asumir la maternidad como un proyecto transformador en su vida. Pero, de manera simultánea, la acompañan de procesos reflexivos al interrogarse quién voy siendo como mujer, cómo puedo construir relaciones simultáneamente a las de mujer, madre y trabajadora y cómo construyo un proyecto educativo, laboral más amplio y edificante que me posibilite redefinir la feminidad.

Estas reflexiones me permiten sumarme a la comprensión de la pregunta por la mujer como actora social, histórica y culturalmente construida, por las identidades femeninas situada desde otros discursos y escenarios que desmitifican el ideario de mujer igual madre y mujer igual espacio doméstico que, en palabras de Ana María Fernández:

> Se han encargado en nuestra sociedad de organizar el universo de significaciones en relación a la maternidad, alrededor de la idea mujer igual madre: la maternidad es la función de la mujer y a través de ella alcanza su realización y adultez. Desde esta configuración se establece que la maternidad da sentido a la feminidad; la madre es el paradigma de la mujer, las identidades femeninas se construyen en función de ser “esposas de” o “hijas de” y de define como único camino posible para las mujeres el ser madres (Fernández citada por Puyana, 2003:19).

Desde esta perspectiva, se da paso a las rupturas de los estereotipos de identidades masculinas y femeninas que justificaban posiciones de dominación y subordinación como inmutables, adscritas y continuas. Se propende la construcción de las identidades desde la posibilidad de recrearse en medio de conflictos y tensiones generadas por el deseo y las acciones de transgresión, de oposición, de rechazo y en definitiva de ruptura con ese "deber ser" que tradicionalmente se encargó de determinar las identidades masculinas y femeninas.

5.1.1 Quiero darles lo que nunca tuve: de las *privaciones* a las *oportunidades*

Al acercarnos a las historias de estas mujeres-madres a lo largo de estas reflexiones, hemos evidenciado que muestran diferencias sustanciales en razón del estrato social. Son estas diferencias, marcadas en las historias, las que al momento de introducirnos en la construcción de sus identidades nos posibilitan comprender que las narraciones de las mujeres del grupo B continúan tomando distancia de las del grupo A.

Las historias de las mujeres del grupo B han estado impregnadas de situaciones que, desde la crianza en su familia de origen, se tornaron desalentadoras, inestables, insatisfactorias, de relaciones débiles y un sinnúmero de limitaciones, distanciamiento, abandono, rechazo y escasas oportunidades. Estas vivencias de privaciones durante algunas etapas del ciclo vital-infancia y adolescencia-, se presentan como **hitos** que fuerzan la construcción de las identidades movilizadas por los deseos y motivos de restituir, compensar y ver resueltas unas demandas que durante esas etapas permanecieron silenciadas. Es decir, no vieron o no encontraron los medios que garantizaran dar respuestas a tales demandas.

De ese modo, hoy estas mujeres a lo largo de sus experiencias, al asumir posturas reflexivas frente a las mismas –pero que avanzan en contracorriente- comenzaron a buscar caminos que les permitieran apropiarse de aquello que les fue negado en la infancia y adolescencia. Hablamos entonces de unas oportunidades que les abrieron y siguen mostrando otros horizontes para pensarse distintas a sus cuidadoras, para cuestionarse por las vivencias en sus familias de origen, para reflexionar sobre sus vivencias como mujeres-madres y las interrelaciones establecidas con hijos e hijas.

Estas nuevas aristas han conducido a estas mujeres a darles cabida en sus historias a oportunidades que son jalonadas con una doble intencionalidad: redefinir y alejarse de una historia de privaciones haciendo del curso de su historia una vivencia gratificante para sí mismas, pero –a su vez- arrastrar con fuerza estas posibilidades como una forma de compensar en su vida y dar a los hijos e hijas aquello que anhelaron para sí. Por eso hoy, desde la construcción de un proyecto de vida edificante para ellas, motivadas por ese deseo de d*ar lo que nunca tuve*, pretenden satisfacer análogamente con sus hijos(as) una historia donde, sin ser la figura de la madre sacrificada, construyen y significan que el no reproducir sus vivencias se perfila en un proyecto transformador en la vida de los(as) hijos(as) y que desde él se construye un proyecto cambiante de ellas como mujeres y madres.

5.1.1.1. *No recuerdo caricias, besos, abrazos: hoy quiero darles lo que nunca tuve…*

Mary, nació en zona rural del municipio de Magangue, en una familia conformada por madre y padre. Su hogar comienza a transformarse a raíz del asesinato de este último, cuando ella tenía un mes de nacida. Frente a estas circunstancias, su madre decide ir a vivir con los abuelos maternos de Mary, pero las difíciles

condiciones económicas la impulsaron a migrar a la ciudad de Cartagena de Indias acompañada de las hijas mayores (hermanas de Mary).

Ante esta situación Mary queda al cuidado de su abuela y abuelo materna(o) y se enfrenta tanto a la ausencia del padre como a la distancia de la madre, desde la infancia y durante la adolescencia. Esto puede ser comprensible si se estima, que en los “sectores más pobres, el tiempo de cuidado de niños(as) se reparte entre hermanos, vecinos y centros comunitarios, cuando las mujeres pertenecientes a estos sectores, de manera abrupta, tienen que vincularse al ámbito productivo y dejan en mano de la familia extensa el cuidado de los hijos(as) (Pachón, 2007: 154), este tipo de relaciones en ocasiones traía fuertes tensiones con la madre, quien, en la distancia, no podía proveer esos insumos psicosociales y afectivos que los cuidadores debían proporcionar.

Esto generó en ella profundos sentimientos de inconformidad e insatisfacción porque le negaron la oportunidad de establecer relaciones maternales y paternales que la proveyeran de afectos, valores, confianza, cuidados, protección y atenciones. En sus palabras: *Ella allá y yo acá. Nunca se me dedicó, el cariño de mamá no me lo dio, me podía mandar diez cajas de comida pero en ningún cumpleaños tuve un beso suyo.*

La convivencia con los abuelos no disipó estos sentimientos. Podría decirse que el contraste intergeneracional marcó aún más los distanciamientos y el establecimiento de pautas de crianza con un matiz más tradicional. En sus palabras: *Mi abuelita me quería, pero el modo de ser de ella no era afectuoso.* Los abuelos no fueron personas apegadas, que orientaran, brindaran confianza o fomentarán el diálogo; más bien, se situaron como figuras ambivalentes, presentes pero a las vez distantes y autoritarios.

Conviviendo con sus abuelos, la vinculan al trabajo de la finca desde muy temprana edad. Así, pues, en su infancia asumen funciones domésticas y la atención de los trabajadores de la finca. Estas actividades le anularon las posibilidades de vincularse a espacios de esparcimiento y recreación de los que debían gozar los(as) niños(as) de su edad. Por el contrario, el trabajo infantil se instaló con fuerza en la vida de Mary y la enfrentó al ejercicio de esfuerzos físicos, maltrato psicológico, pocos cuidados y desprotección.

De esta manera, el que sus cuidadores no le expresaran afecto a través de caricias, diálogo, cuidados y cercanía se convierte en un **hito** en su vida y la incitan a redefinirla a partir del ejercicio materno y desde su concepción como mujer. Por ello, hoy argumenta que la maternidad se vive queriendo mucho a los hijos, brindándoles cariño, confianza, hablando claramente y construyendo con ellos relaciones en las que se da cabida a la emergencia de acuerdos y desacuerdos, su postura y la opuesta, sin llegar a establecer jerarquías de poder.

Este cambio en la vida de Mary, está anclado en el tránsito del campo a la ciudad. Es este otro **hito** en su vida que la impulsa a replantear muchas de las situaciones vividas en la infancia y parte de la adolescencia. Viaja a Cartagena porque sus hermanas toman la decisión de comprometerse con los gastos de manutención y cuidados. Este traslado irrumpe decididamente en su cotidianidad y en medio de escasas oportunidades se generan condiciones para estudiar, trabajar e interactuar con otros escenarios. De es modo establece relaciones que le permitieron apartarse del encierro en el ámbito doméstico y las escasas oportunidades de actividades lúdicas y educativas.

Su vinculación al trabajo remunerado en la ciudad, aunque fue una tarea que emprende en la adolescencia, le genera oportunidades para el desarrollo y manejo de su autonomía e independencia. Tanto así, que hoy frente a su postura en torno

al trabajo expresa: *"la mujer trabajando es una mujer independiente que no está atenida a que el marido le dé su racioncita. El trabajo valora a la persona".* Es prudente anotar en este punto, que con la vinculación de la mujer en la proveeduría, de acuerdo con Ricardo Cicerchia se comienza a alterar la distribución de los poderes en el hogar y comienza a erosionarse la legitimidad del esposo-padre como el único responsable del sostén de la familia (1999:50).

Esta visión sobre el trabajo parece haber ganado más fuerza en la medida que continúa educándose y se produce la migración de su esposo a Venezuela cuando su último hijo tenía dos años. Las relaciones que establece Mary desde ese momento con su esposo, al conformar una familia mediada por la distancia, la enfrentan a participar decididamente en el ámbito público, a buscar otras alternativas y oportunidades para la vida familiar, las relaciones con los hijos y sus propios proyectos personales.

Estas situaciones de distanciamiento durante la infancia con quienes debían ser sus cuidadores, se constituyeron en generadores tanto de tensiones como del encuentro de otras posibilidades. Ganar autonomía e independencia al tomar las riendas de la familia y al transgredir posturas y prácticas que antes se concebían únicas de la masculinidad, como la responsabilidad de la proveeduría económica y la vinculación en el espacio público; le ha generado a Mary las posibilidades de entrar al encuentro con otros escenarios de socialización.

Este paso de lo privado a lo público debe entenderse como la incorporación de unos nuevos discursos y prácticas que cuestionan la tradicional connotación de lo masculino y femenino, pues, como lo plantea Puyana, con las redefiniciones introducidas por la modernidad se proveen conocimientos psicológicos, humanísticos y en general una nueva teoría científica que resultan fundamentales en la producción de una determinada individualidad y un tipo de relación entre los

seres humanos (2006:110). De modo tal que se irrumpe sutilmente con los patrones designados como orden socialmente establecido e inciden en la creación de otro tipo de alternativas en el desarrollo de la feminidad y la maternidad.

Así como Mary, ***Jeny*** vivió con su abuela materna desde los siete años. Fue ella quien asumió la función de madre, los cuidados y atenciones en compañía de un tío materno que suplió al padre durante su infancia y adolescencia. El que Jeny viviera con su abuela y tío fue el resultado de una relación conflictiva entre su padre y madre. Ellos no se *entendieron hasta el punto de que cada quien se independizó*, el padre viajó a San Andrés y la madre a Venezuela.

No ser criada directamente por mamá y papá generó en Jeny desde muy temprana edad responsabilidades consigo misma. Concientes de que padre y madre se habían distanciado de la crianza desde muy niña, ella introdujo en su formación muchos compromisos y valoraciones frente a la labor que su abuela y tío asumieron para con ella. Sus cuidadores se mostraron como figuras de crianzas estrictas y rígidas para impartir normas y valores familiares, las cuales conducían a que nietos-sobrinos se comprometieran positivamente con el acato de las normas.

Frente a esto, Jeny expresa: "*no recuerdo haber sido mimada, cargada y acariciad*a. *Fueron personas muy estrictas"*. Esta situación imposibilitó que, durante la infancia, en Jeny afloraran relaciones flexibles que dinamizaran el establecimiento de encuentro en espacios de desarrollo; por el contrario, se crearon obstáculos para la vivencia plena de estos derechos.

Así, estas experiencias de abandono del padre y la madre, insatisfacción de necesidades de afecto, lúdicas y dialógicas, la crianza sustentada en una educación rígida, imposibilidad de acercamiento para el establecimiento de

relaciones de apego con sus cuidadores, relaciones que permitieran recibir caricias y ser a su vez dadora de caricias y besos son eventos que se conjugaron y se convirtieron en **hitos** en la historia de vida Jeny. Estas situaciones, a partir de su vivencia como madre, denotan en su discurso una clara redefinición. Podría decirse que la maternidad en sí misma se presenta como el acontecimiento determinante a través de cual logra replantear estas situaciones de privaciones e inconformidades.

Por eso, a partir de su ejercicio materno, sostiene que las vivencias con hijos e hijas trascienden el solventar necesidades materiales; ella quiere y procura brindar a sus hijos(as) aquello que no tuvo. Por tales razones desde sus prácticas y discursos se visualiza como una mujer-madre: *"amiga, consejera, expresiva en los afectos, mimos y halagos. Que sienta que lo quieres, que estás con ellos en todo momento".* Es entonces la búsqueda por compensar mediante una relación de doble vía, madre-hija, aquello que no le fue garantizado, como lo expresa: *"trato de brindarles otra cosa a como yo me crié siempre, sin papá ni mamá".*

Estos esfuerzos han ido avanzando significativamente porque el sentimiento de responsabilidad y la búsqueda de autonomía ganados desde la infancia se convirtieron en fuertes motores en su vida. Por ello, aunque inicia su relación de pareja desde la adolescencia, la asume con una postura madura y reflexiva. Sus idearios la llevaron a perfilar que la relación como esposa y madre no cercenan la noción misma de mujer. Por tales razones, su proyecto materno se ha movilizado de la mano del proyecto educativo y laboral.

De manera que, para Jeny, los proyectos materno, educativo y laboral se entrecruzan en su propósito de autoafirmarse como mujer con aspiraciones, anhelos, sueños y demandas que retroalimentan sus proyectos vitales y también en aras de brindar mejores oportunidades a sus hijos(as). A ella, estas

oportunidades le fueron restringidas en su crianza y, hoy busca solventarlas en su familia, con sus hijos y en los escenarios públicos donde participa.

Para esta mujer, en la construcción de sus identidades se instala un elemento muy importante: una reflexión que la hace consciente de sus necesidades, de sus demandas y las respuestas que necesita para vivir plenamente, aunque sabe que ello supone unas fuertes luchas y unos conflictos que debe seguir generando en su familia, en su contexto y consigo misma. Esto, por cuanto reconoce que si bien ha replanteado el ejercicio de la autoridad, la proveeduría y las relaciones afectivas hasta distanciarse del instituido en su familia de origen, estos cambios se movilizan con mayor fuerza cuando son incorporados también por la pareja. Con esto, posibilita que la organización familiar sea capaz de reorganizarse desde los nuevos discursos y prácticas.

***Lili*,** por su parte, desde los cuatro años de edad no volvió a ver a su padre. Él viajó a Venezuela cuando se separó de su esposa. En un principio, Lili lo veía esporádicamente en las visitas; pero luego él la abandonó. Su madre debió asumir la manutención y crianza de todos los hijos en medio de condiciones de pobreza, pero ante tal situación decidió internar a Lili en un colegio, se dedicó al cuidado de los otros hijos. Así, Lili se enfrentó nuevamente a otra situación de distanciamiento, primero el padre y después la madre.

Desde los siete a los doce años, vivió internada, alejada de sus hermanos y la madre y, aunque ésta la visitaba, las relaciones fueron distantes. La madre decidió retirarla del internado y llevársela, pero ante las condiciones económicas limitadas, Lili decide irse a vivir con una tía política.

La convivencia con la tía fue encerrada y rígida. La crianza se caracterizó por los castigos, regaños y severas sanciones. *"Estas* situaciones *que tuve que*

sobrellevar, aguantando inconformidad, rechazo y soberbia". De ese modo, represó sus sentimientos, puesto que la tía era quien había asumido su manutención y crianza ante las dificultades de su madre y el abandono del padre.

La madre de Lili falleció. En medio de esas circunstancias su abuela paterna decidió buscarla para hacerse cargo de ella y sus hermanos, de sus cuidados, estudios y protección. Sin embargo, la abuela a los tres meses viajó a Venezuela y dejó a Lili en condiciones de desamparo. Con trece años de edad se quedó en compañía de sus tíos; pero, en sus palabras: *"nunca tuvieron que ver conmigo y mis hermanos".* Esta situación obligó a Lili a hacerse cargo de sus hermanos y de sí misma desde la adolescencia.

De tal modo, que la infancia de Lili transcurrió marcada por varios acontecimientos que, al hilvanarse, se constituyeron en **hitos** significativos en su vida y los cuales la impulsaron al cambio: el encierro en el internado, el abandono del padre, las escasas vivencias con la madre por su limitaciones económicas y su muerte inesperada, "*la convivencia con mi tía que no me dejaba jugar, no me dio esa libertad de niña",* el tiempo que convivió con la abuela y tíos quienes no le proporcionaron ningún tipo de cuidados y la dejaron a su suerte en la desprotección y la responsabilidad de comprometerse con la crianza de sus hermanos siendo aun una niña.

Lili asumió una gran responsabilidad al ser la cuidadora de sus hermanos. Esto le demandó muchos esfuerzos y tensiones, pues ella vio relativamente suplidas estas necesidades y cuidados durante su infancia. Esta situación se volvió tensa; ella manifiesta: *conseguí trabajo que era de medio tiempo y lo alternaba con el estudio, se me hizo pesado porque era una niña todavía, pero siempre he sido una pelada echada para adelante.* Desde ese momento asume con más fuerza una

actitud de independencia, autonomía y liderazgo en la familia y para consigo misma.

Trabaja decididamente para proveer a sus hermanos y para culminar su proyecto educativo. Motivada por el deseo de satisfacción de estas necesidades, formalizó la relación de pareja como una alternativa para dar respuestas a estas situaciones. En medio de ello, la maternidad se presenta inesperadamente y truncó algunos proyectos personales que ella consideraba como motores de su vida: trabajar y estudiar. Los aplazó debido a que rechazó y se opuso firmemente a repetir con sus hijos la historia de abandono, desprotección y desapego que ella experimentó. En sus palabras: "*Nunca entregaría a mis hijos para que parientes los cuidaran. Como yo tuve esa vida así no me gustaría que mis hijos la pasaran. Siempre trato de darles lo mejor a ellos".*

Así, a partir de sus replanteamientos, desde su visión como mujer y madre, Lili quiere dar un vuelco a una historia donde ella vivió privaciones, *nunca me dejaron jugar ya que el tiempo libre era para los oficios.* Una crianza de mucha autoridad y rigidez*, "con mano dura",* de castigos, de encierro y restricción del encuentro con otros niños. Por ello, hoy esta mujer a partir de un ejercicio distinto del ser mujer y madre ha redefinido la crianza de sus hijos(as), y pretende darles a ellos(as) lo que no tuvo por múltiples circunstancias. Ella pretende fomentar con sus hijos otros encuentros, otras formas de interacción, otra imagen materna que establece y permite que afloren posturas incluyentes, donde se posibilita el dicenso como oportunidad de desarrollo, se da cabida a expresiones de afecto y se generan las condiciones para el desarrollo de la autonomía.

Llenar estos vacíos no es sólo necesario para ella porque se vio "afectada en su desarrollo psicosocial, sino porque hoy reconoce la necesidad de un padre y madre presentes y cariñosos" (Maldonado y Micolta, 2003:211), que se muestren

como figuras al alcance de los hijos, que minimicen los riesgos que se anteponen cuando padre y madre se perciben como rígidos, impenetrables y dominadores. De esta manera, Lili ha instalado el deseo de construir su identidad y se vuelca a la tarea de más afecto menos desprotección, más diálogo menos distanciamiento, más confianza menos encierros. Y en el posicionamiento del proyecto educativo y laboral como epicentros formativos a partir de los cuales se recrean y redimensionan estos significados.

De otra parte, la infancia de ***Grac*** estuvo marcada por una permanente desatención, maltrato y rechazo. Su madre emigró a Venezuela cuando era una niña, y quedó su padre y madrastra al cuidado de ella y sus dos hermanos.

Su infancia transcurre en medio de relaciones poco fraternales y de vivencias poco gratificantes. Una madre con quien sostuvo relaciones desapegadas, donde no se facilitaron los medios para el diálogo, la orientación, la cercanía y las manifestaciones de atención, cuidados y protección. Y un padre –en sus palabras- *bastante distante, por su dedicación exclusiva al trabajo*. Esta situación se acrecentó porque su madrastra tampoco asumió el rol de cuidadora; además, limitó y dificultó los acercamientos de hija al padre.

Las relaciones con la madrastra no fueron placenteras, no fue una relación de cordialidad y vínculos de fraternidad que Grac tenía la expectativa de establecer con ella. La convivencia con la madrastra se gestó en una relación conflictiva, de castigos, regaños y de resistencia porque se oponía a los acercamientos de Grac y su padre. Así, pues, el maltrato físico y psicológico se convirtió en una situación repetitiva y dificultó un adecuado desarrollo físico y emocional de Grac. Creció siendo una *“niña callada, tímida y quieta”*.

Sumado a esta vulneración de derechos, a Grac no se le proveía su inserción al sistema educativo. Padre y madrastra no reconocieron la importancia de la educación y la decisión de educarla vino de una vecina quien le exigió al padre la vinculación de la niña a la escuela. Esta vecina, además, asumió la responsabilidad de los gastos educativos. Es importante resaltar como las redes sociales en los sectores populares perviven, al dar acogida a una decisión que viene de fuera del contexto familiar. Esto, en palabras de Mosquera, se vislumbra como los códigos culturales que transmiten valores para mantener una regulación, entendida esta como expresión de control social realizado por los adultos(as) al interior del barrio para salvaguardar los derechos de niños y niñas (1994:97), las instituciones del Estado no ejercieron una notable inserción en las familias. Así, el derecho a la educación, defendido por una persona externa a la familia, posibilitó en Grac que su proyecto formativo se convirtiera en un acontecimiento apremiante en su vida y a partir del cual ha sido posible apropiarse de otras valoraciones y significaciones.

El proyecto materno, surgido de manera inesperada a la edad de diecisiete años y en una situación de inestabilidad con la pareja, lo asumió con autodeterminación porque se instala como un acontecimiento a partir del cual puede redefinir su historia biográfica y las vivencias en su familia de origen. Hoy comprende que le cercenaron muchas oportunidades, que fue “victima” de la privación de sus derechos, los cuales quiere ver alcanzados en sus hijos e hija. El proyecto materno se instaló como una prioridad, cuya decisión de tener un hijo sin el apoyo de la pareja se constituyó en una opción y la insistencia para que abortara, la reafirma y se constituye en un hito en su vida.

Se visiona que la maternidad le ha posibilitado beneficios psicológicos a través de los cuales ha dado sentido a su vida y le proporciona intensidad a los sentimientos, arraigo emocional, sensación de tareas compartidas con el cónyuge.

Pero también ha entrado en tensión cuando se tiene que enfrentar a la necesidad de conservar una familia nuclear fundada en el deseo de no repetir su propia historia familiar. Ella manifiesta: *"Por ello trato de arreglar las diferencias con el papá para criarlas en un hogar".* A este respecto Manrique, expresa: "La presencia de los hijos cambia drásticamente las relaciones personales y conlleva a que padre y madre vivan juntos, con lo cual consolidan la relación familiar" (2007: 309-310). En este caso los(as) hijos(as) se convierten en el centro de sus relaciones.

Por ello, hoy sus proyectos vitales, aunque trascienden al plano educativo y la participación en el escenario laboral, sus esfuerzos en torno a los mismos se revierten alrededor de la maternidad. Expresa, que *"quiere transmitirles cariño a sus hijas, que no se sientan cohibidas de abrazar a su papá o a ella, que les tengan confianza que no se sientan humilladas".* Cada día quiere aprender más para darles a ellas más educación, más afecto, más valores y la oportunidad de que elijan el mejor camino en su vida, *es darles lo que yo nunca tuve*, pero ahora guiadas sobre la responsabilidad, compromiso y discernimiento.

5.1.1.2 *Nunca tuve esa libertad de niña: del encierro a la confianza*

La infancia de ***Marg*** transcurre en un ambiente encerrado en una familia numerosa (seis hermanos). Por esta razón su madre decidió que las interacciones con otros niños y niñas para jugar, compartir, dialogar y establecer relaciones de amistad podían hacerlo sin necesidad de salir de casa. Sin embargo, en medio de tales restricciones y normatividad, la tía materna influyó sobre la madre para que permitiera que Marg estuviera un tiempo compartiendo con ella. Esta tía, de acuerdo con Marg: *"aunque era muy estricta también me consentía bastante".*

No obstante, su infancia se desarrolló en un ambiente de encierros y desconfianza, eventos que se constituyeron en **hitos** en su vida. Una infancia y

adolescencia restringida al escenario familiar y las actividades domésticas. Una madre dedicada, cercana, protectora y cuidadora, pero que, en oposición a estas cualidades, no propició relaciones de confianza y diálogo; por el contrario, mediante el afecto y la protección logró conservar su control y normatividad en la formación de la hija y los vínculos que ésta habría de establecer con otros escenarios. Al respecto de estas relaciones en las familias cartageneras, Bonilla y Morad plantean, que en los años sesenta se consolidó en Cartagena una estructura familiar con sesgos patriarcales, donde la madre administra la unidad doméstica, satisfaciendo las funciones de crianza, socialización y reproduciendo inequidades, expresadas en encierros, posturas controladoras que circunscriben lo femenino al ámbito de lo privado (2003: 85-87).

Estas vivencias infantiles marcaron significativamente su historia y la impulsaron a no repetirla en su experiencia con hijos e hijas. La motivó a proveerlos de condiciones de libertad y autonomía que les permitieran desarrollarse y no coartarles posibilidades. De manera que ha ido fomentando prácticas y diálogos desde los que promueven en los hijos el reconocimiento de su valoración como seres humanos integrales, que sean capaces de establecer relaciones de confianza y apertura en las interacciones familiares, que sean capaces de reconocer su cuerpo, la sexualidad, los riesgos y posibilidades que pueden tener en la vida. Esto como una forma de redefinir y transgredir las experiencias negativas de encierro y desconfianza a las que ella se vio sometida en la infancia y la adolescencia.

Estas reflexiones y apropiaciones de nuevos discursos y prácticas construidas a partir del rechazo, se constituyen en **hitos** que han conducido a que Marg, en su autodefinición como mujer y madre, se visualice con capacidades para salir adelante. Ella reconoce el gran valor de la educación como la oportunidad para que los hijos y ella se sigan fortaleciendo como personas, en la medida que se

apropian de valores que incorporados a la cotidianidad familiar, introducen otras formas de interrelación, de valoración y reconocimiento de sí y de los otros.

Para ella el proyecto educativo se ha constituido en una labor incesante, en la que reconoce muchas oportunidades de vida. Este proyecto hoy avanza al unísono con el proyecto materno, lo cual posibilita concebirlo desde posturas dialógicas y reflexivas, mediante el ejercicio de la escucha, los desacuerdos y la libertad de expresión, en aras de deslegitimar las relaciones coercitivas, de jerarquía, temores, encierro y restricciones reproducidos en sus familias de origen y que marcaron significativamente su infancia y adolescencia

Marg ha incorporado en este sentido otras relaciones en la cotidianidad con sus hijos, buscando generar en ellos algo que, durante su crianza, ella vio negada y anulada: la confianza. Pues sus cuidadores fueron severamente estrictos, los controles y las sanciones impuestas estaban cargados de un fuerte peso censurador y de represión, la desconfianza los llevaba a mantener una mayor rigidez en las instancias de control presentes en la familia. Por eso, hoy ella le apuesta a que lo más importante es darles confianza a los hijos para que no sean engañados, para que sean más cercanos a padre y madre y para que se reconozcan a sí mismos. En sus palabras: *"En ese sentido me ha tocado darles lo que a mi no me dieron confianza".*

De ese modo, en la construcción de las identidades de estas mujeres de grupo B convergen acontecimientos y sentimientos que inducen al cambio. Fueron obedientes, acataron las reglas y normas familiares, pero se mostraron inconformes al asumir sobrecargas de trabajo en la infancia, relaciones familiares desapegadas, de desprotección y pocos cuidados. Por estos motivos se niegan a repetir esas historias en sus vidas como mujeres y como madres.

Tanto son los sentimientos de rechazo a esas experiencias frustrantes y de privaciones, que sus luchas se concentran en construir sus vidas sobre la base de nuevas relaciones, en las que prime la inclusión, los derechos y los discursos más humanizantes sobre la feminidad y la maternidad. Una vida que les permita ampliar sus horizontes y que les garantice construir con sus pares genéricos y sus diferentes, encuentros en los que se desvanezcan las estructuras de poder y de opresión que, a lo largo de la historia, se encargaron de crear sesgos en las relaciones entre hombres y mujeres.

Han emprendido estas transgresiones y se han enfrentado a diversidad de tensiones, porque ellas aún se muestran ambivalentes entre su afirmación como mujer y su función como madre. Estas situaciones las llevan a no tomar distancia en lo concerniente a uno u otro proyecto, pues éstos se superponen. Y, en esa dualidad, los proyectos personales son jalonados con la intencionalidad de apostarle al proyecto materno, con el objetivo de hacer posible la ruptura con la reproducción de su historia biográfica.

Así, situadas en una actitud compensatoria, asumida con reflexividad, abren caminos de reconciliación con historias de abandono, escasas expresiones afectivas y desprotección en sus familias de origen. Estas reconciliaciones se viven intensamente cuando, sin perder su individuación, le apuestan significativamente a los proyectos de los hijos(as) y construyen nuevos arreglos familiares y significantes de la maternidad y feminidad.

5.1.2 De la protección a las transgresiones: deseos de autoafirmación y autonomía

Las historias de las mujeres del grupo B están marcadas por situaciones de privaciones, que ellas han buscado compensar mediante la construcción de un

proyecto edificante y que se vive con mayor intensidad cuando se tiene la satisfacción de revertirlo en los hijas(os). En las historias de las mujeres del grupo A, en cambio, los distanciamientos establecidos con los discursos y prácticas de su familia de origen, se impulsan por la necesidad de transgredir situaciones de sobreprotección y controles sutiles, a partir de los cuales la madre y en algunas ocasiones el padre, mediante el ejercicio rígido de la autoridad trataron de dominarlas para el cumplimiento de las normas impuestas en la familia.

Estas mujeres, que nacieron en familias dadoras de afectos, cuidados y protección, aunque recibieron tales satisfactores también los vieron convertirse en situaciones que silenciosamente, se constituyeron en eventos a través de los cuales se ejercía un fuerte sometimiento y se pretendía conservar su sumisión en detrimento de su autoreconocimiento, de la búsqueda de su autonomía, de dejar aflorar su personalidad. Por ello, estas mujeres se vuelcan a construir sus identidades desde unas posturas que se oponen a la represión, la rigidez y la opresión como medios para mantener el poder y manipulación.

Sus luchas se han centrado en ir construyendo sus proyectos de vida con una clara conciencia de la autonomía y la autoafirmación que vieron anuladas en las vivencias de sus madres, pues éstas fueron mujeres que siempre acataron la normatividad del esposo (padre de la hijas), es decir, actuaron siempre en nombre del padre y no en el suyo propio. Queriendo entonces replantear estas experiencias y no reproducirlas en sus historias han asumido y se asumen como fuertes en autonomía, autodeterminación e independencia, lo que les posibilita forjar y pensarse desde sus proyectos personales, familiares y los de sus hijos, pero sin sobreponerlos o anteponerlos. Esto, por cuanto –desde sus posturas- reconocen que, como mujeres y madres, son conscientes de sus demandas y que hijos e hijas se les provee de sentimientos, valores y satisfacción de necesidades

para que libremente decidan sobre sus proyectos vitales y alcancen su autorrealización.

5.1.2.1 *Fueron afectuosos y protectores pero también controladores y dominadores*

Las narraciones de la infancia de ***Tere*** expresan una alta valoración por padre y madre. De ella recuerda que *fue una mujer maravillosa, conservadora, tradicional,* apegada al modelo de vida donde la esposa estaba dedicada a la casa y el esposo al trabajo. Su madre se dedicó a los hijos y les brindó mucho afecto.

Aunque expresa experiencias positivas en las relaciones familiares durante la infancia, éstas son trastocadas y cuestionadas durante el período de la adolescencia, pues a partir de la creación de fuertes vínculos afectivos con su madre, también se generaron resistencias; la madre se percibió con una postura manipuladora utilizando el afecto, como forma de control y coerción para que Tere siguiera, sin reproches o rechazos, los designios y mandatos que sutilmente transmitía para perpetuar las tradiciones femeninas.

Por esta razón, la adolescencia fue un periodo determinante en la vida de Tere, de **hitos**, rupturas y tensiones. Se evidencian momentos de crisis debido a la manifestación de posturas divergentes y que se muestran en oposición a las pautas de crianza de la madre. Estas posturas se instalan como generadoras de tensiones y oposiciones. Según Tere: *"cuando fui creciendo un poquito más, comenzamos a tener diferencias de criterio, tuvimos épocas muy difíciles. Diferíamos en las formas de pensar".* Es en ese momento cuando Tere deja que aflore con más fuerza su personalidad, cuando el "deber ser" de la madre entra en conflicto con el "deber ser" de Tere.

Sin embargo, la madre continua ejerciendo una fuerte influencia. En ese sentido, es importante comprender las instancias de control y los mecanismos de vigilancia montados por la familia y, en especial, por la madre. Se instalaron dispositivos, se impusieron discursos inagotables y coercitivos a partir de los cuales la madre ejercía su función de vigilar y mantenerse despierta ante los peligros recurrentes que tiene una adolescente, en especial al intentar vivir la sexualidad de manera libre. Así, el sentido de la socialización instituido desde estas posturas generó en Tere el sentimiento y la dominación de acato y obediencia a las normas. Los controles fueron sutiles con exceso de protección y con posturas ambivalente fomentando la confianza para penetrar de manera sutil en la vida de la adolescente.

El padre fue un hombre trabajador y responsable y, a pesar de tener una dedicación exclusiva al trabajo, fue afectivo y proveedor de atenciones. Tere, por el hecho de ser su única hija, fue a su vez *la consentida de papá*, lo que posibilitó establecer relaciones de mucha afinidad, apego y compañerismo. Los encuentros con el padre lograron atenuar las relaciones con la madre, los fuertes lazos de reciprocidad, de buenas relaciones, condujeron a que no sólo se dieran al encuentro en el espacio del hogar. Ella compartió también con su padre desde los doce años los espacios de trabajo con lo cual se apropió desde niña de responsabilidades, independencia y autonomía.

Tales relaciones se constituyeron en mediadoras para contrarrestar un ejercicio de la maternidad con posturas protectoras y dominantes. De igual manera, los intercambios con un contexto más amplio le facilitaron apropiarse de decisiones, significados y prácticas que la impulsaron a desaprender discursos apropiados en la infancia y adolescencia.

Hoy, la historia de Tere evidencia resistencias y deseos de no reproducir las representaciones y prácticas de su madre, quien ejerció de manera sutil –mediada por el efecto y la protección- serios controles que se posicionaron como **hitos** en su trayectoria vital y que la impulsaron a construir su identidad motivada en la necesidad de autoafirmase, consciente de las restricciones a las que estuvo sometida. Así, en ese ejercicio de oposición, y desde pensarse, reflexionar sobre su vida, incorporar otras formas de relaciones en la construcción de un proyecto edificante para ella y sus hijas, construye su identidad.

Esta mujer ha ido perfilando otra visión sobre ser mujer y madre, la cual ha ido construyendo sobre la base de sus replanteamientos y sus valores. Estos se cimientan en la autonomía e independencia forjada desde la adolescencia, y con lo cual resquebrajó el modelo de madre y mujer que tuvo a su lado. Situada en esta perspectiva, no sólo ha sustentado la crianza de sus hijas en el afecto, sino también en la libertad, la independencia y la autoresponsabilidad. Sin embargo, esto también le ha implicado ciertas confrontaciones con su pareja, con sus hijas y consigo misma.

De otra parte, ***Eugi*** creció en una familia nuclear, normatizada en el modelo tradicional. Con su padre, las interacciones se basaron en la autoridad, excesiva disciplina y normas que no eran negociables. Esta estructura rígida no le permitió a Eugi la interacción con los niños que formaban parte de su entorno. Por ello, su mundo social se constituyó en las relaciones inmediatas con padre, madre y hermanos.

Con la madre, estableció una relación de cuidados y atenciones; en sus palabras, *estaba dedicada a la casa, a los(as) hijos(as) y a cumplir las normas que el esposo imponía*; un mujer que se mostró sumisa, y a quien se le dificultó asumir la autoridad frente al desacato de una norma, pues siempre delegó la función al

padre. Esta situación generó en Eugi rebeldía e inconformidad ante una madre que percibió incapaz de establecer reglas o sancionar comportamientos “equivoco-desaprobatorio”:

Estas situaciones de insatisfacción durante la infancia, marcadas por experiencias de censura, opresión, de dominación y restricción de libertades se presentaron como **hitos** que se convirtieron en generadores de transgresiones. Es decir, construye su identidad en oposición a estos sentimientos y encaminados desde sus demandas a la búsqueda de libertad, de conocimiento, de alcanzar autonomía ante un padre dominador y una madre que vivía en una condición de subordinación y de anulación.

La adolescencia es, entonces, la etapa crucial que da lugar el entrecruzamiento de estos deseos y, por consiguiente, del rechazo a estos **hitos** que marcaron inevitablemente la vida de Eugi. En la adolescencia, comienza a transgredir con mayor fuerza tales relaciones, dejó aflorar su personalidad, su pensamiento, su visión propia de la vida, porque en el espacio del hogar no le fue permitido disentir, porque entonces era *“marxista, revolucionaria o liberada”.*

Frente a este cambio de actitud se producen antagonismos. El padre comienza a delegar en Eugi decisiones, poderes y reconocimiento en la familia, lo que le permitió apropiase, en medio de unas relaciones tensionantes, de independencia, autonomía, búsqueda de sus propios proyectos en un escenario que le era *asfixiante y violento psicológicamente.* Pero, a su vez, generó en el temor porque ya la hija no era la niña sino una mujer que daba muestras de la búsqueda de su autonomía.

Hacer rupturas con estas vivencias fue algo difícil. Trató de revelar sus inconformidades a su padre y madre, pero los controles y el sometimiento fueron

cada vez más fuertes. A los diecisiete años y a través del matrimonio, rompió con estas relaciones para alcanzar libertad. Ella visualizó esto como la oportunidad de alcanzar proyectos propios y que eran vetados en el contexto familiar. De manera reiterativa expresó que la prioridad era su autonomía e independencia de un medio que se volvió impositivo.

En esa búsqueda de libertad y autonomía emprendió la relación de pareja en oposición a las vivencias de su madre, pues a diferencia de ésta, tuvo presente la articulación de otras experiencias vitales: *"Deseo de estudiar, viajar, conocer el mundo, conocer gente y no dejar que la vida se limitara a los hijos, el esposo y el hogar".* Por eso, cuando nacieron los hijos, dio un giro a su vida para que éstos no fueran generadores de obstáculos, limitaciones y anulación de sus proyectos. Por el contrario, se posicionó con más intensidad la lucha por la autodeterminación y el deseo de alcanzar sus proyectos en la medida de sus posibilidades.

La lucha de esta mujer, sus transgresiones, se centraron en la construcción de sus identidades sustentada en una vida de autonomía, sin tener que estar encerrada o *encasillada en algo, una institución o en un sitio*. Este empoderamiento tomó fuerza en la relación de pareja. Pero, en la medida que se vio amenazada, trastocada y limitada como en la familia de origen, buscó otros caminos, se rompió la relación porque no podía continuar con un hombre con quien: *"No hay sueños en común, ya no hay metas en común, mis metas para el eran absurdas, mis sueños eran imposible, no podía estar con una persona para quien mis sueños son difíciles de alcanzar".*

Estas fueron vivencias que impulsaron a Eugi a hacer un quiebre con su historia, y la condujeron a introducir en la construcción de sus identidades la convergencia de la autonomía e independencia, como sentimientos que le permitieron actuar en oposición deliberada a las fuerzas de una estructura familiar con sesgos

patriarcales. Ahora ella está poniendo en diálogo estos sentimientos en las relaciones con sus hijos, los motiva a desarrollarse en sus vidas de manera reflexiva, que le aporte elementos para enfrentarse al mundo con clara conciencia de sí mismos y de sus propósitos.

Por eso concibe, a diferencia de lo que su padre y madre reprodujeron en su crianza, sometimiento y controles, que su hija sienta que no tiene límites para construir lo que desea, lo que expresa desde su condición de mujer, un elemento que subvierte las prácticas maternas tradicionales; *"Los límites sólo se los ponen ellos y nadie más"*, afirma. Con ello, pretende alejarse de una mujer y madre impositiva que busca apoderarse de la vida de sus hijos como lo hicieron con ella, vigilando cada paso, juzgando cada acción y oponiéndose a cualquier decisión.

Ha propiciado que los hijos(as) crezcan en un ambiente democrático, donde la información es abierta y permanente, donde es posible expresar acuerdos y desacuerdos sin temor a la censura, amonestaciones y castigos, dando lugar a desarrollarse en un espacio donde la comunicación aflore con espontaneidad. Es abrir y mostrar caminos y posibilidades sin establecer prohibiciones, *"que sientan esa libertad, que pueden ser distintos y que tienen los mismos derechos".*

Zola, nació en una familia nuclear conformada por padre, madre y cinco hermanos. La madre, una pedagoga tomó la decisión de retirarse del trabajo para dedicarse a la crianza; una mujer muy pendiente, cercana y afectuosa, dedicada a la casa, a los hijos y al esposo. El padre, un hombre intelectual. Un abogado dedicado a la docencia; en sus palabras un poco distante en las relaciones familiares pero "*en la edad adulta lo recuperé como amigo, se percibió* más *cercano"*.

Formalizó la relación de pareja sustentada en el deseo de compartir sus expectativas y construir proyectos personales y familiares .Se unió, en relación matrimonial y surgió el deseo de ser madre, evento significativo en su vida y al que decide dedicarle tiempo. Para ambos un hijo significaba *un asunto de dos,* una responsabilidad que trasciende la figura de madre sacrificada y padre distante como lo vivió ella durante la infancia.

La maternidad fue, entonces, para Zola, la realización de un proyecto muy deseado, pero también el motivo que le reorientó otros proyectos vitales, es decir, la formación educativa y el ejercicio profesional. De manera que vivió intensamente la maternidad y la crianza de sus hijos, simultáneamente con el proyecto educativo y laboral. Así, se dio la posibilidad de seguir creciendo y desarrollándose como mujer, con aspiraciones, motivaciones, deseos y metas por alcanzar y también como madre. En la medida que va forjando su autonomía e independencia su ejercicio materno también se transformó.

En medio de las tensiones por cimentar su autonomía, asumió la decisión de separase de su esposo. Rompió con una relación en la que vio dilatar sus oportunidades de desarrollo personal, sus expectativas como mujer. De modo tal, la separación se asumió con todas sus implicaciones, conflictos, pérdidas, desestabilización. En sus palabras "*Esto supuso un duelo",* porque tenía claro que para los hijos esto no dejaba de ser una situación bastante compleja en la medida que se generaba una reorganización familiar. Pero estaba consciente de que era la mejor decisión para no impedir que la menoscabaran como mujer. La separación fue, entonces, un **hito** que transformó sus vivencias.

Al afrontar esta situación, sintió ganar más seguridad en sí misma, la que ha trasmitido a los hijos. Además, tiene claro que esta decisión no la lleva a juzgarse o culpabilizarse, pues aunque ya no conforman una familia nuclear, lo importante

es que *sus hijos tienen la seguridad de que cuentan con un padre y una madre que buscan responder a sus necesidades y expectativas.*

Desde esta perspectiva, Zola ha ido construyendo su identidad en el fundamento de reconocerse con más autonomía e independencia para asumir y enfrentarse a los retos que le presenta la vida como mujer, madre y trabajadora, sin temor a ser cuestionada, censurada o limitada. Por el contrario, es una mujer que se define con capacidad y autoridad para decir "si" o "no" con una clara autodeterminación que le ha posibilitado alejarse de un ejercicio de la maternidad y la vivencia de la feminidad impuesto o condicionado por otros.

Por ello, hoy comprende que en este camino de reconocerse como mujer-madre ha podido alcanzar y sigue gozando de gratas experiencias: apropiarse de sus decisiones, de sus proyectos educativos y laborales como acontecimientos prioritarios y que le han brindado oportunidades para replantear y cuestionar su ejercicio como madre y mujer. Ella asume que la vida de una mujer y en consecuencia "*su función como madre es una tarea que debe prepararse todos los días"*; implica mirarse desde esta función, pero sin perder de vista que se "es ante todo mujer" y cuando se logra vivir intensamente en estas dos vertientes es un gran reto.

Hoy, este reto se percibe cada vez más cuando se muestra que estas nuevas vivencias en su historia se convirtieron en **hitos** que, amalgamados, irrumpieron significativamente para tomar distancia de una feminidad y maternidad constreñida –en la familia de origen- en las jerarquías de poderes. Es decir, donde se privilegió la voz del padre, del adulto y su normatividad en detrimento de relaciones de horizontalidad, reconocimiento del otro y su autonomía. Por eso, Zola ha querido fomentar en su familia, con sus hijos, relaciones donde se disipen las fronteras de la dominación, el control y el silencio, propiciando la construcción de relaciones a

un mismo nivel para que las voces se escuchen, para que se puedas dialogar y sentar posturas autónomas.

La tarea la ha dirigido en el establecimiento de una comunicación abierta que los ayude a enfrentarse al mundo con menos temores, limitaciones y represiones, asumiéndose desde su espontaneidad, sus propias necesidades, preguntas y sentimientos. *"Es dejarlos que sean ellos mismos, con libertades"*. Y sin el deseo de perpetuar relaciones de dominación y sometimiento en las vivencias con los hijos como repetidamente lo vivió en su familia, *"hay cosas de las que no se podía hablar".* La afectividad también adquirió un significado distinto, "*en mi casa, nos besábamos todo el tiempo, pero era un beso de respeto",* ahora promueve expresiones afectivas más cercanas, de amistad, complicidad, de contactos cuerpo a cuerpo.

Posicionarse desde una visión u ejercicio autónomo, es crear y construir una clara conciencia de sí, pero también de posibilitar que los hijos se socialicen y asuman criterios, principios y valores co-construidos y desde los que empiezan a tomar decisiones poniendo sus propios límites. Así lo manifiesta: "*mis hijos se bañaban conmigo, hasta que ellos mismos le pusieron llave a la puerta, reconocieron su cuerpo y tú lo respetas".*

Por su parte, ***Anad*** nació en una familia extensa en la que convivió con su padre, madre y una tía materna. El padre, un hombre trabajador, quien por asuntos laborales sólo compartía con la familia los fines de semana, logró establecer una relación de afinidad con Anad. Se mostró como una persona muy especial y pendiente a las cosas que a la hija le gustaba. Para él, también Anad era muy especial: *era su hija aplicada*.

La madre, una mujer dedicada a los(as) hijos(as), protectora, "*celosa de las amistades y de que no salieran con todo el mundo".* Preocupada por hacer que Anad se mostrara siempre como una niña en todos los sentidos. *"Que no me cortara un centímetro de cabello, no me depilara, pintara los labios, ni las uñas".* Logrando con ello que conservara los comportamientos de niña que ella sutilmente estipulaba y reglamentaba.

Anad vivió una infancia en la que decididamente su madre y tía se involucraron con la intencionalidad de mantener las tradicionales pautas de crianza en la vida de las niñas: *que aprendiera a cocinar, a planchar, a hacer las cosas de la casa*. A partir de esto, ejercían un fuerte control por medio del cual la manipulaban para que permaneciera en el espacio inmediato de la familia. Con ello, restringieron las oportunidades de entrar en interacción con un escenario más amplio.

Entrada la adolescencia, se generaron situaciones que propiciaron el declive del seguimiento estricto de estos comportamientos: el deseo de salir, conocer, ennoviarse, la necesidad de sentirse libre, de mostrar una imagen distinta a la que pretendía moldear la madre. Pero esto trajo como consecuencia el rigorizar los controles y los castigos. *"Cuando comencé a tener novio, no me dejaban salir sola, no me dejaban ir a fiestas, no me dejaban recibir llamadas".* Así la manipulación de la madre y la autoridad del padre se maximizan como mecanismos para atenuar las repuestas de rechazo y protesta de quien intentaba revelarse en contra de su voluntad.

Por estas razones, la adolescencia de Anad fue difícil, debido a que padre y madre no dejaron de verla como una niña, *muy encima siempre, controlando cada paso, cada conversación, cada decisión que tomaba.* Ellos quisieron seguir manteniendo el control sobre ella, lo que imposibilitó que se construyeran relaciones mediadas por la confianza; pero lograron por medio de las restricciones familiares y sus

fuertes contenidos censuradores y desaprobatorios que la independencia de Anad de la familia fuera más difícil.

En medio de los controles Anad continúo persiguiendo su libertad. Sintió que la fue alcanzando cuando le permitieron pequeñas libertades y aprovechó cada espacio y cada momento, "*cuando me mandaban a hacer un mandado fuera de la casa me sentía liberada".* No obstante fue en la vida universitaria y su vinculación al escenario laboral, las que se presentan como los **hitos** que la involucra de manera decidida en el ámbito de lo público, aumentando su independencia y autonomía permitiendo aflorar más su personalidad

Ese deseo de independizarse cobró mayor fuerza cuando se casó. Fue el momento oportuno de desprenderse de los controles familiares, pero también fue una etapa difícil porque sintió que dejaba una parte de sí. Este acontecimiento se convirtió en un **hito**, porque se da la posibilidad de reafirmar una posición más clara frente a su vida, sus actos, la relación de pareja y proyectos personales sin sentirse vigilada y censurada.

.

Hoy, al vivenciar la maternidad y al reconocerse como una mujer dueña de sí, de sus decisones de sus proyectos personales y familiares ha construido la maternidad como una vivencia donde se quieren mucho a los hijos, se les acompaña en el proceso formativo, se les brinda confianza, libertad y se les cede responsabilidades para que se apropien de su vida y sean capaces de desarrollarse y proyectarse en su crecimiento como seres humanos. Esto significa desaprender prácticas de dominación y la creencia de que los hijos e hijas son propiedad de la madre.

Estos cambios, de acuerdo con Anad, también han estado motivados por la experiencia profesional. Su formación como maestra le ha posibilitado compartir

con otros jóvenes encuentros que le han aportado elementos para asumir y reflexionar sobre su función de madre y las vivencias que ella como hija tuvo en su familia de origen. Va redefiniendo estas funciones ejerciendo como una madre abierta y flexible con sus hijos, "*en mi niñez y en mi adolescencia no tuve ese acompañamiento como lo estoy haciendo con mis hijos".* Fueron otros momentos y otros tiempos, que es necesario ir ajustando y reacomodando según sus demandas.

La historia de ***Mart*** es como sigue: vivió con su padre y madre. Fue su única hija, por lo que reconoce que ambos la protegían mucho*.* Su madre, *una mujer bastante mayor que podía ser mi abuela,* se dedicada a la casa, a cuidar a la hija, muy complaciente y tolerante, es decir, una mujer comprensiva y afectuosa con quien estableció relaciones cercanas.

El padre, un hombre trabajador. Una persona, *"un poco seca, de temperamento fuerte pero que al mismo tiempo me quería mucho".* El comportamiento autoritario de él fue aceptado por Mart durante la infancia en silencio, pero en la adolescencia cesa con protesta haciendo que la relación con el padre en esta etapa se tornara difícil. Ella quiso contrariar u oponerse a la normatividad estricta del padre a partir de actitudes reveladoras como: *"ser impuntual, desorganizada, salir de la casa";* estos fueron los medios que utilizó para alejarse de un ejercicio de la autoridad coercitivo. Esta experiencia es reconocida hoy como un **hito** en su vida, porque a través de estas actitudes de rebeldía, rechazo y manifestación de inconformidad fue dando muestras de la necesidad de afirmación en la búsqueda de su autonomía.

Este sentimiento lo expresa en su narrativa con mayor intensidad en la adolescencia. Terminó los estudios universitarios y contrajo matrimonio con su único novio -*porque fue una niña muy protegida*-, creyó que había encontrado la

pareja ideal, con quien podría dar riendas sueltas a sus expectativas y proyectos personales, lo que siempre había anhelado pues dentro del espacio de su familia le había resultado muy difícil. Sin embargo, durante la convivencia de pareja se vuelve a enfrentar a los controles rígidos y la anulación como mujer, situaciones que había vivido en la adolescencia, de modo tal que motivada por el rechazo a tales experiencias decidió separarse a los dos años de casada, estando embarazada.

La ruptura de la relación de pareja fue entonces otro **hito** en su vida, porque fue la manera de distanciarse de una relación –matrimonio que no fue lo que esperaba. Comprendió que no bastaba con compartir la misma profesión, el mismo nivel educativo, cultural y socio-económico como lo había creído en un principio pues en la medida que *avanzó la relación no funcionó ni económicamente, ni socialmente ni sexualmente.* Una vez se casó, sintió que el esposo quiso tomar posesión, lo que generó en Mart sentimientos de *engaño, estafa, resistencia* y que fueron motivos que asociados a los sentimientos experimentados en la infancia y adolescencia la impulsaron a transgredir su historia.

Rompe la relación con su esposo, a quien definió como un "*hombre de ideas muy arcaicas, muy inmaduras, demasiado tradicional y que estaba en contraposición a sus idearios".* Finalizó así una relación que le generaba insatisfacciones y malestar. Optó, entonces, por el reto de asumir la maternidad sin compañía de la pareja. Esta decisión se constituyó en un **hito** que impulsó nuevos cambios, puesto que esta medida le implicó asumir mayores responsabilidades que jalonaron consigo el sentirse cada vez con más autonomía e independencia.

El nacimiento de su hija fue un momento crucial. Era la primera hija y quiso vivir plenamente la maternidad, cada etapa, *cuando le salió un diente, sonrió, caminó.* Por ello, se retiró del trabajo por un año, pero al transcurrir este periodo regresó

motivada por los contactos establecidos que le han permitido ganar más apropiación de sí, de sus actos, de sus cosas. Así mismo, le posibilitaron reflexionar y fortalecerse sobre su visión como mujer y función de madre. Reconoce que el instinto maternal no basta, es necesario acercarse a la maternidad y la feminidad desde posturas y dimensiones más complejas que posibilitan relacionarse mejor con los(as) hijos(as).

Las narraciones de Mart reflejaban que su padre fue muy estricto con ella; por eso, desea no serlo con su hija. Se refiere entonces a un cambio radical en la educación que ejerce con ella, puesto que antes todo "*era mas guardadito, encerrado, más protegido, no se podía hablar con libertad delante de los padres".* Hoy quiere que su hija le tenga confianza, que se promueva el diálogo con respeto y comprende que la formación profesional es fundamental en su vida, ya que en la educación anterior a la *"mujer la programaban para ser esposa y mamá y no tanto para ser profesional".*

En este orden de ideas, es importante reflexionar que las mujeres del grupo A están rompiendo con la ecuación mujer igual madre, constituida sobre la base de la dominación masculina. En esta ruptura se percibe un distanciamiento de los comportamientos y discursos de la madre en quien vieron representada la imagen de una mujer educada para descifrar los deseos de quienes la rodeaban, de su compañero amoroso y finalmente de sus hijos. Mujeres-madres que de tanto entregarse y sacrificarse por descubrir y satisfacer los deseos ajenos perdieron la habilidad para descifrar los propios. Y de tanto acomodarse para dar respuestas a aquellos terminaron haciendo propio los deseos de los otros (Coria, 2006: 29). Así afirman su anulación y negación como mujeres y madres sin existencia propia, pues sólo se reconocían a través de la voluntad del padre.

Ahora, estas mujeres que innovan en el ejercicio de la maternidad han tomado distancia de estas posturas subordinadas, coercitivas y anuladoras de sí mismas. Están construyendo sus identidades desde la incorporación y la definición de discursos y prácticas que no son regidas exclusivamente por el poder masculino y que no están al margen de ellas. Esto es posible porque están desmitificando que la protección, la autonomía y la independencia es ajena a si misma, a sus valores, cualidades, condición de género y, en contraposición a la madre, conciben que estos sentimientos solo provienen de ellas, de su interior y no residen en los mandatos de los hombres, sea padre, hermano, esposo, hijos o jefe.

Así, pues, son mujeres que sus identidades se viene forjando como producto de transgresiones que dejaron entrever sus primeros visos en la infancia y que fueron adquiriendo fuerza durante la adolescencia y la adultez, impulsadas por la excesiva protección de la madre, los rígidos controles del padre, un contexto que les ha ido reconocido derechos y oportunidades, en la búsqueda de su autonomía y de sentirse dueña de si. Con esto se han ido abriendo paso para posicionarse, visibilizarse y ser cada vez más “ellas”, con lo que dejan aflorar toda su dimensionalidad, emociones y razones.

Este sentimiento de autonomía se constituye un elemento transformador en sus vidas pues, parafraseando a Consuelo Sánchez, se incorpora como fuerza legitimadora del reconocimiento personal y social ya que esta se fundamenta en principios incluyentes, igualitarios, pluralistas y democráticos (2003). Desde esta perspectiva, la autonomía, como un derecho colectivo exigido por estas mujeres se viene consolidando como la plataforma básica para la igualdad de derechos y la equidad entre géneros en la medida que posibilita ir resquebrajando los segos existentes en las relaciones sociales.

Ellas han emprendido y continúan con estas transgresiones que “les permiten hacer de sus propias vidas una creación a la medida de sus posibilidades, en lugar de hacerlo a la medida del “casillero” preestablecido para lo “femenino” (Coria, 2006:50), como lo hicieron sus madres quienes ataron su vidas a los mandatos, autoridad y disposiciones del esposo a quienes seguían sin objeción alguna. Estos desprendimientos están marcados por el deseo de no reproducir una historia, que si bien, a diferencia de las mujeres del grupo B, sí estuvo plagada de cuidados, atenciones, relaciones afectuosas, ausencia de maltrato físico y demandas económicas satisfechas, son miradas con inconformidades porque fueron “victimas” de severos controles normativos-disciplinarios por medio de los cuales buscaron conservar su sumisión y obediencia.

De manera que ellas se revelaron ante una crianza con controles rígidos desde la infancia y que se resistían a sobrellevar en la adolescencia, pues su personalidad comenzó a chocar fuertemente con el “deber ser” de padre y madre. Así mismo, se opusieron a relaciones de pareja donde ellas habrían de ocupar el papel de mujeres abnegadas, sacrificadas y sumisas y donde predominan las relaciones de opuestos complementarios. Ellas, en medio de conflictos y tensiones, pero sin temores a enfrentarse a otros caminos, se separaron y se despojaron de los sentimientos de culpa o pérdidas, como mujer, esposas y/o madre.

Lo anterior, porque están construyendo replanteamientos sobre la base de cada uno de estos aspectos. En primer lugar, son mujeres que han comprendido que el designio, *“hasta que la muerte los separe”* no es una prescripción inalterable a la que está atada para toda la vida en contra de sus deseos, sus aspiraciones y en detrimento como persona. Por el contrario, saben que están en todo su derecho de poner un alto a relaciones que no satisfacen o están en oposición de sus expectativas.

Por otra parte, siguiendo con Coria, ella ha logrado hacer una diferenciación clara con el hecho de haberse convertido en madres -estatus irreversible cuando la mujer tiene hijos- y otro es ejercer el rol maternal de la crianza, que como tal es transitorio y caduca con el crecimiento de los hijos (2006:34). Por lo tanto, tiene claro que los(as) hijos(as) no son su propiedad, a diferencia de los años sesenta, cuando la tradición era representada por relaciones de imposición-subordinación, acuerdos tácitos que obstaculizaban el desarrollo de la personalidad, instituidos para mantener el orden de la familia (Bonilla y Morad, 2003:89). Hoy reconocen que hijos e hijas son seres humanos que deben socializarse para desarrollarse desde la autonomía y autodeterminación, lo que significa que no limitan su función como madre y su vida no solo se construye en el proyecto de la crianza de los hijos(as).

Así mismo, son conscientes de que sus proyectos personales, sus aspiraciones, metas y sueños son tan prioritarios como el ejercicio de la maternidad, de manera que no esperan a que se genere el estado del "nido vacío" para pensarse como mujeres y descubrir sus propios deseos y libertades. Por el contrario, apoyadas en las oportunidades que ofrece el contexto socioeconómico del que forman parte, se enfrentan a estos desafíos, construyendo estrategias que les permitan conciliar el disfrute de la maternidad y la feminidad en una sociedad que apenas ha comenzado a redefinir la historia de mujeres y hombres.

5.1.3 Construyendo las identidades en el encuentro con el sí mismo

Comparto con Emilce Dio Bleichmar (1997), la postura según la cual el concepto de identidad, culturalmente asignado a las mujeres, para ser objetos de satisfacción de deseos y necesidades ajenas, se estructuró justamente a partir de la falta de legitimación social como personas con identidades propias (Dio Bleichmar citada por Covas, 2006:154). Desde la infancia, se encamina su

educación para servir a los demás, para satisfacer sus necesidades en detrimento de las propias, lo que condujo a posicionarlas como mujeres cumplidoras de deberes y sin reconocimiento de sus derechos.

De esta manera, histórica y culturalmente se construyó que la legitimación de las mujeres devenía de sus actitudes de sumisión, abnegación y sacrificio hacia otros como únicos medios para alcanzar su valoración en la familia y la sociedad. Se reafirma que carecían de identidades propias para pensarse en función de sí mismas, sus necesidades y anhelos y por lo tanto, su dependencia a los hombres, a su voluntad y mandatos eran incuestionables. Si esto durante largos años fue así ¿Por qué estas mujeres cartageneras lograron distanciarse de los designios culturales y transformar sus historias? ¿Cómo ha sido posible que estén construyendo sus propios significados de autodefinición y autoreconocimiento?

Las respuestas a estos interrogantes se haya amalgamada a tres aspectos: las transformaciones del contexto, la legitimación social y la legitimación individual, elementos que se están movilizando y vienen siendo incorporados tanto por hombres y mujeres impulsando las innovaciones en sus historias.

Las transformaciones del contexto, como lo reseñé en el acápite anterior, al introducirme en la vida de estas mujeres, han llegado a producir modificaciones valiosas y significativas en su trayectoria vital. Las cuales hoy se valoran porque son tanto el resultado de una incalculable legitimación personal, individual, interna e intransferible, como de la legitimación externa, social, universal y transferible que, súbitamente, han venido dando paso al cuestionamiento de formas “naturalizadas”, determinadas situaciones existenciales y cotidianas de las que no se tenía plena conciencia, ni se detentaban que era y son impuestas, injustas y dañinas.

Estas transformaciones, al concebirse y asumirse como legítimas, han posibilitado que estas mujeres-madres cartageneras se visibilicen en sus historias, con derechos, aspiraciones, proyectos personales y sentimientos. Esto, en palabras de Elliot Markson (1993), se logra cuando las personas sienten legítimos los derechos de gozar de esos derechos, es decir, sentimos como legítimas las propias necesidades y permitimos su satisfacción. Tal legitimación también está acompañada de los sentimientos de autoafirmación y autoreconocimiento (Markson citado Covas, 2006:155), los cuales se movilizan significativamente a partir de su íntima relación con las respuestas, demandas, oportunidades y cambios de su entorno social.

Esta perspectiva ha impulsado que las historias de estas mujeres tomen distancia de las de sus progenitoras, abuelas u otras figuras femeninas durante etapas del ciclo vital. Ellas han logrado deconstruir esa asignación naturalizada de "ser para los demás" y están afianzando sus identidades sin sacrificar su propia existencia. Hoy, se reconocen, se admiran y reafirman la valoración de construir desde sus propios deseos, aspiraciones, reflexiones y prácticas. Generan, desde ellas, las posibilidades para amar y ser amadas, sin tener que reproducir el modelo convencional de autosacrificadas, es decir, de reducir su existencia al esposo y la crianza de los hijos(as).

Ahora, ellas están reconociéndose en sus necesidades, como mujeres y madres, pero ahora desde ellas mismas; es decir, han comenzado una mirada desde adentro, explorando lo íntimo, sus discursos y sus prácticas. Desde esta nueva perspectiva, dialogan consigo mismas, con el contexto, con sus pares genéricos y sus diferentes. Han emprendido el proceso de deconstruccion y construcción de sus identidades, incitando una legitimación desde el encuentro con el yo. En ese diálogo logran validar los propios pensamientos, reconocen emociones, sentimientos, necesidades y maneras de actuar, de tal forma que van rompiendo

con la asignación histórico-cultural de ser objeto de, hija de, esposa de, madre de, para pensar otras formas de asumirse como madre, hija, esposa, hermana y mujer.

Estas nuevas formas de significarse y pensarse cobran fuerza y legitimidad y se explican porque estas mujeres-madres cartageneras han comenzado a otorgar otras valoraciones a los espacios privados y públicos, los cuales denotan referentes en la construcción de las identidades. Desde la infancia su progenitora o cuidadoras construyeron su identidad, en correspondencia al espacio privado, ámbito del "ocultamiento y de la invisibilidad social que les otorgó históricamente y restringían su participación en el espacio público, de la dominación masculina y del mundo social" (Palacio y Valencia, 2001:37). Ellas están provocando diálogos significativos con ambos escenarios, y replantean las tajantes delimitaciones construidas culturalmente.

Con ello, están dando cuenta que las identidades femeninas no corresponden a un único modelo, el construido desde el padre y/o madre, y toman distancia, se mueven en la permanencia y la diferencia. Ellas incorporaron de sus cuidadoras las distintas formas de expresar el afecto; pero, así mismo, se negaron a permanecer exclusivamente en el espacio doméstico. De las figuras masculinas validaron su autonomía, pero se opusieron a su distanciamiento del espacio familiar. Ahora ellas están promoviendo la superación de tales fisuras que se inscribieron como elementos antagónicos y que se instalaron igualmente en escenarios opuestos.

Están propiciando nuevas reacomodaciones y arreglos familiares desde las cuales se escuchan voces de mujeres que demandan ser reconocidas desde el afecto y a su vez en el espacio público. Mujeres que buscan legitimar una maternidad innovadora no solo como administradoras del hogar, cuidadoras, protectoras,

amorosas, sino también como proveedoras económicas, capaces de asumir funciones extradomésticas desde las cuales se fortalecen como personas y redefinen las familias. En otras palabras, están promoviendo una de-sexualización de las actividades sociales y domésticas para construir una sociedad más justa y equitativa.

Así, están dando lugar a construcciones identitarias a partir de las cuales quieren visibilizar que tiene voz propia y autoridad para decidir lo que quieren ser y lo que no desean. De ese modo, permiten la edificación de un mundo pensado desde las posibilidades humanas y no ancladas en las asignaciones culturales para hombres y mujeres. Ellas se han sumando a una lucha por la inclusión, la democracia y la equidad entre los géneros; lucha que se está movilizando significativamente porque se dieron a la tarea de preguntarse por ellas mismas e hicieron que los otros también comenzaran a preguntarse por ellas. Con esa decisión y actuación han deconstruido privilegios históricos para apostarle a una nueva legitimación humana.

6. CONSIDERACIONES FINALES

Los procesos de cambio e innovación se incorporan en la vida de las mujeres protagonistas de los relatos, para incidir significativamente en la construcción de sus identidades. Este proceso de construcción se sustenta, por un lado en la individualidad de estas mujeres, en su psique, en sus relaciones con el mundo de las familias, entre otros aspectos. Pero, por otro lado, el contexto también impulsa la transformación de las identidades y el ejercicio de una maternidad innovadora, posesionándose como dinamizadoras que contribuyen a la transgresión de pautas de crianza, discursos e imaginarios, legitimados alrededor de la feminidad y la masculinidad.

Lo anterior implica, en palabras de Marta Lamas, que la pertenecía a un grupo, su ubicación socio económica y las creencias religiosas, marcan componentes de la identidad, y se afianzan en la cultura que se adquiere entretejida con la historia familiar y las opciones personales que, posteriormente, se eligen y que contribuyen a la consolidación de las identidades (1995:63-64).

A partir de las transgresiones e innovaciones, estas mujeres han ido legitimando otras formas de respuestas y de inserción al mundo, al escenario público y, en particular, a las familias; con ello propician ajustes-desajustes, reacomodaciones-redefiniciones en medio de tensiones y contradicciones. Sin embargo, la apuesta consiste en enfrentar innumerables retos y desafíos. Estos se originan, ante todo, en las incertidumbres de un mundo en donde proliferan el antagonismo, la multidiversidad, el multiperspectivismo. Las opciones de comportamiento, de ocupación, de pautas de educación, ya no están dadas de antemano, como ocurría con las sociedades tradicionales. Les corresponde a ellas, entonces, escoger los caminos que garanticen las mejores opciones y el goce de los derechos propios y los de sus hijos(as).

Es evidente que muchas de las transformaciones que se evidencian en los relatos de estas mujeres, como lo plantea Susana Covas, requirieron la fuerza de la transgresión para imaginarlas –primero- y ponerlas en marcha –luego-, con los consiguientes costes que se deriven de ellas (2006:136). De ese modo, se han enfrentado a sus propias historias, a los cambios del contexto que vertiginosamente arrastra consigo los rasgos de la tradición, sus discursos y prácticas que aún se reproducen en su cotidianidad, entre su grupo de pares, en los espacios públicos y privados, entre quienes son sus pares genéricos y diferentes.

En esta nueva plataforma de construcción, las identidades suelen impactar con mucha más fuerza cuando se reconoce que, si bien a raíz del contexto se entra en un proceso de transgresión, es importante reconocer que esto no sólo es posible con la movilidad de éste. Para construir unos significantes culturales confluyen tanto el cambio externo como aquellos que impulsan el "camino mismo". Estos últimos se posicionan como motores que logran suscribirse y redimensionarse rápidamente en la medida en que el contexto coadyuva a las transgresiones e impulsa la innovación en las historias de estas mujeres y en la construcción de sus identidades.

Por lo anterior, es importante resaltar las diferencias encontradas en sus historias, según sus oportunidades, limitaciones, el contexto socioeconómico, las vivencias en las familias de origen, los contactos sociales y culturales, la incorporación de significados y prácticas para construir las identidades desde posturas que las impulsa a asumir una maternidad con discursos innovadores en relación con sus vidas, sus interacciones familiares y sociales y sus aspiraciones como mujeres y madres.

Para dar cuenta de los cambios que impulsaron estas mujeres en oposición a las vivencias en sus familias de origen, emprendí un trabajo de observación de indagación, de investigación, de inmersión en sus contextos vitales y en la recopilación de sus relatos de vida. De acuerdo con las diversas características encontradas, organicé los relatos en dos grupos diferenciados por el estrato social, los cuales, para efectos de este trabajo, denominé A y B.

En el grupo A, incluí los relatos de mujeres de los estratos 4, 5 y 6, que se caracterizan porque tuvieron condiciones socioeconómicas de mayores oportunidades, sus cuidadores(as), padre y/o madre se percibieron con mayor compromiso con su formación y protección, tuvieron acceso a la educación, y en la infancia y la adolescencia estuvieron distantes del mundo laboral. Sin embargo, sus relaciones familiares se caracterizaron por fuertes controles, por la socialización génerica diferenciada, por relaciones hegemónicas que privilegiaron lo masculino, y por un confinamiento de la mujer al mundo de lo privado.

Estas condiciones sociales diversas han permitido a las mujeres del grupo A ser más críticas frente al papel cumplido por sus progenitoras como mujeres, madres, trabajadoras. De igual modo, han incorporado la reflexión como mecanismo para expresar y evaluar, de manera más concreta, los proyectos personales que han deseado consolidar y construir y hasta dónde los han hecho viable. Su maternidad y las relaciones con sus hijos(as) las conciben y las ponen en práctica con el establecimiento de normas que nacen del diálogo y del establecimiento de acuerdos para dirimir las tensiones cotidianas; evitan imponerse, con el fin de posibilitarles a los hijos e hijas, los espacios de libertad para que asuman con eficacia su integración al mundo social.

En el Grupo B, incluí los relatos de mujeres de estratos 1, 2 y 3. Su trayectoria de vida reconoce condiciones precarias tanto en el ámbito económico como en lo

psicosocial. Se percibe reiterativamente el abandono de padre y/o madre, y los cuidadores asumen su manutención, pero en algunos relatos se percibe que éstos tuvieron un menor compromiso con la crianza y cuidado de estas mujeres. Se incorporan muy temprano a la vida laboral sin estar preparadas, asumieron oficios domésticos y, en ocasiones, el papel de cuidadoras de sus hermanos(as). Sin embargo, sus luchas se concentraron en la búsqueda de oportunidades; en ese sentido, le dieron una alta valoración al ámbito educativo como una forma de acceder a mejores condiciones de vida.

Las mujeres de este grupo irrumpen en las continuidades reconociendo que desean alejarse de las historias personales de su infancia y/o adolescencia, plagadas de opresión y maltrato psicológico y/o físico. En sus relatos expresan sentimientos de pérdidas, ausencias, desafectos, sobrecargas de responsabilidades. Ellas, como madres, se niegan a reproducir estas historias con sus hijos e hijas, y pretenden otorgarles satisfactores materiales y afectivos. Sin embargo, en la práctica se percibe el empleo de algunos elementos de la tradición, como rezagos y no con la intensidad con la cual ellas los experimentaron durante la infancia y adolescencia.

Lo anterior se explica porque, la madre continúa concibiéndose como la principal dispensadora de amor y aunque el término abnegación ya no se percibe con tanta fuerza, estas mujeres anteponen las necesidades de sus hijos e hijas a las de ellas. Aplazan su proyecto personal de formarse, separarse del cónyuge, vivir momentos de mayor esparcimiento y menos sobrecargas de trabajo, porque han asumido con gran compromiso y dedicación, dando un giro a la forma como la socializaron en la función materna. Les proveen gestos de amor, entrega en tiempo y energía hacia su progenie (Badinter, 1991:285-286).

La innovación la dirigen hoy a cuestionar y expresar malestares, y demandan la participación permanente de otros actores –padres, cuidadores, y del Estado (a través de sus instituciones)- en el desarrollo y bienestar físico, psicológico, económico y social de sus hijos e hijas. Esto, en gran medida, garantizaría menos tensiones que cuando las mujeres asumen la responsabilidad de cuidadoras únicas. Al no contar con solvencia económica, en el caso de mujeres cabeza de familias o coproveedoras, ven limitada la consecución de un proyecto educativo que las fortalecería como mujeres y que contribuiría al mejoramiento de las condiciones de vida.

Los(as) hijos(as) constituyen otro factor que incide en la consolidación de una estructura familiar y, sobre todo, que da cuenta de formas innovadoras al incorporar unas relaciones maternofiliales más simétricas. Y aunque se suscitan conflictos y choques intergeneracionales, a los hijos e hijas se les posibilita expresar inconformidad, demandar derechos, lo que contribuye a dirimir los conflictos a través de negociaciones; de este modo, surge el reconocimiento del diálogo como estrategia para la búsqueda de acuerdo, mediado en la diversidad de intereses. El pensamiento homogéneo ha ido perdiendo valía e, igualmente, la concentración del poder en las familias se desmonta porque los jóvenes, en sus relaciones cotidianas, exigen sus derechos, aunque en ocasiones no reconozcan sus deberes personales y familiares.

Así mismo, esto las ha llevado a plantear, desde la construcción de sus identidades, relaciones mediadas por discursos y prácticas que pretenden dar cuenta de un nuevo paradigma para dimensionar la vida de las mujeres y la crianza de hijos e hijas. De esta manera se introduce una apropiación y el ejercicio de las expresiones de afecto, la autoridad, la educación para la sexualidad, las relaciones familiares, entre otros, como aspectos que merecen ser redefinidos y

adquieren otra valoración en los escenarios públicos y privados, en las relaciones intra e inter familiares.

Este grupo de mujeres, impulsadas por los **hitos** que han marcado sus historias, han provocando inusitados cambios en sus vidas, los cuales se revierten significativamente a las familias y a los otros escenarios y personas con los que entran en relación. Todo ello, porque las identidades de las mujeres innovadoras se están formando de manera diferenciada, en la medida que hacen ruptura-toman distancia de los patrones y discursos tradicionales a partir de sus rechazos, oposición y la transgresión desde la infancia, la adolescencia y la adultez al modelo de madre-padre y hombre-mujer legitimados culturalmente.

Así pues, estas mujeres-madres innovadoras visionan hoy la construcción de proyectos alternativos en su vida. Proyectos que hoy se vislumbran como posibles en su trayectoria vital y que tienen múltiples aristas, es decir, no sólo se sitúan desde la perspectiva de madres, sino que, además, desean ser reconocidas, también, como mujeres, trabajadoras, amigas, pareja, colegas. Con ello, dan un nuevo curso a sus vivencias, a su subjetividad y la manera de acercarse y comprender al otro(a). Pero estos replanteamientos han estado cargados de tensiones pues, como lo plantea Puyana, las madres innovadoras, en medio de batallas interiores y exteriores, luchan por ser tratadas como personas autónomas y no sólo como madres (2006: 168).

Finalmente, quiero anotar que, como la innovación es un proceso inacabado, estas mujeres-madres de la ciudad de Cartagena continúan reflexionado y preguntándose ¿Qué sucedió en sus vidas para pensarse distinto frente a la feminidad? ¿Qué las ha motivado a deslegitimar discursos y prácticas transmitidas durante la crianza en la familia de origen? ¿Qué las ha impulsado a transgredir los discursos que tradicionalmente pretendían definirlas en relación exclusiva con la

maternidad y sin posibilidades de construir otros proyectos vitales? ¿Qué imaginarios y experiencias vividas desean no reproducir en las relaciones con hijos e hijas? Pues ellas han reconocido que, en la medida que se sigan redefiniéndose desde adentro, es decir, que le apuesten a una actitud y discursividad reflexiva desde sus propias vivencias, seguirán transgrediendo, con mayor fuerza, el ejercicio y los significados de una maternidad y feminidad invisibilizada, y se abren caminos a la legitimación personal y social.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

ABELLO, Vives Alberto. (2003). Cartagena la ciudad vista desde el margen. En: Aguaita. Nº 9. Revista del Observatorio del Caribe Colombiano.

ARANGO, Luz Gabriela. (1995). Identidad femenina, identidad de obrera: la proletarización de la mujer en Francia en el siglo XIX. En: ARANGO, Luz Gabriela- LEÓN, Magdalena y VIVEROS, Mara. (Compiladoras.) Género e Identidad: ensayos sobre lo femenino y lo masculino. Facultad de Ciencias Humanas. Editores Tercer Mundo. S.A. Bogotá, Colombia.

ARENAS, Ana Isabel. (2006). Persistencia de inequidades de género en la participación laboral de las mujeres. En: http://colombia.indymedia.org/news/2006/03/39661.php Consultada el 29 de junio de 2007.

ARRIAGADA, Irma. (1997). Políticas sociales y trabajo en la América Latina de fin de siglo. En: IV Conferencia Iberoamericana sobre familia. Jornadas laborales y tiempos familiares. Universidad Externado de Colombia. Centro de Investigaciones sobre Dinámica Social- CIDS. Cartagena de Indias, Colombia.

BADINTER, Elizabeth. (1991).Existe el instinto maternal?. Editorial Paidós. Barcelona- Buenos Aires- México.

BARRETO, Juanita y PUYANA, Yolanda. (1996). Sentí que se me desprendía el alma. Análisis de procesos y prácticas de socialización. Ediciones. INDEPAZ.

BONILLA, Gloria Estela. (2006). Simone de Beauvoir y el pensamiento feminista. En: Revista Unicarta. Nº 103. Universidad de Cartagena.

BONILLA, Gloria Estela. (2000). Bellas, casadas, madres y solteras imágenes femeninas en el caribe Colombiano a comienzos del siglo XX. En: revista Palobra. Facultad de Ciencias Sociales y Educación. Universidad de Cartagena. Cartagena, Colombia.

BUITRAGO, Ramírez Liubka; MURILLO, Erika y JARRAMILLO, Patricia Stella. (2003). Comercio y Género: Colombia en los noventa. Red internacional de género y comercio. En: http://www.generoycomercio.org/areas/investigacion/Colombia.pdf Consultada el 15 de junio de 2007.

BURIN, Mabel. (2000). Construcción de la subjetividad masculina. En: MELER, Irene y BURIN, Mabel. Varones. Género y subjetividad masculina. Paidós. Buenos Aires- Barcelona- México.

CABRALES, Carmen. (1999). Barrios populares en Cartagena. En: Seminario de historia de Cartagena. Cartagena, Banco de la República.

CABRALES, Carmen y MOSQUERA, Claudia. (1997). Cultura laboral, familiar y comunitaria: el caso de dos comunidades agropesqueras de la Bahía de Cartagena. En: IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia. Cultura laboral y cultura familiar. Universidad Externado de Colombia. Cartagena de Indias, Colombia.

CABRALES, Carmen y JARAMILLO, Gabriel (1982). Familia y cultura en Cartagena. Ponencia presentada en el Seminario Nacional de Investigación de familia. Medellín: Universidad de Antioquia. (En manuscrito).

CICERCHIA, Ricardo. (1999). Alianzas, redes y estrategias. El encanto y la crisis de las formas familiares. En: Las familias contemporáneas. Revista Nómadas. Nº 11. Departamento de Investigación. Universidad Central. Santa fe de Bogotá.

COFFEY, Amanda y ATKINSON, Paúl. (2003). Encontrar el sentido a los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación. Editorial. Universidad de Antioquia.

CORIA, Clara. (2006). Otra vida es posible en la edad media de la vida. En: Coria, Clara, FREIXA, Anna y COVAS, Susana. Los cambios en la vida de las mujeres. Editorial Paidos. Buenos Aires, Barcelona, México.

COVAS, Susana. (2006). Los cambios pendientes. En: CORIA, Clara, FREIXA, Anna y COVAS, Susana. Los cambios en la vida de las mujeres. Editorial Paidos. Buenos Aires, Barcelona, México.

CORNEJO, Marcela. (2006). El enfoque biográfico: trayectorias, desarrollos teóricos y perspectivas. En: Revista Psykhe. Volumen 15. Pontificia Universidad Católica de Chile. www.scielo.cl/scielo.php?pid. Consultada el 11 de marzo.

COSED. Centro de Observación y Seguimiento al Delito. (2007). En: www.distriseguridad.gov.co/cosed_2007-php

CUBIDES, Humberto y DURAN, Armando. (2002). Epistemología, Ética y Política de la relación entre investigación y transformación social. En: Revista Nómadas Nº

17 Investigación y Transformaciones Sociales. Universidad Central. Bogotá, Colombia.

DESLAURIERS, Pierre Jean. (1998). Hábitat y relaciones sociales. En: El uso de la historia de vida en las ciencias sociales II. Lulle, Thierry, Vargas, Pilar y Zamudio, Lucero. (Coords.). Editorial. Anthropos. Universidad Externado de Colombia. Bogotá, Colombia.

ECHEVERRY, De Ferrufino Ligia. (1981). La familia ante la ley. Volumen 1. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

EMAIDES, Ana. (2004). Equidad de género en el trabajo remunerado "hacia un cambio en el imaginario social sobre género". Revista Unicarta. Universidad de Cartagena.

Encuesta Nacional de Demografía y Salud (ENDS). (1995). PROFAMILIA. Asociación Pro-Bienestar de la Familia Colombiana. Santa fe de Bogotá.

Encuesta Nacional de Demografía y Salud (ENDS). PROFAMILIA. (2005). OJEDA, Gabriel-ORDÓÑEZ, Miriam- OCHOA, Luis Hernando et al. Junio de 2006.

Encuesta Nacional de Hogares. Dane. (2005). www.dane.gov.co. Consultada el 28 de septiembre y octubre 12 de 2006.

FERNÁNDEZ, Ana Maria. (2004). Historias de Infancia. En: GARCIA, Suárez Carlos Iván (Editor). Hacerse Mujeres, hacerse hombres. Siglo de Hombres Editores. Universidad Central. Bogotá, Colombia.

FLORES, Palacio Fátima. (2000). El devenir de la subjetividad femenina un paradigma entre lo individual y lo colectivo. En: BEDOLLA, Miranda Patricia; BUSTOS, Romero Olga et al (comp.). Estudios de género y feminismo I. UNAM. Editorial Fontamara, México, D.F

FRANCE, Labrecque Marie. (1998). Metodología feminista e historia de vida: mujeres, investigación y Estado. En: El uso de la historia de vida en las ciencias sociales II. Lulle, Thierry, Vargas, Pilar y Zamudio, Lucero. (Coords.). Editorial. Anthropos. Universidad Externado de Colombia. Bogotá, Colombia.

GARCIA, Márquez Gabriel. (1996). Por un país al alcance de los niños. Colombia al filo de la oportunidad. Misión, ciencia, educación y desarrollo. Tomo 1. Tercer Mundo Editores. Santa fe de Bogotá, D.C.

GERGEN, J. Kenneth. (1993). El movimiento del construccionismo social en la psicología moderna. En: ASIBA. Asociación Sistémica de Buenos Aires. Año 9- Nº 2.

GIBERTI, Eva. (2005). La familia a pesar de todo. Editorial Novedades Educativas. Buenos Aires.

GOYENECHE, Gonzáles Fredy. (2002). La ampliación de la refinería de Ecopetrol y la Planta de Oleofina: oportunidad para la articulación de lo público, lo privado y el desarrollo de la ciudad. En: Revista Palobra Nº 3. Universidad de Cartagena. Facultad de Ciencias Sociales y Educación. Cartagena de Indias, Colombia.

GUTIERREZ De Pineda, Virginia. (1987), La Familia en Cartagena de Indias. Boletín cultural y bibliográfico. Volumen XXIV- Número 10. Biblioteca Luis Ángel Arango.

_____. (1999). La dotación cualitativa de los géneros para su estatus y función. En: Las familias contemporáneas. Revista Nómadas. N 11. Universidad Central. Bogotá, Colombia.

_____. (2000). Familia y Cultura en Colombia. Editorial Universidad de Antioquia.

HELLER, Agnes. (1997). Sociología de la vida cotidiana. Editorial Península. México.

HÉRITIER, Francoise. (2007). Masculino/Femenino. Disolver la jerarquía. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

HUBERMAN, Michel. (1998). Trabajando con narrativas biográficas. En: Las narrativas en el estudio de la docencia. McEwan, Hunter y Egan, kieran Amorrortu Editores. Buenos aires, Argentina.

INFORME a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre Educación para el siglo XXI, presidida por Jacque Delors. (1996). La Educación encierra un tesoro. Santillana, Ediciones UNESCO.

JIMÉNEZ, Cruz Claudia Luz. (1996). Métodos Cualitativos I. Gergen, Kenneth J. La Crisis de la representación y la emergencia de la construcción social. htp://200.23.34.11/moodledata/17/moddata/assignment/18/205/GERGEN.doc. Consultada el 2 de mayo de 2007.

KNIBIEHLER, Ivonne. (1996). Madres y Nodrizas. En: TUBERT, Silvia (ed.). Figuras de la Madre. Universitat de Valencia. Ediciones Cátedra.

_____. (2001). Historia de las Madres y de la Maternidad en Occidente. Editorial Nueva Visión. Buenos Aires.

KISNERMAN, Natalio. (2005). Pensar el trabajo social. Una introducción desde el construccionismo. Segunda edición. Grupo editorial Lumen Hvmanitas. Buenos Aires- México.

LAMAS, Marta. Cuerpo e identidad. (1995). En: ARANGO, Luz Gabriela, LEÓN, Magdalena y VIVERO, Mara. Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y masculino. Ediciones Uniandes. Facultad de Ciencias Humanas. Santa fe de Bogotá.

LEÓN, Magdalena. (1995). La Familia Nuclear: orígenes de las identidades hegemónicas femeninas y masculinas. En: ARANGO, Luz Gabriela- LEÓN, Magdalena y VIVEROS, Mara. (Compiladoras.) Género e Identidad: ensayos sobre lo femenino y lo masculino. Facultad de Ciencias Humanas. Editores Tercer Mundo. S.A. Bogotá.

_____. (1999). La Familia Nuclear y Jefatura del Hogar: acceso de la mujer a la tierra en las reformas agrarias. En: Las Familias Contemporáneas. Revista Nómadas. Nº 11. Universidad Central. Bogotá, Colombia.

LEY 1098 noviembre de 2008. Código de la infancia y la adolescencia. República de Colombia.

LIPPITT Ronald, WATSON, Jeanne y WESTLEY, Bruce. (2001). La dinámica del cambio planificado. Amorrortu Editores. Buenos Aires- Argentina.

LIPOVETSKY, Gilles. (1994). El crepúsculo del deber. Editorial anagrama. S.A. Barcelona.

LIPOVETSKY, Gilles. (1999). La tercera mujer. Editorial Anagrama. Barcelona.

LONDOÑO, Rendón Carlos. (1998). Algunos referentes sobre la Modernidad. En: http//cmap.upb.edu.co/servlet/SBReadResourceServlet?rid=1140998981735_2060551527_891 -

LOPEZ, Montaño Cecilia. (2004). Las mujeres y la globalización ¿oportunidad o amenaza? En: Revista En Otras Palabras. Mujeres, globalización y derechos humanos. Nº 13- 14. Bogota, Colombia.

MALDONADO, Gómez Maria Cristina. (2002). Familia y vida civilizada. En: Revista Prospectiva. N13. Universidad del Valle. Escuela de Trabajo Social.

_____. (2006). Cambios de las familias: sus expresiones en la religiosidad y sexualidad. En: Revista Prospectiva. Nº 11. Ética, educación y trabajo social. Escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano. Facultad de Humanidades.

_____. (2007). Reflexión y planificación: rasgos en la parentalidad innovadora. En: PUYANA, Yolanda y RAMIREZ, Maria Himelda (Editoras) Familias, cambios y estrategias. Secretaria Distrital de Integración Social. Alcaldía Mayor de Bogota D.C. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia

MALDONADO, María Cristina y MICOLTA, Amparo. (2003). La autoridad, un dilema para los padres y madres al final del siglo XX. El caso de Cali. En: PUYANA, Yolanda (comp.). Padres y madres en cinco ciudades colombianas. Cambios y permanencias. Almudena Editores. Bogotá, Colombia.

MANRIQUE, Solana Rafael. (2007). Del deseo a la familia: la construcción de lo familiar. En: PUYANA, Yolanda y RAMÍREZ, María Himelda (Editoras). Familias, cambios y estrategias. Secretaria Distrital de Integración Social. Alcaldía Mayor de Bogota D.C. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

MASSOLO, Alejandra. (1998). Testimonio autobiográfico femenino: un camino de conocimiento de las mujeres y los movimientos. En: El uso de la historia de vida en las ciencias sociales II. Lulle, Thierry, Vargas, Pilar y Zamudio, Lucero. (Coords.). Editorial. Anthropos. Universidad Externado de Colombia.

MCDOWELL, Linda. (2000). Genero, Identidad y Lugar. Ediciones Cátedra. Instituto de la Mujer. Universitat de Valencia. Madrid.

MARTÍNEZ, Benlloch Isabel y BONILLA, Campos Amparo. (2000).Sistemas sexo/genero identidades y construcción de la subjetividad. Universitat de Valencia.

MEJIA, Marco Raúl. (2004). Socialización de la Familia en la Globalización. Pensar los valores desde las representaciones de lo masculino y lo femenino. Ponencia presentada al XX Congreso Interamericano de Educación Católica. CIEC. Santiago de Chile.

MELER, Irene. (2006). Parentalidad. En: BURIN, Mabel y MELER, Irene. Género y Familia. Paidós. Buenos Aires- Barcelona- México.

MELO, Jorge Orlando. (2004) Algunas consideraciones globales sobre" modernidad" "modernización" en el caso Colombiano. Publicado En: Biblioteca Virtual del Banco de la República. http://www.lablaa.org/blaavirtual /revistas/analisispolitico/algunas.htm. Consultada el 15 de diciembre, 2007.

Ministerio de Educación Nacional- Fondo de Población de las Naciones Unidas. (2006). Proyecto Piloto de Educación para la Sexualidad y Construcción de Ciudadanía Hacia la Formación de una Política Pública. Colombia.

MIYARES, Alicia. (2003). Democracia Feminista. Ediciones Cátedra. Universitat de Valencia. Instituto de la Mujer. Madrid.

MOLINA, Cristina. (2004). Madre inmaculada, virgen dolorosa. Modelo e imágenes de la madre en la tradición católica. En: DE LA CONCHA, Ángela y OSBORNE, Raquel. (Coords.) Las mujeres y los niños primero. Discursos de la maternidad. Icaria Editorial, S.A. Barcelona.

MOSQUERA, Rosero Claudia. (1994). Familias de los sectores populares cartageneros. En: Las familias de hoy en Colombia. Presidencia de la República-Consejería presidencial para la política social-Instituto Colombiano de Bienestar Familiar- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, UNICEF

MORAD, Pilar, BONILLA, Gloria y JIMÉNEZ, Carmenza. (2007). Cambios intergeneracionales de las funciones de la maternidad y la paternidad en Cartagena de indias. Mediados y finales del siglo XX. Un análisis desde la perspectiva de género. URL:www.um.es/familia/Congreso/MORAD-BONILLA-JIMENEZ. Consultada el 3 marzo de 2008.

MORAD, Maria del Pilar y BONILLA, Vélez Gloria. (2000). Informe de Investigación. Cambios en las Representaciones Sociales de la Paternidad y Maternidad en Cinco Ciudades Colombianas. Un Análisis desde la Perspectiva de Género. Caso Cartagena de Indias.

_____. (2003). Paternidad y Maternidad en Cartagena de Indias. Antes y Ahora. En: PUYANA, Yolanda (comp.). Padres Y madres en Cinco Ciudades Colombianas. Cambios y Permanencias. Almudena Editores. Bogotá, Colombia.

MOSER, Carolina. (1991). Planificación de Género en el Tercer Mundo: enfrentando las necesidades prácticas y estratégicas de género. En: GUSTMAN et al. Una Nueva Lectura. Género en el Desarrollo. Entre mujeres. Tercer Mundo Editores.

MUÑOZ, Onofre Darío. (2003). Construcción narrativa en la historia oral. Revista Nómadas Nº 18. Universidad Central. Departamento de Investigación.

_____. (2004). Imaginarios de Género. En: García, Carlos Iván. Hacerse mujeres, hacerse hombres. Dispositivos pedagógicos de género. Siglo de Hombres Editores. Universidad Central-DIUC.

MURARO, M. Rose y BOFF, Leonardo. (2004). Femenino y masculino. Editorial. Trotta, S.A.

OLAVARRÍA, José. (2001). Invisibilidad y poder. Varones en Santiago de Chile. En VIVERO, Mara; OLAVARRIA, José y FULLER, Norma. Hombres e Identidades de Genero. Universidad Nacional De Colombia. CES. Bogotá, Colombia.

OXFAM INTERNACIONAL. (2004). Más por menos. El trabajo precario de las mujeres en las cadenas de producción globalizadas.

PALACIOS, Lis Irene. (2003). Mujeres Ignorantes: Madres Culpables. Universitat de Valencia.

PALACIO, Valencia Maria Cristina. (2004). Familia y Violencia Familiar. De la invisibilidad al compromiso político. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad de Caldas.

PALACIO, Valencia Maria Cristina y VALENCIA, Hoyos Ana Judith. (2001). La Identidad Masculina: un mundo se inclusiones y exclusiones. Editorial Universidad De Caldas.

PACHON, Ximena. (2007). La familia en Colombia a lo largo del siglo XX. En: PUYANA, Yolanda y RAMÍREZ, María Himelda (Editoras). Familias, cambios y estrategias. Secretaria Distrital de Integración Social. Alcaldía Mayor de Bogotá D.C. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

PELENTO, María Lucila. (1985), Teoría de los objetos y proceso de curación en el pensamiento de Donald Winnicott. En: Revista “Psicoanálisis ayer y hoy”.URL: http://www.elpsicoanalisis.org.ar/numero2/pelento2.htm. Consultada el día 13 de marzo de 2008.

PÉREZ, Isabel, DURANGO, Orlando y MORAD, Pilar. (2003). Hacia una comprensión del conflicto en las interacciones familiares de niños(as) escolarizados del sector de mamonal. En: Revista Palobra. Nº 5. Universidad De Cartagena. Facultad de Ciencias Sociales y Educación. Cartagena, Colombia.

PERIÓDICO El Universal. (2007). Redacción económica, Mujeres lideran informalidad laboral. Cartagena de Indias. Martes, 11 de diciembre de 2007. URL: http://www.eluniversal.com.co/. Consultada el 7 de enero, 2008.

PIÑA, Carlos. (1988). La construcción del ‘’ si mismo’’ en el relato autobiográfico. En: Revista Paraguaya de Sociología.

PUJADAS, Muñoz, Juan José. (1992). El método biográfico: el uso de las historias de vida en las ciencias sociales. Centro de investigaciones sociológicas. Madrid.

PUYANA, Yolanda. (1999). La historia de vida: recurso en la investigación cualitativa. En: Revista Colombiana de Trabajo Social. Nº 13. CONESTS. Bogotá, Colombia.

_____. (2000). Como se convierten en mujeres las niñas del Norte de Bolívar. Procesos de socialización y formación de la identidad. En: Revista Palobra. Nº 1. Universidad De Cartagena. Facultad de Ciencias Sociales y Educación. Cartagena, Colombia.

_____. (2006).Padres y madres innovadores o tradicionales: estudios de historias de vida y familiares. Documento inédito. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

_____. (2007). El familismo una crítica desde la perspectiva de género y el feminismo. En: PUYANA, Yolanda y RAMIREZ, Maria Himelda (Editoras) Familias, cambios y estrategias. Secretaria Distrital de Integración Social. Alcaldía Mayor de Bogotá D.C. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia

PUYANA, Yolanda y LAMUS, Doris. (2003). Paternidad y Maternidad: construcciones socio-culturales. En: PUYANA, Yolanda (comp.). Padres Y madres en Cinco Ciudades Colombianas. Cambios y Permanencias. Almudena Editores. Bogotá, Colombia.

RAMIREZ, Maria Imelda. (1991), De la ambivalencia primigenia frente a la mujer a la misoginia universal. En: Mujer, Amor Y Violencia. Grupo mujer y Sociedad. Universidad Nacional de Colombia. Tercer Mundo Editores.

ROSALDO, Renato, (1991). Cultura y Verdad. Nueva propuesta de análisis social. Editorial Grijaldo S.A. México D. F.

SALDIAS, Carmenza. (2004). El reconocimiento de la productividad domestica. Un paso hacia la inclusión. En: Revista En otras palabras. Mujeres, globalización y derechos humanos. Nº 13- 14. Bogotá, Colombia.

SÁNCHEZ, Consuelo. (2003). Identidad, género y autonomía. Las mujeres indígenas en el debate. En: Cemos memoria virtual. Revista mensual de política y cultura. URL: http://memoria.com.mx/node/198. Consultada el 28 de marzo de 2008.

SÁNCHEZ, Olga Amparo. (2001). La Violencia Patriarcal Contra las Mujeres. Una mirada retrospectiva. En: Revista En Otras Palabras. Mujeres, Violencia y Resistencias. Nº 8. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

SANDOVAL, Casilimas Carlos. (1997). Investigación cualitativa. Programa de especialización en teorías, métodos y técnicas de investigación social. Bogotá, Colombia.

SANTAMARINA, Cristina y MARINA, José Miguel. (1997). Historia de vida e historia oral. En: SANDOVAL, Casilimas Carlos.1997, Investigación cualitativa. Programa de especialización en teorías, métodos y técnicas de investigación social. Bogotá, Colombia.

SAU, Victoria. (1995). El Vacío de la Maternidad. Icara Editorial, S.A.

SCHRECK, Alexis. (2001). Reflexiones en torno a la sexualidad femenina. En: PsicoMundo México. Artículos en línea URL: www.psiconet.com/mexico/articulos/art21.htm - 56k - Consultada el 13 de marzo, 2008.

SELMAN, Ana. (1998). Historia de vida: individualidad y proyectos de desarrollo. En: El uso de la historia de vida en las ciencias sociales II. Lulle, Thierry, Vargas, Pilar y Zamudio, Lucero. (Coords.). Editorial. Anthropos. Universidad Externado de Colombia.

SIKOSKA, Tatjana. (1998). Mediación y valoraciones de la producción del hogar no remunerada: una contribución metodológica. En: Macroeconomía, Género y Estado. Departamento Nacional de Planeación. República de Colombia.

SILVA, Echeto Víctor. (2002). La compleja construcción contemporánea de la identidad. Habitar el entre. En: Revista Razón y Palabra. Nº 27.URL:http://www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/anteriores/n27/index.html. Consultada el 2 de febrero, 2008.

SOLANO, Suárez Yusmidia. (2006). Regionalización y Movimiento de Mujeres: Procesos en el Caribe Colombiano. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

SEIDLER, Víctor. (2006). Masculinidades, vidas íntimas y globalización. Londres. Ediciones de Intervención Cultural. Montesinos Ensayo.

STUTMAN, Zapata Analia. (2008), Algunos aportes de Winnicott para la reflexión en torno al rol de la madre. En: Revista Centro psicoanalítico de Madrid.EdiciónN5.URL:http://www.centropsicoanaliticomadrid.com/modules.php?name= Sections&op=viewarticle&artid=49. Consultada el 13 de marzo, 2008.

SUBIRATS, Marina. (1998). Con diferencia. Icaria Antrazyt. Barcelona

THOMAS, Florence. (2001). Un reto para la democracia, un reto para la paz: feminizar el mundo. En: Revista En Otras Palabras. Mujeres, violencia y resistencia. Nº 8, Bogotá, Colombia.

_____. (2003). La píldora angular de una revolución. En: Revista En Otras Palabras. Mujeres, géneros y derechos sexuales y reproductivos. Bogotá. D.C. Colombia.

TUBERT, Silvia. (1996). Figuras de la Madre. Ediciones Cátedra. Instituto de la Mujer. Universitat de Valencia. Madrid.

TUBERT, Silvia. (2004). La maternidad en el discurso de las nuevas tecnologías reproductivas. En: DE LA CONCHA, Ángela y OSBORNE, Raquel. (Coords.) Las mujeres y los niños primero. Discursos de la maternidad. Icaria Editorial, S.A. Barcelona.

VAN DE CASTEELE, Sylvie y VOLEMAN, Danielle. (1992). Fuentes Orales para la Historia de las Mujeres. En: RAMOS, Escandon Carmen (comp.). Género e Historia. Antologías Universitarias.

VIVERO, Mara; OLAVARRIA, José y FULLER, Norma. (2001). Hombres e Identidades de género. Universidad Nacional de Colombia. CES. Bogotá, Colombia.

VIVEROS, Vigoya Mara. (2002) De Quebradores y Cumplidores. Universidad Nacional. CES. Bogotá, Colombia.

WALLACH, Scott Joan. (1992). El Problema de la Invisibilidad. En: RAMOS, Escandon Carmen (comp.). Género e Historia. Antologías Universitarias.

WILCHES, Ivonne. 1998, Maternidad y Paternidad desde el Feminismo. Tesis para optar por el titulo en Magíster En Estudios de Género. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

ZAMUDIO, Cárdenas Lucero y RUBIANO, Blanco Norma. (1994). Las familias de hoy en Colombia. Tomo 1. La familia en Colombia. Presidencia de la República-Consejería presidencial para la política social- Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.